

Selección RNR



La tentación
del príncipe

SANDRA BREE



Romance Histórico

La tentación del príncipe

Sandra Bree



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Maite Miguel Garrido para que, como yo,
siga viviendo mil vidas,
todas ellas diferentes, apasionadas,
y cada cual más hermosa.*

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a las chicas Halloween: Madelein, Gema, Rosa, Yolanda y las dos Anas. Os quiero chicas. También a Laura Habib por ayudarme con la historia y ver cosas que yo no había visto.

Y mi más sincero agradecimiento, y que nunca me puede faltar, es para mí editora de Penguin Random House, Lola Gude; con tu apoyo y confianza, haces que mis sueños y esfuerzo valgan la pena. Siento que todo lo que he conseguido ha sido porque estabas a mi lado. Eres el hada de las hadas.

NOTA DE LA AUTORA

Aunque paisajes, descripciones y algunos hechos históricos sean reales, los he adaptado para hacer que la novela fluya a mi gusto. Me he tomado licencias para acomodar ciertas situaciones y de ese modo crear la historia del príncipe Moritz Nikolai Petrov y Annika. Espero que los lectores lo disfruten.

PRÓLOGO

Praga (*Reino de Bohemia*)

Febrero de 1858, orfanato de Saint André.

Annika Anderson estaba desesperada. Tenía diecisiete años. Una edad bastante prudente como para decidir qué hacer con su vida sin necesidad de depender de nadie. Y de lo que estaba completamente segura era de que quería salir de ese orfanato al que la habían llevado a la fuerza. Era consciente de que, cuando llegase el momento, su vida iba a ser totalmente distinta a lo que había sido hasta entonces. Pero incluso, aunque supiese que su camino iba a ser duro y tortuoso, lo prefería mil veces a soportar continuar en aquella prisión donde el tiempo pasaba tan despacio que a veces pensaba que las manillas del reloj se habían detenido para siempre.

Los muros del orfanato, enclavados en medio de un bosque donde un empinado acantilado se elevaba sobre el río Moldava, eran sometidos a los fieros embistes de los vientos del norte, y el aire provocaba tan estremecedores sonidos que nadie se atrevía a moverse mucho por miedo a que alguna de las paredes se viniese abajo. Era como si la construcción entera respirase.

Saint André tenía la apariencia de un impresionante castillo lúgubre y tétrico que había conocido tiempos mejores, ya que los signos de decadencia se veían por todas partes. Las fachadas descoloridas, las columnas descascarilladas, los escalones que subían a los dormitorios con varios peldaños rotos, y hasta había grietas en la barandilla de madera. En el amplio comedor donde se servían las comidas abundaban manchas oscuras y pegajosas en paredes y suelos, señales claras de que no solo el edificio era viejo y antiguo, sino que nadie se hacía

cargo de limpiarlo y cuidarlo para que estuviera en condiciones. Los techos estaban llenos de humedad y la pintura se caía en pedazos. Los dormitorios no eran mejores, las sábanas desprendían el olor del amoníaco de los orines mezclados con la lejía de la lavandería con el que debían convivir. Pero lo peor de todo eran los vómitos que cubrían los suelos durante la noche, los nefastos sonidos de las convulsas arcadas...

Annika estaba allí por ser el resultado de una infidelidad. Su madre Olya tuvo la mala desdicha de enamorarse de un rico aristócrata. Olya siempre había dicho que de haberse sucedido las cosas de diferente manera se habrían casado. Annika al principio lo había creído, sin embargo, a medida que los años fueron pasando, la cruda realidad se hizo más que evidente. Él, Cameron Edwards Pávlov, jamás había tenido la intención de desposar a la humilde panadera. Y no pensaba hacerlo porque ya estaba casado.

Por lo menos, las únicas cosas buenas que Cameron tenía, según pensaba Annika, era que su nombre encabezaba las facturas pagadas y la pequeña cantidad de dinero que enviaba todos los meses a su madre. Por lo demás no sabía mucho de él, ni le importaba, aunque obviamente y porque no era sorda, había escuchado comentarios relacionados con su familia, sobre todo por tener una delgada línea indirecta con la casa de los Habsburgo. También por los sonoros escándalos que propiciaba su desconocido primo el príncipe Moritz Nikolai Petrov. Todos le nombraban con diversión y la anécdota, que durante mucho tiempo corrió de boca en boca por todo Praga, fue de una vez que había acudido a la ópera con una mujer casada. En mitad de un entreacto se había dejado caer por las cortinas del escenario hasta el salón inferior, desnudo de la cintura hacia abajo, cubierto solo por una camisa. Muchos murmuraron que el esposo de su amante los encontró en plena faena en el palco privado.

Las mellizas Evans, ambas tontas y cursis hasta decir basta, vecinas de Annika, le habían contado que habían conocido en persona al príncipe cuando coincidieron una vez en una comida benéfica en el mercado de la plaza de la ciudad vieja, y decían que era un joven guapísimo.

A Annika, en esos momentos lo que más le preocupaba era salir de Saint André. Y desde luego confiaba en no tardar mucho. Su padre se lo debía. Nunca

en su vida se había atrevido a solicitarle nada, y escribirle para pedirle que la liberase de su encierro había sido más difícil de lo que había creído. Una vez más había tenido que dejar de lado su orgullo, sobre todo después de haberse quedado ronca de tanto decirle a su madre que jamás se rebajaría a pedirle ni un solo favor. Y ahora no solo había faltado a su promesa, si no que esperaba con ansias que llegase a recogerla.

Annika era una muchacha muy bonita, aunque nadie lo hubiese adivinado de verla en ese momento. Desde que fue arrastrada allí se había cubierto la espesa melena negra bajo un feo gorro de lana para impedir que alguien cortase su precioso cabello—con la venta del pelo se podía conseguir algo de dinero fácil—. Otra de las cosas que hacía que no llamase mucho la atención era sostener una actitud sumisa y recatada. Pero aquellos que realmente la conocían sabían que era una joven fuerte, luchadora y terca. Eso sí, su apariencia pequeña le hacía parecer más frágil de lo que en realidad era. Su boca carnosa y a un mismo tiempo delicada, la nariz recta, los pómulos altos y sus enormes y almendrados ojos azules hacían la delicia de todo el conjunto. Llevaba un abrigo holgado y desgastado por el que el húmedo frío se introducía helando todos los huesos de su cuerpo. Hasta hacía poco sus ropas habían sido prendas en buen estado, pero ahora lucían descosidas y sucias, maltratadas por la falta de higiene y por las peleas en las que se había visto involucrada esos días para que no se las robasen. En cuanto se descuidaba siempre había quien quería apoderarse de sus viejas botas y de los calcetines de lana, por eso, desde que había entrado en el orfanato, no había pegado ojo más que un par de horas seguidas. Por eso y porque una noche el indeseable del «Arañas» se había querido aprovechar de ella metiéndose en su cama. Annika había sido muy rápida en reaccionar y antes de que el joven se le pusiera encima logró echarle a patadas. Lo que menos le interesaba era buscarse un protector. Y por supuesto, de haberlo querido, jamás habría escogido a Thomas, el «Arañas». Él era un desalmado que se jactaba de haber fornicado con todas las muchachas de Saint André sin importar la edad que tuviesen.

Contra una de las paredes de adobe rojizo, Annika se encogió más en su desgastado abrigo sin quitar los ojos de encima del resto de los muchachos.

—No soy ninguna huérfana —murmuró, sin saber cuántas veces había repetido esa palabra en aquellos meses. Sus pequeños dientes castañearon sin control y, aunque mantenía los puños cerrados con fuerza, sentía que era incapaz de mover los dedos con normalidad. Ni todas las chimeneas de Saint André juntas lograban calentar el interior del edificio.

Recordó el día que dos tipos entraron en su casa a la fuerza, poco después de que su madre muriese. Con engaños le hicieron subir en un viejo coche tirado por caballos. En el interior, una señora de aspecto obeso había tratado de tranquilizarla.

—*No te preocupes pequeña, seguro que vas a estar aquí muy poco tiempo*—le dijo.

Annika le creyó y en ningún momento dudó de su amabilidad. E incluso se había regocijado con su consuelo hasta que se abrieron las puertas del centro y como si fuese algo inservible, la colilla de un cigarro arrojada en plena calle, la abandonó a su suerte.

Pensando en aquello sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas otra vez. Echaba mucho de menos a Olya. No solo había sido una madre, también había sido una hermana, una amiga y su compañera.

El suave repiqueteo de una campana llenó el interior del salón y Annika se estremeció. Deseó volverse invisible y que la gobernanta, la que acababa de entrar con pasos rápidos, no la viese.

—¡Vamos muchachas, todas a lavarse! —dijo la mujer alzando la voz para ser escuchada. Sus ojos de rata la encontraron enseguida y cabeceó para que siguiese su redondeado cuerpo—. Tú también, no te hagas la remolona, chiquita inmunda.

Como si decir aquello no hubiese bastado, se acercó a ella y la empujó con fuerza hacia el resto de las compañeras. Todas temían ese momento. Llegaban a la cámara de las duchas, se desnudaban en bancos situados contra las paredes y luego entraban juntas, igual que si fueran ganado, a una sala grande de azulejos que una vez habían sido blancos. Allí se colocaban sobre unos negros desagües que olían a lodo, les entregaban una pastilla de jabón y enchufaban a sus ateridos cuerpos con una manguera de agua.

Annika había tenido un encontronazo en aquel mismo lugar poco después de haber llegado. Había sido uno de los momentos más horribles por lo que había tenido que pasar, y todo por culpa de Molly, una muchacha que no tenía más años que ella. En aquella ocasión, se había restregado bien con el jabón y se había sentido orgullosa por haber controlado el llanto cuando el fuerte chorro de agua enrojeció su piel. No estaba acostumbrada a los lujos, pero tampoco a los malos tratos. Cuando terminó de vestirse, se le cayó del bolsillo un precioso colgante de plata en forma de corazón. Económicamente no valía gran cosa, pero era el único recuerdo de Olya y en su interior guardaba un descolorido retrato de ella. Molly se lo robó y Annika, furiosa, se quejó a los cuidadores. Nadie hizo caso de ella y días más tarde, varias chicas la golpearon con violencia por acusarla.

Las campanas sonaron de nuevo.

—Por favor, sácame de aquí —imploró, caminando cabizbaja hacia el banco de las duchas.

En ese momento, Molly pasó junto a ella y se volvió a mirarla.

—¿Ya estás hablando otra vez sola?

Los labios de Annika se tensaron.

—¿Por qué no te metes en tus cosas?

Molly la miró fijamente con sus ojos de arpía. «Era fea con avaricia».

—¡Sigues siendo la novedad! —le respondió—. Cuando entre alguien más, dejarás de importarme.

Annika frunció el ceño y gruñó por lo bajo.

—¡Dejad de discutir y a las duchas!—ordenó la gobernanta. Las hizo poner en fila y una a una les dio sus respectivas pastillas de jabón.

Molly, con una fría sonrisa, se marchó al otro lado de la sala rodeada de sus amiguitas. Annika suspiró más tranquila y eligió el rincón más alejado.

CAPÍTULO 1

La ciudad de Praga era un manto cubierto de nieve a pesar de estar en el mes de febrero. Parecía que ese año la primavera no tenía ningún deseo de hacer su presencia y al príncipe Moritz Nikolai Petrov no le molestaba en absoluto. Al contrario, le encantaban los días fríos en los que podía refugiarse en su casa al calor de un buen fuego, con un vaso de grüner veltliner en la mano. Y si la compañía era femenina, no podía pedir más.

En aquel momento ni estaba en su casa ni estaba acompañado por ninguna mujer. Por alguna extraña razón, su tío Cameron necesitaba hablar con él y le había citado en el vestíbulo del restaurante donde se habían reunido varias veces.

Nikolai era un hombre muy guapo. Había querido la naturaleza dotarle de un rostro fuerte y varonil que hacía temblar las piernas de las mujeres más confiadas. Su cabello, ensortijado y largo sobre sus hombros, era oro con finos mechones plateados. Las canas, muy adelantadas para sus treinta y cuatro años, lejos de aparentarle más edad le conferían una belleza inusual, lo volvían más atractivo. Sus rasgos eran poderosos, pómulos firmes, elegantes cejas de un ligero tono más oscuro que el cabello; una cara de piel bronceada donde sus ojos, de un tono verde esmeralda, contrastaban como un faro en la oscuridad de la noche.

—Príncipe Petrov, ¿deseáis que os acompañe hasta la mesa? —preguntó el maître del restaurante, recibéndolo con una firme reverencia.

—Estoy esperando a alguien —respondió, sacando el reloj del bolsillo de su abrigo. Abrió la tapa de nácar—, debe de estar a punto de llegar.

El maître se aclaró la garganta.

—Si lo deseáis, podéis ocupar los sillones aquellos —Le señaló un par de

butacas situadas frente a una chimenea junto a la ventana. Desde allí se veía la calle y la ribera del río Moldava. Sus aguas plateadas bajo el cielo plomizo parecían un espejo empañado.

Nikolai asintió. Se dirigía a donde el maître le había indicado cuando Cameron ingresó en el vestíbulo sacudiéndose el abrigo.

—¡Nikolai! ¡Ya estás aquí! Espero no haberte hecho esperar mucho.

Nikolai se volvió a él y le dio un apretón de manos.

—Acabo de llegar. ¿Cómo estas, Cameron?

—Bien, muchacho. ¿Y tú? ¿Has tenido noticias de tus padres?

Nikolai negó con la cabeza y sonrió con sarcasmo.

—Sé que este año adelantaban su marcha a París, aparte de eso no sé nada. Parece que todo está cubierto con un halo de misterio. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres que pasemos al comedor o nos tomamos algo en el bar?

Cameron miró hacia el lugar donde estaba la barra de las bebidas.

—Da igual, es un poco largo lo que debo decirte. Lo que te apetezca más.

Nikolai frunció el ceño. Notaba a su tío bastante decaído y no era muy normal en él.

—Estoy muy intrigado contigo, me ha parecido muy raro que me mandases llamar en vez de pasar a visitarme a casa. Espero que no sea nada grave.

Cameron se quitó los guantes y le indicó el comedor con un movimiento de cabeza.

—Me parecía mejor charlar en un lugar donde nadie estuviese encima de nosotros. No me refiero a que tus sirvientes lo estén, pero prefiero algo más privado.

El maître, que había estado observándolos a cierta distancia, llegó presuroso para indicar la mesa que les habían preparado. El comedor a esas horas estaba bastante vacío, pero aunque no fuese así, siempre había sitio disponible para ellos. Les recogió los abrigos y les entregó los librillos del menú. Ni Cameron ni Nikolai se molestaron en mirarlos. Esperaron hasta que estuvieron solos.

El restaurante era un lugar espacioso y muy agradable. La luz entraba a través de las ventanas esparciendo la mañana por toda la estancia.

—¿Qué es lo que me tienes que decir con tanta urgencia?—preguntó Nikolai

con un deje de intranquilidad. La paciencia no era una de sus mejores virtudes y su tío lo sabía.

—Annika está en Saint André.

Nikolai no escuchó bien y arqueó las cejas.

—¿Quién?

Cameron echó la espalda hacia atrás en su silla y un poco nervioso cogió la servilleta.

—Annika. ¿Cuántas Annikas conoces? Annika, mi hija.

—¡Ahh! ¿Y por qué está en el orfanato? —inquirió con curiosidad.

El rostro de Cameron se transformó en una máscara de dolor y angustia.

—Olya ha muerto y Annika me ha escrito una carta.

Nikolai le miró anonadado. Cameron y él siempre habían congeniado, quizá porque su tío era el único de la familia que no era un pretencioso engréido siempre hablando de posición, dinero y poder. Era el esposo de su tía Irina Petrova y se habían casado por poderes y conveniencia. Habían engendrado dos altaneras niñas malcriadas y consentidas con las que Nikolai apenas trataba. Aquella unión, en su día, había sido un enlace muy fructuoso entre dos de las familias más importantes de Europa, sin embargo aquel casorio sin amor se había ido convirtiendo en una guerra de jerarquías. Irina buscaba la influencia, riquezas y luchaba por seguir en el alto escalafón de la clase alta. Cameron, algo más romántico y humilde en pensamientos, se había enamorado de una panadera. Cuando Irina se enteró le obligó a separarse de su amante. Aunque todos en la familia Petrov, excepto Nikolai que en aquel entonces estaba fuera de la ciudad estudiando en Italia, conocían la existencia de la bastarda. Nunca hablaban de ella ni la nombraban, como si de esa manera borrasen de la faz de la tierra su existencia. Cuando Nikolai se enteró se convirtió en el paño de lágrimas de Cameron y al único que le hablaba de ella.

—Lo siento, Cameron, no sabía nada. —Le compadeció—. ¿Cómo ha pasado?

—Al parecer de una pulmonía.

—¿Y qué vas hacer ahora?

—Olya era una mujer fuerte y luchadora. Siempre se preocupó por mantener a Annika apartada de toda esta mierda, pero no sé cómo o por qué, Irina se enteró

de que había fallecido. Ya sabes cómo es —agitó la cabeza con pesadez—, se las ha apañado para lograr que Annika acabe confinada allí.

—¿Estás seguro de que ha sido ella quien la ha encerrado? —le preguntó. Quizá él no fuese el más indicado para dudar de su tía; sin embargo, no era de los que acusaban sin motivos o pruebas. Conocía Saint André de oídas y era uno de los peores sitios de Praga. Se trataba de un centro de acogida para niños huérfanos y para jóvenes ladronzuelos con necesidad de corregir sus modales, con una reputación desastrosa. Muy lejos de reformar a los moradores, era el lugar donde se formaban las nuevas bandas de rateros que llenaban las calles. Jóvenes con la única opción de delinquir para poder colmar el estómago. La gente de la ciudad se negaba a ofrecer puestos de trabajo a todo aquel que proviniera de ese lugar y la mayoría terminaba apareciendo bajo los puentes, en avanzados estados de desnutrición o incluso muertos.

Cameron asintió con pesar.

—Ha sido Irina, la conozco muy bien —le aseguró—. Y si pudiese hacerme cargo de Annika no te tendría que estar contando esto ahora, pero sabes que me es imposible, Nikolai. Mientras mi esposa siga con vida eso es improbable, y ella tiene una salud de hierro.

—Y un genio de mil demonios —añadió Nikolai, dándole la razón.

—Tú eres la única persona con la que yo puedo contar, Nikolai. Debes ayudarme.

—¿Ayudarte? —preguntó extrañado. Sintió un escalofrío—. ¿De qué estamos hablando, Cameron? ¿En que podría ayudarte yo?

—Necesito que la saques de allí. Por favor, llévala contigo, dale tu apellido. —Nikolai abrió sus ojos verdes como platos—. Estoy hablando en serio, Nikolai. Yo correré con todos los gastos.

—Pero...

—Eres el único que se atrevería a desafiar a la familia.

Nikolai le miró estupefacto. Ciertamente que era la oveja negra, pero tutelar a la bastarda de Cameron... era ir demasiado lejos incluso para él. Negó con la cabeza.

—Nikolai, te lo pido por favor —insistió, llevándose con desesperación la

mano a la boca—. Si no haces nada mi pequeña... ella... no sobrevivirá. Olya puso mucho empeño en hacer de ella una persona decente, pero metida allí lo único que conseguirá será calentar la cama de algún aprovechado y llenarse de pequeños bastardos.

Nikolai tragó con dificultad. No podía creer que su tío le estuviese pidiendo algo igual.

—No es cuestión de dinero... ¿Estás seguro de que Irina ordenó que la llevaran a Saint André?—insistió.

—Seguro.

—¿Lo has hablado con ella?

—¡No! Claro que no lo he hablado. Sabes que no puedo hacerlo.

—¿Y si estás confundido? Es posible que esta vez Irina no tenga nada que ver.

—Suponiendo que tengas razón, sigo necesitando que alguien se haga cargo de ella. Por favor, Nikolai, te lo suplico.

—Joder, ¿y qué hago yo con ella?

—Puedes enviarla a estudiar fuera si no la quieres cerca. La pobre ya ha sufrido lo suficiente por mi culpa. Si pudiera, yo personalmente me encargaría, pero... mis hijas no volverían a dirigirme la palabra nunca y con eso no podría vivir. Ya me quitaron el poder dar mi cariño a Annika, pero a mis otras hijas... No podría con ello.

Un camarero se acercó y colocó sobre la mesa un par de platos de porcelana china. Sirvió el vino y sacó la libreta para apuntar.

—Yo le aviso —dijo Nikolai despidiéndole con sequedad. El hombre hizo una reverencia y se alejó. Nikolai se inclinó ligeramente hacía Cameron—. ¿Sabes lo que estás pidiéndome?

—No seas mezquino, Nikolai. Te estoy haciendo un favor. Con tu comportamiento harás que tus padres sepan que en verdad eres un hombre hecho y derecho, responsable y...

Nikolai soltó una carcajada carente de humor.

—Cameron, no soy un hombre responsable. Sabes perfectamente quien soy y lo que se dice de mí. ¡Hasta los chicos me definen como orgulloso y excéntrico! ¿Y mis padres? Para ellos no soy más que un provocador, un mujeriego con

dinero que me creo capaz de cambiar el mundo saltándome todas las normas. Tú conoces mi manera de vivir. ¿Crees que criar a tu hija es lo más sensato? ¡Por Dios! ¡A veces Johnny me mete en la cama como si fuese un niño de lo borracho que llego a casa! No puedes pedirme que haga eso, que cambie de la noche a la mañana. Pídeme otra cosa, lo que quieras, pero eso no.

—¿Cuántas veces has soñado con avergonzar a Irina? —preguntó Cameron—
¿Qué mejor forma de hacerlo que poniendo a mi pequeña en el sitio que le pertenece? Piénsalo, Nikolai. Además, Annika es una muchacha perspicaz.

Nikolai suspiró sonoramente y agarró con fuerza la copa de vino.

—Me tientas, tío. Pero si hago eso, la familia se me va a echar encima como una jauría de galgos.

—¿Y temes eso? —le retó Cameron.

Él negó con la cabeza y bebió un gran sorbo. El vino no le ayudó a relajarse, muy por el contrario, no estaba haciendo otra cosa que pensar en su futuro inminente. Y en cierta medida le divertía el hecho de imaginarse a la víbora de su tía rabiando a muerte cuando la bastarda alardeara ante ella en alguna reunión. Gimió y se acabó el resto de la bebida. Su padre iba a entrar en cólera, y esta vez él tendría toda la culpa. Se estremeció, pero su tío continuó suplicándole con los ojos acuosos, señalándole con el dedo.

—Nikolai, no permitas que el temor te impida pensar. Es como adoptar una mascota. Se sabe que tus caballos son los mejores cuidados y alimentados de toda la ciudad. ¿No me digas que no puedes hacer eso mismo con tu prima?

Con los ojos puestos en su tío, asintió con indecisión.

—Sabes que esto no lo haría por nadie, tío. Y puede que llegue arrepentirme de ello. Veremos qué sucede y qué nos depara el futuro. Sin embargo, no olvides nunca que si lo hago es por la estima que te tengo y nada más.

Cameron disimuló una exhalación de alivio y le sonrió con afecto. Sin esperar al camarero, él mismo volvió a llenar las copas.

—Sabía que no me ibas a defraudar. Gracias, Nikolai.

No muy convencido, brindó con él. No pudo evitar preguntarse si estaba haciendo lo correcto. Si él hubiese necesitado un favor importante, seguramente su tío se habría ofrecido él primero. Podía decir que era uno de sus mejores

amigos, aunque tenía que reconocer que darle su palabra de hacerse cargo de Annika era probablemente lo más estúpido que había hecho en toda su vida. ¿Qué necesidad tenía él de adoptar a una muchachita?

CAPÍTULO 2

Annika avanzó con prisa al dormitorio envuelta en una corriente de alegría que bullía en su interior. Apenas unos minutos antes le habían dicho que un hombre había acudido a buscarla, y ella estaba tan feliz de salir de allí que ni siquiera se paró a pensar que tal vez iba a conocer a su padre por primera vez.

Con el corazón galopando en su garganta, atravesó el ancho corredor dejando las camas a un lado y a otro hasta llegar a la de Molly. A esas horas no había nadie en el dormitorio y sabía perfectamente donde ella guardaba sus tesoros, como solía llamar al fruto de sus hurtos. No tardó en encontrar su colgante. Molly tenía varias joyas más, pero ella no les hizo caso. No era ninguna ladrona.

Corrió a buscar su abrigo y, sin una mirada de despedida, descendió las escaleras con agilidad, medio saltando, agarrándose de la barandilla. En el primer descansillo observó con expresión acongojada a algunas de las muchachas que charlaban frente a las aulas. Las compadecía de corazón. No todas eran tan malas como Molly.

Nikolai se mantuvo firme en el vestíbulo más frío en el que había estado nunca. Sus ojos claros recorrieron con aversión los azulejos grises que cubrían la sala. El lugar era más espantoso de lo que había oído hablar. Un sitio oscuro de altos techos de madera vieja. Un par de bancos contra una pared y un paragüero oxidado eran los únicos objetos que lo adornaban.

El director del centro era un completo arrogante que se había atrevido a decirle

que enviarían a alguien a su casa para ver cómo se trataba a la niña. «¡Seguramente mil veces mejor que allí!», quiso decirle; sin embargo prefirió no contestarle. Su fulminante mirada había bastado para que el ansioso hombrecillo fuera a buscar a la pequeña.

Cada minuto que pasaba, más se arrepentía de estar haciendo ese favor. Cierto que le apenaba la suerte de la desdichada hija de la panadera, pero era Cameron, y no él, quién debía hacerse cargo de ella.

¡Se había vuelto completamente imbécil! Él, que no quería ataduras de ninguna clase, se iba a convertir en un tutor responsable. Gracias al cielo no estaba solo en eso y contaba con la ayuda de su querida amiga de la infancia, la hermosa lady April Danfort. Sus amigos también habían sido advertidos ya de la llegada de la chiquilla y, con toda seguridad, seguirían en alguna parte muertos de la risa. Los oía como si estuviesen con él en ese momento.

—*¡El loco Nikolai tutor de una criatura!*

Se maldijo una y mil veces mientras escuchaba como se abrían y cerraban puertas en el interior del orfanato. Podría haber enviado a alguien por ella, sin embargo le pareció justo, que siendo primos, fuese él en persona.

La gruesa puerta principal se abrió con un sonido chirriante, y salió una muchachita de mejillas pálidas y ojos azules. Parecía tan pequeña cuando se detuvo en el umbral que Nikolai creyó marearse. Se extrañó que tras aquellos meses metida en ese lugar estuviese todavía con vida. «¿Cómo habían podido llevar a la niña allí? ¡Maldita Irina!»

Ella le miró con recelo. Llevaba las manos unidas por delante de su cuerpo.

—¿Annika Anderson?—preguntó él después de aclararse la voz.

La muchachita asintió con la cabeza, sin moverse del sitio.

La observó con ojos entornados al tiempo que se acercaba a ella. Un gorro de lana en color blanco cubría la pequeña cabeza dejando a la vista un rostro blancuzco, cuyas mejillas iban adquiriendo el tono rojo del frío que flotaba en el vestíbulo.

Nikolai apretó con fuerza los puños enguantados de cuero oscuro contra sus piernas. La niña tenía una cara muy bonita, aunque no pudo precisar su edad. Parecía sana, puede que bastante delgada en el interior del austero abrigo que

llevaba, pero era más alta de lo que le había parecido al verla atravesar la puerta. No sabía que decirle, así que expresó lo primero que se le vino a la cabeza.

—Soy el príncipe Moritz Nikolai Petrov, tu primo, y desde este momento también tu tutor.

Ella lo miró con curiosidad al principio, luego con una chispa de temor y reproche.

—¿Me va a sacar de aquí?

Le encontró un asombroso parecido con Cameron. Sus ojos eran idénticos. Asintió.

—Así es. ¿Cómo te encuentras?

Ella arrugó la nariz con disgusto.

—Más o menos bien, gracias.

—Entonces vámonos, el carruaje nos espera al final de la calle. —Señaló la puerta con impaciencia—. Será mejor que salgamos cuanto antes de aquí. No soporto el hedor de este sitio.

El olor era inaguantable, una mezcla de humedad rancia y huevo podrido al que ella parecía haberse acostumbrado. La miró atentamente, leía la indecisión en su cara. No llevaba equipaje ni bolso de mano. Sus ropas estaban en un lamentable estado y el calzado sucio y lleno de barro.

—¿Vamos? —insistió él.

Annika, con determinación, abrió la marcha hacia la puerta. Estaba por completo anonadada. Su primo, el mismo del que las hermanas Evans le habían hablado tanto, era el hombre más guapo que había visto nunca, y ¡había ido a buscarla! ¡A ella! Se sobresaltó cuando él volvió a romper el silencio.

—Cameron es mi tío, pero creo que ya lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió.

Con un suspiro aliviado, Nikolai caminó a su lado. Era esbelta, sin llegar a ser alta. Le llegaba hasta el hombro y se movía con la agilidad de una gacela, casi con prisa. Ni una sola vez la vio mirar atrás, cosa que no le extrañó.

—Mi madre me ha hablado de usted en alguna ocasión —dijo, sorprendiéndole—. Bueno, de toda su familia —se corrigió.

—Casi prefiero no saber que te han contado.

La joven se encogió de hombros y volvió la cabeza a echarle un vistazo. Le recorrió de manera veloz, con cierta indiferencia en sus claros ojos azules.

Él se alegró de que Annika fuese todavía una mocosa. De haberle mirado así una dama se habría comenzado a preocupar por su aspecto, ellas solían darle un repaso más exhaustivo.

—Señor... excelencia, estoy confundida —le confesó con la vista perdida al frente de nuevo—. No sé por qué había esperado que fuese Cameron quien viniera a buscarme. ¿Él le mandó venir por mí?

—En realidad sí. —La vio arquear sus bonitas cejas cuando volvió a mirarle y se apresuró a explicar—. Tu padre necesita que alguien se haga cargo de ti, y yo estoy disponible.

—No lo entiendo. ¿Mi padre quiere que usted sea mi tutor? —Se detuvo turbada. Se abrazó el cuerpo queriendo entrar en calor y alzó la cabeza hacia él— ¿Por qué?

Nikolai también la miró a los ojos.

—Si te parece hablamos mejor en el trayecto, si no entramos rápido en el coche te vas a congelar —Para confirmar el frío que hacía, una ráfaga de viento les empujó con fuerza y tuvieron que luchar para no ser arrastrados. Nikolai cogió su brazo y la sostuvo hasta que pudieron iniciar la marcha de nuevo.

El vehículo estaba parado junto a la calzada, y, nada más acercarse, un cochero muy bien abrigado les abrió la puerta deteniendo su descarada mirada en ella. Después saludó a su patrón con un seco movimiento de cabeza.

—Johnny, es la señorita Annika Anderson —La presentó, mientras la hacía entrar en el coche protegiéndola del viento.

Desde el interior, ella observó al chofer sin devolverle la sonrisa. Hacía mucho frío y no entendía que estaba pasando.

El sirviente no se ofendió e hizo una leve reverencia. En cuanto ella se deslizó hacia el fondo, se giró hacia su amo con una expresión de desconcierto. Llevaba con Nikolai muchos años. Era sirviente, cochero y, a veces, su conciencia. En su frente se dibujó una multitud de finas arrugas al fruncir el ceño.

—Por la forma de hablar del señor Pávlov pensé que su hija era más joven —susurró.

—Yo también lo pensé —respondió Nikolai preocupado. De reojo observó a Annika que había vuelto la cara hacia la ventanilla opuesta y observaba la calle—. Apenas he tenido tiempo de intercambiar palabras con ella.

—¿No se habrá confundido de muchacha, alteza?

Nikolai agitó la cabeza. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No lo creo, tiene cierto parecido a él. Vayámonos ya, Johnny, estoy deseando llegar a casa. La visita al hospicio me ha revuelto el estómago.

—No me extraña, alteza, es el lugar más siniestro que he visto nunca. Aquí un día hay una masacre y no se entera nadie. —Se encogió de hombros—. Tampoco se iba a perder gran cosa.

—Con un poco de suerte no lo veremos más —le animó Nikolai.

Antes de reunirse con Annika, observó el edificio por última vez. El aire arrastraba hasta allí el olor de basura podrida. Le pareció ver caras en algunas de las ventanas inferiores. El sitio le ponía los pelos de punta.

El cochero esperó a que Nikolai subiera y cerró la puerta antes de alzarse al pescante. En el interior, las cortinillas de las ventanas se hallaban descorridas dejando penetrar una luz grisácea casi oscura. Todo estaba tapizado de terciopelo burdeos, inclusive el suelo. Fuera parecía que las fuerzas del mal habían despertado de un lento letargo de calma y quietud, y el viento racheado llevaba consigo finísimas gotas de lluvia que golpearon insistentes en el vehículo.

—¿Tienes frío? —preguntó mirándola, al tiempo que tomaba posición en el asiento de enfrente. Ella estaba demasiado erguida y no apoyaba la espalda en el respaldo. Negó con la cabeza, pero él adivinó que mentía. El temblor de sus labios delataba su gesto—. Puedes relajarte, tenemos un camino algo largo por delante.

Ella se tensó todavía más.

—¿Dónde vamos?

—Hacia el Norte, a mi hogar. —Golpeó el techo del carruaje con el puño cerrado y enseguida los caballos comenzaron a moverse sobre los adoquines hasta cruzar el portón de hierro. A partir de ahí el camino era de tierra con bastantes depresiones.

Él fingió no ver el miedo pintado en la mirada de Annika. Sus ojos eran de un

azul gélido, hermosos.

—He notado que no llevas nada de equipaje.

—Cuando me trajeron aquí no me dejaron recoger nada, pero supongo que mis cosas seguirán estando en casa. ¿Por qué lo pregunta? —inquirió, arqueando una ceja de un modo bastante curioso.

Él se encogió de hombros. Lamentaba mucho el aspecto de la niña. Imaginaba que cuando vivía con Olya no habría ido tan desastrada como en ese momento. Puede que no hubieran tenido recursos como para vestirse con el lujo con el que lo hacían las hijas de Irina, pero habían tenido para vestir bien, aunque modestas.

—Lo pregunto por simple curiosidad —respondió, agitando la cabeza—. Pero no importa, me haré cargo de ello. Tendremos que comprarte prendas en mejor estado.

Ella frunció el ceño y le miró molesta.

—No necesito nada, excelencia. Ya le he dicho que mis cosas deben estar en mi casa. Si pudiese llevarme allí se lo agradecería, aunque no me viene mal si me deja en el centro, ya me apaño yo para seguir el camino.

Él suspiró largamente. Se despojó los guantes y los arrojó a un lado sobre el asiento.

—Me temo que eso sea del todo imposible, Annika. ¿Sabes lo que significa que yo sea tu tutor? A partir de este momento vivirás en mi casa bajo mi protección. —Las fosas nasales de la muchacha se dilataron, pero Nikolai continuó hablando, incomodo—. Imagino que estas algo reticente ya que no soy tu padre, pero estoy seguro de que terminarás acostumbrándote.

¿Algo reticente? ¿Acostumbrarse? Ella no podía creer lo que estaba escuchando.

—Usted no es nada mío, excelencia —aseveró, cruzándose de brazos—. No quiero tener que sentirme en deuda.

—En eso te equivocas, como ya te he dicho antes, somos primos —se encogió de hombros y asintió varias veces con el mentón—, un poco lejanos, pero parientes al fin y al cabo. Además, no te preocupes por lo de las deudas, no tengo intención de reclamarte nada.

Ella guardó silencio unos minutos, sin apartar la vista de él. Estudió su caro

atuendo, la chaqueta azul oscuro y los pantalones grises que habían sido cortados a medida. Las altas y elegantes botas de montar lucían una doblez superior de color gris sobre el cuero negro bien lustrado. Era verdaderamente guapo y refinado.

Nikolai percibió la mirada apreciativa de sus ojos azules y súbitamente recuperó su ego. Tampoco para ella era indiferente. ¡Menos mal! Había comenzado a preguntarse si ya las mozas como aquella no le veían atractivo.

Annika bajó la mirada, abrumada, con las mejillas más sonrosadas que hacía unos segundos.

—¿Se lleva usted bien con mi padre?

—Bastante bien, me considero más un amigo que un pariente.

—¿Me está llevando a conocerle?

—Tu padre no está en el país.

Ella bajó la mirada al regazo, pensativa. Después dirigió sus ojos a él.

—No quiere conocerme —apuntó con tono impasible—. Pero no me importa mucho, es mejor así. No hace falta que me mienta sobre ello. Me sorprende que al menos haya ayudado en algún modo a sacarme de Saint André, puede darle las gracias de mi parte.

Nikolai se asombró de que no hubiera decepción en su voz. Fue como si ella hubiera sabido desde el principio que no iba a ver a Cameron en persona y sintió una pizca de lastima.

—Supongo que era lo menos que debía hacer. Puede que yo no sea el más indicado para decirte que le gustaría estar contigo, pero... —Curvó los labios hacia arriba— en este momento tiene bastantes problemas.

—¿Más que yo? —respondió apática. Por primera vez vio en ella un atisbo de resentimiento—. Excelencia, si me permite decirlo, eso es una tontería. Él solito se buscó el problema al enamorarse a mi madre. —Annika alzó una mano y se arrancó el gorro de lana. Una profusión de gruesos rizos, negros como el carbón, se desparramaron desordenadamente sobre sus estrechos hombros. Se pasó las manos sobre la cabeza alborotándose el pelo y se rascó la coronilla con las uñas negras y mal cortadas.

Nikolai se irguió, mirándola con la boca entreabierta, sorprendido. Annika era

una joven muy bonita y más mayor de lo que había imaginado en un principio, a pesar de tener el pelo tan sucio que los mechones caían por su propio peso. Se le secó la garganta. Había esperado una niña de unos doce años.

Disgustado, volvió a estudiarla. Envuelta en aquellas ropas simplonas y pasadas de moda su hermosura pasaba casi inadvertida, solo casi, porque no podía ocultar que era una belleza de piel cremosa y unos preciosos ojos azules que rivalizaban con los cielos del verano. Sus pestañas eran largas y rizadas bajo unas perfectas y delineadas cejas.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó sin poder contenerse. Con desconcierto, sus ojos se posaron en la bonita boca de labios rojos y el delicado mentón. Un sudor frío le recorrió la columna vertebral y apartó la vista de ella con rapidez. Sintió una violenta sacudida de deseo. ¿Cómo era posible que su cuerpo reaccionara de manera tan repentina? No solía pasarle eso, al menos no desde que había sobrepasado los treinta.

Se movió con fastidio en su asiento. Ella presentaba un aspecto demasiado desaseado y mugroso; pero ¡Dios! ¿En qué lío se había metido? Nunca había podido, ni había querido, evitar fijarse en las mujeres bonitas y esa moza tenía algo que llamaba su atención. Solo pensar que iba a tenerla bajo su mismo techo le erizaba todo el vello del cuerpo. ¡Que Dios se apiadara de él y fuera misericordioso!

—Diecisiete —le contestó con las mejillas ruborizadas, como si pudiese leer sus pensamientos.

«¿Diecisiete?» Repitió la mente de Nikolai. ¡Cameron se había vuelto completamente tarumba! Parecía mentira que no le conociese.

—¡Vaya! Tu padre, siempre que se refiere a ti, habla de su pequeña. No esperaba que fueses tan... tan... ¡Creí que eras una niña! —Explotó. En seguida logró controlar su enojo. Ella se sonrojó notablemente, lo que no le extrañó en absoluto, se estaba comportando como un estúpido. Se recordó que a pesar de ese detalle, les separaban más de doce años y él era el adulto, el más adulto—. April se va a sorprender tanto como yo. Por favor, disculpa mi asombro.

—No sé si me sorprende más que usted no conozca mi edad o que mi padre hable de mí con alguien. Es bastante raro, ni siquiera me conoce. —Ella ladeó

los labios en una mueca retorcida—. Pero la verdad es que sería de tontos no conocer mi edad siendo su hija, ¿no lo piensa así usted?

Sin salir de su asombro, Nikolai ignoró su pregunta e inquirió a su vez.

—¿Has ido a la escuela?

—¡Por supuesto que sí, excelencia! Soy pobre, pero no una inculca —contestó fanfarrona—. ¿Qué es lo que le ha dicho mi padre sobre mí?

Nikolai se frotó las manos con vigor. Ella siguió mirándole con extrañeza.

—Me comentó que estabas encerrada en Saint André. Todo su afán era que salieses de allí de inmediato. Él sabe cuánto has sufrido por su culpa y me hizo prometer que te proporcionaría un buen futuro. ¡Maldita sea! —gruñó enfadado—, creí que se trataría de llevarte a una buena escuela, inculcarte una educación. Cosas de esas que se hacen con los... pupilos —Se pasó la mano por el firme mentón—. No tengo ni idea de lo que voy hacer contigo ahora.

Ella ríó ácidamente, totalmente incrédula. Por su expresión pensaba que él estaba desvariando, y no iba muy mal encaminada.

—Creo que mi padre le ha metido en un serio apuro, pero no debe preocuparse por mí. Yo sé arreglármelas sola.

Él no la escuchó. No podía apartar sus ojos de ella.

—Quizá deba decirle a April que te busque un esposo —dijo—. Estás en edad de ello.

Annika negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Yo no voy a casarme nunca, así es que puede dejar de pensar que tiene que buscarme a alguien! Nadie puede obligarme a ello.

—¡Por supuesto que puedo, soy tu tutor!

Ella se atrevió a mostrar un gesto de oposición.

—Pero si se quiere deshacer de mí, ¿por qué no deja que me marche? Eso sería lo más fácil, ¿no?

Nikolai intentó tranquilizarla al ver el destello de miedo que cruzó por sus ojos azules. Miedo y cabezonería.

—De acuerdo, vamos a razonar. Cuéntame, si dejas que te vayas, ¿qué vas hacer y dónde vas a ir.

—Voy a volver a mi casa —respondió con un brillo tenaz en su mirada azul—.

Allí tengo todas mis cosas y...

—Mira, Annika —la interrumpió secamente—, en realidad, me apena tener que decirte que ya no tienes casa. Se dejó de pagar el alquiler cuando te llevaron al hospicio.

—¿¿Qué?! —Se puso tan tensa que Nikolai supo que ahora sí había captado su completa atención— ¿Cómo que no puedo regresar a casa? ¡Claro que puedo hacerlo!

—Siento mucho lo que te ha pasado, la muerte de tu madre ha debido de ser muy dura para ti, pero dudo mucho de que te quede algo en aquella casa. Si lo deseas, en cuanto tenga un hueco libre, nos pasamos a echar un vistazo ¿Te parece?

Ella levantó la vista bruscamente y lo miró. De repente rompió a llorar, derrotada.

—Todas mis cosas y mis recuerdos... todo lo que tengo estaba allí.

—Lo lamento, no he debido de ser tan directo —dijo Nikolai con un tono más amable. Cameron le había defraudado. Se sentía engañado—. Entiendo por lo que estás pasando. Ni siquiera a mí me gusta esta situación; no obstante, ya que vamos a vivir juntos... ambos tendremos que poner de nuestra parte. —Buscó el pañuelo que guardaba en el bolsillo de la chaqueta y se lo tendió.

—¿Vivir juntos? ¿Por qué? —Ella pestañeó con fuerza y le arrancó el pañuelo de la mano—. Yo podría buscarme algún empleo y conseguir otro sitio donde vivir.

—No hay alternativa, le he dado mi palabra a tu padre. Cuanto antes aceptes la realidad...

—La realidad la tengo más que aceptada. Usted tiene razón, mi madre ha muerto y no se puede hacer nada, pero yo no. Soy muy autosuficiente desde siempre. ¿Por qué no puedo ir a vivir sola? No lo entiendo. Lo único que mi padre debía hacer era sacarme de ese lugar. Ya lo ha hecho, pues bien, no veo ningún motivo para no poder marcharme.

—Porque ahora yo soy tu tutor y, sinceramente, no tienes donde caerte muerta.

—Sí que lo tengo. La señora Merrywatter estaría encantada de que me fuese a vivir con ella —respondió con terquedad.

Aquella charla debería estar tranquilizando a Nikolai, pero en vez de eso, se sentía cada vez más inquieto.

—¿La señora Merrywatter?

—Una amiga de mi madre que me conoce desde que era pequeña —respondió—. Usted no tiene por qué hacerse cargo de mí. Cuando me dijo que era mi tutor pensé que me pasaría algún dinero mensualmente y ya está. —Había dejado de llorar, sin embargo su rostro seguía reflejando una enorme confusión—. Yo solo quiero regresar a mi vida. No quiero saber nada de mi padre, no quiero que ningún amigo de mi padre me haga ningún favor —terminó de decir, poniendo su pequeña manita en el tirador de la puerta, con labios temblorosos.

A él se le encogió el corazón, pero no podía dejarla ir. Tampoco quería admitir que desde que había descubierto su edad estaba muy interesado en ella. Tanto como para verla vestida con ropa fina y elegante. El raído abrigo de un tono marrón desteñido no hacía justicia a la belleza poco frecuente de Annika. Si él quería ver a su tía revolcada en su propia ira, ahora tenía el arma ideal para hacerlo.

—¿Quieres que demos la vuelta y te deje en Saint André de nuevo? Por si no lo sabes, el director del centro va a mandar regularmente a alguien para ver cómo te desenvuelves en mi casa.

A pesar de sus esfuerzos por contener el dolor, los labios de Annika temblaron, mostrando una blanca y perfecta dentadura al tiempo que un nuevo acceso de llanto empañaba sus ojos.

—¡Eso es una estupidez y usted lo sabe! Enviaré a alguien, sí, pero solo para recaudar fondos para el centro. —Le miró tan intensamente que Nikolai estuvo a punto de sucumbir—. ¡No lo entiendo!, nadie tiene porque enterarse, por favor, si no me quiere pagar nada no me importa pero...

—He dado mi palabra. Escucha, jovencita, no soy un mal tipo pese a lo que hayas oído y desde luego en mi hogar no te vas a aburrir. Harás lo que quieras, no tendrás que preocuparte por el dinero, ni por las ropas. Podrás incluso dirigir a mis criados a tu antojo. —Cualquier mujer habría aceptado todo eso sin pensarlo, en cambio a esta no parecía importarle—. ¡No puedo creer que quieras

rechazar todo eso! Solo un tonto lo haría.

—¡Pues llámeme tonta si quiere! —dijo, orgullosa.

Él suspiró con fuerza. ¿Cómo podía ser tan cabezona y desconfiada?

Las ventanas empezaron a ser acribilladas por gotas de lluvia que corrían veloces por el cristal.

—¡Pues es lo que hay! ¿No tienes hambre? Por tu aspecto diría que no has comido bien ¿en cuánto tiempo? ¿Dime? —Ella apretó los labios con fuerza—. Imagina todo lo que puedes aprender y disfrutar. Todo eso es tuyo, Annika, tu padre te lo debe. ¿No quieres aprovecharte de eso?

Ella comenzó a dudar y él, al darse cuenta, siguió atacando.

—¡Mírate bien! Eres una chica muy guapa y pareces una pordiosera. No creo que a tu madre le gustaría verte así. —Annika, ofendida, abrió la boca para decir algo, pero luego se mordió la lengua junto con el labio inferior—. Te prometo que no vas a encontrar un sitio mejor.

—Todo eso que dice es muy tentador, pero...

—No tienes nada que perder, Annika. De veras que lo siento, pero es la única opción, esa o el centro, y no creo que te gustase mucho ese sitio, ¿verdad?

—¡Claro que no! —contestó. Por fin apoyó la espalda en el asiento soltando un ruidoso suspiro, como si lo hubiese dado todo por perdido—. ¿Qué pasará cuando se entere Irina de que estoy viviendo con usted? No le va a gustar en absoluto.

—No le va a gustar nada.

Le miró por entre sus larguísimas pestañas color humo.

—¿Y eso no lo molesta? Mi madre no me decía muchas cosas buenas de usted, excelencia.

—No me extraña. Lo raro habría sido lo contrario. Todo el mundo habla de mí. Siempre me han tachado de irresponsable, vividor y un millar de cosas más. Puedes preguntar a veinte personas diferentes y las veinte dirán cosas distintas de mí. Deberías probar a conocerme un poco. No te preocupes por Irina. Sé que no me conoces de nada y para mí esto es tan nuevo como para ti, pero pondré de mi parte para que tengas lo que te pertenece.

Ella asintió, girando la cabeza hacía la ventana. Tenía un bonito y delicado

perfil, como si lo hubiesen esculpido con excepcional dedicación.

—¿Tendré que verles? —preguntó sin mirarlo.

Nikolai tardó unos segundos en responder. Le habría gustado saber qué era lo que ella pensaba, en realidad, de todo lo que estaba sucediendo.

—Me temo que nos cruzaremos con ellos en algún momento. Conociendo a mi tía no me sorprende que antes de lo previsto. —El coche se inclinó ligeramente cuando la rueda se hundió en un charco de barro y nieve. Annika se sujetó con fuerza del tirador para no caer. Nikolai no se movió del sitio, ni siquiera pestañeó—. Por ahora no debemos pensar en ello. —Sus ojos no dejaban de estudiarla imaginando como sería sin el abrigo y aseada. Estaba fascinado.

—¿Por qué Cameron no puede hacerse cargo de mí? —le preguntó volviendo la vista hacia él—. ¿Es por culpa de su esposa, verdad? Siempre hace lo que ella le dice, ¿no?

—Irina no soportaría que él te reconociese —admitió. Desdobló una manta de piel y se la lanzó sobre las piernas—. Le daría una apoplejía de ser así.

Annika se dio prisa en cubrirse, agradecida.

—Seguro que va a esperar la oportunidad de poder acabar conmigo.

—Supongo que sí —contestó Nikolai con una sonrisa y ojos brillantes. Se inclinó a colocarle mejor la manta—. Pero estaremos preparados, además ya no estás sola y yo te protegeré. No tendrás miedo, ¿verdad? Tu padre dijo que eras muy valiente.

—¡Qué sabrá él! —masculló con desprecio.

Nikolai se lió un cigarro, pero no lo encendió.

—Aunque no lo creas, sabe más de ti de lo que piensas.

Ella se encogió de hombros sin interés.

—Supongo que debo darle las gracias por sacarme del centro, excelencia —dijo, dedicándole una mirada tan penetrante que pensó que quizá fuese él quien necesitara protección.

Tendió una mano hacia ella y Annika, desconfiada, se la apretó con timidez.

CAPÍTULO 3

La propiedad de Nikolai estaba alejada de Praga, separada por un bosque de abetos y ascendiendo una peligrosa loma en forma de sinuosas curvas con profundos abismos. Tiempo atrás, el camino había estado peor y no podían pasar dos vehículos a la vez sin tener que echarse sobre el precipicio; sin embargo él mandó arreglar todo aquello y ordenó construir muros de piedras en algunos sitios para que los caballos no se sintieran tentados a saltar sobre las copas de los pinos.

Nikolai era un hombre que poseía lo que deseaba, cierto que había nacido dentro de un marco de lujos y riquezas, pero poco a poco él mismo se había ido forjando una gran fortuna que muchas veces no dudaba en dilapidar a su antojo.

Su hogar era un majestuoso palacete de dos plantas rodeado de extensos jardines. En aquella época, la manta de nieve cubría todo menos el camino arbolado que iba a la casa y que terminaba en una calzada para carruajes. El jardinero se encargaba de limpiarlo todos los días.

Annika descendió del coche disimulando la decepción de no haber sido recogida por Cameron. Su excelencia no le parecía un mal tipo, pero ella hubiera preferido poder conocer a su padre y hablar con él en persona.

Levantó la vista hacía el palacete y observó pasmada la construcción. En la planta superior había amplias galerías con columnas de estuco y una multitud de enormes ventanales.

—¿Usted vive aquí?

Él se detuvo en el tercer escalón que precedía la entrada principal, se volvió a mirarla y asintió.

—Solo en algunas épocas del año. En primavera suelo marcharme y no regreso

hasta el otoño.

Ella entornó sus grandes ojos azules cuando él se volvió a la puerta. Se había levantado un fuerte viento que gemía como fantasmas castigando los muros, arrastrando pesados copos de nieve y agua. Todo el ambiente olía a frío húmedo y lluvia.

Miró su espalda ancha, era un hombre alto e imponente. Era extrañísimo que alguien pudiera ser tan hermoso, por no decir que era imposible que una belleza así pudiera existir y menos en un hombre. Sin embargo era cierto, lo había comprobado durante el trayecto y había luchado contra sí misma para mantener apartada la mirada de él y, sobre todo, no ruborizarse bajo sus brillantes ojos verdes. Tenía una mirada preciosa, una boca perfecta. Hasta su cabello largo y rizado era el más bonito que había visto nunca. No era de extrañar que las hermanas Evans se quisieran casar con él; cualquier mujer querría hacerlo... excepto ella. Annika no iba a casarse nunca. Era una promesa que se había hecho hacía mucho tiempo.

«Por lo menos ya he salido de Saint André», pensó. ¿Qué podía pasar por quedarse a vivir en casa de su primo una temporada? Eso era mejor que estar un solo día más encerrada. Claro que, por otro lado, aceptar todo lo que él ofrecía conllevaba los peligros de depender de alguien como él. Su cautivadora fisonomía y su gran encanto encarnaban una amenaza para una muchachita pundonorosa, sin ninguna experiencia con hombres. Por ese motivo no estaba muy convencida con aquella situación.

La puerta se abrió de par en par y una mujer muy bella estudió a Annika con abierto descaro. Ella también la miró, irguiéndose bajo su abrigo. A su lado se sentía fea e insulsa, como si fuese un patito feo entre los hermosos cisnes. La señora era delgada, de roja cabellera y graciosas pecas diseminadas sobre la nariz recta. El *glamour* parecía rodearla tanto en su manera de vestir como en el potente perfume de lilas que usaba. Algo mareante para el gusto de Annika, que le recordó la mezcla de fragancias que los domingos flotaba en la pequeña iglesia donde el reverendo Miller recitaba el sermón.

—¿Es ella Annika? —le preguntó a Nikolai, con la estupefacción pintada en su bonito rostro.

—Annika Anderson —asintió él. Con delicadeza cogió el codo de la muchacha obligándola a dar un paso al frente. Al hacerlo, el corazón de Annika se agitó cuando la fragancia masculina de su colonia le llenó los sentidos. Admitió que ese hombre la estaba afectando y se sintió terriblemente mal al pensar en su madre. No podía seguir sus pasos y enamorarse de un adinerado caballero. Se puso nerviosa—. Déjame que te presente a lady April Danfort, una buena amiga que te ayudará y te aconsejará en todo lo que necesites.

Annika torció los labios en un gesto de disgusto y chasqueó la lengua.

—No necesito nada, excelencia —respondió ofendida—. Ya le he dicho que he ido a la escuela y he recibido muy buena educación. Mi madre se preocupó de que mi mente no estuviese vacía.

Nikolai frunció el ceño.

—¡Qué bueno! —rió lady Danfort alzando las cejas divertida—. Es un placer conocerte, Annika. Debes perdonar a Nikolai, está acostumbrado a imponer sus propios criterios y a vivir solo. Le va a costar aceptar el hecho de que ahora... hayas entrado en su vida.

Annika sonrió amable e hizo una reverencia.

—Mucho me temo que nos va a costar a los dos —respondió—. Es un placer saludarla, milady.

—Imagino que estarás helada y hambrienta. —April tomó su brazo con afecto haciéndola pasar al interior de la galería—. Vamos a ser grandes amigas, ya lo verás. Conozco a tu padre desde hace años y a él le va a encantar que estemos juntas en esto.

Annika lo dudó, su padre había demostrado que no le importaba nada que estuviese relacionado con ella desde... que nació. Se dejó llevar por lady Danfort hasta el interior de un cálido vestíbulo cubierto de tapices antiguos y sobrios. Nikolai caminaba detrás y, en cuanto la servidumbre se reunió en la galería, fue presentada ante todos. El recibimiento no pudo apartar la incomodidad y los nervios de toda aquella gente desconocida que la observaba con atención. Se atrevió a devolver algunas tímidas sonrisas, pero no dijo ni una sola palabra. Allí parecía haber más gente que en toda su barriada y ella era el centro de atención, como cuando iban en Navidad a comprar un puerco para

asarlo y primero los estudiaban a ver cuál les gustaba más.

Abochornada, se dio cuenta de que no presentaba su mejor aspecto. Tenía el cabello sucio y revuelto sobre su espalda, el abrigo roto y las botas hechas un desastre. Mortificada, se metió las manos en los bolsillos.

—Pueden seguir con sus quehaceres —les despidió April dando una fuerte palmada. Se dirigió a Annika—, pronto te habituarás a estar aquí. Déjame que te enseñe un poco la casa. Es bastante grande aunque hay varias salas de las que Nikolai no hace uso. Luego te prometo que dejaré que descanses y comas algo, estás terriblemente delgada. ¿Eres así o es que has perdido peso en ese lugar?

Annika levantó una ceja delicadamente dibujada. Se miró desde el pecho hasta los pies y se encogió de hombros.

—No me hagas caso —volvió a decir April cogiéndola otra vez del brazo—, vamos. —Guió a la joven por la casa mostrándole las recámaras más importantes. Cada habitación desplegaba abundancia y buen gusto. Desde las cocinas, el salón, la biblioteca, una exquisita sala de baile, hasta un gabinete octogonal lleno de paneles de cristal que dejaban pasar la luz natural del día y que era donde se almorzaba. Los suelos que no se hallaban cubiertos con ricas alfombras, lucían brillantes y pulidos en formas de mosaico.

—Es todo muy bonito —dijo Annika cuando volvieron de nuevo al vestíbulo. Estaba totalmente impresionada. Parecía mentira que algunos se muriesen de hambre y allí hubiese tanto lujo que no sabían qué hacer con él. Desde luego no culpaba a nadie, pero sí le parecía injusto.

Milady le puso las manos sobre los hombros empujándola con suavidad hacia la señora que se había presentado como ama de llaves, Emma Tomson, y que esperaba al principio de la escalera.

—Ella te mostrará el dormitorio aunque ahora creo que deberíamos cambiarlo, ¿verdad, Nikolai? —dijo April, mirando al hombre con una media sonrisa—. Nadie me comentó qué edad tenías —se volvió a ella con un gesto de disculpa—, y lo he preparado todo demasiado infantil. Bueno, no pasa nada, como próximamente viajaremos a París dejaremos que la señora Tomson se haga cargo de ello, si te parece.

—Por mí no tienen que molestarse, de verdad. No quiero ser un estorbo.

—No eres ningún estorbo, Annika —expresó Nikolai, adelantándose. Esbozó una suave sonrisa—, cualquier cosa que necesites se lo dices a la señora Tomson.

—Yo haré todo lo posible por que se sienta muy a gusto aquí —dijo la mujer con dulzura.

Nikolai asintió satisfecho.

—Con vuestro permiso os voy a dejar. Tengo que solucionar algo con Johnny. April, nos vemos en un rato en la biblioteca, tengo que hablar varias cosas contigo.

—De nuevo gracias por todo, excelencia —le dijo Annika antes de que se fuera.

Él se volvió nuevamente a ella.

—No tienes que darlas —respondió. Con paso firme y seguro abandonó el vestíbulo.

La joven observó lo alto de la escalera con reparo.

—Todo va a estar bien —aseguró April con una sonrisa.

Ella asintió. ¿Qué podría ir mal en aquel palacio? Cansada, deseaba pasar un rato a solas y pensar. Por lo menos sabía que lady Danfort era muy agradable, tenía un carácter afable y parecía honesta.

—¿Usted vive aquí, milady?

—Llámame April, me hace más joven, y no —negó con la cabeza. Annika miró a la mujer, rondaba los veinticinco años—. Yo tengo mi casa en la ciudad, pero nos veremos mucho. Vendré siempre que lo necesites.

«Si no vivía allí y se manejaba como una magnífica anfitriona, solo podía significar que era amante de Nikolai. De haber sido su prometida la habría presentado como tal», pensó Annika.

Sin saber qué decir dio las gracias de nuevo y siguió a la sirvienta por las anchas escalinatas. Recorrieron varios pasillos. En las paredes había un montón de retratos que supuso que eran antepasados de Nikolai aunque no encontró ningún parecido físico. Él era increíblemente guapo y dorado, con una fuerza que emanaba de su imponente cuerpo. Su sonrisa canalla ofrecía a su mirada verde un irresistible brillo.

—Este es vuestro dormitorio —indicó la señora Tomson empujando una puerta

laqueada.

Involuntariamente los ojos de Annika se abrieron como platos. Nunca había visto ningún sitio igual. La alcoba era tres veces más grande que el salón de la casita en la que había vivido. El lujo, las telas brillantes, la enorme chimenea donde el fuego vibraba con fuerza... En el centro de la habitación había una cama adosada con una gama de colores que iban desde el violeta al fucsia, pasando por todos los tonos del rosa. La alfombra que revestía el suelo era más blanca que la misma nieve que cubría el jardín y bastante espesa. Annika tuvo miedo de ensuciarla con sus botas y la esquivó. ¿Aquello era para ella sola?

—Lady Danfort ha trabajado mucho para que todo fuera de su agrado.

—Es un dormitorio precioso —respondió volviendo a repasar la estancia, esta vez más despacio—. ¡No puedo creer que todo esto sea para mí!

—Pues si me permite decírselo, yo pienso que esta alcoba le va perfecta. El resto de las habitaciones también son grandes, pero mucho más serias —le aseguró.

—¡Me encanta tal y como está!, no me gustaría que cambiaran nada —dijo, sintiéndose de pronto más animada. Eso precisamente era lo que Olya había deseado para ella. Lo que había pensado que iban a disfrutar en un futuro cuando sus padres se casasen. Tragó con dificultad.

¡Matrimonio!

La palabra cruzó con asco por su mente y la apartó con velocidad. Caminó hasta la ventana rozando los muebles con las puntas de los dedos. Su tacto era delicioso. Descorrió las cortinas con curiosidad. El paisaje era impresionante, grandioso. La casa estaba construida en un alto muy elevado y toda la parte trasera miraba a un despeñadero rocoso de abetos y pinos. Annika descubrió varias casitas diseminadas de manera muy pintoresca, sin embargo no alcanzó ver el fondo del barranco aunque pegó la nariz en el frío cristal.

—Me alegro mucho de que le guste el dormitorio, señorita Anderson, milady se sentirá muy contenta. —Emma, una mujer de opulentas carnes y ojos color del caramelo, la estudió con una sonrisa amable—. Lamento mucho la pérdida de su madre, debe de estar pasándolo mal.

Annika asintió y se giró a ella alejándose de la ventana. Sus ojos se llenaron de

lágrimas.

—Gracias —respondió con voz temblorosa. Se encogió de hombros con dolor—. La echo mucho de menos.

—No se ponga triste, señorita, a veces es mejor llorar y desahogarse. Estoy segura de que estando en ese lugar tan feo no ha tenido tiempo de llorarla como hubiese querido.

Ella hizo una mueca afirmativa. En Saint André se había acordado mucho de Olya, pero no había tenido tiempo de asimilar su muerte.

—Si necesita hablar o un hombro sobre el que llorar... —Emma señaló el suyo con pequeños golpecitos de la mano— aquí tiene uno bien gordo. —Consiguió hacerla sonreír—. Elvira no tardará en subir, ella será su doncella y la atenderá personalmente. ¿Quiere mientras tanto que prepare un baño, o le suba algo de comer?, o quizá prefiera descansar un poco —le preguntó, acercándose a la cama para mullir la almohada.

Ella agitó la cabeza y se retiró la humedad de los ojos con el dorso de la mano.

—¿Sería posible que pudiese salir a pasear un poco? Me gustaría poder estirar las piernas, caminar y estar sola.

La mujer esbozó una sonrisa.

—¡Claro que sí, señorita Anderson! Puede coger cualquier abrigo de los percheros de abajo, ninguna de las chicas dirá nada. Ese que tiene se ve muy desgastado. —Se acercó a ella para ayudarla quitárselo, pero Annika se apartó con rapidez. Se lo quitó sola. La mujer, incómoda, se dirigió a la puerta—. No se salga del camino que con tanta nieve puede ser peligroso.

—Es usted muy gentil, señora Tomson —respondió dejando su abrigo sobre el respaldo de la silla del tocador. El gran espejo ovalado devolvió una imagen que no reconoció. El vestido le quedaba muy ancho. Estaba sucio y hecho jirones. El cabello también era un completo desastre, los bucles enredados en una espesa melena que caían sin orden por sus hombros y espalda. Ladeó la cabeza sobre un cuello largo y grácil y se examinó con serenidad. Sus pómulos eran delicadamente altos, más pronunciados de lo normal por todo el peso que había perdido desde que murió su madre. Su nariz, pequeña y algo respingona, siempre le había parecido graciosa.

Rebuscó el gorro de lana del bolsillo y, recogiendo todos los cabellos en él, se cubrió tapando las cejas. El ama de llaves la observaba con compasión.

—Mi trabajo es hacer que usted se encuentre bien con nosotros. No se alejará mucho, ¿verdad? Elvira preparará un baño para cuando llegue, verá cómo se sentirá mucho mejor. —Emma paseó con dulzura sus ojos sobre ella y movió la cabeza hacía un lado—. Si necesita alguna cosa no dude en pedirla. En la parte trasera hay un invernadero precioso que seguro le encantará. Allí es donde suele estar su alteza la mayoría de las veces.

—Gracias, me gustan las plantas, me agrada conocerlo. ¿Lleva mucho tiempo trabajando en esta casa, señora Tomson?

Ambas se dirigieron a la planta baja.

—Sí, mucho tiempo —afirmó con una sonrisa—. Serví al antiguo dueño que perdió la propiedad hace trece años de tantas deudas como tenía. Le gustaba vivir por encima de sus expectativas. El príncipe Nikolai le permitió a la servidumbre continuar aquí.

Annika abrió la boca sorprendidamente.

—¡Pobre! ¿Cómo puede llegar arruinarse alguien que, obviamente, era próspero?

—¿¡Pobre!?! —repitió la mujer, incrédula—. ¡Es lo mejor que pudo pasarle! Era un hombre horrible, siempre gritando e insultándonos. Creo que por eso tenemos un gran cariño por su alteza, él nos liberó de ese tirano.

—¿Cómo es eso?

—Rescató al barón de sus deudas a cambio de que le entregase la propiedad.

De repente Annika sintió curiosidad por Nikolai. Había oído decir muchas cosas de él, cosas que había escuchado... que se comentaban... pero él tenía razón. Quizá debía darse la oportunidad de conocerle. La señora Tomson debía saber de él mejor que muchos.

—¿Cómo es el príncipe Petrov? —preguntó, mirando con atención los sitios por donde iban pasando. Todo cuanto les rodeaba era impresionante—. Su excelencia debe de ser un hombre muy rico para poder permitirse todo esto.

—Lo es —admitió la mujer—, uno de los hombres más ricos de Praga, pero puedo jurar que pocas veces le he visto alardear de ello. La gente suele decir

barbaridades de él. —Emma agitó la cabeza, molesta—. Es porque no le conocen en absoluto. Es una persona amable y comprensiva, bastante tolerante. Parece un poco serio y admito que algunas veces infunde temor. Tiene sus motivos para ser como es y para hacer lo que hace. Ya lo iré descubriendo con el tiempo. A veces es como un niño grande. Pero nunca ha hecho nada malo ni horrible, se lo aseguro.

Annika suspiró satisfecha, al menos el hombre con el que iba a vivir no era un sádico, ni un castigador, ni nada de eso.

Pasaron junto a la biblioteca. La puerta estaba cerrada y del interior llegaba la voz apagada de April. Annika intuyó que estaban hablando de ella, sin embargo la señora Tomson no se detuvo y caminaron de largo. Atravesaron el vestíbulo hacía el corredor donde se encontraban las habitaciones de la servidumbre y se detuvieron ante un perchero que colgaba de la pared. Había varias prendas, desde una gruesa chaqueta de jardinero hasta un impermeable de color negro. Emma le entregó un confortable abrigo con las solapas y los puños confeccionados en piel.

—¿Señora Tomson, usted conoce a mi... a Cameron Edwards Pávlov? —preguntó, mirándola. El ama de llaves tenía un ligero parecido con la señora Merrywatter. Veía sinceridad en su mirada y le agradaba que fuese tan fiel a su primo.

—¡Por supuesto que conozco bien a su padre! El señor Pávlov viene mucho por aquí, de hecho comparte mucho tiempo con su alteza y es un visitante asiduo. —Se dirigieron a la puerta principal—. He escuchado que tenía varios negocios importantes y estará una larga temporada sin venir. Usted se parece un poco a él. Sus ojos, son iguales.

Johnny, que acababa de entrar, dejó la puerta entornada.

—¿Va a salir, señorita? Hace mucho frío fuera y parece que se está levantando ventisca.

—No voy a ir muy lejos, solo necesito caminar un poco.

—No sé si a su alteza le parecerá bien.

—Johnny —Emma le puso la mano en el brazo y le señaló—: solo va a dar un paseo. Va a estar aquí cerca. —El viento arrastró varios copos de nieve que

rodaron sobre la alfombra de la entrada—. No se va a demorar mucho, ¿verdad, señorita? Van a servir la cena en un par de horas más o menos. —Entregó a la muchacha un juego de guantes de cuero que le quedaron enormes—. No salga de la residencia, por favor, y no se aparte del camino.

Annika se enterneció al sentir la preocupación del ama de llaves y de Johnny. Últimamente no escuchaba muchas palabras amables.

—No voy a huir si es eso lo que les preocupa. —Se abrochó el botón superior y sintió la suave piel contra el cuello de forma agradable. Una brizna de perfume fresco alcanzó sus fosas nasales—. No tengo dónde ir.

Salió antes de ver asentir a los empleados.

«No tengo dónde ir», se volvió a repetir conteniendo las ganas de llorar. Miró la nieve espesa que se extendía hasta más allá del camino principal. Huir en aquel momento hubiera sido una completa locura. Como había dicho Moritz Nikolai Petrov, no tenía ni donde caerse muerta.

April y Nikolai estaban encerrados en la biblioteca. Era pronto para beber, pero Nikolai vació su segundo vaso de whisky y comenzó a servirse el tercero.

—¡En cuanto agarre a mi tío lo mato! —volvió a gruñir depositando el botellón de cristal con fuerza sobre la bandeja. Todas las copas de al lado emitieron un suave tintineo—. ¡No puedo creer lo que ha hecho! Y yo he sido tan estúpido por haber accedido... ¡Dime que no llevo razón, April!

—La tienes —respondió ella, sabiendo que eso era lo que él quería oír. Le siguió con la vista. Nikolai no hacía más que pasearse de un lado a otro de la habitación con largas zancadas—. Yo estoy tan confusa como tú. También creí que Annika era más joven, reconozco que el impacto ha sido grande. Pero lo que está claro es que no es ninguna niña, y si lo pensamos bien, Nikolai, no significa que Cameron nos mintiese. Simplemente nosotros tampoco preguntamos.

Nikolai se paró y levantó sus ojos verdes a ella, mirándola con intensidad.

—Lo último que deseo es que mi casa se llene de pretendientes o que yo me

tenga que convertir en su carabina. Cameron querrá que presentemos a su hija en sociedad ahora que es de las nuestras y yo no tengo tiempo para eso.

—No te preocupes, Nikolai. No creo que él espere que hagas tal cosa. Para que ella pueda acudir a alguna reunión tiene que aprender bastante. Ahora es una Petrova y tarde o temprano deberá hacerlo. Por otro lado, el que la tuteles no tiene por qué interferir en tus negocios.

—¡Joder, April! ¿Qué pasará cuando los chicos la vean? Ya sabes lo enamoradizos que son Greysort o Luke. En cuanto tienen un rostro bonito frente a sí, se les pone cara de perros en celo. Voy a tener que echarlos a patadas de aquí.

—Para eso estás tú. ¿No? Además estás exagerando.

—¡Yo no soy su padre!

—Nadie te obligó a hacerlo, Nikolai. Le diste tu palabra a Cameron. —April frunció los labios en un mohín—. ¿Qué más da la edad que tenga? Va a ser divertido ver la reacción de Irina. Quizá hasta debas presentar a Annika en la misma temporada que sus hermanastras. — Nikolai bebió varios sorbos y se sentó en un cómodo sillón de piel oscura—. ¿Ha preguntado por su padre?

Él asintió.

—La ha sorprendido que fuese yo a buscarla en vez de él, pero no le ha importado mucho.

—No me extraña. ¡No me mires así, Nikolai! En eso no tengo más remedio que estar de acuerdo con ella. Ya sabes lo que pienso, y Cameron también. Le dije mil veces que si en verdad amaba a esa mujer que se liara la manta a la cabeza y buscase su felicidad, pero ya ves, prefirió seguir con Irina.

—April, si te hubiera hecho caso mi tía no le habría permitido ver a mis primas nunca, y ellas le habrían odiado. Mi tío las quiere aunque sean unas bobaliconas.

—Puede que Annika no sepa que Cameron amó mucho a Olya —dijo ella con un poco de lástima.

Nikolai se encogió de hombros dejando vagar sus ojos verdes por la puerta cerrada de la biblioteca. Después volvió a mirarla a ella.

—¿Te has fijado que tiene los mismos ojos que él?

April se acercó a Nikolai y apoyó las caderas en la mesa del frente cruzándose

de brazos sobre el pecho. Sonrió divertida.

—Veo que tú te has fijado más que de sobra. —Él no tenía ganas de broma y lo dejó patente con una mirada más bien oscura que ella prefirió ignorar—. ¿Has pensado que con su edad necesitará una dama de compañía?

Él alzó las cejas.

—¡Maldita la hora en que se me ocurrió la brillante idea!

—Te aconsejaría que pensases un poco en ella. Sin madre, sin padre... está sola en el mundo.

—No te pongas melodramática, hay gente que lo pasa peor.

—Ya, pero Annika es tu prima y además aprecias a Cameron.

—¿Según tú no tendría que decirle nada? ¿Debería aceptar su engaño y dejar las cosas como están?

April ladeó la cabeza.

—¡Yo no estoy diciendo nada de eso! Me sorprende que Cameron no te conozca, Nikolai. Sabe que siempre estás en el centro de mira de todos y sabe por qué. Lo que no entiendo es cómo te ha dejado al cuidado de Annika.

Él entrecerró los ojos al pensarlo bien.

—Yo sí. Es porque de ese modo piensa que voy a dejar de llamar la atención y de poner en ridículo a la familia. No entiende que para dedicarme a lo que hago, es precisamente eso lo que necesito hacer. Es mi mejor tapadera.

April asintió.

—Cada vez que tienes un empleo de los tuyos todos tememos por tu vida y la de los muchachos. Puede que en el fondo él quiera que zanches ya con ese asunto.

—Adoro lo que hago, April. Nunca me he sentido tan vivo como cuando recupero las obras de arte robadas. No somos imbéciles, y sabemos que a veces nos exponemos innecesariamente al peligro, pero es algo que llevamos en la sangre.

—De ellos puedo entenderlo. Luke sueña con dedicarse a la política y ser alguien importante, llevar una comisión cuesta su fortuna, y el resto también tiene sus propósitos en el futuro. Pero tú, Nikolai, tienes todo lo que un hombre puede desear.

—No lo hago por dinero, April.

—Lo sé... y también sé que si no te retiras nunca, acabarás asesinado en algún sucio callejón.

Nikolai se frotó las sienes, comenzaba a dolerle la cabeza. Y no por pensar en su trabajo, que para él era algo que hacía por placer. Si alguien robaba algo, él se dedicaba a recuperarlo. No era un simple detective, era, quizá, el más cotizado. Le conocían como el «Caballero de la Sombra», y solo se podía contactar con él a través de un par de personas. Y ni siquiera ellas sabían sus verdaderas identidades.

—Voy hablar con Cameron. —La miró, preguntándose cómo nunca se había enamorado de ella siendo tan hermosa. La roja cabellera se hallaba recogida sobre la coronilla en un trenzado muy elaborado, dejando la frente lisa al descubierto. Los ojos grises, expresivos, eran sin duda uno de sus mejores atributos junto a los generosos pechos que apretaban el escote del vestido amenazando con escapar por los bordes. En verdad, April alguna vez había despertado su deseo, pero nunca se había atrevido a insinuarse a ella—. ¿Por qué no te alojas con nosotros en París? Podrías dar algunos consejos a Annika sobre cómo comportarse en alguna ceremonia importante. Qué lo haga como tú.

—¿Como yo? —Ella soltó una carcajada bastante cínica—. ¡Estás loco! ¡Soy la concubina de Bohemia! Cameron te mataría.

—¡No digas eso, April! Sabes que lo odio. Que te guste disfrutar de la vida no te convierte en ninguna puta.

—Que quieras joder a Irina no te convierte en un irresponsable —respondió con genuina rapidez. Seguidamente se echó a reír—, me encantas cuando te pones así, Nikolai. —Sus ojos grises brillaron divertidos—. Eres un verdadero caballero aunque pretendas negarlo. Pero estoy hablando en serio, ya sabes que reputación tengo.

Él apretó la boca, enojado.

—En serio, April, de todas las mujeres que conozco tú eres la más cuerda, además esa muchacha... tiene que aprender a defenderse. Es tan inocente... Tú eres la persona ideal, también tienes esa doncella que has traído. Si no lo haces por ella hazlo por mí. No me gustaría tener que ir retando a duelo a todo el que se quiera proparar con ella. Tú sabes que hacer para parar los pies de esa clase

de tipos.

—Tú también sabes, Nikolai. Adiéstrola con las armas.

Él se echó a reír.

—Estás loca. Además no quiero que ella sepa nada. Cuanto menos la involucremos en nuestros asuntos, mejor. Hazlo por mí, por favor.

April elevó los ojos al techo raso dejándolos en blanco unas décimas de segundo.

—Elvira ayudará a Annika en todo lo posible, pero no deja de ser una simple doncella. Aparte de eso sé que esa jovencita sabe defenderse bien. He visto el orgullo reflejado en sus ojos y la posición de su elevado mentón. No creo que sea tan dulce y apaciguada como aparenta.

—April, Annika ahora mismo no tiene reputación de ninguna clase y es muy vulnerable. —Ladeó la cabeza tratándola de convencer con ojos suplicantes—. Viene de Saint André.

—¡Apenas ha estado allí unos meses! ¡Por favor, no puedes compararla con esa gentuza!

—Es una bastarda.

April respiró con fuerza como si estuviera luchando contra sus emociones. Finalmente asintió.

—Tienes razón —dijo enderezándose. Caminó hasta el ventanal y desde allí observó a la joven que se había sentado sobre un tocón de madera en medio del jardín—. Me da pena. No ha debido tener una vida fácil. Vivir en la pobreza sabiendo que su padre es un hombre muy rico... ¡Qué horrible!

Nikolai se levantó avanzando hacia ella. Ambos la miraron en silencio.

Annika se abrazaba el cuerpo con ambos brazos, tenía la vista perdida sobre un montón de leña cortada, de seguro pensando en lo que acaba de acontecer a su vida. Con el gorro de lana cubriendo su cabeza parecía una niña pequeña.

—¡Tienes razón! —volvió a repetir April más animada—. ¡Vamos a hacerla feliz! Mañana mismo llamaré a mi modista. —Apartó los ojos de ella y miró a Nikolai—. Haré que sea una de las damas más populares de nuestra sociedad. Irina y tus primas se retorcerán de la envidia y los celos.

De improviso, él se le acercó y le dio un rápido beso en su mejilla.

—Sabía que podía contar contigo, eres una gran amiga, April. Por cierto, voy a salir y quizá me demore, depende del tiempo que tarde en encontrar a Cameron.

Milady se tensó, siguiéndole, olvidándose por el momento de Annika. Él acababa de recoger su chaqueta y se dirigía hacia la puerta.

—Nikolai —le llamó.

La miró, tranquilizándola.

—Voy a informarle, por lo menos que sepa que he sacado a la chica de allí.

—¿Es un sitio tan malo como dicen?

Nikolai respondió con un gruñido evasivo.

—¿Saint André? No es malo, es peor que malo.

April aspiró con fuerza.

—Intenta no pegarle, es tu tío y lo está pasando mal.

— Lo intentaré —respondió. Su tono no sonó demasiado convincente.

CAPÍTULO 4

Nikolai se detuvo súbitamente antes de entrar a la antesala de uno de los clubs que Cameron frecuentaba. Las lustrosas y coloridas paredes estaban adornadas con pinturas al óleo y lujosos cortinones. Preguntó a un camarero por su tío y este asintió señalándole uno de los reservados. Era el tercer pub que miraba esa noche.

Cameron charlaba con varios caballeros, pero se excusó enseguida nada más advertir su presencia.

—¡Vaya, no había esperado verte tan pronto, Nikolai! —le saludó. Después lo miró un poco desconfiado, algo pálido—. No te habrás arrepentido de lo que hablamos, ¿verdad?

—Es un poco tarde para eso, tengo a tu hija en casa. ¿Por qué no me dijiste su edad?

El color volvió a apoderarse de las mejillas de Cameron. En su rostro se reflejaban los prismas de luz que emitía una gigantesca lámpara de araña.

—No te enfades, Nikolai, comprende. Eres la única persona que puede ayudarme, la única en la que puedo confiar para que Annika se encuentre bien. ¿Por qué? ¿Te ha dicho ella algo?

—¡No, no! —exclamó—. Ella apenas ha abierto la boca, es solo que no me esperaba... Tu hija es... es mayor, y bastante bonita.

—Tiene que serlo, Olya lo era —afirmó con amargura.

—Debiste haberme dicho que no era una niña.

—Tienes razón, aunque pensé que lo sabrías —afirmó, restregándose los labios con una mano, desesperado—. Pero ¿qué podía hacer? ¿Dejar que siguiera encerrada en ese sitio?

—¡No lo sé, maldita sea! Pero ¿sabes en el aprieto en que me has puesto? Con su llegada no solo he tenido que poner la casa patas arriba, ahora April me ha dicho algo de una dama de compañía. ¿Qué se supone que tengo que hacer con ella? Si me hubieses dicho antes...

—No habrías aceptado. ¿Qué querías, que se lo pidiera a Jonas? ¿A Luke?

—Cameron agitó la cabeza con ofuscación. Su sobrino intentó protestar, pero Cameron alzó su mano—. Por favor, Nikolai, hazlo por mí —le suplicó.

Nikolai pidió al camarero que le sirvieran unos tragos y se fueron a sentar en unos altos taburetes frente a la barra de las bebidas.

—Nikolai, procura a Annika una buena dote y cájala.

—No creo que eso sea tan fácil —refunfuñó—. Ella no parece muy dispuesta a confiar en mí. Si ha accedido a quedarse en casa es porque la he amenazado con devolverla al orfanato.

—¿Cómo se te ocurre?

Nikolai oscureció la mirada.

—¿Prefieres que deje que se marche?

—No, no, claro.

—Pensar que ella hubiera venido dócilmente conmigo sin saber nada de mí es una majadería. Me pareció mucho mejor coaccionarla.

—Chantajearla emocionalmente.

—Sí, eso. Además, entre otras cosas me ha dado a entender que no está dispuesta a comprometerse de momento.

—¿Y qué más da lo que ella diga?! Oblígala. Ella debe casarse y ser feliz.

Nikolai le miró impertérrito.

—¿Como hicieron contigo? ¡Oh por favor, Cameron!

—Irina está buscando esposos a mis hijas.

—Eso es diferente —contestó Nikolai soltando un suspiro, luego se echó a reír—, tu mujer lo va a tener difícil. ¡Ojo! No por tus hijas, sino porque los pretendientes se van a asustar al saber la clase de suegra que van a tener.

Cameron se encogió de hombros con una mueca divertida.

—Esa es la ventaja que tendrá Annika, solo se las tendrán que ver contigo. Deja que ella conozca a alguien y se enamore. No tienes por qué obligarla tan

pronto, es más, que decida ella.

—Es guapa y llamará enseguida la atención —le aseguró Nikolai.

—¿Y cómo está? ¿Qué ha dicho de que no he ido yo a recogerla? Debe odiarme.

Nikolai se encogió de hombros.

—De hecho no quiere verte ni saber nada de ti —admitió—, pero está bien, algo desnutrida por el encierro. ¿Tú conoces Saint André?

—Solo de oídas.

—Aquello es un calabozo. Irina no tiene ni pizca de idea de donde envió a la muchacha. Podría haber perecido.

Cameron bebió un sorbo de su vaso y se relamió los labios.

—Mi esposa sería capaz de matarla, y tu padre lo apoyaría. —Terminó de beber el contenido de golpe y pidió otro.

Nikolai le señaló con el mentón el vaso.

—No creo que la mejor solución para tus problemas sea beber de esta manera.

Cerrando fuerte un puño, Cameron se frotó los ojos, decidido a no llorar delante de Nikolai. Respondió con voz temblorosa.

—¡Claro que no! Esta mierda no me soluciona nada, pero me ayuda a olvidarme de Olya. —Cogió el segundo vaso y lo acabó en un santiamén.

Nikolai se sintió culpable por haber ido a reprocharle. Su tío estaba atravesando el peor momento de su vida. Ese en el que uno se arrepiente de todos los errores cometidos a lo largo de los años.

—Si no tienes inconveniente me quedaré contigo haciéndote compañía.

Cuando llegó a casa, la oscuridad cubría el exterior. April y Annika, después de cenar, se habían retirado a una acogedora estancia de la planta baja donde una buena lumbre crepitaba con fuerza en la chimenea. Las lámparas labradas de gas estaban encendidas aportando a la habitación una cálida iluminación.

Él había imaginado que la muchacha se vería bonita cuando estuviese aseada,

sin embargo la palabra bonita quedaba insípida. Verla bañada, con el brillante cabello limpio y la pálida piel adquiriendo el reflejo de las llamas era mucho más de lo que él o cualquier hombre hubiese esperado. Absorbió cada curva de su cuerpo, regocijándose por el excitante efecto que provocaba en él. Annika era un dulce y jugoso néctar.

Sin entrar en la sala, carraspeó llamando la atención de ambas.

—Buenas noches.

April estaba recostada en un diván leyendo en voz alta mientras Annika, envuelta en una bata de franela, sentada en una butaca, escuchaba. La pelirroja fue la primera en levantar la cabeza, retiró el libro a un lado y bajó las piernas al suelo.

—¡Ya estás aquí, Nikolai! Esperaba que vinieses antes.

—Sí, lo siento mucho. Se me ha hecho tarde. Será mejor que te quedes a dormir esta noche, April. Ha comenzado a llover y los caminos no están muy bien para viajar ahora.

—Sí, ya lo había pensado. ¿Cómo te ha ido?

Nikolai no quería hablar de Cameron en ese momento por lo que se limitó a asentir con la cabeza.

—Bien, todo perfecto. —Clavó sus ojos en Annika—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Has cenado bien?

—Muy bien, excelencia —contestó de modo sumiso. Se la veía agotada, con rosadas ojeras y los parpados ligeramente hinchados.

—Alteza, ¿deseáis que os sirva la cena? —preguntó la señora Tomson tras él. Nikolai se giró a ella. Suspiró y se frotó la parte de atrás de su cuello para aliviar la tensión acumulada en ese punto.

—Sí, por favor. —Recordó la montaña de papeles sobre su escritorio. Eran documentos importantes que no podía retrasar—. Tengo un montón de obligaciones antes de poder ir a dormir. Lléveme la bandeja al despacho.

April estaba desando saber qué había pasado en su encuentro con Cameron. Le miró con atención.

—¿Quieres que te acompañe?

Antes de que él respondiera, Annika se levantó tímidamente del sillón.

—Si no les importa, yo estoy cansada y me gustaría retirarme ya.

Él pintó una sonrisa afable en su boca firme.

—Como tú desees, Annika. Señora Tomson, ¿le importaría acompañarla a su recámara? Hoy ha sido un día muy largo para todos.

En cuanto su alteza había llegado, las piernas de Annika habían comenzado a flojear al mismo tiempo que su corazón saltaba disparado. La presencia de Nikolai provocaba en ella una desconocida sensación que lograba acelerar su pulso hasta límites insospechados y le impedía apartar los ojos de él. Era un hombre totalmente irresistible. Por eso en cuanto tuvo oportunidad, prefirió marcharse a su dormitorio. Por eso y porque había intuido la urgencia en la voz de April al dirigirse a él.

Se metió a dormir y antes de darse cuenta cayó completamente rendida. Habían sido muchas emociones juntas en el mismo día. Esa noche estaba tan agotada que no debía haber soñado con nada, sin embargo otra vez regresó una de sus peores pesadillas. Un hombre apaleando y maltratando a su esposa. Era consciente de que la señora Merrywatter y su madre eran las impulsoras de que ese sueño le acosase. Ella era pequeña, pero las había escuchado hablar muchas veces del señor Jon, sobre todo cuando la señora Merrywatter se escondía llorando en su casa después de que él la hubiese golpeado. En una de esas peleas, la mujer había estado a punto de morir y cuando había querido denunciarlo, Jon se había defendido alegando que había sido un accidente y que después de todo ella era su esposa. ¡Su esposa! ¡Qué fácil era hacer sentir que una persona podía pertenecer a otra! Las cosas que un marido tenía permitido hacer eran tan insoportables que desde aquel mismo momento Annika había cogido miedo al matrimonio. Si había algo que había aprendido de estas conversaciones era que cada persona poseía sus propios derechos y nadie tenía el poder de pasarlo por alto. Suficiente que en el orfanato hubiera estado obligada a obedecer las órdenes de la gobernanta, pero jamás pensaba entregar ese poder a

un hombre para que controlase su vida.

Cuando despertó, todo estaba a oscuras y pensó que seguía siendo de noche. Tardó apenas unos segundos en recordar todo lo que había sucedido y se despejó de golpe y porrazo. Para comprobar que su mente no estaba jugándole una mala pasada, se apresuró a descorrer la gruesa cortina. Con cierto alivio observó el cielo plomizo y espeso cargado de nubes oscuras. De las chimeneas de las casitas de la ladera, débiles espirales de humo gris derivaban hacia las alturas y se dirigían hacia el sur, llevadas con el viento.

¡Era libre! Ya no estaba en el orfanato y no tenía que cuidar cada paso que daba.

Contenta, terminó de abrir las colgaduras y atizó el fuego donde solo quedaban unas brasas encendidas. Durante unos minutos se quedó frente a la chimenea sin saber qué hacer. Pasaron por su mente unos brillantes ojos verdes y no pudo evitar que todos sus pensamientos fueran a Nikolai. ¿Por qué un hombre joven como él habría aceptado en darle su apellido cuando su propio padre no había querido hacerlo?

Fuese como fuese, Annika ya había decidido que no quería saber nada de su padre. Una vez más le había demostrado que no quería tenerla cerca de él. Ella no era más que un inconveniente en su vida.

Con incertidumbre y apretándose la cálida bata sobre el cuerpo, asomó la cabeza por el largo corredor. Varios candelabros de peltre iluminaban desde algunas de las pequeñas mesas apoyadas en la pared, bajo los retratos.

El golpetazo de una puerta llamó su atención. Vio a una doncella saliendo de uno de los dormitorios con mantas dobladas en los brazos.

—¿Elvira?

—Buenos días, señorita Annika. —Con pasos ligeros se acercó a ella—. Espero que haya dormido bien, su alteza ordenó que no la despertasen. No habré hecho mucho ruido, ¿verdad?

—No, ni siquiera me había dado cuenta de que ya había amanecido.

—Amaneció hace rato, pero el señor se suele despertar tarde. He encontrado algunos vestidos que pueden servirle de momento. Pertenecen a una de las chicas de la cocina, pero no le importa que los use hasta que traigan sus cosas. Si

me espera en su habitación se los subo enseguida y le ayudo a vestirse.

Annika asintió y de nuevo en su alcoba encendió una lámpara que llenó todo de color y calidez ámbar, un agradable contraste con las sombras de tormenta que se veía por la ventana. La lluvia comenzó a golpear los cristales.

Elvira no tardó mucho en volver y, después de dejar una pila de prendas sobre una silla, se acercó a Annika con la intención de ayudarle a vestirse. Ella no se lo permitió.

—Hay ciertas cosas que me gustaría seguir haciendo yo. Espero que no te moleste, pero estoy acostumbrada a vestirme sola.

—Como queráis, señorita, esta clase de vestidos no supone ningún problema, pero seguramente necesite ayuda cuando lady Danfort comience a encargarle ropa.

—Entonces cuando llegue el momento lo tendré en cuenta —respondió. Se mordió el labio y deseó con todo el corazón que Elvira no se ofendiese por su comportamiento—. Todo esto... —abrió los brazos queriendo abarcar el dormitorio— me apabulla.

—Lo comprendo perfectamente, señorita, no debe disculparse. Usted no tiene la culpa de encontrarse en esta situación. Es una lástima no poder elegir a nuestros padres.

Intrigada, Annika arqueó las cejas.

—¿Por qué lo dices?

Elvira se encogió de hombros.

—Yo también me sentiría decepcionada y enojada si mi progenitor no hiciese el menor intento por conocerme.

—¿Tienes padre?

—No. Él me abandonó siendo yo muy pequeña. Me críe con una tía mía pues mi madre falleció durante el parto.

Sintió lastima de la doncella, por lo menos ella había tenido a su madre consigo. La pobre Elvira ni siquiera había conocido a la suya.

—Lo siento.

Elvira movió la cabeza.

—Pasó hace tanto tiempo que ya no pienso en eso. Una se acostumbra a

cualquier cosa.

—Pero ¿tu padre vive o sabes algo de él? —preguntó, curiosa.

—No y no quiero saberlo —respondió con contundencia.

—Yo muchas veces también pienso que no me afecta que nunca haya querido conocerme, pero aun así no puedo evitar sentirme un poco decepcionada.

—Durante años se había repetido que odiaba a su padre. Lo había maldecido una y cien veces, sin embargo había deseado que hubiera ido él a buscarla al hospicio—. Es obvio que las cosas nunca salen como uno desea. Mi cruz es cargar con mi mala suerte por el resto de mi vida.

—Que usted esté aquí bajo la protección de su alteza no es mala suerte. Yo diría que es todo lo contrario.

Annika tragó saliva. Nunca había entendido porque una mujer necesitaba a un hombre para protegerse.

—¿Qué sucede si yo prefiero estar sola y ser independiente?

—Ninguna mujer, o más bien pocas... —Elvira meció la cabeza alzando los ojos al techo, pensativa— quizá viudas o viejas solteras son independientes. El dinero es lo que da esa independencia de la que habla, y ni usted, ni yo, que por algo trabajo, tenemos mucho de eso.

Annika se la quedó mirando cuando abrió la marcha hacía el pasillo. Caminó tras ella.

—Mi madre era... —Se calló abruptamente al pensar en Olya. No, ella tampoco había sido independiente al haber aceptado el dinero de Cameron. Elvira miró a Annika sobre el hombro con una sonrisa compasiva y ella negó con la cabeza— No, ella tampoco lo era.

Poco después entró en la sala acristalada. Allí también habían tenido que encender varias lámparas porque el temporal había empeorado. Las gotas de lluvia resbalaban por los paneles formando extraños dibujos y en el exterior la oscuridad era casi completa.

Nikolai estaba sentado frente a la mesa y se puso en pie nada más verla.

Le encontró todavía más guapo que el día anterior. El color de su piel estaba más dorado y tenía la línea de su mandíbula bien cuadrada. Admiró los diminutos pliegues de expresión en los bordes de sus ojos verdes. Era un hombre

maduro aunque nada viejo. Y tan alto que parecía tocar la lámpara del techo con la cabeza. Ella, con su pequeña estatura, apenas conseguía llegarle al hombro. A su lado se sentía anodina y... mareada.

—Buenos días, excelencia.

—Hola, Annika. ¿Cómo has pasado tu primera noche? —preguntó con voz profunda.

Ella se ruborizó.

—Muy bien. He extrañado un poco el sitio, pero es fácil acostumbrarse. ¿Dónde está milady?

—Se ha marchado muy temprano a su casa, quizá venga más tarde. Por favor, pasa. Puedes coger lo que desees de allí. — Nikolai señaló el elegante aparador de ébano situado junto a la puerta.

Annika se acercó hasta el mueble cogiendo un fino plato de porcelana. Sus manos temblaron ligeramente. Observó pasmada todos los alimentos expuestos. Cogió una tostada, varios bollitos de crema, bacón y una mermelada que ni siquiera se molestó en mirar.

—¿Espera a alguien para almorzar?

—A ti.

Annika se giró a observarle. Nikolai se había vuelto a sentar y estaba de espaldas a ella.

—No suelo comer tanto.

—La cocinera no conoce tus gustos.

Se sentó frente a él. Se sirvió una taza de té y después untó la mermelada en un trozo de tostada sin atreverse a mirarle de forma directa. La confitura era de higo y ella aborrecía esa fruta. Dio el primer bocado y luchó por no escupirlo sobre el mantel.

—¿No te gusta? —preguntó Nikolai, entrecerrando los ojos.

Ella agitó la cabeza, dando vueltas a la comida en su boca. Con una mano sobre los labios se lo tragó con rapidez.

—Está muy bueno —mintió.

Nikolai regresó su atención a los huevos con salchichas de su plato. Annika supo que aquella era su oportunidad para deshacerse de la asquerosa tostada y

aprovechó para meter el pan en el bolsillo del vestido. Sabía que era una guarrería y que, posiblemente, Olya se lo habría reprochado. Removió su taza de té y sorbió despacio, comiéndose con los ojos las medialunas rellenas de crema.

Sin levantar la mirada, Nikolai la sobresaltó.

—¿Te gusta tu habitación?

Le miró furtivamente. Quería mirar a otro lado, tras él, al oscuro paisaje a través de los cristales, pero el potente imán de su rostro perfecto volvía a hacer efecto en ella.

—Sí, excelencia, es muy hermoso.

—April dijo que iba a concertar una visita con la modista y espero que pidas todo lo que necesites.

Annika asintió mirándose las prendas. El vestido que llevaba no estaba mal, era gris oscuro de cuello alto adornado con delgadas tablillas sobre el pecho. Le quedaba bastante holgado, pero era mucho mejor que lo que había traído consigo, y que April había tirado en cuanto ella se metió en el baño la noche anterior.

—Me da un poco de pena que usted se tenga que hacer cargo de mí.

Nikolai cogió el vaso del zumo y con la vista clavada al frente se lo llevó a los labios.

—No pienses en ello, si lo hago es porque lo deseo, Annika. No me parece justo que Cameron solo os pasara una paga cuando podría haberse hecho cargo de vosotras de una manera bien distinta.

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Se refiere a que nos hubiera comprado un sitio donde vivir sin necesidad de que mi madre y yo hubiésemos tenido que trabajar? —Él asintió—. Quiso hacerlo muchas veces, pero mi madre tenía su orgullo. Si ella aceptaba su dinero era por mí, si no jamás lo hubiera hecho. ¡Odiaba que la gente hablara de nosotras!

—Querida Annika, tu madre debía estar acostumbrada a los comentarios porque creo recordar que Cameron estaba casado cuando... se conocieron.

Ella le miró frunciendo el ceño.

—Un detalle que al parecer se le olvidó mencionar a él. Mi madre lo supo

cuando ya era tarde.

Nikolai plantó el vaso en la mesa y enrojeció.

—¿Cameron no le dijo a tu madre que estaba casado?

—Parece que no me ha escuchado bien, excelencia—respondió mordaz—, pero no, resulta que prefirió callarse, hasta que se dio cuenta de que mi madre podría descubrirle. Cuando ella se enteró yo ya estaba en camino.

Nikolai se disculpó con un murmullo.

—No lo sabía. —Se levantó de la mesa, incómodo. Del perchero de la pared cogió su chaqueta y se la puso—. Antes de que te vea alguna de las doncellas sácate la tostada del bolsillo. Vas a arruinar la prenda.

Annika enrojeció deseando que se abriese la tierra y la tragase. Le miró desafiante. Estaba dolida por lo que él había insinuado de su madre.

—Yo misma lo lavaré, no se preocupe.

Él asintió.

—La próxima vez que no te guste algo no te lo guardes en los bolsillos, queda un poco feo. Puede que otra cosa no, pero en mi casa desearía que hubiese sinceridad.

Con un bufido poco femenino, sacó la tostada del bolsillo y la echó sobre el plato salpicando mermelada sobre el mantel. Se puso en pie cogiendo una servilleta y se limpió los dedos con fuerza.

—La próxima vez lo vomitaré sobre la mesa. La mermelada de higo es lo más repugnante que he probado en mi vida.

Nikolai apenas alzó las cejas. Sus ojos verdes arrojaron un destello fugaz de asombro.

—Pues es considerado un manjar en muchos sitios.

—¿Qué me quiere decir con eso, excelencia? ¿Que no tengo gusto o paladar?

Él caminó hacia la puerta con gesto serio. Sabía de sobra que ella estaba enfadada por su comentario de antes. No debía dejar que le hablase así, pero prefirió no provocarla.

—Si necesitas algo estaré en el despacho. Te dejaré para que puedas seguir comiendo a tu placer.

Antes de que ella pudiese reprocharle algo más, salió de la sala.

Durante unos segundos los ojos azules de Annika taladraron la puerta, después se maldijo por tener tan poca paciencia y se volvió a sentar, no sin antes pasar de nuevo por el aparador para coger más bollitos. ¿Qué había querido decir el muy estúpido? ¿Que su madre fue una buscona?

Llenar el estómago ayudó a calmar su enfado, y pudo pensar en lo agradable que era comer saboreando los alimentos sin nadie que quisiera quitarle ni una sola de aquellas jugosas medialunas de crema y mantequilla que se derretían en su boca...

April no pudo ir en todo el día por la fuerte tormenta que se había desatado, de modo que Annika, después de volver a cambiarse de ropa, buscó a la señora Tomson para charlar con ella y pasar el tiempo. Emma era muy campechana y la trataba de un modo tan maternal que enseguida se ganó su afecto. Se había sentido tan sola desde que murió Olya que no había pensado volver a sentir la calidez que solo una familia puede dar.

Esa noche estaba un poco reticente por bajar a cenar y volver a encontrarse con Nikolai. Pensaba que si tenía suerte él habría salido como el día anterior, pero de haber sido así, seguramente alguien le habría dicho algo.

Un poco intranquila bajó al comedor y justo antes de entrar se encontró con él en el pasillo. Al principio no sabía cómo encararlo, sin embargo él parecía haber olvidado lo ocurrido y procedió de manera educada. Annika sintió una pequeña punzada de remordimiento por haberse comportado de manera tan intolerable, aun así también fingió no recordar lo que había pasado. Hablaron de cosas tan triviales como el tiempo, la ciudad, sus gentes...

CAPÍTULO 5

La primera semana en la residencia del príncipe fue para Annika algo complicada. Ciertamente que había estudiado y que tenía conocimientos básicos de educación, sin embargo no eran nada comparados con los que April le exigía. A veces le daban ganas de tirar la toalla y mandar todo al infierno, sin embargo luego recordaba la amenaza de su alteza de regresarla al orfanato y volvía a recapacitar.

April era inflexible y minuciosa, pero la hacía reír mucho con sus ocurrencias. Cada día que pasaba se iba encariñando un poco más de ella, aunque había ocasiones que deseaba perderla de vista. Lo mismo le ocurría con Nikolai, solo que con él de un modo distinto. Sentía que era imposible verlo como un pariente. Le aceleraba el pulso y hacía que el corazón quisiese escapar de su pecho. Nunca se había fijado en ningún hombre, sin embargo con él parecía que sus ojos cobraban vida propia; y lo mismo le observaba sus hombros fornidos donde el ensortijado cabello dorado obraba maravillas en su contraste, como el notable volumen que se destacaba en la parte delantera de los pantalones. Cuando esto ocurría, con las mejillas ardiendo de la vergüenza, se obligaba con rapidez a recordar que él le sacaba bastantes años y que no solo la trataba como a una niña, si no que se dirigía a ella en algunas ocasiones como «prima».

April solía llegar un poco antes del mediodía, comían los tres juntos y luego se iba al atardecer. Por las noches, Annika y Nikolai cenaban solos. Pasaban el rato conversando y los momentos que estaban juntos comenzaron a tornarse divertidos e interesantes. Les encantaba debatir sin importar si el tema era político o cómo plantar un simple geranio.

La señora Tomson tenía razón sobre Nikolai. En ningún momento Annika vio

al príncipe del que las malas lenguas hablaban. Cierto que tenía una amante. ¿Qué hombre de su naturaleza no la tenía? Pero tanto April como él eran libres y no hacían mal a nadie, excepto a ella, que cada vez que los imaginaba juntos sentía un tironcito en su pecho y no entendía por qué.

Del comportamiento de Nikolai tampoco tenía mucho que decir. A veces parecía demasiado serio, y era, según él, porque tenía muchas cosas en la cabeza. Al parecer tenía algunos negocios importantes aunque nunca comentaba nada de ellos. Y cuando le preguntaba, él evitaba responderle, hablándole de cualquier otra cosa. De modo que el tema de su actividad, y lo relativo a su padre, era un completo tabú.

En los siguientes días el padre de April falleció, y Nikolai estuvo acompañándola durante los funerales. Esas jornadas Annika les echó terriblemente de menos. No había pensado que fuera a ser así, pero las noches comiendo y cenando sola fueron aburridísimas. Por el día lograba entretenerse un poco leyendo o conversando con Emma, que con gusto le explicaba las tareas que hacía. Aun así las horas se forjaban eternas y el palacio parecía vacío.

La mañana que Nikolai entró en el comedor durante el desayuno, ella se sintió tan feliz como un cachorrillo, y de haber tenido rabo, lo hubiese agitado con satisfacción. Se puso de pie enseguida arrojando la servilleta a un lado de la mesa.

— ¡Bienvenido a casa, excelencia!

Sin pensarlo se acercó a él y lo abrazó. Sus brazos apenas le abarcaban el torso de lo grande que era. Sintió que la besaba en la frente. El contacto no duró mucho porque enseguida él se apartó. Annika hizo lo mismo, avergonzada. Intuyó que aquella muestra de afecto a su excelencia no le gustaba, y se llamó estúpida por hacerlo. En su barriada aquella clase de demostraciones estaban bien, pero entre la gente de la clase social de su primo no se debía ver nada correcto. Quizá era una falta de respeto.

Lo que Annika no sabía era que Nikolai se había puesto nervioso al tenerla tan cerca. El aroma que desprendía el cabello que llevaba recogido en un moño flojo le había excitado como a un colegial. Temía que ella se diese cuenta de su erección y por eso se había apartado, por eso y porque necesitaba aire fresco que

calmara sus libidinosos pensamientos.

Annika buscó la tetera en la mesita cercana a la alacena y regresó a la mesa.

—¿Quiere que le sirva un poco? —Nikolai, agradecido, asintió y se sentó. Parecía cansado. Esa mañana ni siquiera se había afeitado y tenía la sombra de una incipiente barba—. ¿Cómo está, April?

—Mejor, mucho más tranquila.

—Qué desdichada, entiendo perfectamente por lo que está pasando.

—No se encuentra apenada por lo ocurrido, al menos eso dice —agitó la cabeza—, lo que en verdad le duele es el comportamiento que tienen sus hermanas hacia ella. —Nikolai miró fijamente a Annika con una media sonrisa en los labios. Unas graciosas arruguillas se dibujaron en sus comisuras y ella tuvo que hacer un gran esfuerzo por dejar de mirarle la boca—. Son cosas de familia, no sé si podrás entenderlo. ¿Aparte de tu madre conociste a algún pariente más?

—A mi abuelo. Murió cuando yo tenía doce años.

—¿Le amabas?

—¡Oh, claro que sí! ¡Era la persona más buena del mundo! Se desvivía por mi madre y por mí, sobre todo por mí. —Recordó al anciano con nostalgia—. Todo el mundo le apreciaba. Cuando falleció vino a casa tanta gente a despedirle que no cabíamos dentro.

Nikolai notó como los azulados ojos comenzaban a humedecerse por lágrimas de pena y dolor. En poco tiempo Annika había perdido a las dos únicas personas que había amado. Le hubiese gustado consolarla, pero no sabía cómo hacerlo. Él estaba acostumbrado a ver llorar a la gente, sobre todo a las damas. Lo hacían en su trabajo cuando le contrataban para recuperar alguna joya valiosa, o como la última vez, a un bebé secuestrado. Ahí sí que debía soportar lágrimas, sollozos y alaridos de desesperación. Y en ninguna de esas ocasiones él había dado muestra de debilidad. Prefería que fuese Jonas o Luke quien consolase a los clientes. Para él, lo importante era pensar con la cabeza y no con el corazón.

Contempló a la muchacha deslumbrado por su belleza. Su piel marfileña relucía bajo la luz de las lámparas. Ella era una mujer pequeña, de cintura

delgada y senos turgentes.

—Estoy seguro de que era muy buen hombre —dijo bebiendo de su taza—. Por cierto, ¿sabes hablar francés?

Annika, con disimulo, se limpió los ojos. Agradecía que él cambiase de conversación.

—No.

—Pues vamos a tener que solucionar eso.

—¿Usted me enseñará o contratará a un profesor?

—Creo que puedo hacerlo yo si no me haces perder mucho la paciencia, pero ahora, si me disculpas, voy a retirarme. Estos días apenas he pegado ojo.

Se puso en pie y tras una breve inclinación de cabeza salió del comedor. De camino a su dormitorio, se pasó apenas unos segundos por su estudio para recoger el correo acumulado. En su habitación, mientras esperaba que le preparasen la tina, ojeó cartas, invitaciones y facturas. De entre todo el correo encontró un sobre que no contenía dirección y con curiosidad fue ese el primero que abrió.

Se trataba de un papel común bastante corriente que frecuentaba usar la mayoría de las personas. El contenido era algo macabro, donde narraba una serie de atrocidades que pensaban hacer a su pupila, con unos dibujos horribles y de mal gusto. Sin duda, lo que más le intrigaba de todo, era que el texto se había formado con palabras recortadas de periódico. Daba un aspecto sucio, como si se hubiese hecho con relativa prisa. Para ser un trabajo de Irina o cualquiera de su círculo era tan ordinario que sentía ganas de descartarlos de su lista de primeros sospechosos. Sin embargo, aparte de ella, no tenía ni idea de quién podía odiar a Annika. El Caballero de la Sombra había tenido y tenía muchos clientes, pero nunca había trabajado para sí mismo. Sin embargo en aquella ocasión, con esa carta...

Se la guardó en el primer cajón de la cómoda, donde tenía una pequeña caja forrada en cuero. No pensaba decir nada a la muchacha. Era absurdo atemorizarla cuando, después de todo, la nota iba dirigida a él, exigiéndole que la regresara a Saint André.

Al día siguiente, April acudió acompañada de una modista que ya había estado allí los primeros días. Como la primera vez, Annika y ella volvieron hablar sobre los escotes. A April le gustaban profundos y que mostrasen la parte superior de los pechos, pero ella se negaba a llevar algo tan atrevido. Eran demasiado escasos para el frío de Bohemia y estaba segura de que la señora Merrywatter se hubiera puesto de su parte en aquella discusión, aunque, lastimosamente, no había vuelto a saber nada de ella. Era de las que pensaban que un cuello alto prevenía de muchas enfermedades, tanto de catarros como de trasmisión sexual.

April trataba de convencerla.

—Los hombres no apartarán los ojos de ti ni aunque quieran.

—Lo siento, pero tengo que decir que no. Me moriría de la vergüenza.

—Primero tendremos que hacer que te acostumbres. Que los hombres quieran ver un poco más de piel es lo más normal del mundo. A este paso acabaremos todas vistiendo hábitos y cubiertas con velos de la cabeza a los pies si nos dejamos llevar por las modas europeas. Tenemos que hacer que la vergüenza desaparezca.

Annika rió nerviosa. Solía abochornarse con facilidad, sobre todo cuando el tema estaba relacionado con la sexualidad. Su vida había sido tranquila y agradable trabajando en la panadería y acudiendo los domingos a la iglesia. Nunca había pensado que iba acabar viviendo en la propiedad de un príncipe, algo en lo que poco a poco se estaba adaptando. Pero otra cosa muy diferente era vestir tan impúdica como April.

En comparación al día que llegó del orfanato, se notaba que había ganado un poco de peso, aun así era muy fina y fibrosa, la cintura era delgada, sus hombros estrechos. Tenía los senos perfectos, erguidos y juveniles, ni muy grandes, ni muy lisos, la cadera redondeada y unas piernas esbeltas. Cuando llevó sus primeros tacones descubrió con alegría que era tan alta como April. Lo que no significaba que no tuviese que seguir levantando la cabeza cuando hablaba con Nikolai.

La pelirroja estaba bastante decidida a que ella llevara también esos generosos y desbocados escotes, y como Annika vio que no podría luchar contra ella se encargó de hablar a solas con la modista, pidiéndole que rectificase todos los vestidos, alzando la pechera unos diez centímetros más. Muy sutilmente amenazó a la mujer con no hacerle más encargos si no cumplía. Cuando los vestidos llegaron, si April notó algún cambio, no comentó nada.

—Te ves preciosa, Annika —dijo, admirando el nuevo vestido que se había puesto. Era de un tono azul brillante y resaltaba el color de sus ojos—. Vas a dejar maravillados a todos los franceses.

—¿Y por qué parece estar tan triste entonces? —inquirió, observando su extraña expresión. Los ojos de April se habían oscurecido hasta parecer a punto de romper a llorar.

—Por nada, querida. Estaba pensando en todos los corazones que vas a destrozar.

Annika frunció el ceño.

—¡Pero yo no quiero hacer eso!

April suspiró. Temía que Nikolai tuviese razón y que en cuanto los muchachos la conociesen se pelearan por ella. Hubiera sido diferente de no haber sido la hija de Cameron, pero solo por ese motivo, todos se sentirían obligados a protegerla.

—No vas a poder evitarlo, corazón.

Annika guardó silencio sin saber que decir.

En realidad a April, quien en verdad le preocupaba era su amigo Nikolai. Desde que había tutelado a la muchacha había notado un ligero cambio en él. Como si hubiera dejado de ser el maniático e imprudente Petrov para convertirse en alguien no más serio, pero si más encantador, caballeroso y atento que de costumbre. Había algo en la forma en que miraba a Annika que no podía identificar. No sabía si era ternura fraternal o algo bien distinto. Si él no hubiera seguido frecuentando a sus amantes, se habría preocupado de veras. Le conocía bien y, en cuanto se cansaba de una mujer, la despachaba para irse con otra. Él no creía en el matrimonio, un papel inservible que a la larga solo llevaba quebraderos de cabeza.

—April, ¿cuánto tiempo llevas con su excelencia? —se atrevió a preguntar

Annika, sacándola de sus pensamientos.

Milady ladeó la cabeza con una sonrisa que no alcanzó el brillo de sus ojos grises. Con gracia se sentó en la silla del tocador cruzando las piernas bajo las abultadas faldas y buscó su mirada.

—Se puede decir que desde toda la vida. Lo importante es que siempre vuelve a mí. Esté con quien esté, siempre acaba regresando a mi lado. —No sabía porque le mentía. Quizá porque también había sido joven y sabía por experiencia que a esa edad las mujeres se enamoraban de un rostro guapo sin detenerse a pensar en nada más. Y Nikolai era un hombre atractivo, esplendido. No era difícil sentirse cautivada por él y no quería que eso le sucediera a Annika. De haber sido otra persona le habría importado un pimiento con quien se acostase su amigo, pero ella era pudor, encanto y ternura, a pesar del pequeño toque diablejo que la caracterizaba. Apostaba, y estaba segura de no perder, que ni siquiera sabía en qué consistían las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer. Es posible que, llegado el momento, le tuviese que explicar algunos conceptos.

—No entiendo por qué le permites que te sea infiel, entonces.

—Esa es la única manera de poder retener a Nikolai, pero tranquilízate, yo también tengo mis escarceos amorosos. En el fondo somos bastantes parecidos y a los dos nos gusta conocer cosas nuevas y variar.

—¿No quieres casarte?

April se encogió de hombros.

—Me daría igual. Seguiría haciendo lo mismo que hasta ahora. Nikolai y yo somos infieles por naturaleza. Podemos sentirnos fuertemente arrebatados por algo, pero una vez que lo conseguimos nos cansamos con facilidad. Tal vez es algo que llevamos en la sangre, o quizá nos de miedo tener que depender de alguien.

Annika estaba confusa. Totalmente conmocionada por lo que April acababa de decir.

—Yo... no voy a casarme nunca. No soportaría que no me respetasen. El señor Pávlov, por ejemplo, le fue infiel a su esposa, pero también lo fue con mi madre. Y ahora, la manera de pensar que tú y su excelencia tenéis... me hace más firme en mí decisión. Creo que el matrimonio es una mierda.

—No tiene que ser así —rió April al ver que Annika se había ruborizado al utilizar ese adjetivo—. Puede que conozcas a un hombre bueno, romántico, detallista y que os enamoreís locamente. Hay pocas uniones así, pero las hay, sobre todo entre gente buena como tú.

Annika lo dudó.

—Existen en los libros y en la fantasía. Yo no conozco a nadie, ¿y tú?

Milady negó con la cabeza.

—Yo tampoco, querida, pero tiene que haberla.

—¿Te has enamorado alguna vez de verdad?

April se estudió las manos, recordando el pasado. Suspiró suavemente.

—Hubo una vez alguien —admitió con una sonrisa apenada—, pero no me di cuenta de que le amaba hasta que me presentó a su esposa. Fue una tremenda decepción. Ha sido la única vez que verdaderamente he sentido celos. —Se puso de pie, un poco intranquila—. Una estupidez, puesto que ese hombre es mío siempre que yo quiera. Con solo chasquear un dedo vendría volando si hiciese falta. —Retiró varios mechones negros de las mejillas de Annika y la obligó de nuevo a mirarse en el espejo—. Ese es el poder de las mujeres, no lo olvides nunca.

Annika frunció el ceño, asombrada.

—¿Quieres decir que sigues viendo a ese hombre?

—¡Por supuesto que sí! —sus ojos brillaron—, es mi amante favorito.

CAPÍTULO 6

—Señorita Annika —llamó Elvira, asomando la cabeza a su alcoba—, su alteza reclama su asistencia en la biblioteca.

La joven cerró el pequeño broche que tenía entre los dedos con un imperceptible chasquido y se giró a la doncella con las cejas levantadas. Hacía un momento había estado medio discutiendo con Nikolai porque no quería que él le enseñase a bailar. Lo había decidido y prefería que lo hiciese otra persona, alguien que no fuera tan exigente y que no perdiera los nervios como él. Los últimos días le encontraba demasiado susceptible. Por cualquier cosa se enfadaba. Incluso Johnny se había ganado una riña por haber dejado el portalón del patio abierto. Ella le había escuchado decir que debían aumentar la seguridad para que los bandoleros no sintiesen que era fácil atravesar sus tierras o quedarse en ellas; cuando llegaba la primavera muchos gitanos viajaban en caravanas y pasaban largas temporadas acampados en las afueras de la ciudad.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó enfadada.

—No lo sé, señorita Annika, parece que ya no está enojado. Yo diría que está contento.

—¿Contento? —La miró extrañada. Caminó hacia la puerta como si lo hiciese al mismo cadalso—. Espero que sea cierto. A veces me recuerda a míster Edison, mi profesor de la escuela. Él sí que era severo. —Le mostró las manos a Elvira. Sus uñas ahora estaba bien cuidadas y la piel perfecta—. Nos golpeaba con la vara en las yemas de los dedos. No puedes imaginar lo doloroso que era.

—Seguro que su alteza se queda con ganas, pero no imagino haciéndolo.

Annika sonrió, divertida. Pensó en las clases de francés que le daba un par de horas al día y que, según él, le tenían desesperado. Ella no lograba avanzar y no

ponía mucho interés en ello. De seguro que de haber sido míster Edison a esas alturas ella no podría sostener la pluma.

Salió de la habitación aplastándose las faldas al atravesar la puerta. Llevaba un vestido mañanero muy elegante en tonos grises. El corpiño, como la falda, estaban confeccionados en brocado con un bonito bordado negro en la forma de la flor de lis. Las mangas, ligeramente abultadas hasta los puños, eran de tela blanca. Ya solo la textura era mucho más cómoda y suave que cualquiera de las prendas que ella hubiera tenido antes. Los vestidos pesaban sin molestar, las medias eran sedosas, los zapatos aparte de bonitos se adaptaban perfectamente a sus pies. Su cabello negro, largo hasta la cintura, caía en gruesos bucles sujeto por una discreta cinta.

Caminó despacio sobre la gruesa alfombra que cubría el corredor. Las paredes estaban forradas en satén verde botella y ostentosos retratos colgaban de los muros como vigías expectantes.

En aquel preciso momento no le apetecía volver a ver a su excelencia. No podía entender todo lo que él le hacía sentir. Era imposible detener el flujo de sentimientos cuando le tenía cerca. Ansiaba verlo, escucharlo... Y esos últimos días había llegado a tener sueños cargados de erotismo. Se veía a sí misma recorriendo con las manos los fuertes músculos de sus brazos, lamiendo su torso, besando sus labios... se despertaba intranquila y eso lograba asustarla más que cualquier otra pesadilla. De solo pensarlo se le aceleraba el pulso.

Se detuvo en la entrada de la biblioteca y apoyó la oreja contra la puerta. Para su desgracia no escuchó nada. Aspiró con fuerza y tras golpear una vez, esperó que llegara la contestación desde dentro. La puerta se abrió y Nikolai la miró con el tirador en la mano. Se apartó para que pasara.

El recibimiento fue demasiado tranquilo y Annika soltó el aire que había ido reteniendo por la escalera. Un suspiro aliviado que él no notó.

—Prima, pasa. —Cerró la puerta.

Toda la estancia olía a la fragancia varonil que él desprendía. Un olor que a ella le encantaba.

El silencio presidió la biblioteca hasta que se volvió a él aspirando profundamente.

—Si va a volver a decirme que va a ser mi profesor de baile, pierde el tiempo. Le arrancó una fugaz sonrisa. Nikolai se estiró cuadrando los hombros volviéndose mucho más alto de lo que en realidad era.

—No entiendo por qué te pongo nerviosa.

—¡Porque se enfada enseguida!

Él arrugó un poco la frente y agitó la cabeza.

—No es de eso de lo que quiero hablarte, aunque te advierto que es un tema que dejaremos pendiente.

—No creo que sea absolutamente necesario que deba bailar. —Annika avanzó hacia la chimenea extendiendo las manos a las vivas llamas anaranjadas—. April dice que con que sepa mover la cintura y tenga la espalda tiesa, es suficiente.

—Siempre que quieras parecerte a un palo, sí —respondió, encogiéndose de hombros.

Ella se volvió a mirarle arqueando una ceja, sonrió.

—Si no es por eso por lo que me ha mandado llamar, ¿de qué se trata entonces?

—Mañana salimos hacia París —avisó, mostrando una perfecta hilera de dientes blancos. Una sonrisa que trastocó todos los sentidos de Annika, ruborizándola—. Tenemos un largo viaje por delante. La mayor parte del tiempo lo pasaremos en el tren.

—¿April viajará con nosotros?

—Es una lástima, pero no puede ser. Le han surgido ciertas cosas que requieren su presencia aquí. Esta semana leen por fin el testamento de su padre y se reunirán todos sus familiares. —Se encogió de hombros—. No me gustaría estar en su pellejo en este momento. —Sacudió la cabeza y se sirvió una copa de coñac. Tras dar un largo trago se volvió a ella, pensativo—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Sucede algo?

—¿No podemos esperarla?

—Este año ya voy con retraso y prefiero que nos marchemos pronto. Es posible que no tarde en abrirse la veda de caza.

Ella alzó las cejas.

—¿Veda de caza? No logro entenderlo, excelencia.

—Estoy hablando de tus futuros pretendientes, prima. En cuanto te vean por primera vez los tendremos a todos en la puerta esperando día y noche.

Ruborizada le dio la espalda para que no pudiese apreciar sus ardientes mejillas.

—¡Es demasiado exagerado! Además usted sabrá bien cómo deshacerse de ellos. Ya le he dicho que no me interesa el matrimonio.

—Sí, lo sé. No te pongas nerviosa. Además, aún te falta aprender bastantes cosas. Los hombres que pueden aspirar a ti exigirán mucho más que una cara bonita.

No le gustó que Nikolai dijese eso. Nadie tenía porque pedir ninguna habilidad específica. Cuando se amaba a alguien no era por simple interés. Le miró con los brazos cruzados sobre el pecho. Él vestía con una amplia camisa de color crema que iba introducida bajo la cinturilla del pantalón. Las mangas estaban dobladas sobre las muñecas bronceadas y la chaqueta oscura descansaba sobre el respaldo de una elegante silla.

—¿Y por qué son ellos los que pueden exigir y no nosotras?

—Pues simplemente porque a veces le dan más importancia a las apariencias que a las propias personas. Los hombres son los que mantienen los hogares con sus trabajos, los que llevan la comida. Y la mujer, cuanto menos haga, excepto decorar una casa y criar a los hijos, mejor para la sociedad.

—¡Pero eso es un insulto a las mujeres!

—No todas lo permiten. Ahí tienes a April como ejemplo.

Pero Annika también sabía lo que mucha gente opinaba de milady.

—¿Va a contratar a alguien que me guarde?

Él frunció el ceño.

—¿Te refiere a la dama de compañía?

Annika asintió.

—April dice que necesito una carabina.

Los ojos de Nikolai apreciaron la suave inclinación de cabeza con la que ella se lo dijo.

—No me importa si hablan de nosotros, prima. Tú y yo sabemos que no hay nada que nos puedan reprochar. Desde luego mi familia inventará lo que les dé la

gana vayas con dama de compañía o no. Total, tú... —Señaló con el dedo su cara hasta rozar la punta de su delicada nariz— estás empeñada en espantar a todos los hombres que te presente.

Se sintió picada y ofendida. Apretó los labios y endureció sus ojos azules.

—¡Lo sé, pero tampoco me gustaría que pensarán que soy una mujer... de esas!

Nikolai resopló silenciosamente. Verla tan bonita y candorosa le descolocaba por completo. Tuvo que reprimir las ansias de estrecharla entre sus brazos y besarla como deseaba hacerlo en ese mismo instante.

—A mí tampoco, pero dado que vas a estar acompañada por mí y por April, puede que escuchemos muchas más barbaridades aparte de esa.

Annika iba a preguntarle cuales, pero de pronto se percató de otra cosa.

—¿Están los Pávlov allí? April me ha contado que tienen propiedades en muchos sitios de Europa y que uno de los lugares preferidos es París.

—Sí.

—¿También mi padre?

—Es seguro que vaya para final de temporada, pero no te preocupes, todavía no vas a verle.

Annika soltó un suspiro de alivio y se relajó de repente.

—Volviendo al tema de antes, entonces no vuelvo a preguntarle por lo de la dama de compañía, ¿verdad?

Le cruzó por la cara una mueca de disgusto.

—¿Realmente piensas que la necesitas?

Annika torció la boca hacía arriba masticando la idea. No era lo que pensaba o dejaba de pensar, era lo que exigía el decoro.

—Supongo que al ser usted quien me acompañe y dado la relación de parentesco y que es mayor, puede que tampoco sea muy necesario. No sé muy bien.

—¿Soy mayor? ¿Me estas llamando viejo?

Annika notó un poco de angustia en su voz y decidió provocarlo. «¡Sería presumido!»

—Yo no diría un viejo, excelencia, pero debe admitir que es lo bastante

maduro como para ser mi padre.

Los ojos verdes se clavaron en su cara con intensidad e hizo el amago de quitarse el cinturón.

—¿Quieres que te demuestre cuán mayor puedo ser?

Annika exclamó dando un pequeño brinco hacía atrás.

—¡Trata de hacer que me ruborice, excelencia! —Soltó una carcajada y seguidamente se disculpó con una exagerada reverencia—. No he querido tratarle de anciano. Lo borro.

Él también se echó a reír y la perdonó. ¿Cómo no iba hacerlo siendo ella tan natural y espontánea? Recogió su chaqueta y comenzó a colocársela.

—La señora Tomson te ayudará a preparar el equipaje. A partir de ahora deberás mostrarme respeto ante los demás y no faltar a las normas. Actuaciones de estas en público no nos vienen muy bien.

—Siempre le he tratado con respeto.

—Lo sé, lo sé. Lo estás haciendo muy bien, prima. Durante el viaje intentaremos esforzarnos en el idioma, una vez que estemos allí veras qué fácil es el dialecto.

Ella hizo una mueca de desagrado con los labios.

—Yo no estaría tan segura de eso, procuro prestar atención, pero lo veo muy complicado.

—No te preocupes por eso, te adaptarás rápido.

—¿Dice que saldremos mañana?

Él asintió.

—¿Cree que sería posible que pasara por mi antiguo barrio para despedirme de mis amigos? —Nunca había sido pretenciosa, pero por algún motivo estaba deseando que las mellizas supieran que vivía con Nikolai. Por otro lado tenía muchas ganas de abrazar a la querida señora Merrywatter.

Nikolai se volvió a ella con sorpresa. Tan cerca, que Annika pudo sentir el aliento sobre la frente. Tanto, que su mirada se posó en el amplio pecho. Tenía los dos primeros botones de la camisa desabotonados bajo la chaqueta azul oscura y asomaba un poco de vello rizado.

Le observaba de una manera tan entusiasta que logró hacerle enmudecer

durante unos segundos. Finalmente Nikolai le puso una mano bajo la barbilla y con delicadeza la obligó a mirarle a los ojos.

—Nunca te he prohibido salir, Annika. Johnny te llevará donde le pidas, solo deseo ser informado cuando sales o entras, eso es todo. La zona es peligrosa para que viajes sola.

Ella tragó con dificultad. Sentía el aroma de jabón de sus manos y los dedos ardiendo contra su piel. Estaban muy cerca el uno junto al otro. El breve contacto mortificaba sus sentidos y a un tiempo provocaba un extraño cosquilleo en la boca de su estómago. Por una breve fracción de segundo se imaginó entre sus brazos besando esos labios tan excitantes, como en sus sueños. Reaccionó antes de llevar a cabo sus fantasías. Inquieta, se apartó, regalándole una sonrisa cautelosa.

—¿Emma vendrá con nosotros a París?

—Has hecho muy buenas migas con ella y es una lástima que no pueda viajar con nosotros, pero no es posible, alguien debe hacerse cargo de la casa. Solo nos llevaremos a Johnny. Elvira viajará con April. Allí tengo personal suficiente sin necesidad de trasladar a nadie. Por cierto, ¿crees que podrás arreglarte sin que te ayuden estos días?

Annika dejó de respirar. ¿Iban a viajar solos, con Johnny como única compañía? Tragó con dificultad.

—Siempre me las he apañado perfectamente yo sola, aunque también es cierto que antes no usaba ropas tan complicadas y con tantos botoncitos. Pero no creo que sea tan difícil. Eso no va a suponer ningún problema, excelencia.

—Esperaba que no lo fuese. No deseaba tener que pedirle ayuda a él—. ¿Por qué Elvira irá más tarde?

—También debe arreglar unos asuntos familiares. Le llevará poco tiempo, pero prefiero que no viaje sola. Estando con April irá mejor. Ella llevará unos pocos empleados.

Annika asintió, decepcionada. Se agarró el ruedo del vestido como le había mostrado April y caminó hacia la salida con la espalda erguida.

—¿Puedo retirarme? Veré si Emma puede acompañarme hoy.

—¿Quieres salir ya?—preguntó él, alzando las cejas.

Ella se detuvo y asintió.

—Sí, luego tendré mucho que recoger y no podré despedirme si no es ahora.

—Yo voy a hacer varios recados en la ciudad. Será mejor que te acompañe y así aprovechamos el coche. La señora Tomson ahora está bastante liada y tampoco iba a poder ir contigo.

Annika estuvo a punto de negarse, pero era una bobada hacerlo, lo más probable es que no tuviera otra oportunidad. Además, de ese modo, las mellizas sufrirían un infarto si la veían llegar con él. Sonrió con malicia para sus adentros.

—Subo por mi abrigo.

—Te doy diez minutos, prima, si no estás lista partiré sin ti.

Annika no se hizo rogar, salió presurosa en dirección a la escalinata.

Con una sonrisa divertida, Nikolai escuchó como subía los escalones a la carrera, más propio de un caballo que de una persona.

Para él aquellos días tampoco habían sido excepcionalmente buenos. Los problemas de April con el tema de la herencia, el evitar que sus tres amigos se pasaran por la propiedad para conocer a la hija de Cameron, la conversación mantenida con este, la carta de amenaza... En todo aquel tiempo no había podido descansar en condiciones. Y cuando más relajado estaba, su mente volaba al atractivo cuerpo de Annika. Sus nuevas ropas la sentaban de maravilla y realzaban sus curvas de una manera deliciosa. Toda ella era suave y exquisita y él se encontraba últimamente viviendo en el mismo infierno. La anhelaba teniéndola tan solo a dos puertas de su alcoba, y ninguna de las furcias con las que se acostaba lograba distraerlo. Las besaba y se imaginaba que era la boca de Annika, las acariciaba, las hacía gozar y no podía dejar de pensar en los enormes ojos azules y en los sensuales labios que tanto ansiaba devorar. ¡Se estaba volviendo completamente loco! Sabía que era horrible fantasear con su prima, con su cuerpo, con su boca. La frustración y la tensión hacían que algunas veces perdiera los nervios y se apoderara de él un repentino mal humor. Pero se había hecho una promesa que pensaba cumplir aunque le fuese la vida en ello.

Se colocó el sobretodo y se miró en un pequeño espejo redondo que colgaba de la pared de la galería. Se detuvo observándose lentamente. Conocía sus atributos. No era cierto que pareciese tan mayor.

Con un abrigo de paño en tonos castaños, Annika descendió la escalera otra vez a la carrera hasta llegar a su lado. Llevaba las mejillas sonrosadas.

—Estoy lista.

Él asintió, se puso el sombrero de copa y le tendió el brazo. Emma llegó corriendo por el pasillo en cuanto los escuchó.

—¿Vendrán a tiempo para comer?

—Creo que no. No sé cuánto durara la visita que Annika tiene pensado hacer y yo por mi parte debo solucionar varias cosas. No se preocupe, señora Tomson, si se nos hace tarde comeremos algo en la ciudad.

Emma asintió y los vio marcharse.

El distinguido vehículo estacionado frente a la iglesia encendió la curiosidad del vecindario y en menos tiempo que tarda un jinete en cruzar la calle principal, la noticia de que la pequeña Anderson estaba allí y acompañada de la oveja negra de los Petrov, preocupó a más de uno. Aún recordaban a Cameron Edwards visitando a la hija del panadero.

Nikolai fue el primero en descender del coche. Con porte elegante se giró para ayudarla. Las mejillas de Annika enrojecieron. Se había congregado una multitud de personas y todos tenían los ojos sobre ella admirando sus bonitas ropas. Deseando saludar a sus vecinos, quiso liberarse de su brazo, sin embargo antes de poder hacerlo Nikolai la detuvo.

—No debes soltarme en plena calle —susurró con tono tranquilo—. ¿Te molesta que te vean conmigo?

Seguro que las mellizas Evans estarían rabiando a través de las cortinas en ese preciso momento. Miró hacía la casa de las muchachas y efectivamente, vio la silueta de varias cabezas en la ventana.

—¡No! ¡Claro que no me molesta!

—Te voy a dar un consejo, no hagas caso de los chismes y no des ninguna importancia a lo que los demás piensen de ti.

Ella alzó la cabeza y le miró a los ojos, confundida.

—Nadie tiene motivos para pensar mal de mí, excelencia, no he hecho nada de lo que deba arrepentirme. Esta gente me conoce desde que era pequeña y saben cómo soy.

Nikolai suspiró y se frotó el mentón con la mano. Le fastidiaba que con lo avispada que era, fuese tan inocente algunas veces.

—Eres demasiado ingenua, cielo. A todo el mundo le gusta hablar y murmurar.

Ella frunció el ceño en el momento en que él le hacía caminar por la acera. ¿Sería posible que sus vecinos creyeran que ella y Nikolai eran... amantes? Pasear de su brazo no decía muchas cosas buenas de ella, y ya no era la pequeña muchacha que solo se interesaba en los juegos o en los estudios. Pero él era su primo, y de hecho la única persona que se estaba preocupando de ella.

—No me importa lo que digan, excelencia—contestó mirándole muy seria.

—Me alegra escucharte decir eso, además, pueden pensar lo que quieran, pero no pueden negar lo bella y elegante que eres.

Annika se quedó con la boca abierta, intentando asimilar aquella adulación. ¿Su alteza pensaba eso de ella? Su corazón se lanzó a galope tendido.

—¿Excelencia? —le llamó tras unos segundos.

—¿Sí?

—Gracias por todo.

—No me gusta que me estés dando las gracias todo el rato, simplemente disfruta. Vendré a buscarte en un par de horas. ¿Te va bien?

—Sí, no creo que tarde mucho más.

Con una inclinación de cabeza, Nikolai la dejó en la puerta de un bloque de apartamentos de fachadas blancas con listones de madera oscura. La vio entrar y él regresó al coche. Johnny le había desenganchado uno de los caballos y le esperaba.

Vehículo y cochero se quedaron estacionados en la calle al pendiente de Annika mientras él se fue a hacer todas las diligencias. No le gustaba mucho dejarla sola, pero confiaba en Johnny y en sus destreza con las armas y lucha cuerpo a cuerpo. No había mejor guardaespaldas que él.

Annika se reservó la visita de la casa de su querida señora Merrywatter para el final. Estaba deseando verla y saber cómo estaba, pero por otro lado sentía un poco de miedo con aquel encuentro. Conocía de sobra a la mujer y sabía con toda seguridad que no iba a ver con buenos ojos que su alteza estuviese tutelándola.

Durante unos segundos clavó los ojos en la puerta. Se obligó a sonreír y llamó. Detrás de ella todavía quedaba algún vecino hablando en corrillos, sin quitarle la vista de encima. Las mellizas apenas la habían saludado antes de que su madre llegara a buscarlas con una tonta excusa.

Annika fue recibida por un inmenso abrazo. La señora Merrywatter había enviudado hacía años y desde que se quedó sola parecía rejuvenecer por momentos. En sus ojos tenía un brillo especial y alegre que durante su matrimonio nunca había existido.

La mujer se llevó las manos a la cara emocionada.

—¡Qué alegría volver a tenerte conmigo, mi ángel! He intentado verte en Saint André, pero no me han dejado nunca. La última vez me dijeron que te habías marchado con tu familia. ¡Temí lo peor! ¿Estás viviendo con tu padre?

Annika se puso nerviosa.

—No. Su alteza Moritz Nikolai Petrov se ha convertido en mi tutor.

—¿Qué? ¡No lo puedo creer! Ese hombre es un soltero empedernido. ¿Estás viviendo con él?

Cuadrando los hombros, Annika enfrentó la mirada severa que se clavaba en ella.

—No es el diablo, señora Merrywatter.

El labio inferior de la mujer tembló imperceptiblemente, pero prontamente se controló. Se sentó angustiada sobre un estrecho sillón y ofreció a Annika la silla.

—¿Cómo ha pasado? —La cogió de las manos con afecto y no pudo evitar curvar su ceja, observando los suaves guantes de piel—, son preciosos, hija. ¿Te ha comprado él esta ropa?

—No debe preocuparse, le prometo que todo está bien. Su excelencia me trata con generosidad y además... es mi primo.

—Ya, si eso lo sé, pero tú eres tan bonita... Debes tener mucho cuidado, mira lo que le ocurrió a tu madre.

El dedo de Annika siguió la línea de una de las flores bordadas de su falda.

—No es lo mismo. Ahora soy un miembro más de la familia Petrov. Nikolai se está portando muy bien conmigo.

La señora Merrywatter suspiró dejando caer la cabeza hacia atrás. Tenía un moño más bien flojo que parecía querer escapar de las horquillas. Sus ojos pequeños y hundidos la escudriñaron con interés.

— ¿Nikolai? ¿Le tuteas?

—¡Claro que no! Señora Merrywatter, él no es como dice la gente. Conmigo se porta de manera educada y me están enseñando muchas cosas para poder... bueno, quieren presentarme en sociedad cuando esté preparada.

Por un instante la anciana, visiblemente conmocionada, no supo qué decirle. Aspiró profundamente.

— Has dicho que te están enseñando. ¿Quiénes?

Annika, incómoda, se puso a toquetearse un rizo oscuro que caía sobre su hombro.

—Lady Danfort y él.

La señora Merrywatter se llevó unos temblorosos dedos a la frente. Annika le tomó la mano, reconfortándola.

—Señora Merrywatter, si él no me hubiera sacado de ese sitio no sé qué habría sido de mí. Yo misma escribí a mi padre para que me ayudasen. Ese lugar es horrible. Una muchachas me golpearon y un... un hombre... se metió en mi cama. No llegó a hacerme nada esa vez, pero sé que lo hubiese seguido intentando.

La mujer ahogó una exclamación llevándose la mano a la boca.

—¡Eso es... horroroso! Quien toma a una mujer a la fuerza no tiene perdón de Dios.

—Es por ese motivo que cuando su excelencia me sacó de allí no pude por menos que sentirme agradecida. ¿Lo comprende?

—¡Oh, vaya! Claro que sí —respondió enderezándose—. Pero bien sabes que una cosa es agradecimiento y otra que hagas todo lo que se te ordene. Lo sé todo sobre los hombres de esa calaña. Sobre sus ambiciones y sus apetencias.

—Le prometo que estoy bien, debe creerme.

La señora Merrywatter sonrió y le acarició la mejilla con dulzura.

—¡Qué tonta soy! Desde que has llegado, yo solo me dediqué a preguntar y a preguntar. ¿Quieres un té?

—Sí, por favor. Tengo la boca seca de tanto hablar.

—¿Has visto a las mellizas?

Annika asintió.

—Unos minutos solo.

La anciana se levantó y caminó hacia la cocina que quedaba en una estancia diferente. Annika fue tras ella.

—No hace falta que me ayudes, ángel —dijo observándola de arriba abajo, estudiándola con atención—. Sí, parece que ese calavera te trata bien.

—Sí, ya se lo he dicho.

—Cuéntame dónde vives y qué es lo que haces. Ya no trabajas, de modo que tendrás mucho tiempo libre.

Annika le habló sobre el próximo viaje a París, las clases que tomaba, el palacio en el que vivía, de Emma... La señora Merrywatter seguía la conversación con tanto interés, que fue Annika quien preparó el té.

—¿Sabes que han alquilado tu casa? —se atrevió a preguntarle la mujer en cuanto tuvo ocasión.

Annika negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de pena.

—Tengo tan buenos recuerdos de esa casa —murmuró con voz temblorosa—. ¿Quién vive ahora allí?

—Tempelton. ¿Te acuerdas de él? Ese hombre que tenía dos hijos pequeños...

—Por lo menos ahora tiene una casa. Recuerdo que vivía en la destartalada cabaña del río.

—Sí, ese. ¡Ah!, y hay otra cosa. Hace poco estuvieron por la barriada preguntando por ti. —Annika arqueó una ceja, intrigada—. No me gustó demasiado ese hombre. Dijo que era hermano de tu abuelo. Creo que tenía la

intención de sacarte de ese lugar.

—¿Mi abuelo tenía un hermano? —preguntó confusa.

—En alguna ocasión se lo escuché decir a él y a tu madre, pero que yo sepa no había relación entre ellos desde... —La señora Merrywatter se calló de golpe. Annika la miró con insistencia.

—¿Desde cuándo? ¿Qué es lo que sabe y no me quiere decir?

—Nada, tonterías de una vieja...

—¡Señora Merrywatter! La conozco mejor de lo que piensa y sé que me está mintiendo. ¿Desde cuándo no tenían relación?

—Desde que tu madre quedó encinta. Según escuché, tú tío abuelo quería reclamar a tu padre, o chantajearle, o algo así. Fue entonces cuando vuestra familia os dio la espalda dejando a tu madre y a tu abuelo solos. Luego no volvieron a tener relación nunca más. De hecho ni siquiera recuerdo que viniese a los funerales de su hermano.

Annika frunció el entrecejo, extrañada por la noticia.

—¿Por qué nunca me dijeron nada de eso? Yo no sabía que tenía más familiares.

—Esto no tenía nada que ver contigo, ni siquiera habías nacido cuando ocurrió todo.

—¿Y por qué habrá venido ese hombre ahora?

—Quién sabe. Puede que siga pensando de igual manera y quiera sacar dinero a tu padre, aunque si te digo la verdad, no sé de qué modo. Hablando de todo un poco —dijo cambiando de repente de tema—, debes prometerme que me escribirás cuando estés fuera. Y sabes que si tienes algún problema puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Intentaré hacerlo —prometió.

—Por lo menos una vez al mes.

Annika asintió. Poco más tarde, el carruaje del príncipe se detuvo ante la puerta y se despidió de la señora Merrywatter con pena. Se acomodó en el coche pensando en lo de su tío abuelo.

—¿Todo bien? —le preguntó Nikolai al verla tan concentrada.

—Sí. ¿Sería posible pasar por el cementerio, si no es mucha molestia?

Él accedió y después de comunicárselo al cochero, no tardaron mucho tiempo en detenerse frente a las dobles puertas de hierro forjado del campo santo.

Nikolai la ayudó a bajar.

—¿Quieres que te acompañe, prima?

—Si no le importa prefiero ir yo sola —le dijo esquivando su mirada.

Nikolai no se molestó y se quedó con Johnny fumándose un cigarro. Seguía haciendo mucho frío a pesar de que la primavera estaba bien avanzada. El viento silbaba flojo entre los pocos cipreses que adornaban el cementerio. Un lugar más bien pequeño donde las cruces se alineaban de forma ordenada y los muros amenazaban con derrumbarse.

Desde donde se encontraban, él vio como Annika se arrodillaba sobre una lápida a ras del suelo y apartaba las hojas caídas con las manos, limpiando el grabado de los nombres. Después, encorvada, sus hombros se agitaron con su llanto.

Él soltó una maldición. Si ella no le hubiese dicho que quería ir sola, se habría acercado a consolarla.

Johnny le miró sobresaltado.

—¿Ocurre algo, alteza?

Nikolai gruñó entre dientes.

—Son cosas mías. Nada por lo que preocuparse.

Johnny siguió su mirada hasta la figura de la muchacha.

—Se trata de la señorita, ¿verdad?

—Cada vez que pienso todo lo que tuvieron que soportar ella y su madre por culpa de Irina se me revuelve el estómago. —Lanzó la colilla al suelo con fuerza.

—El señor Pávlov permitió todo aquello. Usted no tiene por qué sentirse culpable.

Los ojos verdes del príncipe brillaron furiosos.

—No estoy de acuerdo contigo. Yo, como todos, tenía conciencia de la existencia de Annika, pero nunca me he preocupado por hacer nada. No sabes cómo me arrepiento de no haber intentado, al menos, conocerla. Si me hubiera dignado en averiguar...

—No podía hacer nada de todas formas. Lo que ocurrió no dependía de usted... ni de su familia, ellos no tuvieron la culpa.

Los labios de Nikolaise curvaron. Lo quisieran o no, todos los Petrov y los Pávlov iba a cargar con el pecado de no haber respaldado a la hija bastarda de Cameron.

Johnny tampoco pensaba discutir, y menos con su patrón. Dibujó una línea sobre el barro con su bota. Se había metido las manos en los bolsillos y miraba con fijeza el suelo. Su cabeza estaba cubierta por un elegante bombín que cubría sus orejas del frío.

—Yo culparía de todo al señor Pávlov —musitó.

Nikolai se frotó las manos para espantar el frío, pero también para disimular su enojo. Dejó escapar un suspiro cansado. Johnny tenía razón, Cameron estaba demasiado influenciado y él había sido no solo el causante de aquella situación, si no el culpable de que Annika nunca le hubiese conocido.

Volvió a mirarla en el momento en que ella se les acercaba. Tenía los ojos enrojecidos del llanto y la nariz brillante y reluciente por culpa del gélido viento. Sin embargo, cuando Nikolai deslizó la vista sobre su cuerpo, no pudo evitar recrearse en las curvas de sus caderas, que de una forma muy bonita marcaba el abrigo de paño.

—¿Estás lista? ¿Te encuentras bien?

Ella le miró con una mueca triste y apagada. Era delicioso oír la preocupación en la voz de su alteza. Era tan educado y galante... El viento le alborotaba el ensortijado cabello bajo el sombrero, sin embargo no podía dejar de ver sus preciosos ojos, de un verde brillante como el de una piedra de jade, rodeados de tupidas pestañas.

—Sí. Aún no había venido aquí desde que se murió. Ahora ya estoy preparada para marcharme.

Él cogió su brazo y la guió hasta el vehículo. Ambos tomaron asiento de nuevo.

—April nos debe de estar esperando en el restaurante. ¿Tienes hambre?

Annika agitó la cabeza y cerró la cortinilla cuando el coche se puso en marcha.

—No mucha. ¿Cuál es el restaurante?

— El que está cerca del embarcadero. ¿Lo conoces?

— Sí, teníamos algunos clientes de por allí. ¿Excelencia, sabe April que nos marchamos mañana? ¿Ya se lo ha dicho?

La obligó a levantar la cara poniéndole un dedo bajo la barbilla pues ella llevaba un rato sin mirarle de frente. Aunque Annika disimulaba la tristeza, sus ojos estaban llenos de angustia y dolor, y Nikolai no pudo pasarlo por alto.

—¿Te preocupa?

Ella sintió que le ardían las mejillas.

—Es solo que nunca he salido de Praga. Me gustaría tanto ser como milady, ella no tiene miedo a nada. ¿Verdad?

Nikolai se encogió de hombros. Él no quería que se pareciese a April. Para ser sincero consigo mismo le preocupaba que fuese así. La pelirroja era la explosión y Annika la calma. April la tormenta y ella la primavera.

—Vamos a estar contigo siempre que nos necesites. Lo primero que debes hacer es no dejarte avasallar por los comentarios de mi tía. Estoy seguro de que intentará hacerte perder la compostura en más de una ocasión.

Al escuchar hablar de Irina, la joven se tensó. El resentimiento que sentía hacia aquella mujer era demoledor. La culpaba de la infelicidad de su madre. Respiró hondo un par de veces tratando de serenarse y le preguntó.

—¿Y si ella me dice algo y me pongo a llorar como una tonta? Puede que no lo sepa, pero a veces, cuando estoy nerviosa, me dan muchas ganas de llorar.

—Eres demasiado sensible. Tienes que aprender a controlar tus emociones.

Annika apretó los labios con fuerza.

—¿Y cómo se hace eso? Lo he intentado muchas veces, pero no lo consigo.

—Eso va con la experiencia. Cielo, no tienes por qué quedar bien con todo el mundo. Si a alguien no le gustas no es tu problema.

—No intento quedar bien con nadie, pero no quiero tener enemigos —le dijo muy seria.

Nikolai estaba sentado frente a ella mirándola con intensidad. Tenía las piernas ligeramente abiertas y la espalda contra el respaldo. Su cabello caía sobre sus hombros bajo el alto sombrero.

—Teniendo a Irina y a mis primas, ¿quién necesita enemigos? —Ella se

mordió el interior de la boca, preocupada—. Bromas aparte, prometo no dejarte sola en ninguna de esas reuniones en las que ellos asistan.

Annika tragó con dificultad. Solo pensar en estar en un sitio lleno de gente provocaba sus náuseas, máxime si entre esas personas se encontraba Irina y el resto de la prole.

—De acuerdo. Recuerde que lo ha prometido. —Su voz sonó ahogada por el eco de las los cascos de los caballos y las ruedas sobre el adoquinado—. ¿Nos quedaremos mucho tiempo en París?

—Depende de mis negocios, pero quiero regresar en otoño.

—¿Tiene negocios allí también? —No pudo evitar la pregunta.

Él asintió.

—Los tengo por toda Europa y paso largas temporadas fuera, pero me gusta venir aquí siempre que puedo. —Los ojos azules se clavaron en él con insistencia, casi esperando que le dijese que hacía y a que se dedicaba. Él torció el labio superior con desagrado—. Este año me he retrasado varias semanas en partir.

—¿Y eso es malo?

—No, pero tampoco es bueno.

Un negro mechón caía sobre uno de los ojos de Annika y Nikolai se inclinó impulsivamente a retirarlo con suavidad. Sus dedos apenas le acariciaron la frente, pero aquel simple gesto los dejó a los dos parados en silencio. Por un instante sus miradas se cruzaron absortas uno en el otro. Fue Nikolai el primero en reaccionar, e incómodo se movió en el asiento llevando la vista a su regazo.

—¿Es por mi culpa por lo que va con retraso? —le preguntó ella.

—Son cosas que suceden —respondió. Se inclinó a levantar un poco la cortinilla—. Ya estamos llegando. Seguro que ahora tienes un poco de hambre.

El príncipe Moritz Nikolai Petrov y su pupila entraron del brazo en el restaurante, silenciando las conversaciones de los comensales, al tiempo que

atraían las miradas de todos.

Annika intentaba mantener la calma y una actitud seria. La tensión agarrotaba todos sus músculos y sentía que había dejado de respirar. Nikolai, a su lado, saludó a varias personas con la cabeza, a otras con la mano, y de camino a la mesa que ocupaba April, se detuvo a charlar con varios caballeros, después de presentarla. Ella estaba tan nerviosa que enseguida se olvidó de los nombres de todos ellos. Lo único que le importaba era llegar hasta milady para poder relajarse.

El restaurante era muy lujoso. Los ventanales estaban cubiertos por cortinas de seda doradas y las paredes forradas en brillante tela beige con bosquejos de rosas en hilos de oro. Decenas de arañas de cristal pendían de los altos techos de escayola.

En cuanto Annika llegó hasta la mesa, abrazó a la pelirroja con una sonrisa nerviosa. Era la primera vez que se veía en un lugar tan elegante, con gente de renombre y de clase social alta y medio alta. No era de extrañar que estuviese tan frenética. April se dio cuenta y la hizo sentar.

—Lo estás haciendo perfecto, tranquila.

Annika respiró hondo.

—Siento que todo el mundo me está mirando.

April sonrió, divertida.

—Es que es así. Ya se les pasará. Nuestra sociedad se alimenta del chismorreó.

Annika irguió los hombros para disimular su miedo y se centró solo en su amiga.

—Su excelencia me ha dicho que no puedes acompañarnos a París por ahora, pero yo te voy a echar mucho de menos. Me da pena que no vengas. —Se inclinó sobre su oreja—. No sé qué voy hacer sin ti.

—Todo va a salir muy bien, ya lo verás.

CAPÍTULO 7

El cielo, de un tono gris oscuro, se había cernido sobre la ciudad como el mismo manto de la noche. Había comenzado a nevar de nuevo y los finos copos se adherían a las prendas como brillantes perlas transparentes. La noche se presagiaba fría y oscura.

—Lo prometo, querida, estaré contigo antes de que te des cuenta —dijo milady volviendo a abrazar a Annika una vez más. Acababan de salir del restaurante y se estaban despidiendo—. No olvides esperarme para irnos de compras.

—Claro, cuento contigo.

April se giró a su alteza, pero se quedó con la palabra en la boca cuando una muchacha alta, de construcción fuerte, se acercó pidiendo limosna. Su mano sucia y llena de cortes se asemejaba a una garra de huesos afilados curvados hacia dentro.

Annika la reconoció en el acto y se movió un paso atrás. Su corazón dio un salto abismal hasta llegar a la garganta donde se quedó aporreando con violencia sus cuerdas vocales. No había esperado volver a ver a Molly, mucho menos en el estado en el que se encontraba. Parecía un muerto viviente con el rostro cadavérico, el cabello cubierto de mugre y las ropas destrozadas arrastrando sobre el suelo. El abrigo carecía de una de las mangas y estaba raído, más oscuro por unos lados que por otros.

Nikolai, ajeno al reciente temor de su prima, bloqueó el paso a la mendiga sacándose varias monedas del bolsillo de su abrigo.

—Deme algo para llenarme la panza. —Pidió ella con voz chillona. Unos ojos pequeños y arratonados estudiaron a Annika con incredulidad—. ¡Ehhh! ¿No te acuerdas de mí? ¡Somos amigas!

Annika, blanca como el papel, negó con la cabeza y dio otro paso atrás. Luchaba porque sus piernas siguieran manteniéndola en pie mientras su corazón quería escapar para huir calle abajo en pos del riachuelo que descendía cerca del bordillo hasta la alcantarilla. Inconscientemente, llevaba la mano en el bolsillo, apretando con fuerza entre sus dedos el colgante de Olya.

—Amiga —insistió Molly. Annika apretó los labios para disimular el temblor de estos—. ¿No me reconoces?

—¡No soy tu amiga! ¿Por qué no te marchas de aquí?

La pordiosera se ofendió. Colocó las manos en sus caderas, enfrentándola.

—¡No puede ser que te hayas olvidado de mí tan pronto! ¡No lo puedo creer! Anderson, eres un poco olvidadiza. ¿Será que esas ropas te han cambiado? —Miró a Nikolai y a April con una sonrisa fea y torcida—, hemos pasado muchas cosas juntas. ¿No les ha contado?

Annika respiró hondo para calmarse. No quería que Molly involucrase a su alteza y a milady en sus rencillas. Además, no quería estar mucho tiempo cerca de ella. Olía como si hubiese estado rebuscando en la basura.

—No somos amigas —repuso acaloradamente—. Parece que no recuerdas que por tu culpa fui castigada.

—Eso es lo que quieres que crean todos, pero sabes bien que eso no es así, lindeza. Pareces muy buena, pero eres mala. Me pegaste «mu» fuerte. ¿Te acuerdas tú de eso?

—Eres una... embustera y además ¡cobarde! —estalló Annika—. ¡Fuiste tú y tus amigas las que me golpeasteis! ¡Me acorralasteis para que no pudiese escapar!

—¡Te revolcaste con mi novio!

Los ojos de Annika se abrieron como platos.

—¡Como puedes decir tales tonterías! A mí no me gustaba el Arañas y tuve que defenderme de él. —De solo recordarlo sentía ganas de vomitar. Se llevó una mano a la boca.

—Pues fíjate que el Arañas dice lo contrario, y por eso ahora me lo han *matao*.

—¿Qué? —Annika guardó silencio y luego preguntó—: ¿se ha muerto?

—No se ha muerto, lo han *matao*. Fueron esos tipos que te buscaron allí, pero

tú ya te habías ido.

—¿Qué tipos? —Annika miró a Nikolai.

—¡Odio que te hagas la idiota cuando sabes bien lo que estoy diciendo!

Su alteza miró fijamente a Annika. Estaba tan atento como April a la conversación y no le estaba gustando nada enterarse de ciertas cosas, pero eso de que había un muerto por en medio le llenó de curiosidad.

—¿De qué está hablando, Annika?—preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Cuando yo salí de allí él estaba vivo.

—¿Ese tipo te atacó en Saint André?

Ella miró rápidamente a su alrededor y su rostro se sonrojó.

—Sí, a los pocos días de llegar...

—Y como querías vengarte de él, se lo llevaron —insistió Molly, interrumpiéndola.

Annika frunció el ceño.

—¡Eso no es cierto! Yo no se lo he contado a nadie hasta hoy que se lo he dicho a la señora Merrywatter —recordó en ese momento lo de su tío abuelo—. Pero... ahora creo que sé quién ha podido ser —le dijo a su alteza.

Él asintió y se giró hacía Molly con una dura mirada.

—¡Lárgate de aquí!

Ella no se movió del sitio y él, enojado, caminó en su dirección, amenazante. Molly alzó las manos y buscó con la mirada los ojos de Annika.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Me marchó, pero tienes una cosa que me pertenece, hermosa.

Annika explotó, desbordada por las emociones.

—¿Acaso te estás refiriendo a mi colgante? —La otra asintió con una sonrisa fría. Annika se irguió todo lo que pudo—. ¿Quieres venir a buscarlo? —la provocó. Justo tras decir esas palabras, ambas se enzarzaron en una pelea que duró tan solo unos segundos, hasta que su alteza capturó a su prima de la cintura y cogiéndola en brazos la apartó de Molly. Clavó una mirada asesina sobre la pordiosera.

—Márchate de aquí si no quieres que te denuncie.

Molly se alejó, sin dejar de mirarlos.

—¡No me voy a olvidar de ti! —gritó con el dedo levantado hacia Annika—. ¡Me debes una!

—¡No te debe nada! —siseó él con dureza y dientes apretados—. ¡Piérdete!

Annika estaba dispuesta a lanzarse de nuevo sobre ella, pero Nikolai la detuvo con una mirada severa. Descubrió consternada que varias personas habían salido del restaurante y observaban la escena con curiosidad. Enrojeció violentamente y se volvió hacia April para que la estúpida de Molly no viera brillar lágrimas de rabia en sus ojos.

Nikolai arrojó varias monedas sobre el empedrado y la harapienta se apresuró a recogerlas. El rostro masculino, duro y riguroso, impuso cordura en la mente de Molly. Se marchó como alma que lleva el diablo.

Su alteza se volvió, haciendo cruzar la calle a Annika y a April, que miraban con desprecio como huía la indigente.

—Lo siento mucho, excelencia, yo no quería...

—Ya te avisé que debes controlar tus emociones.

Annika sabía que llevaba razón, pero ¿cómo se hacía eso?

—No quería ponerlos en evidencia —dijo humildemente. Iba cogida de su brazo, e inconscientemente lo apretó contra sus senos. No se dio cuenta de que los ojos de Nikolai, al sentir los pechos contra su brazo, se volvían de fuego.

Él enrojeció.

—No fuiste tú, Annika.

—Yo no le robé nada. La joya me pertenecía y ella me la robó primero. Debe creerme. Puedo demostrarlo.

—Déjalo, no tienes que demostrar nada —respondió con voz estrangulada. En ese momento April le miró con aspereza. Él estaba totalmente excitado y la culpable de aquello era Annika.

Ajena a ello, la muchacha buscó en su bolsillo, sacó la pieza y se soltó de su brazo. Abrió el cierre mostrándolos el retrato de su madre.

Nikolai, nervioso, cruzó la mirada con April que le observaba con el ceño fruncido. Apartó la vista de ella con la mandíbula apretada y se centró en la imagen.

—¿Es Olya?

—Sí. Es mi madre.

—Era muy bonita. Te pareces mucho.

La calidez de la mirada de Nikolai hizo que se ruborizase. Incomoda, le mostró la imagen a April.

—Una mujer preciosa —reiteró la pelirroja, aunque sus pensamientos estaban en otros derroteros.

—Molly me lo robó estando en Saint André, pero antes de salir, yo volví a recuperarlo.

—Guárdalo, querida —dijo April dando un leve codazo a su alteza—. ¿Pasarás esta noche por casa, Nikolai?

Él dudó un instante y luego suspiró.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí, es importante que lo hagas.

Annika miró primero a uno y luego a otro. No comprendía aquel repentino cambio de palabras entre ellos y se sintió muy confusa.

—¿He hecho algo malo? No quería entrar en el juego de Molly, pero me asusté...

April acarició su mejilla con ternura.

—Esto no tiene nada que ver contigo, cariño. Tengo que dar algunas instrucciones a Nikolai antes de que os marchéis, eso es todo.

Annika se mordió el labio, abochornada. ¡Qué tonta! Tenía que haber entendido que ambos necesitaban estar solos para despedirse.

Hace un buen rato que debería haberse dormido, sin embargo Annika estaba demasiado nerviosa para hacerlo. Cada vez que intentaba conciliar el sueño se llenaba de imágenes y de pesadillas. Veía el rostro de Molly acercándose lentamente hacía ella con los dedos curvos como si quisiera arrancarle los ojos. Llegó a pensar que se los tendría que haber arrancado en Saint André, de ese

modo jamás hubiera visto a Moritz Nikolai Petrov y no tendría que estar preocupada por saber cuándo regresaría de casa de April, ni tendría que estar volviendo a pegar su pequeño corazón maltrecho; algo que sucedía cada vez que le imaginaba con ella. Sabía que no tenía derecho de sentirse así. Nikolai y April estaban juntos mucho antes de aparecer ella en sus vidas, sin embargo era algo que no podía evitar y cada día que pasaba se sentía mal por ello. Sus emociones eran tan incontrolables como sus sueños. Sus sentimientos batallaban continuamente sobre lo que sentía o sobre lo que debía sentir. Unas veces ganaba uno, y otras conseguía alegrarse de saber que podía fingir perfectamente que él no le importaba. Pero le importaba y mucho. Y que su alteza la tratase con dulzura y respeto no hacía más que acrecentar lo que sentía por él, sin dejar nada que poder reprocharle. Ella no quería amarle y eso era precisamente lo que su juicio le imponía, sus instintos estaban obstinados en rechazarlo. ¿Sería posible que estuviese perdidamente enamorada de él?

«¡Estúpida! Jamás podré compararme con April ni con ninguna otra de las que le gustan. Soy demasiado joven e ingenua. Una niña insulsa y deslenguada que ha estado a punto de dejarle en ridículo en mitad de la calle», se convenció.

Consiguió que el sentido común regresase a ella al pensar en April. En aquel poco tiempo había llegado a respetarla y no iba hacer nada que le causase dolor. Aunque, ¿no había sido ella quien había dicho que los dos eran infieles? ¿Que no le importaba con quién estuviera él porque siempre regresaba a su lado? Golpeó la almohada con el puño. Se dio cuenta de que ahora tenía otro motivo más para odiar a Cameron. ¿Por qué había encargado a Nikolai que la sacase del centro?

En el exterior de palacio, el viento chocaba contra el grueso muro de su habitación y sus gemidos se escuchaban por los corredores como espectros heridos muriéndose entre lamentos, igual que se encontraba su estado de ánimo en ese momento. Muriendo en una larga agonía. Se había arrojado la cabeza con los cobertores abriendo un pequeño hueco por donde solo asomaba su carita, que miraba las danzantes llamas de la chimenea. Rodó sobre la cama destapándose del todo y se levantó para mirar por la ventana. Fuera estaba tan oscuro que el vidrio reflejó su cuerpo y su propio dormitorio, como un espejo.

El cabello caía en grandes bucles sobre sus estrechos hombros. El camisón era

tan fino que a través del fulgor del fuego se transparentaba. Se miró fijamente. Sus ojos se detuvieron en sus pechos, apenas dos montículos que se veían más pequeños de lo que eran. Los sostuvo con las manos juntándolos y se miró de perfil la silueta.

Agitó la cabeza con un suspiro. ¿Conocería a algún hombre tan interesante y tan guapo como Nikolai alguna vez? Dudaba de que existiese.

—Qué más da, si no me voy a casar nunca.

Se encontró con sus ojos en la ventana. Se preguntó si sería verdad que todas las mujeres llevaban un reloj biológico en su interior. Eso era lo que siempre decía la señora Merrywatter. «¡Las monjas no!», se dijo, cuestionando sus pensamientos. Pero ella... era de carne y alma, y su corazón latía desbocado cuando Nikolai estaba cerca; cuando escuchaba su voz...

—Porque yo no soy ninguna monja —murmuró.

Con un bufido se volvió a la cama cogiendo uno de los libros. La luz, que proporcionaban los troncos que ardían en el hogar y una pequeña lamparita de aceite, era suficiente para poder leer.

April estaba recostada en un diván en tonos cremas cuando Nikolai entró en la sala. Era una recámara pequeña y acogedora con las paredes forradas en satén dorado. Las cortinas verdes cubrían dos estrechos miradores. Se incorporó a medias nada más verle. Él se había despojado del sombrero y del abrigo, y estaba en mangas de camisa. Llevaba el cabello revuelto sobre sus hombros, enmarcando el bronceado rostro. El contraste entre su piel y sus cabellos lo hacía hermoso.

—Dime, preciosa, ¿por qué esas urgentes ganas de verme? —le preguntó con una mueca.

Ella frunció los labios, enojada. Sus ojos grises brillaban con peligro.

—No te hagas el imbécil conmigo. Lo sabes más que de sobra. Tenemos que hablar, quiero saber qué es lo que sientes por Annika.

Él frunció el ceño exageradamente.

—¿Cómo dices?

—¡Venga ya, Nikolai! Soy April y te conozco más que cualquier otra persona.

¿Qué sientes por ella?

Él se arremangó la camisa y con aire tranquilo se sirvió un poco de brandi. Se volvió a mirarla.

—Supongo que lo mismo que tú. Le he tomado afecto, Annika es una niña muy linda...

—No es tan niña.

Ignoró la interrupción de April.

—... Obediente, trabajadora. No quiero que lo pase mal.

Ella suspiró con languidez y añadió.

—¡No estoy hablando de eso, Nikolai!

Su alteza asintió sin sonreír; su rostro serio e impenetrable. Tenía por delante un viaje muy largo y no sentía deseos de discutir esa noche con nadie, mucho menos con ella.

—Sé que no hablas de eso, pero a lo que estás refiriéndote es a cosas que imaginas.

April se llevó las manos a la cabeza y se quitó las agujas que sostenían su peinado. El pelo cayó desordenado sobre sus hombros.

—¡No lo he imaginado! Te he visto esta tarde como la mirabas, no es la primera vez que lo veo.

Nikolai se acomodó junto a ella, despreocupado, con las piernas ligeramente abiertas.

—Te digo que es tu mente femenina...

—¡No me hagas quedar como una boba! Sé cuándo estás interesado en alguien. La manera en que la proteges... como la tratas. Nikolai, yo quiero a esa muchacha y no voy a permitir que la hagas sufrir como a las demás. Te respetaré si de veras estás enamorado y la amas...

Nikolai se irritó.

—¡Te repito que la veo como a una prima, eso es todo! ¡Eso es lo que todos queráis! ¿No?

April le notó desesperación en su timbre de voz. Y esa desesperación la llenó de un frío helador. Lo observó con un nudo en la garganta. Nikolai había clavado la vista en su copa de cristal y parecía fulminarla con odio. Le acarició la muñeca con la que sostenía la bebida obligándole a levantar la mirada hasta ella.

—Esa mirada de furia la conozco. Me gustaría que no fuese así, Nikolai, pero... es imposible. No recuerdo si te encontré en mi vida o tú me encontraste a mí... pero sé que te ocurre algo con ella, algo que nunca te había pasado antes.

Él dejó escapar un suspiro tembloroso. Apenas agitó la cabeza.

—No me he acercado a ella como piensas, April, y te juro que no voy hacerlo. Solo me preocupa su felicidad ahora que la he conocido. —Deseaba su felicidad, y su cuerpo, y todo de ella. Deseaba abrazarla contra su pecho y darle todo el amor que le había sido negado. ¡Mierda! ¡No podía hacer nada de aquello! ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

—Pero tú... Annika... ella te excita, ¿verdad?

Por unos segundos los ojos de Nikolai brillaron acuosos. Para que April no lo notase dejó la copa sobre una mesa pequeña y se frotó la cara con energía. De repente, se puso furiosamente en pie.

—¡Si, maldición! ¡Joder! ¿Es eso lo querías oír? ¡Sí! Me excita cada vez que la tengo delante, cada vez que me sonrío, que me habla... pero he prometido respetarla y lo seguiré haciendo. Eso sí, no me pidáis, nadie, que me la arranque del corazón porque no sabría cómo hacerlo. No sé si esto es amor, nunca lo he conocido, es posible que lo sea, pero ni ella es para mí ni yo puedo ser de ella. Solo sé que no quiero que se aleje de mi lado.

—Puede que estéis predestinados.

Él negó con firmeza.

—¿Y si no es así? ¿Y si creo que la amo y luego me doy cuenta de que no así? Bien sabes que mis padres siempre me lo han dicho, la familia entera está convencida de que yo no sé amar. Que nunca lo he hecho y nunca lo haré.

—No debes hacerles caso.

—He conocido muchas mujeres, April. Alguna vez he llegado a pensar... esta me gusta, es especial, y cuando me he despertado al día siguiente me he dado cuenta de que mi mente solo trataba de confundirme. No quiero que pase esto

con Annika.

—Entonces permite que conozca a alguien. Debes darle esa oportunidad.

Nikolai agarró de nuevo la copa.

—¿Qué pasa si no quiere? ¡Tú misma la has oído! ¡No quiere casarse!

—¡No quiere hacerlo porque no cree en el matrimonio! Su padre, un hombre casado, engañó a su madre. Un vecino suyo golpeaba a su esposa solo por ser eso, su esposa. Annika está confundida. Piensa que todos los hombres son iguales, que todos tienen derecho a hacer lo que les viene en gana solo porque tienen un contrato firmado ante Dios. ¡Mira ese tipo del orfanato! ¡El que se metió en su cama! —Observó cómo Nikolai apretaba la copa con tal fuerza que tuvo miedo a que se rompiera y le cortase. Se puso en pie a su lado y se la quitó de la mano—. A ella le ocurre como a ti, no sabe lo que es amor, y si lo sabe, piensa que lo confunde. No quería decírtelo, Nikolai, pero Annika tiene sentimientos por ti.

Por un rato él se quedó con la boca entreabierta mirándola con sorpresa, después negó con la cabeza.

—Que despierte su deseo no significa que sienta algo por mí. Es joven y observadora, y está compartiendo casa con un hombre al que no conoce. Me desea, sí, sin embargo es curiosidad virginal. ¿A quién no le ha pasado? Dime que a ti no te pasó eso. —Bajo su mirada, April tragó con dificultad y asintió—. Para ella solo soy su... primo. Un tipo mayor que ella que le ha liberado de Saint André.

—Dios, Nikolai, todo esto tiene que ser horrible para ti. ¿Y qué pasará si un día despiertas y te das cuenta de que ella era el amor de tu vida, pero lo has dejado pasar? ¿Cómo podrás soportarlo?

Él se encogió de hombros. Se le partía el corazón de solo pensarlo.

—El tiempo dirá lo que tenga que decir. Mientras tanto... intentaré que ella sea feliz. No tienes nada de qué preocuparte, April. No pienso hacerla sufrir.

—¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo.

—Nikolai, no te enfades conmigo. —April entrelazó los dedos de una mano con la otra, nerviosa, y se pasó la lengua sobre los labios. De repente se le había

secado la boca—. Annika me preguntó si nosotros estábamos juntos, y yo... me asusté. Le dije que sí.

Él la miró con sorpresa.

—¿Ella te lo preguntó?

—Sí y, no sé por qué, preferí que pensase eso. Tenía miedo a que se ilusionase contigo y... —Se encogió de hombros. Sabía que a su alteza no le estaba gustando lo que oía—. Es lo mejor, Nikolai, de ese modo ella podrá conocer a alguien. Tú tienes razón, a esa edad cualquier muchachita se cree enamorada de ti.

Él no dijo nada. Fingir que él y April eran amantes era una buena excusa para que Annika no le mirara de otro modo, pero ¿por qué él quería que lo mirase de ese otro modo? ¿Por qué necesitaba que ella le viese como si fuese el único hombre del mundo?

—Lo siento tanto. —April se acercó a él con la intención de coger su mano, pero Nikolai se apartó hacia el ventanal, y tras descorrer un poco la cortina, dejó vagar su mirada sobre la ancha avenida—. Nikolai, el viaje en tren será largo y estaréis solos.

Sin volver la cabeza, él murmuró.

—Johnny estará con nosotros.

—Ya, Johnny—contestó con un suspiró abatido.

—¡Te he prometido que no le haría daño! ¡Joder! Me estás culpando de algo que aún no ha ocurrido —dijo, volviéndose a ella, otra vez enfadado—. Cameron ama a su hija y yo le respeto. Es mi prima. ¿De acuerdo? Además, ya le has dicho que ambos estamos juntos. Eso debería ser suficiente. ¿No crees?

Bastante afectada, April le miró y asintió.

—Si tú lo dices —recogió la copa de Nikolai y la volvió a llenar junto con una para ella.

—¿Me has hecho venir aquí para decirme todo esto o hay algo más? —preguntó él finalmente. Estaba deseando marcharse de allí. La mirada de April y su desconfianza le asfixiaban.

—¡Sabías de sobra a lo que venía, Nikolai! —April se arropó más con la fina bata de estilo oriental que su último amante le había regalado y le ofreció la

bebida. Él la aceptó y dio un buen sorbo—. Quiero a Annika y nada me gustaría más que veros juntos. Pero juntos, felices y sobre todo casados. El día que estés dispuesto a ello, te apoyaré con los ojos cerrados, mientras tanto, si logras aclarar tus sentimientos, te pido que finjas que lo nuestro funciona.

Poco más tarde, un Nikolai muy agobiado salió de la casa. ¡Claro que no era tonto y sabía qué era lo que April quería decirle! Mil personas diferentes podrían haberle dicho lo mismo y sin embargo con ello no iban a cambiar sus sentimientos; no porque él no quisiera, habría dado un mundo por hacerlo, pero era su cuerpo traicionero el que reaccionaba involuntariamente solo con verla. ¿Enamorado? Quién sabe. Ojalá pudiese estar seguro para poder actuar en consecuencia, en cambio, no quería ni tenía modo de saberlo.

Rød rombe, el Diamante Rojo, se encontraba bastante lleno a esas horas. El club, al cual solo accedían los caballeros asociados, era el único lugar de la ciudad donde ofrecía una serie de diversiones masculinas que rayaban en la ilegalidad. Prostitución, apuestas, peleas pugilísticas... Cualquiera cosa que se quisiera encontrar o escuchar, aquel era el lugar adecuado. El edificio recto de tres plantas estaba ubicado en una de las mejores zonas de Praga junto al parque Este, cuya puerta, apenas iluminada por suaves destellos dorados, era la única prueba que indicaba que el local todavía se hallaba abierto. Por lo normal lo hacía hasta el amanecer, pero últimamente los socios tenían algunos problemas de impago y no parecían ponerse de acuerdo. Los rumores decían que el Diamante Rojo pasaría a diferentes manos antes de que acabase el año.

Nikolai saludó a varios conocidos entre las espesas nubes de humo que alcanzaban los techos y, después de entregar sus ropas de abrigo a una bonita guardarropa de rostro muy maquillado, se encaminó hacia una oscura sala. Los tonos predominantes eran los rojos y negros que cubrían los suelos, las paredes, y se combinaban con los sillones y las tapicerías. La luz era escasa formando charcos de sombras contra las paredes.

En la sala principal, la que Nikolai acababa de atravesar, los divanes estaban ocupados por rameras que incitaban a los hombres para ser elegidas. Algunas de ellas le habían hecho gestos con ojos esperanzados y sonrisas lascivas, Nikolai no estaba allí para eso esa noche. Su objetivo era la fuerte partida de póquer que

no tardaría en empezar. Los naipes se le daban muy bien y la suerte solía acompañarlo con frecuencia. No le entusiasmaba jugar, pero tampoco le importaba perder algún dinero. Ganaba más escuchando las últimas novedades y chismes de la aristocracia. Muchas informaciones recibidas le habían venido bien en demasiadas ocasiones.

Los hombres que se reunían en una mesa le saludaron efusivamente y uno de ellos le cedió su silla. Un conde inglés, lord Peyton, sería esa noche uno de sus contrincantes, junto con dos caballeros adictos al juego. Nikolai los evaluó y tomando los naipes barajó con dedos ágiles y una brillante sonrisa.

—¿Están preparados, señores?

CAPÍTULO 8

El palacio se hallaba revolucionado aquella mañana y todos tenían muchas cosas que hacer. Por primera vez desde que había llegado, Elvira despertó a Annika abriendo las cortinas para dejar pasar la luz del sol. Su cara era de arrepentimiento cuando la joven sacó la cabeza de entre las sabanas y con ojos entrecerrados la observó. Elvira le comunicó que su alteza estaba ordenando cargar el equipaje.

Annika no tardó ni dos minutos en despejarse. No quería que Nikolai se molestase con ella por la tardanza. Después de saber que había retrasado el viaje por ella la hacía sentir un poco culpable.

Con ayuda de la empleada se puso el vestido que el día anterior había dejado preparado. Inmediatamente después de que Elvira le peinase un sencillo recogido, comenzaron a bajar sus cosas del cuarto. Annika quiso aprovechar unos minutos para ir al comedor a tomarse un tazón de leche y, cuando bajaba por la escalera, escuchó unas voces fuertes de hombres que la hicieron detenerse, asustada.

—¡Si lo desea, denúncieme! —decía Nikolai con voz firme y sarcástica—, pero no va a conseguir nada. Annika está bajo mi custodia con el consentimiento de su padre.

—¡Ella es la nieta de mi hermano y le exijo en este momento que me la entregue! —respondió una voz bronca y potente.

Con intriga, la muchacha terminó de bajar la escalera. En el vestíbulo, Nikolai y un total desconocido para ella, a pesar de adivinar quién era, se miraban con frialdad y portes rectos. Ella se encaminó hacia ellos con pasos lentos, observando a su tío abuelo que era un tipo altísimo y desgarbado, quizá un poco

más alto que Nikolai. Se sorprendió, pues no debían existir muchas personas más altas que él. Además, no se parecía en nada a su abuelo.

—Excelencia, buenos días —saludó ella con un murmullo. Inclino la cabeza hacia Nikolai y en seguida posó los ojos en su pariente—. No he podido evitar escuchar la conversación. ¿Es cierto que usted es hermano de mi abuelo?

Nikolai miró preocupado a la joven. Ya el día anterior le había ido contando, de regreso a casa desde el restaurante, la conversación que había sostenido con la señora Merrywatter sobre ese sujeto, y había pasado raudamente a su lista de sospechosos.

—Así es, criatura. He ido a buscarte donde la familia de estos degenerados... —Nikolai dio un paso amenazador hacia él ante el insulto, pero se detuvo cuando Annika le posó la mano sobre el brazo, con delicadeza—. Te encerraron. Quiero que vengas conmigo, Annika, soy tu familia.

La rabia se apoderó de ella. ¿Por qué precisamente ahora todo el mundo quería protegerla? Si ese hombre se hubiese preocupado un poco por ella, hubiera ido a verla cuando su madre aún vivía. ¿Y con qué derecho insultaba de esa manera a quien le estaba dando cobijo y resguardo?

—Sí, usted es mi familia, pero su alteza también lo es —le dijo con desafecto—. De veras le agradezco que quisiese sacarme de allí, sin embargo mi padre ya se encargó. Ahora ya no debe preocuparse y entiéndame si quiero quedarme con él. —Señaló a Nikolai, que taladraba al intruso con una mirada fría.

Su pariente se cruzó de brazos con aire de autosuficiencia. Vestía un abrigo oscuro de piel que daba forma a sus escuálidos hombros. Tal vez pensaba que con aquella apostura amedrentaba un poco. Pero aun siendo más alto que Nikolai, el cuerpo de este imponía el doble.

—¿No recuerdas lo mal que se han portado contigo durante estos años?

Ella alzó el mentón y miró a Nikolai. Su alteza, a pesar de estar escuchando la conversación, también estaba pendiente de los movimientos de los criados que cargaban baúles hacia el exterior. Por su actitud adivinó que faltaba muy poco para que perdiese la paciencia del todo y desatendiera sus modales frente al intruso.

—No tanto como lo hizo usted con mi abuelo y mi madre —respondió Annika haciéndole saber que conocía la verdad—. ¿Acaso lo ha olvidado?

—¿Cómo te atreves, muchacha insolente? —preguntó colérico y rojo de ira.

Antes de que Annika pudiera siquiera replicar, Nikolai se acercó al visitante cogiéndole con firmeza de los hombros al tiempo que lo llevaba hacia la puerta como si fuese una maleta más.

—¡He oído suficiente! Ya he dicho que tenemos prisa y que si quiere denunciarme puede hacerlo. Está en su derecho.

—¡No puede tratarme así!

—Es mi casa, y en mi casa trato a la gente como me place. —Hizo una señal a Johnny y a un criado para que lo llevaran hasta el coche en el que había llegado.

—¡Las cosas no van a quedarse así!

Nikolai le ignoró y regresó junto a ella, sus ojos verdes miraron profundamente los suyos.

—¿Estás bien? Lo lamento mucho, no debería haberlo dejado pasar.

Annika dejó escapar un suspiro tenue y vacilante.

—No se preocupe, alteza. Yo... no sé qué decir. No sabía que vendría aquí. No entiendo porque ahora, después de tanto tiempo, quiere... hacerse cargo de mí.

—No pasa nada, Annika. Olvídalo.

—Lo que sucede es que me siento culpable. Ayer con Molly, hoy con... él.

—Pues no tienes la culpa de nada, eso que te quede muy claro —respondió Nikolai mientras se inclinaba para rozarle la frente con los labios. Un intenso rubor cubrió las mejillas de Annika, y los ojos de color del océano brillaron bajo las tupidas pestañas oscuras—. No podemos demorarnos mucho si no queremos perder el tren. Tenemos que estar en la estación en menos de dos horas.

—¿Solo dos horas? —preguntó ella con el pulso a mil por hora. Esas muestras de afecto conseguían confundirla y la verdad es que no tenía muy claro que fuesen correctas, ni siquiera entre primos.

—Así es. —Nikolai logró esbozar una recta sonrisa—. ¿Has tomado algo?

—Iba ahora al comedor.

Él asintió conforme y con suavidad empujó sus hombros guiándola hacia la sala.

—Yo terminaré de dar las últimas instrucciones. ¿Tu equipaje dónde está?

—Ya lo bajaron antes, debe de estar en el coche.

Nikolai volvió a afirmar y se marchó hacia afuera. Quería verificar que las pertenencias de Annika ya estaban cargadas y que ese hombre se hubiese marchado.

El tren se deslizaba por las vías con un sonido constante y monótono dejando atrás los hermosos parajes nevados de Bohemia. Se habían abierto muchos claros con los inusitados saludos del sol y en poco tiempo todo comenzaría a florecer. Nikolai y Annika viajaban en los vagones siguientes a la locomotora destinados a primera clase. Los suelos estaban cubiertos por una alfombra de tonos castaños y las paredes forradas en una madera brillante y barnizada.

Annika había escogido el mejor lugar para admirar el panorama mientras Nikolai leía cómodamente frente a ella. Por lo menos fingía leer, porque sentía los ojos de Annika sobre él y le desconcentraban totalmente. Sin embargo, cada vez que alzaba la mirada hacía la de ella, la joven volvía los ojos a la ventana contemplando las praderas tranquilas que les rodeaban.

Las dos primeras horas fueron en silencio, apenas interrumpido por alguna frase suelta sobre los lugares que iban dejando atrás. Después Annika comenzó a sentir el peso del aburrimiento. Había metido todas sus novelas en uno de los arcones y se había olvidado de dejar alguna para el viaje, aunque tampoco le apetecía leer en ese momento. Nikolai se percató de que ella comenzaba a moverse con incomodidad en el asiento. La joven vestía un sencillo traje de un tono azul apagado y se había recogido el negro cabello en un moño flojo. Varios mechones sueltos rozaban su esbelto cuello en una caricia suave. Se preguntó si sería consciente de lo preciosa que era. Incluso la deliciosa fragancia que usaba era no solo agradable al olfato, sino que lo embriagaba como una droga de la que no quería prescindir. Trató de ignorarla centrándose en la lectura, los párrafos bailoteaban descontrolados y otra vez había perdido el hilo. De pronto, ella frotó

un dedo sobre el cristal produciendo un insufrible chirrido.

—¿Qué ocurre? —preguntó él a modo de queja, sin levantar la vista.

—Nada —respondió Annika jugando con uno de los mechones sueltos de su pelo, que enrollaba y desenrollaba en un dedo.

—¿Estás segura?

—Claro.

—Me ha parecido que querías llamar mi atención.

Ella guardó silencio durante unos segundos. Cuando Nikolai la miró, la muchacha no tuvo más remedio que asentir.

—¿Excelencia, no podría ir a dar un paseo? Necesito estirar las piernas y que me dé un poco el aire.

Nikolai suspiró y se apiadó de ella.

—Podrías haberlo dicho antes. —Cerró el libro y se puso en pie. Tras guardar algunas cosas le ofreció el brazo—. Dentro de poco será hora de almorzar, vamos al restaurante antes de que se llene.

Annika sonrió feliz de hacer algo y, sobre todo, de poder moverse.

Al entrar en el vagón comedor, un hombre sentado junto a su esposa y a sus dos hijos varones de corta edad se levantó con la mano extendida, saludando a su alteza. Solo unas pocas mesas estaban ocupadas.

Nikolai le saludó a su vez con la cabeza e hizo pasar a la joven por delante de él, apoyando su mano en la delgada cintura.

—¿Los conoce? —le preguntó, sintiendo que la dirigía hacia allí.

—Sí. Te gustarán.

Nikolai viajaba tanto que no era la primera vez que coincidía con ciertas personas, y muchas veces era más probable encontrárselos en estos lugares que en las mismas ciudades donde se dirigían.

—No sabía que conocía tanta gente, creí que tendríamos un viaje aburrido y tedioso, y que pasaríamos la mayor parte del día practicando idioma.

Nikolai hizo una mueca burlesca que ella no pudo ver.

—No tientes a la suerte. Todavía nos queda viaje.

Antes de poder seguir hablando, llegaron a la mesa. Después de las presentaciones y la charla, tomaron asiento y comieron con la familia. Fue muy

agradable cambiar de ambiente por unas horas, empero más tarde regresaron a su compartimento. Johnny de vez en cuando aparecía por allí por si necesitaban algo, pero generalmente prefería viajar en el vagón de cola cerca de los equipajes junto con otros sirvientes.

Annika y Nikolai tuvieron mucho tiempo para conversar, aunque cada vez que ella intentaba sacar el tema de los negocios de él, su alteza lo evitaba, al igual que hablar de sus parientes. Sin embargo, le contaba mucho de sus amigos, de su afición favorita que eran los caballos y de otras muchas cosas.

Más tarde cenaron y el tren hizo una larga parada. Los mozos recorrieron los vagones abriendo las literas.

Annika entró a desvestirse, aprovechando que su alteza charlaba con algunos vecinos de departamento mientras fumaba. Cubierta con un largo camisón se metió en la cama.

Nikolai por todos los medios intentaba seguir el hilo de las conversaciones, de vez en cuando se despistaba y sus pensamientos volaban una y otra vez al interior del reservado, pensando en la prueba tan difícil que se le avecinaba al tener que dormir tan cerca de Annika. Estaba seguro de que apenas iba a poder conciliar el sueño.

Cuando calculó que ya debía estar preparada, entró. Ella ya estaba en la cama y se había vuelto de espaldas a él, permitiéndole desnudarse. Se quitó la chaqueta y la camisa y la dejó en el perchero. También se desprendió de los zapatos, las medias y el cinturón, sin embargo se dejó los pantalones puestos. En lugares como aquellos podría pasar cualquier cosa y recibir de un momento a otro la orden de abandonar el tren por alguna circunstancia. Y él, desde luego, no pensaba hacerlo en ropa de dormir. Se recostó sobre la cama y se echó los cobertores por encima dejando los brazos al aire. Hacía frío, pero él tenía calor.

—Hasta mañana, excelencia —escuchó decir a la joven en un susurro apagado.

—Hasta mañana, Annika, que descanses.

Después de lo que Nikolai creyó fueron un par de horas, se rindió por fin en los brazos de Morfeo, dejando que el cansancio le venciera.

Annika se fue despertando lentamente. Se hallaba tendida boca arriba y durante un segundo no pudo moverse en absoluto. Con un gemido, su cuerpo perezoso comenzó a marchar otra vez. Lo primero que vio fue el techo del vagón y enseguida se ubicó. Giró la cabeza hacía la litera de Nikolai, pero él ya no estaba allí. Con un profundo suspiro lo agradeció enormemente. La noche anterior había pensado que con su presencia en el mismo vagón no iba a poder pegar ojo, pero no había sido así. Él le transmitía confianza y, sobre todo, protección.

Se apresuró a vestirse rápido, y a poco de cepillar sus cabellos llamaron a la puerta. Abrió con una sonrisa adormilada.

—Buenos días, parece que has descansado bien. —Nikolai se abrió paso al interior con una bandeja, sin dejar de hablar—. Traigo té y panecillos de leche. —Dejó la fuente donde pudo y se giró hacía el mozo que venía tras él—. Puede pasar. —Miró a la muchacha con una sonrisa—. Vamos a salir unos minutos mientras él recoge esto. —Tomó su brazo y con suavidad la sacó al pasillo. Habían abierto algunas ventanas y el aire matinal corría libremente a lo largo y ancho del corredor.

Annika se estremeció y Nikolai, sacándose la chaqueta, se la colocó sobre los hombros.

—Han tenido que abrir porque olía horrible esta mañana. Nosotros podemos dar gracias de que solo somos dos. Normalmente, yo cojo un departamento solo para mí, pero al viajar en esta época es muy difícil conseguir eso, ni aun con sobornos. —Con el mentón señaló a un grupillo de mujeres jóvenes que, como ellos, esperaban en el pasillo a que recogiesen sus literas—. Algunos han tenido que dormir hasta cuatro personas juntas.

Annika frunció el ceño. Casi estuvo a punto de reírse de él por pensar que era horrible compartir departamento. Él se dio cuenta del gesto.

—¿Me he perdido algo, querida prima?

—No lo imagino a usted durmiendo en Saint André. Seguro que no lo hubiera

soportado.

—¿Crees que no?

—Está demasiado acostumbrado a los lujos.

—Pues te confundes, prima.

Ella se extrañó.

—¿Ah sí? ¿Dónde lo ha hecho?

Nikolai se encogió de hombros.

—En el ejército, en... sitios.

—¿Usted ha estado en el ...?

Antes de poder seguir interrogándole, él se giró al departamento nada más ver salir al mozo.

—Espero que tengas suficiente con este desayuno hasta la comida. Me he permitido traerlo porque de otro modo el bufet hubiese cerrado.

Annika se apresuró a devolverle la chaqueta, la cual desprendía la fragancia varonil que ella tanto adoraba.

—¿Por qué no quiere contestarme?

—Son temas que no me apetece comentar, eso es todo. —Señaló la mesa con el dedo—. No he traído ninguna mermelada.

—Se lo agradezco mucho, excelencia. —Tomó asiento y se sirvió té con leche de una forma muy remilgada. Nikolai sabía que estaba molesta con él y también decepcionada, aun así no tenía nada que contarle. Ella solo debería interesarse en su próxima presentación y en que pronto vería a su padre. —¿Usted no quiere?

—No gracias, Annika, yo ya tomé antes.

La mañana transcurrió con total tranquilidad. Compartieron mesa en el vagón restaurante con otros pasajeros y después se enredaron en una entretenida partida de ajedrez en su compartimento.

Tras haber estado en la misma posición casi dos horas, su alteza movió ficha en el tablero.

—Jaque mate.

—Ya era hora —dijo ella soltando un profundo suspiro. Se puso en pío para estirar las piernas. En ese preciso momento el tren inició una curva bastante cerrada y ella perdió el equilibrio. El tablero cayó al suelo y Annika se vio

lanzada contra Nikolai. Sin quererlo, terminó sentada en su regazo. Por un momento ambos se quedaron mudos, con los ojos clavados uno en el otro.

Su alteza, aparte de sorprendido, sintió la repentina excitación que las nalgas de Annika le provocaron en sus partes más íntimas. Precisamente en aquella que apretaba contra la tela de sus pantalones luchando por liberarse y hundirse en la virginal cavidad. Sin proponérselo, o tal vez sí, paseó lentamente la mirada por el cuerpo de Annika, estancándose en sus senos algo más de lo normal.

La muchacha, abochornada y con el corazón atronando en su pecho, esperó a que él levantase la vista. Sentía la creciente necesidad de cruzarse los brazos sobre el pecho para que Nikolai despertase del trance, pero si lo hacía corría el riesgo de sentirse mucho más avergonzada de lo que ya estaba. Con disimulo se movió incomoda sobre sus piernas.

—El monedero me está haciendo daño —consiguió decir en un quejido para romper el silencio y que él reaccionase.

Consiguió su propósito y en seguida su alteza la agarró de la cintura para levantarla. Un segundo después él se echó su propia chaqueta sobre el regazo. Ella no entendió ese gesto y frunció el ceño. Sin embargo Nikolai tampoco quiso explicarle nada. ¿Cómo iba a decirle que era la primera vez que alguien confundía su erección con un portamonedas?

—¿Le he producido dolor? —murmuró ella.

—No, claro que no —contestó con un murmullo estrangulado.

—¿Qué pasa entonces?

Él se enfadó. ¿Debía hablarle a Annika sobre la reacción de la excitación de los hombres? ¿Sabría ella algo sobre la relación humana? Se pasó la lengua sobre el labio inferior. «No soy yo quién debe hacerlo», pensó, anotándose que debía decírselo a April.

—Está todo bien. ¿Quieres otra partida o lo dejamos por hoy? —preguntó cambiando de tema al tiempo que disimulaba el enojo.

Annika, con las mejillas teñidas de rubor, se sentó de nuevo en su sitio, agitando la cabeza.

—Lo dejamos por hoy.

Lo que Nikolai necesitaba en ese momento, decididamente no iba a encontrarlo en su compartimento, sin embargo sí que podía hacerlo en otro. Ya esa mañana, mientras dejaba que su prima se despertase y vistiese, conoció a una hermosa dama que viajaba acompañando a su abuelo. Pensó que podría tener algún escaqueo pequeño sin que nadie lo advirtiese y esperó hasta después de la comida. Annika se había puesto cómoda sobre el asiento y había cerrado los ojos para dormir un rato. Él salió a buscar a la dama, y ya la tenía medio convencida, cuando su prima decidió salir a buscarle. Justo los detuvo poco antes de entrar en el reservado.

—Excelencia.

Nikolai frunció ligeramente el ceño al verla. Se había puesto un vestido verde con adornos de terciopelo castaño y cuello alto. Pudo apreciar que sus ojos brillaban con algo parecido al enojo.

—Annika, quiero que conozcas a la señorita Delón. Violeta, ella es mi pupila. Viajamos juntos —dijo, observando con remordimiento a su acompañante, una beldad de rasgos delicados y suaves. Ahora que estaban las dos juntas se dio cuenta de que Annika era capaz de eclipsar a cualquier mujer por bella que fuese.

—No sabía que viajaba acompañado, príncipe Petrov. —Con educación, la dama tendió una mano a Annika. La muchacha se la tomó y le dedicó una corta reverencia.

—Si no lo he comentado es porque se me ha debido de pasar —se apresuró a decir él. En ese momento no estaba del mejor humor. Lo que quería de la señorita Delón no necesitaba de detalles de los pormenores de su viaje y de su vida. Y tampoco necesitaba que su caprichosa prima le frustrara sus planes.

—A él le gusta decir que es mi tutor, pero en realidad también somos primos.

Nikolai deseó que Annika se marchase y pese a lo que sentía, la cogió con suavidad del brazo.

—Violeta, si me disculpas voy a hablar con ella. Será solo un segundo.

—Adelante —respondió la otra, confusa.

Llevó a su prima hasta el otro lado del pasillo.

—Annika, *mademoiselle* quiere enseñarme algo. Vuelve al departamento y yo iré en cuanto pueda. No has hecho bien en salir a buscarme.

—He sentido un poco de miedo al ver que estaba sola.

—No corres ningún peligro.

—¿Y qué es lo que quiere enseñarle esa mujer? —preguntó ella con ojos brillantes y mejillas enrojecidas.

—Te pido por favor que regreses al vagón —insistió Nikolai. Su prima no era tan tonta como para no saber lo que se proponía. Y de buena gana se lo hubiese dicho, pero comprendía que tampoco se merecía eso.

Annika le agarró el brazo con fuerza y le dijo con tono gazmoño.

—Me da miedo estar sola, excelencia.

—Eso es invención.

—¿Cómo puede saberlo? —replicó apretando sus lindos labios.

Nikolai no estaba dispuesto a ceder esta vez. Se recordó que tenía que continuar con su vida como siempre. Si no regresaba pronto a sus costumbres, su infierno se iba a volver cada vez más oscuro y solitario.

—Te prometo que no tardo. Debo ir.

Annika soltó un ruidoso suspiro, asintió y le soltó el brazo. Le sonrió con una falsa inocencia que Nikolai masticó en el acto.

—Muy bien, excelencia, confío en que los asuntos que os retienen aquí sean de vital importancia para usted.

Él la vio caminar muy dignamente hacía el departamento, no sin antes echar un último vistazo a Violeta Delón, que los observaba con disimulo. No pudo evitar que sus ojos se fijaran en las bamboleantes caderas de Annika.

—¿Príncipe Petrov?

Volvió la vista hacía la dama que le llamaba y que esperaba impaciente. Como un cubo de agua fría, su libido bajo a la altura de sus pies. Había barajado la posibilidad de que eso pudiese ocurrir, pero no había esperado que precisamente en ese momento.

—¡Maldita sea! —blasfemó entre dientes. Sentía que su enfado se había

multiplicado por tres. Con ese humor de perros no era la mejor compañía para nadie, de modo que con la elegancia innata que le caracterizaba, se acercó hasta Violeta y se despidió con una disculpa. «¡Voy acabar completamente desquiciado!», pensó mientras regresaba con su prima.

Annika estaba de espaldas a él, mirando por la ventana.

—Has conseguido lo que has querido ¿no? —le preguntó con frialdad, cerrando la puerta con un sonido seco.

Ella no lo oyó llegar y se volvió a él con sorpresa.

¿Había estado llorando o eso le parecía a Nikolai?

—No quería molestarle, excelencia, pero no me parece correcto.

Él trató de tranquilizarse antes de poder conversar racionalmente.

—Vamos a ver. ¿Qué es lo que no te parece correcto? Te recuerdo que el ser mi protegida y mi prima no te da ningún derecho sobre mí. Y que tampoco entiendo porque debes decirle a Violeta que somos primos.

—¿Por qué? ¿Se avergüenza de ello?

—¡Por supuesto que no! Haz el favor de no cambiar de conversación... precisamente ese no es el tema que nos incumbe. Lo que me refiero es que no tienes por qué ir explicando nuestro árbol genealógico a personas que ni siquiera conoces.

—¡Iba a irse con esa señorita!

—Cierto, y cuanto menos supiera de nosotros, mejor.

Su alteza sintió como los ojos azules de su prima le traspasaban con una violencia tan tórrida que le transmitió desconcierto e intriga.

—¿Qué pasa con April? —preguntó ella.

Nikolai suspiró. Maldijo a April por su brillante idea de convertirse en su amante imaginaria. Sabía que eso, tarde o temprano, iba a causarle problemas.

—No entiendo que es lo que puede pasar con ella. Sabes que nuestra relación es... especial. —Hablar de ello le estaba sentando como si alguien le estuviese apretando las tripas y se las retorciese con ahínco. Se acomodó en el asiento y se lio un cigarro tratando de relajarse—. Aunque no crea que deba disculparme contigo, lo voy a hacer, Annika. No me apetece en absoluto que tú y yo hablemos de April. De modo que siento mucho haberte dejado sola.

—¿De verdad lo siente, excelencia?

Si su prima no estaba muy convencida con sus palabras a él le daba lo mismo. No tenía intención de seguir discutiendo con ella.

—Así es.

Annika se sentó frente a él.

—Yo también lo siento, excelencia. No volverá a suceder e intentaré no meterme en asuntos que no me conciernen.

Nikolai asintió, esperando que ella no mintiese.

CAPÍTULO 9

En Hamburgo descendieron y tomaron el tren con destino a Frankfurt. En la estación Nikolai no había soltado el brazo de Annika temiendo perderla entre la gente. Nunca había tenido esta responsabilidad con alguien y se sentía un poco descolocado. Eran sentimientos raros, miedo a perderla y no volver a verla más, a que le hicieran daño...

Johnny caminaba frente a ellos abriendo la marcha, buscando la puerta más cercana mientras varios mozos se apresuraban a transportar el equipaje de un tren a otro. Las lámparas de aceite lanzaban haces de luz dorada sobre los abarrotados andenes.

Annika y Nikolai encontraron su compartimento, si bien era bastante elegante, no poseía literas escondidas como el anterior.

—¿Vamos a dormir sentados? —preguntó ella extrañada. Se acercó a la ventana al escuchar el pitido del tren. La máquina comenzó a moverse con ligeros tirones.

—Esta vez no serán tantas horas de viaje —dijo él quitándose el sombrero y el abrigo para dejarlo sobre uno de los asientos—, dentro de un rato, cuando el tren salga de Hamburgo, nos acercamos al vagón restaurante, cenamos algo y el tiempo se nos pasará más pronto.

—No tengo muchas ganas de cenar, excelencia. El viaje es agotador, no tenía ni idea que pudiera cansarme tanto. —Con gracia se dejó caer en un banco forrado de piel. Las faldas se elevaron ridículamente por encima de su cabeza y las recogió con los brazos ajustándolas contra el asiento. Soltó una carcajada con el rostro rojo de vergüenza—. ¡No sé cómo April se maneja tan bien con tantos vuelos!

Él también rió divertido. Annika conseguía ese efecto en él. Podía haber sido el comportamiento de una niña, pero en ella quedaba tan natural y femenino que la volvía encantadora.

—Debe de ser como manejar una ballena. No sé ni cómo podéis ponerlos esos armatostes con lo sencillo que era en la época medieval.

—A mí me encantan —afirmó ella acariciando la falda de tacto suave—. Siempre quise tener ropa tan bonita como esta. Cuando mi madre me explicó quién era Cameron y que algún día vendría a buscarnos soñaba con vestirme así. —Se mordió la lengua de inmediato.

—¿Vivíais muy mal? —preguntó Nikolai, apoyando la espalda en la puerta cerrada.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa apenada.

—Depende de con quién nos comparáramos. Nunca tuvimos que mendigar y la panadería nos daba para comer, eso sí, no sabía lo que era un día de descanso hasta que llegué a su casa.

La mirada verde de su alteza se tornó compasiva.

—¿Siempre os habéis dedicado al pan?

—Desde que tengo uso de razón —asintió—. Mi abuelo dejó el negocio a mi madre.

—¿Era un trabajo muy duro?

—En la época de calor era horrible estar cerca de los hornos —recordó—. Y cuando hacía frío nos congelábamos al hacer el reparto. Supongo que ya estábamos acostumbradas. Aun así, imagino que sabrá que Cameron nos enviaba algo de dinero mensualmente, sobre todo para cubrir el alquiler de la casa. Por mí no se lo hubiera cogido, pero era mi madre quien decidía. Al principio discutíamos por eso y como ella se ponía tan cabezona...

Nikolai echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada.

—¿Más que tú?

Annika también rió. Una carcajada limpia y cristalina que embotó todos los sentidos de su alteza. Si Annika se parecía tanto a Olya, comenzaba a entender por qué Cameron la había amado tanto.

—Sí, mi madre era muy terca. De no haberlo sido posiblemente yo no estaría

viva. —Nikolai se acomodó frente a ella cruzándose los brazos sobre el pecho, con rostro de querer saber más—. En la barriada vivía una curandera que ayudaba a las muchachas para que no tuvieran hijos. Mi abuelo trató de convencerla para que interrumpiera el embarazo, yo me alegro de que no lo hiciera. E incluso él se alegró después de que no le hubiese obedecido.

—Yo también —susurró Nikolai. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos a través del cristal de la ventana y las cuencas brillaban con un verde intenso y enigmático.

De repente, la puerta del compartimento se abrió con potencia, sobresaltándolos. Un sujeto de rostro serio asomó la cabeza al interior. Llevaba un abrigo largo con las solapas subidas sobre el cuello.

Annika exclamó al verle. Nikolai se levantó con mucha rapidez obligando al hombre dar un paso atrás hacía el pasillo.

—¿Quiere algo, caballero? —le preguntó, observándole de arriba abajo con mirada dura.

El hombre respondió con voz rasposa al tiempo que agitaba un papel que sostenía en la mano.

—Perdóneme, estaba convencido de que este era mi sitio. Lo lamento mucho si les he atemorizado.

—Por ahí llega el revisor —dijo Nikolai viendo venir al hombre uniformado por el fondo del estrecho corredor—. Pregúntele, quizá él pueda informarle.

—No se preocupe, lo encontraré yo mismo, seguro que está en el siguiente vagón —contestó, alejándose de él y del revisor con cierta prisa.

Nikolai se quedó unos minutos más contemplando el lugar por donde se había ido el extraño. Miró al interior del reservado, Annika se había acercado hasta ponerse detrás de él y observaba con atención el pasillo.

—¿Qué ha pasado?

—Se había confundido, al menos eso ha dicho aunque yo no lo creo.

—¿No? ¿Por qué?

—Tengo la impresión de que era un polizón buscando un lugar donde esconderse. Ha salido disparado cuando le he dicho que venía el revisor. Si vuelve aparecer por aquí no tendré más remedio que dar el aviso.

Nikolai volvió a sentarse haciendo que Annika se relajase otra vez. Media hora más tarde ella le convenció para que le llevase algo de cenar. Él no se fue muy conforme, hubiera preferido que le acompañara o que Johnny estuviese cerca.

No pasó más de diez minutos cuando la puerta del vagón se abrió otra vez. De nuevo Annika se sobresaltó, aunque esta vez más que sorpresa sintió miedo cuando descubrió que era el mismo tipo que antes los había abordado. Al mirarle bien, leyó en su expresión que Nikolai se había confundido y que no era ningún polizón. Ese hombre estaba allí por algún motivo en concreto.

Se levantó muy despacio del banco y se sostuvo con una mano al pequeño poyete que había bajo la ventana, para guardar el equilibrio.

—¿Qué es lo que está buscando? —le preguntó con voz temblorosa

El hombre llevaba un largo abrigo negro que comenzaba a blanquear del desgaste. Sonrió de un modo lascivo y se pasó la lengua sobre el labio inferior como si estuviera saboreándola. «La mismita expresión que había tenido el Arañas la noche que le descubrió en su cama», se dijo ella.

Más asustada que nunca en su vida, recorrió con la vista el vagón buscando algún lugar por donde escapar. La única salida era la que el individuo bloqueaba con su cuerpo.

—No te pongas nerviosa, señorita Anderson. —Unos dedos largos y huesudos comenzaron a desabrocharse el abrigo con lentitud—. ¿Dónde guarda él el dinero?

La muchacha abrió mucho los ojos. Esperó que sacara un arma o algo por el estilo. Se le secó la boca y un sudor frío comenzó a recorrer su columna vertebral. El corazón golpeó violentamente en su pecho como timbales antes de entrar en guerra.

—¿Sabe quién soy?

—Por supuesto. Llevan un registro de todos los pasajeros, por ese motivo sé que el príncipe tiene más dinero del que podría gastarse en toda la vida.

—Su excelencia no viaja con sus pertenencias encima —murmuró.

Él ladeó ligeramente la cabeza hacía ella, devorándola con una mirada oscura y fría.

—¿Dónde llevas las joyas?

—No tengo joyas.

—¿Crees que soy imbécil?

—Johnny lo lleva todo con los equipajes.

El hombre entrelazó los dedos de una mano con otra, llevó las palmas hacía afuera e hizo sonar los nudillos desagradablemente.

—Me parece que me estás mintiendo y... creo que voy a tener que buscarlas yo mismo. —Dio un paso hacia ella con la intención de agarrarla.

Annika lo vio venir y se alzó la falda, con agilidad se subió sobre el asiento. Aquel movimiento no le sirvió de mucho, él la atrapó del talle con violencia y la empujó contra la base de uno de los bancos. Cayó con un golpe seco y la madera crujió bajo su cuerpo. Perdió la respiración durante unos segundos y pensó que se había roto los huesos. Con un fuerte dolor en la espalda comenzó a gritar aterrada. Las manos del intruso desgarraron su corpiño con brutalidad y ella sintió como le clavaba los dedos en la carne. Una de las manos llegó a sus pechos y los acarició sin ninguna suavidad, pellizcando los pezones.

A ciegas, Annika manoteó a su agresor hasta que él abofeteó su rostro tan fuerte que la cabeza se zarandó en el respaldo y amenazó con apartarse del tronco. Las agujas del pelo salieron disparadas y su cabello cayó desparramado tocando el suelo. Su cara ardió por el golpe. Jamás nadie le había pegado tan fuerte, ni siquiera en Saint André.

Sus gritos y sollozos se entremezclaron. El hombre se había colocado sobre ella echando su aliento sobre su boca mientras que con una mano trataba de levantarle las faldas.

—¡Por favor! —le suplicó jalándolo de los cabellos. Como pudo, evitó que el hombre la besara en los labios. Notaba la lengua sobre su mejilla y sentía ganas de vomitar.

—No te resistas. Lo vamos a pasar muy bien —dijo con voz gutural y pastosa. Annika estaba tumbada en el asiento con el cuerpo del vestido abierto sobre los pechos. La camisa interior de fina batista era transparente bajo la luz del reservado y el hombre rugió imaginándola a su merced. Tenía una rodilla entre las piernas abiertas de ella y se apresuró a quitarse el corchete que sujetaba la cinturilla del calzón.

Sin cejar en su empeño por quitarse aquel tipo grandote de encima, le mordió la mano y se ganó otro revés que por poco la hizo perder el sentido. Notó el ácido sabor de la sangre en los labios. En ese momento le pasaron por la cabeza miles de planes para deshacerse de él, pero ninguno se clarificaba en algo concreto.

—Tienes que ser buena con Arthur y Arthur se portará bien contigo —dijo hundiendo la boca en su cuello. Su cabello graso separado por mechones rozaba la cara de Annika cada vez que se inclinaba. Ella lloraba desesperada, rezando porque su sufrimiento acabase rápido. Las manos que apretaban sus pechos hacían mucho daño.

—¡Por favor! —lloró, golpeándole inútilmente en la espalda con los puños cerrados. El hombre había logrado subirle las faldas hasta la cintura. Luego desgarró sus enaguas con un cuchillo que Annika no alcanzó a ver. El tipo observó la pálida piel de los muslos sin despegarse apenas de ella—. Su excelencia le dará cualquier cosa, pero no me haga daño —le suplicó con angustia.

—No pienso hacerte daño. —Su mano áspera acarició la cadera de Annika y la fue deslizando a su pubis—. Qué suave eres. Qué lástima que después deba acabar contigo, pero primero disfrutaremos un poco. ¿No te parece? —Presionó con fuerza haciéndola gritar de dolor. Se sintió humillada y asqueada. Los dedos masculinos luchaban por introducirse en su interior con dureza.

La puerta se abrió con fuerza y golpeó violentamente con el muro haciendo saltar las bisagras de su sitio.

Annika solo vio la oscura sombra que pareció volar por el cuartucho antes de que el sujeto que estaba sobre ella saliera disparado contra la ventana. Aprovechó el desconcierto desliziéndose al suelo hasta quedar arrinconada cerca de la puerta descolgada, que se abría y cerraba con el movimiento del tren. Con las piernas cruzadas y cubriéndose los pechos con los brazos reconoció a su alteza, quien se asemejaba a una bestia endemoniada. Parecía estar envuelto en un aura de peligro. Nunca le había visto en ese estado. Era como un león despiadado atacando iracundo. Los músculos de su espalda empujaban la tela de la chaqueta y amenazaba con hacer saltar las costuras. Se movía con rapidez,

golpeaba y se cubría, golpeaba y volvía a cubrirse como un experto boxeador. El otro tipo no tenía nada que hacer, su alteza era más fornido y diestro.

Con el rostro hirviendo de cólera, Nikolai cogió de las solapas al individuo y lo golpeó varias veces más contra las paredes. Esquivó algunos de los puños que volaban a su cara, pero la escena que acababa de presenciar lo había enloquecido a tal punto que estaba dispuesto a matar al hombre. Bramó y maldijo sin dejar de propinarle fuertes derechazos. A otro individuo menos corpulento ya lo hubiera tumbado, pero aquel buscaba afanosamente la puerta para poder escapar de él y no dejaba de moverse por el reservado.

El cuchillo había salido volando al primer golpe, y Arthur no tenía modo de defenderse de la bestia de ojos verdes. Su única vía de escape era huir antes de que los demás viajeros dieran la voz de alarma.

Agazapada a más no poder para no ser pisada, llorando por la contienda generada en el departamento, Annika deseó con fuerza que cada uno de los golpes que Nikolai propinaba a su atacante le dolieran como a ella le habían dolido sus asquerosas manos sobre su cuerpo. ¡Ese desalmado merecía cualquier cosa por haber querido abusar de ella! Sintió de nuevo repulsión e inconscientemente se abrazó las piernas contra su pecho como si de algún modo aquello la protegiera.

—¡Voy a matarte cabrón! ¡Te voy a quitar las ganas de maltratar a las mujeres!
—gritó Nikolai.

Annika lo miró por encima de sus rodillas. El príncipe Moritz Nikolai Petrov era un ángel salvador y un demonio del inframundo. Un rostro firme y peligroso de mirada asesina. Un héroe.

Los ruidos y las voces llamaron la atención de los demás pasajeros. Pronto varios empleados llegaron para hacerse cargo del intruso y lo redujeron con facilidad. El bandido apenas se tenía en pie y se lo llevaron a rastras.

—¿Se encuentran bien? —preguntó un hombre uniformado mirando el interior del reservado con ojos dilatados. Aquello era un auténtico caos. La sangre había manchado la tapicería de los asientos y salpicado por las paredes. No dudaba que había sido una buena pelea por el aspecto en que habían sacado al tipo de allí. Ordenó a un mozo que tenía tras de sí que buscara otro compartimento y enviara

a alguien con una jarra de agua.

Nikolai, si le escuchó, no le contestó. Estaba mucho más preocupado por el llanto acongojado de Annika. Temió que se encontrara mal o que hubiese sido dañada. Se dio la vuelta y la vio sujetándose las piernas con las manos y la cabeza escondida entre ellas como un animal herido, acurrucada. Con cuidado la recogió del suelo. Temblaba de forma incontrolada y sus delgados hombros se agitaban por los sollozos. En seguida de tenerla en brazos, ella le rodeó el cuello con desesperación. Notó como las lágrimas mojaban su garganta.

—Ya todo ha pasado Annika —susurró contra su cabeza.

Ella asintió con un ligero movimiento de cabeza aunque no podía parar de llorar.

Nikolai buscó su cara entre la maraña de pelo que la cubría. Entonces sus ojos cayeron en los desgarros del corpiño. A través de la delicada tela de la camisola varios arañazos se pintaban sobre los pálidos pechos. Mortificado, apartó la vista y se giró al revisor. En ese momento llegó Johnny a la carrera.

—¿Qué ha ocurrido excelencia? —preguntó, mirando con incredulidad el estado de Annika.

—Un sujeto la ha atacado cuando la he dejado sola.

Johnny se pasó la mano por el pelo.

—Deben salir de aquí.

—Sí, ya les hemos encontrado un sitio. —El interventor les guió a otro departamento del mismo vagón. Nikolai sentó a Annika sobre el banco acolchado y la cubrió con su abrigo. Ella tenía el rostro empapado en lágrimas, pero ya había dejado de llorar, aunque de vez en cuando hipaba.

—¿Está bien la señorita? ¿Necesita que traigamos algo? —preguntó el encargado dejando la jarra de agua y un vaso sobre la mesa desplegable.

Nikolai lo miró con un semblante sombrío.

—¡Necesito que echen a ese maldito del tren!

—Estamos en ello, príncipe.

Nikolai se volvió a Annika con ojos preocupados. No podía dejar de mirarla. Necesitaba comprobar que no había sufrido daño alguno, pero con Johnny y ese hombre delante no podía hacerlo.

—¿Quieres que te traigan algo, cielo? —preguntó. Acarició la tierna mejilla con dulzura. En el cuello también descubrió un pequeño cardenal que iba cogiendo un color rosado.

Ella negó con la cabeza. El interventor se dirigió a Nikolai.

—En cuanto lleguemos a la siguiente estación le entregaremos a las autoridades. Han cometido asaltos en varios trenes y teníamos rumores de que alguno podía haber subido en Hamburgo. Piensan que se trata de una banda que se especializa en robos. Si lo desea puedo preguntar si viaja algún doctor.

Nikolai volvió a insistir con Annika.

—¿Necesitas que te vea alguien?

—No... no, gra... gracias.

Nikolai atemorizaba. Sus ojos verdes lanzaban fríos destellos.

—¡Deberían advertir a los pasajeros!

—Tiene razón, pero aún no había dado tiempo —replicó el encargado.

Con gentileza, Nikolai apartó la negra cabellera de Annika que enmarcaba su carita de mejillas pálidas. Sintió el pelo tan suave como la seda entre sus dedos.

—¿Cómo estás, prima? No sabes cuánto lamento haberte dejado sola.

Durante unos segundos, ella le miró con los labios tan fruncidos que le parecieron un pequeño capullo rosado. Luego rompió a llorar de nuevo, esta vez con más fuerza.

Nikolai se apresuró a estrecharla entre sus brazos.

—Ya todo está bien —susurró contra su mejilla. Su cuerpo delgado se adaptaba perfectamente a las curvas de sus brazos—, dime, ¿te ha hecho daño? —No estaba muy seguro de hasta donde había podido llegar el sujeto. Ella tenía un corte en el labio y uno de sus ojos mostraba una pequeña hinchazón, sin contar las marcas que ese depravado había dejado en sus pechos.

Annika se calmó un poco y miró al encargado, que seguía allí observando con cara de preocupación. Luego bajó la vista hacia su alteza, con las mejillas rojas.

—Me ha tocado... ahí —contestó en un hilo de voz.

Nikolai cerró los ojos con fuerza y muy lentamente contó hasta diez. Sentía como la sangre se agolpaba en su cara. «¡Le iba a matar! ¡En cuanto se lo encontrara de nuevo lo mataría!» Abrió los ojos de nuevo y observó al

responsable con un brillo muy peligroso.

—¡Quiero saber quién es ese hombre! Me voy a encargar personalmente de hacer que le encierren de por vida.

—El ferrocarril ya lo ha denunciado. Me han comunicado que la compañía tomará cartas en este asunto.

—Me parece perfecto. Pero yo también voy a hacerlo. No voy a permitir semejante atropello.

—Muy bien, excelencia, como quiera. Quizá de ese modo podamos evitar que vuelva a suceder algo parecido —asintió—. ¿Echan en falta alguna pertenencia?

Él no había tenido tiempo de mirarlo todavía.

—No lo sé. Más tarde me reúno con usted.

El hombre asintió.

—De acuerdo, excelencia. Si necesitan algo nos lo hacen saber.

Johnny se adelantó.

—Yo me encargaré de avisar.

El revisor salió del vagón. Nikolai llegó hasta Johnny en dos pasos.

—Quiero que mantengas al individuo que tienen encerrado, vigilado. Necesito saberlo todo de él.

—Así se hará, excelencia. Intentaré tener una charla con él, aunque según me han contado lo ha dejado más muerto que vivo.

—Si ha de morir se lo haga después de que lo interrogues.

—Muy bien, le mantendré informado.

Una vez que Johnny se marchó, Nikolai cerró la puerta para que los curiosos que se habían reunido en el pasillo dejaran de intentar mirar el interior. Soltó un suspiro y sus ojos se toparon con los de Annika que le miraban abatidos.

—¿Quieres tomarte algo para tranquilizarte? Puedo conseguirte alguna cosa.

—No me deje sola, por favor. Se lo ruego —gimió—. Tengo miedo de quedarme aquí.

Nikolai se acercó a ella y le frotó los brazos con sus manos, infundiéndole calor.

—No te voy a dejar sola, tranquila. —Con manos firmes arrancó un pedazo de su camisa desgarrada y la utilizó para limpiar los labios de Annika. La sangre

estaba seca. —¿Te hago daño?

—Escuece un poco.

—Lo sé, pero debemos hacerlo. Abre la boca —le ordenó—. Cuéntame que ha pasado, Annika. —Empapó el retal en agua. Ella dio un respingo cuando presionó sobre el labio—. Lo siento mucho.

La joven esperó a que terminase de curarla y le relató lo poco que recordaba. Su mente estaba muy confusa.

—Debía de estar vigilándonos. Esperó a que yo me marchase para abordarte, ese malnacido...

—Pero ¿por qué cree que quería atacarme? —preguntó—. No le conozco de nada y yo que sepa no le he hecho ningún mal.—La amenaza de un nuevo acceso de llanto le volvía la voz chillona y estremecida. Hizo una mueca de desagrado al recordar el rostro huesudo y el fétido aliento de su boca. Se estremeció.

—Annika... eres un bocado muy dulce y tierno. —Con el pulgar y el índice acarició el suave mentón. Clavó los ojos en los de ella—. Cuando dijiste que ese hombre te había tocado... ¿A qué te referías?, necesito saberlo. Es importante para mí.

Ella trató de contener el espanto que le provocaban esos recuerdos. Se llevó una temblorosa mano a la boca. Él quería saber, pero ella, olvidar.

Al ver su alteza que ella no decía nada, decidió retirarle el abrigo. Annika reaccionó agarrándolo más fuerte para impedir que lo hiciese.

—Por favor —insistió él. Annika negó con las mejillas al rojo vivo. Con una destreza asombrosa, su alteza le arrebató la prenda de un tirón.

—¡No! —exclamó ella. Se cruzó los brazos sobre el pecho. Él ni siquiera miró allí. Vio los jirones de sus enaguas que asomaban bajo las faldas.

—Sé que esto es muy incómodo, cielo. —Tragó con dificultad. Hubiera querido subirle el vestido para ver si el sujeto había marcado su piel, pero se apiadó de ella y volvió a cubrirle con el abrigo—. ¡Hijo de puta! —Se pasó las manos por la cara.

Annika sintió que poco a poco recobraba la confianza y el valor. Suspiró.

—¿Por qué regresó tan pronto, excelencia? Gracias a Dios que lo hizo.

—Venía a decirte que el restaurante estaba vacío y pretendía convencerte para

que me acompañaras. —Abrió y cerró las manos un par de veces comprobando que estaba bien. Tenía los nudillos inflamados y posiblemente se le hincharan más todavía. Su aspecto tampoco era el mejor del mundo. La chaqueta arrugada presentaba desgarrones y los botones de la camisa de seda plateada habían desaparecido. Tenía todo el torso al descubierto y solo ahora se daba cuenta.

—¿Va a denunciarlo de verdad? —le preguntó con una intensa mirada azul.

Él asintió.

—No pienso dejar que ese hombre quede libre después de lo que ha hecho. —Se incorporó quitándose la chaqueta y la camisa. Con una mueca de dolor se pasó la mano por un costado donde había sido pateado. La zona estaba enrojecida y la sombra de un moratón comenzaba a dibujarse.

Annika perdió el habla y sus mejillas se tornaron escarlatas. Él tenía un cuerpo magnífico, cintura estrecha, hombros anchos, fuerte musculatura y unas larguísimas piernas. El cabello ensortijado caía despeinado sobre su espalda y varios mechones se hallaban pegados a su frente sudorosa. En otro momento Annika le habría admirado a conciencia, pero seguía teniendo la repugnante sensación de estar sucia y no podía pensar en otra cosa. Sucia y muerta de vergüenza por haberle contado a Nikolai que ese tipo había tocado su cuerpo.

—Le han herido.

—No es nada —mintió. La miró—. ¿Por qué no te aseas un poco y te cambias de ropa? Johnny no tardará en venir.

Annika se levantó muy despacio. Sus piernas temblaron peligrosamente. Nikolai pensó que se caería y la sostuvo de los hombros. Ella no pudo reprimir el impulso de abrazarle y le rodeó la cintura con los brazos. Sintió la piel tibia y firme de su pecho cuando le posó la mejilla. Estuvieron así durante un buen rato, sin que ninguno de los dos se moviese. Tan solo escuchando los latidos de sus corazones, viendo pasar la noche por la ventana.

CAPÍTULO 10

April se desperezó lentamente y observó la espalda desnuda de su acompañante que seguía dormido entre un revuelto de sábanas. Los rayos de sol entraban por la estrecha ventana refulgiendo contra el espejo del tocador.

—Max, es tarde y debes regresar a tu casa. —Posó los labios en la piel de su brazo en un beso húmedo y tentador—. ¿Max?

El hombre gimió somnoliento. April se levantó, buscó su bata oriental y se cubrió con ella.

—Voy a decir que nos suban algo de comer...

—¡No! —Lord Peyton se incorporó con desgana y enseguida comenzó a vestirse—. Me marcho ya. No tendría que haberme quedado a dormir.

—Imagino que tu querida esposa te recibirá con un escarmiento —rió April siguiéndole con la vista—, debiste hacerme caso cuando te dije que no te casaras.

—Lo hice por despecho, porque tú me rechazaste —le recordó con un repentino mal humor.

—No te enfades, Max —ronroneó April, acercándose para ayudarle con los botones de la camisa—. ¿Vas a ir a París?

—La semana que viene. Por cierto, eso me recuerda que la otra noche tuve una partida con Nikolai.

April arqueó las cejas.

—Seguro que te desplumó —comentó cortante. No le gustaba saber que él seguía frecuentando el club. Que lo hiciera su alteza no le importaba, pero que lo hiciera Max la ponía celosa. Que estuviese casado ya era muy doloroso, pero que ella no fuese su única amante la hería más que nada en el mundo.

—No creas —sonrió maliciosamente—. Nikolai estaba en otro plano, parecía despistado. Logré arrebatarle varias manos buenas. —Recogió la chaqueta de brocado que April le entregaba—. Creo que estaba más pendiente en saber si su familia se había enterado de que había acogido a la hija de Cameron. —Miró a April fijamente—. Fue mala suerte que ese día yo no supiera nada, pero ayer escuché decir que la princesa estaba como loca. Acusa a Nikolai de querer provocarla con semejante escándalo.

—De modo que la bruja ya lo sabe —murmuró pensativa.

Max afirmó.

—Por supuesto que la noticia de que su sobrino quiere presentar en sociedad a una de las putas de Saint André está haciendo mella entre los parisinos. —Agitó la cabeza—. Nikolai se ha buscado una complicación demasiado grave.

—¿Y esa zorra no ha contado que Annika es la hija de su marido? —le preguntó con ojos chispeantes de ira.

Lord Peyton se encogió de hombros con indiferencia. A él nunca le habían interesado esta clase de chismes.

—Querida, si es así, esa mujer nunca lo contaría.

—Pues claro que es así. ¿Crees que yo te mentaría, Max?

—No es a mí a quién debes convencer, hermosa.

April sabía que tenía razón. Irina jamás se rebajaría a admitirlo en público.

—Hablando de problemas importantes, tú también vas a tener uno con tu linda mujercita si no te das prisa y te retrasas más.

—¿Me estás echando?

April le miró disimuladamente desde la puerta y negó con la cabeza. Lord Peyton, Max como ella lo llamaba en la intimidad, era un hombre agradable y atractivo. Le conocía desde hacía años y aún recordaba cuando él la pretendió durante dos temporadas seguidas, luego dejaron de verse y cuando se encontraron de nuevo se convirtieron en amantes. Él era el único hombre al que April amaba de verdad, pero no pensaba decírselo nunca. Ella ya había tenido su oportunidad y no supo aprovecharla. Ahora no podía pedirle que dejase a su esposa por ella, por mucho que lo deseara.

—¿Max, nos volveremos a ver antes de que te marches? —le preguntó en tono

gazmoño, moviéndose seductoramente hacía él. Durante unos segundos, la liviana prenda de llamativos tonos brillantes se abrió mostrando las largas y torneadas piernas.

—Es posible.

Los ojos de Lord Peyton brillaron apasionados y enlazó su talle apretándola contra él. April le entregó su boca que él saboreó con ansia.

—Llegarás tarde —murmuró contra sus labios.

—Qué más da. —Abrió la bata de su amante con prisa y tomó los pechos entre sus manos. La pelirroja le enloquecía. Siempre lo había hecho. Ella tenía más poder sobre él que cualquier otra mujer, algo que jamás admitiría. Se inclinó hacia ella y atrapó uno de sus botones rosados entre los dientes. Ella gimió y se arqueó hacía atrás excitada de nuevo—. Voy a volver a hundirme en ti y al diablo con las prisas —le susurró Max, sensual. Con rapidez se bajó los calzones dejando que su miembro saliera orgulloso. Con una mano en la mejilla de ella hizo que su cabeza descendiera hasta posar los labios en su abierta inflamación. April no se hizo de rogar y lamió la suavidad de la piel en toda su longitud para acabar enterrándolo en su boca. Sus labios expertos despertaron un fuego abrasador en el hombre. April saboreaba y bebía en movimientos ascendentes y descendientes al tiempo que rozaba con los dientes la cúspide. Max la observó con una sonrisa diabólica, después la cogió en vilo adaptando las piernas alrededor de sus caderas y se introdujo en la húmeda cueva con un firme empujón. Llevó el cuerpo femenino hasta una de las paredes donde afirmó la delgada espalda de ella y se propulsó contra su cuerpo hasta que hizo que April gruñese de placer. Hasta que ambos acabaron jadeantes y agotados.

El trayecto de Frankfurt a París lo iban a efectuar en el único vehículo de alquiler que Johnny encontró libre después de recorrer la ciudad de cabo a rabo. Un coche bastante viejo tirado por tres escuálidos roanos que habían sido salvajemente maltratados. El equipaje iba situado detrás de Johnny en la parte

superior atado fuerte con cuerdas y los ocupantes del interior temían que de un momento a otro se les hundiera el techo encima.

El tiempo había comenzado a tornarse más cálido y el sol les acompañó durante los días siguientes. Animados, salían a pasear de vez en cuando por los alrededores del coche cada vez que daban un descanso a los pobres animales, que parecía que no iban a poder terminar de cubrir el camino hasta el próximo pueblo, donde los esperaban unos de refresco. Las praderas allí comenzaban a lucir verdes, salpicadas por los brotes multicolores de las amapolas y las margaritas. El camino discurría a orillas del río y los altos sauces parecían acariciar las aguas con sus ramas caídas.

Johnny, en el pescante, iba acompañado por un moderno rifle. Nikolai también llevaba un revólver en el bolsillo de la chaqueta por si les surgía algún contratiempo. Después de la funesta experiencia vivida en Hamburgo, todas las precauciones eran pocas para poder llegar a salvo. Ahora menos que nunca dejaban a Annika sola. Cuando no era Nikolai, el sirviente se encargaba de custodiarla.

Ella se había cansado de repetirles hasta la saciedad que lo ocurrido no había sido más que un accidente fortuito. Y aunque Nikolai no se pronunciase, él sabía que de fortuito no tenía nada. Tras la carta de amenaza que había recibido al poco tiempo de recogerla y con la repentina aparición de su tío abuelo, todo eran sospechas. Claro que tampoco podía descartar que la oscura mano de Irina estuviese tras ello. En Praga había dejado a uno de sus agentes encargado de averiguar qué había pasado con el tipo del orfanato que decía la pordiosera que habían matado. Necesitaba saber de qué había hablado con el pariente de Annika. Y este último, a pesar de estar vigilado, no había tenido tiempo para mandar preparar el ataque del tren. De modo que en su lista de sospechosos todavía quedaba espacio para alguien más.

El tercer día de trayecto, una de las ruedas del coche cobró vida propia y salió rodando cuesta abajo al descender una pendiente. El vehículo se zarandó peligrosamente, pero por suerte se enganchó sobre varias piedras y solo quedó un poco inclinado. Con el traqueteo, Annika cayó al suelo de la caja aterrizando con el trasero. Nikolai corrió al exterior justo cuando Johnny descendía para ver

cómo se encontraban. Estaban bastante cerca de un bosquecillo de pinos y nogales.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó su alteza, recorriendo con ojos entrecerrados todo lo que les rodeaba. Había sacado su arma y la sostenía con firmeza.

—Este trasto es demasiado viejo, alteza. La rueda se ha salido. —Johnny observó el eje y lo tanteó con el pie—. Se ha roto. No vamos a poder seguir con esto. El coche ha dicho que hasta aquí, y de aquí no pasa más.

—¡Maldita sea! Dudo mucho de que transite alguien que pueda ayudarnos.

—Eso va a ser muy difícil, excelencia. Este camino no es muy accesible que digamos.

Nikolai se guardó la pistola en el bolsillo.

—No me agrada el incidente, pero al menos me quedo más conforme sabiendo que solo ha sido eso y que nadie nos estuvo atacando. ¿Cuánto queda para llegar al siguiente pueblo?

—De dos a tres horas largas, o incluso algo más. No estoy muy seguro —contestó. Miró el camino que había tomado la rueda. En algún momento se había desviado hacia un montón de matojos y ramas—. Ahora vengo, voy a buscarla, pero ya le digo que va a ser imposible ponerla de nuevo.

Nikolai le vio bajar por el sendero. Un sonido en el interior del coche le llamó la atención. Se volvió a mirar en el preciso momento que Annika asomaba por el hueco de la puerta. Se habían soltado varios mechones de su peinado y tenía las mejillas tan coloreadas como los pétalos de una rosa.

—Perdona que no te ayudase cuando has caído. Tenía que salir a ver qué estaba pasando.

—¿Pensaba que eran bandoleros?

—No es frecuente, pero podía ser una opción. ¿Te has hecho daño?

Con descaro ella se frotó las nalgas.

—Nada que unas buenas faldas no puedan amortiguar. ¿Qué ha sucedido?

Nikolai la ayudó a descender.

—No vamos a poder continuar con el coche, y lo peor de todo es que de momento el cielo está despejado, pero en unas horas el sol se esconderá. —Se arremangó las mangas de la chaqueta de antelina verde y se acuclilló para ver los

daños—. Va a ser imposible volver a poner la rueda sin eje.

Annika se acercó hasta donde estaba él y le imitó, levantándose un poco las faldas. Fingió observar con interés lo mismo que él contemplaba.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Él la miró por el rabillo del ojo con una sonrisa rebelde. Cualquier dama se habría quedado alejada esperando que le buscaran una solución. Pero Annika no. Ella tenía que estar en el meollo de la cuestión. «¿Por qué se olvidaba una y otra vez de que no era una dama, o por lo menos de que no había sido educada como una?»

—No lo sé, cielo. —Se puso en pie y la tendió una mano—. Será mejor que te apartes un poco del coche. Puede estar inestable.

Annika se levantó pero no se quitó de su lado. Ambos vieron venir a Johnny que ascendía rodando la rueda.

—¿Has pensado en algo? —le preguntó Nikolai.

—Solo se me ocurre coger a uno de los caballos y acercarme a la posada. Quizá allí pueda conseguir otro coche para cambiar el equipaje —se encogió de hombros—, pero no sé cuánto me demoraría. Y tampoco sé si lo encontraría hoy.

Nikolai arreó una patada a los bajos del coche con frustración.

—Veo difícil que podamos solucionarlo en breve.

—También pueden ir ustedes y quedarme yo aquí al pendiente de todo. Mañana podrían regresar a buscarme. Quizá la señorita prefiera cabalgar a un sitio más seguro.

Annika los miró a los dos, alarmada.

—¿Quiere decir que pasaría la noche aquí solo? No podemos hacer eso —negó—. Además yo no sé montar a caballo.

—No se preocupe por mí, señorita, tengo el rifle y me acomodaría en el interior.

—Yo prefiero que vaya usted, Johnny, estoy segura de que irá más deprisa. ¿Qué opina, excelencia?

—Si no llevásemos tanto equipaje podríamos apañarnos los tres para ir, pero creo que tienes razón, prima —asintió—. Tardaríamos una eternidad en llegar y en localizar algún coche nosotros dos solos. Será mejor que vayas tú, Johnny.

—De acuerdo, por mí no hay ningún problema. —El empleado se acercó a los roanos y desató al que parecía estar en mejor estado.— Intentaré llegar esta noche si soy capaz de conseguir algo. De todos modos les dejaré el rifle. Yo iré volando y no me ocurrirá nada.

Nikolai asintió. Johnny se subió a la montura y, tras despedirse con un gesto de mano, desapareció por la pendiente. Annika se volvió a su alteza con rostro preocupado.

—¿Tardará mucho en anochecer?

Los ojos verdes observaron el cielo durante unos segundos, luego llevó la mirada al bosquecillo.

—Todavía falta un rato. ¿Te molesta quedarte aquí un momento?

Annika se inquietó.

—¿Dónde va usted?

—Quiero mirar un poco que hay por allí —contestó, señalando los árboles con el dedo. De un impulso saltó hacia el pescante y se apoderó del rifle—. ¿Cielo, por qué no sacas algo de comer de la cesta de esta mañana? Voy a ver si puedo preparar una hoguera pequeña.

—Pero no tardará mucho, ¿verdad?

—No, además no pienso ir muy lejos. —Sacó el revólver y se lo tendió. Annika miró el arma con la boca seca y él se vio forzado a ponérselo en las manos—. Quiero que lo tengas cerca de ti.

—¡Pero yo no sé usarlo!

Él hizo una mueca divertida mientras caminaba a la parte delantera del coche para liberar al resto de los animales.

—Solo tienes que apuntar y apretar el gatillo en caso de que te sientas en peligro. Seguro que puedes hacerlo.

—No tarde mucho de todas maneras. No me gusta estar sola.

Nikolai se dirigió hacia los árboles y Annika le siguió con la mirada hasta que le perdió de vista. Con piernas temblorosas fue a buscar la cesta. En las posadas los solían aprovisionar bien y siempre sobraba bastante comida. Dejó el revólver en uno de los asientos y cargada con la comida caminó en dirección al río. Extendió el mantel sobre la hierba y comenzó a sacar servilletas, pan, una tartera

con pollo y un trozo de pastel de carne con varias piezas de fruta. El vino se había acabado, pero Johnny siempre llevaba una cantimplora de agua. Corrió a buscarla y se sentó en una esquina del mantel. Durante unos minutos se quedó con la vista clavada en el bosquecillo a la espera de ver aparecer a su alteza. A su alrededor se escuchaba la corriente del río que discurría con placidez, los pajarillos piando, y de vez en cuando el siseo de las flores cuando la brisa las acariciaba. Exhaló un largo suspiro al ver que Nikolai se acercaba con un montón de leña en los brazos.

Su alteza dejó los maderos junto al grueso tronco de un árbol y se acercó a ella sacudiéndose las manos. Se descolgó el rifle que tenía en el hombro y lo dejó en el suelo a lado de donde tomó asiento.

—Para ser un noble aristócrata se desenvuelve muy bien en cualquier lado, excelencia.

Él se encogió de hombros.

—Se le llama supervivencia. Espero que a Johnny le vaya bien y no tenga ningún problema —dijo con tono preocupado—, no me gustaría tener que dejar aquí nuestras pertenencias.

Annika llevó su mirada azul al equipaje y después la volvió hacia él.

—No sabía que esta clase de cosas también les podía pasar a ustedes.

—No te entiendo.

—Me refiero a perder las ruedas.

Él arqueó las cejas.

—Supongo que es algo que le puede pasar a cualquiera. Sobre todo si se lleva un vehículo de mierda como el nuestro.

Las mejillas de Annika enrojecieron.

—Todo ha sido culpa mía. Si no se hubiese hecho cargo de mí o insistido con lo de las clases, no habría tenido que retrasar su partida.

—Eso ya no tiene caso y es una tontería buscar culpables. Por cierto, ¿dónde tienes el revólver?

—Lo he dejado en el asiento del coche.

—¿Por qué? ¡Dije que lo llevaras contigo! —Se puso en pie, molesto, y fue a buscar el arma. Se la guardó en el bolsillo y regresó de nuevo.

—¡Usted dijo que no iba a tardar y yo no lo dejé tan lejos! Si hubiese venido alguien me habría dado tiempo de cogerlo —replicó.

Nikolai entornó los ojos y se sentó de nuevo.

—¿Tan aprisa corres? Si fuese un lobo te habría destrozado sin haberte dado tiempo si quiera a levantarte.

Ella se arrastró hasta él y se pegó a su costado.

—¿Hay lobos aquí? —preguntó, entrecortadamente.

—Están en la sierra, pero cuando el sol se esconde bajan a beber agua. Y si no son ellos pueden ser los jabalís, o los lince. En este momento puede que haya algún animal vigilándonos.

Annika miró a su alrededor y con prisa comenzó a comer. No vio la ligera sonrisa en los labios de Nikolai.

Más tarde su alteza hizo una fogata y ella recogió los restos de comida. A medida que el sol terminaba de esfumarse, el ambiente se volvía más frío y la corriente del río que arrastraba palos, hojas y alguna rama que otra que recogía en la orilla, provocaba que todo el entorno desprendiera una molesta humedad.

—Será mejor que entres en el coche y descanses. Lo he mirado antes y está estable.

—¿Y usted?

—Voy a estar aquí un rato. Reposa tranquila.

Annika se envolvió en su capa. Iba a ser muy difícil descansar en medio de la nada, pero de todos modos subió al vehículo. Tomó asiento junto a la ventana y desde allí observó a Nikolai fumando junto a la hoguera. Los ojos de él estaban fijos en las llamas como si hubiera algo importante en las lenguas de fuego y no pudiese apartar la mirada. Tenía las piernas ligeramente entreabiertas y el resplandor de la lumbre se reflejaba en su rostro. El viento había cobrado fuerza y revolvía sus cabellos, dándole una apariencia desenfadada y a un tiempo peligrosa. La hubiese gustado saber qué era en lo que pensaba para estar tan serio y pensativo, sin embargo no se atrevió a preguntarlo.

Nikolai tenía la mente puesta en ella. Luchaba con increíble ferocidad contra las sensaciones que le despertaba y sobre todo por la excitación que sentía al saber que estaban solos, sin un alma en muchas millas a la redonda. Era

consciente de que si se acercaba a ella y le insinuaba lo mucho que la deseaba, probablemente no lo iba a rechazar. ¿Pero podía hacer eso? ¿Quería destrozar la amistad y la confianza que había nacido entre ellos solo por echarle un polvo?

Annika apoyó la cabeza en el quicio de la ventana y cerró los ojos. No debió pasar más de veinte minutos cuando se despertó sobresaltada. Envuelto en sombras, distinguió la ancha silueta de su alteza sentándose en frente de ella.

—Soy yo —le dijo, acomodándose el rifle en el regazo—. Vuélvete a dormir, prima, me quedaré vigilando.

—No sé si podré, este sitio es muy incómodo y no hallo ninguna postura.

—Deja que me siente a tu lado y te apoyas en mi hombro.

Él se levantó y abrió hueco entre ella y la puerta. La del otro lado la había trabado para que no pudiesen abordarlos. Con un brazo rodeó su talle atrayéndola hacía él. La cubrió bien con una de las mantas.

—Es muy atento, excelencia —murmuró con suavidad, dando las gracias de que la oscuridad ocultase el rubor de sus mejillas y la turbación que sentía al estar tan cerca de él.

—Procura dormir un poco. Me temo que va a ser una noche muy larga.

Annika no estaba segura de poder hacerlo. Su corazón latía descompasado. Tenía la cabeza sobre el hombro de Nikolai y sentía la suave caricia de su cabello en la mejilla. Eran agradables tantas cosas estando junto a él, que temía que aquellos momentos vividos se borrarán con el tiempo. Que un día la apartase de su vida por no ser nadie. Y lo que era peor, comenzaba a querer ser algo más que prima, algo más que pupila. ¿Por qué no podía funcionar? Se mordió el labio con fuerza. «¡Por Dios! ¡No podía funcionar porque él amaba a April! ¿Cómo había podido olvidarse? ». Y aunque April no existiese, que existía, se recordó una vez más, ella era la primera que se oponía a la idea del matrimonio. Esto último lo pensó de un modo menos decidido que todo aquel tiempo atrás. Su alteza era un hombre íntegro e incapaz de maltratar a una mujer. Absorbió el aroma varonil de su chaqueta y la calidez de su cuerpo. «Quizá el único hombre al que yo elegiría si tuviese que casarme».

Nikolai no estaba mucho mejor que ella y en vez de apreciar el frío de la noche, su sangre ardiente recorría frenética todas sus venas. Sentir a Annika

contra su cuerpo era como estar sobre un charco de lava candente a punto de explotar. Con los ojos fijos en el exterior rogó porque acabara pronto aquel tormento.

—¿Cree que Johnny vendrá esta noche? —preguntó Annika, rompiendo el incómodo silencio.

—No.

Ella enarcó las cejas aunque Nikolai no pudo verlo.

—¿Por qué está tan seguro?

—No debe ser muy fácil conseguir un coche tan rápido al final de la jornada —apuntó, disimulando su mal humor—, trata de descansar, prima.

Annika no quiso insistir. Se acomodó mejor contra su cuerpo para encontrar algo más de calor e intentó cerrar los ojos. Se adormeció escuchando su respiración suave y tranquila, el apacible latido de su corazón y sobre todo su aroma de hombre.

Johnny se presentó justo cuando los primeros rayos de sol despuntaban al alba. Llevaba otro carruaje, uno más decente que el anterior, y venía acompañado por dos hombres que les ayudaron a cambiar el equipaje de lugar. Cuando lo tuvieron todo listo continuaron el trayecto hasta el pueblo. Era una aldea sencilla de casitas blancas con tejados de forraje y heno que se levantaban con serenidad en la campiña.

Pensaban que ya no podía sucederles nada malo de nuevo, pero otra vez se volvieron a confundir. En la posada solo encontraron una habitación disponible y Nikolai estalló como una botella de champán al ser descorchada.

—¡No puede ser! Alguien desde el más allá ha debido maldecirme...

Johnny quiso calmarlo.

—Excelencia...

—Hemos pasado una noche horrorosa. Annika y yo necesitamos descansar en condiciones. ¡No puedo creerme que aquí no haya habitaciones! —Incrédulo observó el humilde vestíbulo. La luz que entraba por una estrecha ventana se perdía entre las sombras e iluminaba de manera parcial el robusto cuerpo del posadero—. ¿Cómo es posible que no le queden dormitorios suficientes?

—En esta época del año se celebra la fiesta de las cosechas —respondió una

mujer que en ese momento entraba cargada con un balde de agua—. Hay personas que encargan las habitaciones con semanas de antelación.

El posadero asintió.

—Nosotros ofrecemos una succulenta comida el domingo. —Señaló el comedor. De allí salían un raudal de voces y de risas mezcladas con el ruido de la vajilla y de la porcelana—. Todos los sitios para dormir están totalmente cubiertos.

—¿Cuál es el lugar más cercano de aquí para poder alojarnos? —Quiso saber Nikolai.

—A medio día hay una pensión, pero tampoco le aseguro que ellos estén mejor que nosotros. En esta fecha es cuando hacemos negocio, señor. Decídanse si quieren la habitación que queda, o se la doy a otro.

Su alteza se volvió a Annika. Se la veía cansada y bajo los ojos tenía unos pequeños cercos rosáceos. Le dio pena tener que decirle que volverían a dormir en el coche y le ofreció el dormitorio. Él trataría de dormir con Johnny en el establo.

—Excelencia, podemos compartirla —le sugirió ella—. Ya lo hemos hecho en el tren y no tiene por qué ser diferente esta vez.

—Lo sé, prima, pero aquí es distinto.

—Usted dijo que la gente hablaría de nosotros llevase razón o no, pues déjelos que hablen. Qué importa.

Comprendía la postura de ella, y en verdad le importaba un pimiento si la gente hablaba o no. La única verdad es que no quería babear delante de ella como un animal en celo, ni tener el miembro más duro que el palo de una estaca, que es como se encontraba desde la noche anterior. Ya no sabía cuánto tiempo iba a seguir soportándolo. ¿Realmente Annika podía pensar que era demasiado mayor para no sentirse tentado de tenerla al lado? ¿Para no querer hacerle el amor hasta oírla exclamar de placer? Desde luego debían darle un diploma por tener tanto autocontrol sobre su cuerpo, pensó con sorna. Negó con la cabeza con una sonrisa ácida.

—No te preocupes por mí, cielo, ya nos las apañaremos Johnny y yo.

—En verdad se lo estoy solicitando egoístamente, excelencia. Si duerme en el

establo me sentiré más insegura al estar tan lejos.

Nikolai la miró con atención. Ella estaba ruborizada.

—No creo que sea muy prudente eso.

—Usted quiere que yo entre en pánico.

—Supongo que dormir en el orfanato es mucho peor que hacerlo en una posada llena de gente.

Ella se mordió el labio inferior con fuerza.

—Como usted quiera, pero sigo prefiriendo que esté conmigo.

—¿Sientes miedo, Annika?

—Sí. A veces sueño que ese hombre... el del tren...

—Él no va a volver.

—¿Pero y si lo hace? Por favor, usted necesita dormir, y yo también. Un buen colchón nos ayudará a reparar el desvelo de estas últimas noches.

Nikolai no deseaba hacerlo. Sabía que era mejor evitar su cercanía y no quedarse a solas con ella. Por otro lado, tampoco era capaz de mantenerse muy alejado.

—Alteza, no me parece muy correcto —dijo Johnny, que estaba escuchando en silencio hasta ese momento.

—¡Pues quédate tú conmigo! —le exigió Annika.

—¡Yo no puedo hacer eso, señorita!

Nikolai asintió.

—Lo haré yo. Ahora, vayamos a comer algo y crucemos los dedos porque aquí no haya nadie que me conozca —miró a sus compañeros con una sonrisa indulgente—. Sería difícil explicar por qué mi pupila y yo compartimos dormitorio.

Cenaron en el bullicioso comedor sin que nadie les molestase, y después se retiraron a descansar. Annika, igual que hacían en el tren, fue la primera en entrar en la habitación, ponerse el camisón y meterse en la cama. Él pasó después. Cerró la puerta con llave y colocó una silla estratégicamente bajo el tirador para que le alertara en caso de que alguien quisiera entrar. Sobre la mesilla dejó el revólver. En la oscuridad del dormitorio, se desnudó acostándose solo con un pantalón de dormir. Se tendió por encima de las sábanas para no

tocar el cuerpo de Annika. Y por extraño que pareciese, ambos pudieron conciliar el sueño con facilidad.

A la mañana siguiente, su alteza fue el primero en despertar con la luz del amanecer. Un brazo de Annika le rodeaba la cintura y el muslo se apoyaba sobre sus piernas. Al percatarse de ello, dejó de respirar en el acto y durante un buen rato no se atrevió hacer ningún movimiento. Después giró la cabeza para mirarla. Ella dormía con la boca entreabierta y una respiración suave y tranquila. En el labio inferior, vio que el pequeño corte se estaba terminando de curar y apenas tenía una herida de nada. La espesa melena negra como el tizón enmarcaba su rostro plácido y se extendía sobre la almohada como un manto. Los cobertores se habían deslizado por un lado de la cama y nada separaba sus cuerpos, excepto la ropa que vestían. Involuntariamente, los ojos de Nikolai se engancharon en el escote del camisón donde, tímidos, asomaban sus pechos cremosos y tentadores como los de las sirenas. Los arañazos y las marcas habían desaparecido. Empezó a respirar con dificultad, incapaz de apartar los ojos de los montículos de carne que subían y bajaban al ritmo de la respiración, mientras su fantasía volaba en mil imágenes diferentes. Se sintió tan excitado, que aún sin quererlo, su cuerpo entero reaccionó y un sudor perlado le cubrió la frente. El infierno no podía ser peor que aquella tortura.

Con cuidado retiró la pierna de ella, el camisón se había subido por encima de su muslo y concibió la piel caliente en la palma de su mano. En una lenta caricia terminó de apartarla. Luego quitó la mano de Annika de su cintura, pero en vez de salir de la cama se quedó inmóvil, mirándola, devorando cada curva, acariciando los tiernos botones rosados con los ojos. Imaginando que pasaba la lengua sobre ellos y se los metía en la boca saboreándolos. Debían saber a miel y frambuesa. Se pasó la lengua por los labios y luchó lo indecible para que sus manos no se agarraran a ella y recorrieran cada recodo de su piel. Que sus dedos no se clavasen en la tierna carne. Deseaba enterrarse en su cuerpo, beber de sus labios, enredar los negros cabellos en sus dedos y hacerla gemir y gozar.

Con un suspiro tembloroso terminó por darle la espalda al tiempo que con fuerza aferraba su virilidad en la mano. Cerró los ojos tratando de pensar en otra cosa. Queriendo olvidar que ella estaba a su lado. Fueron un par de horas

luchando contra el estímulo de poseerla, imaginando cómo sería... a qué sabría. Un par de horas agobiantes hasta que ella comenzó a moverse. Con los ojos cerrados, esperó que se levantase y se vistiese. Luego, él fingió despertarse.

CAPÍTULO 11

La bella ciudad francesa lucía esplendorosa y animada cuando el vehículo se deslizó por las empedradas calles dejando a un lado el Arco del Triunfo.

—¡Mire eso, excelencia! —exclamó Annika sacando la cabeza por el hueco de la ventanilla—. ¡Es todo tan emocionante!

Él acercó la cabeza a la suya para ver qué había llamado tanto su atención. El aroma que desprendía el cabello de la joven le llenó con su fragancia y cerró los ojos por unos segundos, atesorándolo en su memoria. Durante el viaje habían compartido la cercanía, pero en la ciudad todo cambiaría. De hecho, por su propia cordura, debía cambiar.

—¿Qué es lo que tengo que mirar?

—Las faldas de las señoras no son tan abultadas.

Nikolai regresó a su sitio con desinterés. Se cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos como si volviese a dormir otra vez.

—¿No dice nada?—insistió ella.

—No sé qué es lo que esperas escuchar.

—Pues que April tenía razón. Esta es la nueva moda de la que hablaba.

Nikolai se encogió de hombros y ella volvió a mirar por la ventana. A las vestimentas se les había quitado buena parte de capas de enaguas y las faldas caían con un ligero vuelo desde debajo de los senos. Los escotes eran más pronunciados dejando gran porción del pecho al descubierto. Los hombres, en cambio, habían añadido volantes y puntillas a los cuellos y puños de las camisas.

Ante la falta de conversación de su alteza, Annika observó su perfil. Esa mañana él se había mostrado muy callado. Había estado en telégrafos y le habían informado que el atacante del tren había eludido a los guardias durante el

traslado y en ese momento se encontraba libre en algún sitio. Recordó lo furioso que se había puesto.

—Debería dejar de pensar en eso, excelencia. Johnny tiene razón, seguramente no volvamos a ver a ese hombre nunca.

Él abrió los ojos meneando la cabeza, liberándose de sus agitados pensamientos. Volvió la cara para mirarla, sonriendo con los ojos.

—Es posible, además no estaba pensando en eso. —La vio alegre y jovial—. ¿Estás feliz de haber llegado?

—Mucho, lo estaba deseando. Ahora sería más feliz si usted me enseña la ciudad como me ha prometido. ¿Cuándo podremos ir?

Nikolai se enderezó en el asiento.

—¿No sientes deseos de darte un baño espumoso, meterte en una cama y dormir muchas horas seguidas?

—No. ¿Por qué habría de hacer eso? —preguntó, confusa.

Él reprimió una sonrisa que no llegó a ocultar el brillo burlón de sus ojos verdes.

—¿Qué ocurre? ¿No te cansas nunca?

—Sí, pero estoy deseando conocer todo esto. ¡Claro, como usted ya lo conoce!

—No se trata de eso.

—¿Se debe a que está muy cansado? —le preguntó, toda inocencia.

Estirando sus amplios hombros, Nikolai se aclaró la garganta.

—¡No soy ningún anciano todavía! —gruñó.

—Yo no he dicho eso —replicó ella con dulzura.

—Pues es lo que parecía —se quejó—. Solo tengo treinta y cinco años. Y para tu información, hay un tropel de mujeres que estarán haciendo cola ahora mismo solo para verme.

Annika no lo dudaba en absoluto y si hubiese dependido de ella, habría hecho todo lo posible por hacer que Nikolai se olvidase de todas. Murmuró.

—Qué engreído.

—¿Cómo dices?

Annika apartó la mirada de él. Intentó buscar con rapidez una justificación para lo que había dicho. Sabía que se tendría que haber mordido la lengua, pero había

sido superior a sus fuerzas.

—Lo lamento excelencia, era una broma. Me ha salido sin pensar, estaba distraída.

A Nikolai no le gustó que ella pensara así de él, pero no iba a discutir por eso. Después de todo él tenía su fama. Hizo una mueca y contestó con un tono de voz peligroso y sedoso al mismo tiempo.

—Es difícil que me puedas ofender, prima. No eres la primera persona que así me llama. Soy como soy.

Por primera vez, Annika descubrió al hombre del que hablaban los rumores. Al mujeriego libertino que le gustaba montar escándalos en todos los sitios. Sintió un nudo en la garganta.

Johnny asomó la cara por el estrecho ventanuco que les separaba.

—Estamos llegando.

Nikolai asintió. Se dirigió a la muchacha.

—Dentro de cinco minutos estaremos en casa. Aquí las cosas son un poco diferentes, Annika. Quiero que recuerdes bien que no debes olvidar nunca que estás bajo mi tutela y todo cuanto hagas debe estar sometido a mi criterio. Estoy más que seguro que, conociéndote como te conozco, lograrás convencerme más de una vez sobre una cosa u otra, y porque te quiero tendrás concesiones. Solo el día que te desposes serás responsabilidad de otro hombre, pero mientras tanto, eso es lo que nos une para bien o para mal.

Ella se tensó, ansiosa.

—¿Qué pasa si no me caso nunca? ¿Me echará de su lado?

El corazón de Nikolai se aceleró, nervioso. Negó con rotundidad. Solo imaginarla lejos de él le formaba un angustiado nudo en el pecho. Se estaba acostumbrando a tenerla en su vida.

—Jamás te cerraré las puertas de mi hogar —hizo una pequeña pausa haciendo que su voz no temblase—, solo tienes que saber que no debes sentirte obligada a nada.

—¿A nada? ¿Cómo qué?

—Yo suelo acudir a muchas reuniones, es lo que tiene ser príncipe. No porque yo vaya significa que obligatoriamente debes hacerlo tú. ¿Lo entiendes?

—¿Quiere decir que podré quedarme en casa si quiero?

—O ir de compras con amigas —ella frunció el ceño—, cuando las tengas. Aquí verás cómo haces amistad rápido.

—Usted... No quiere que vaya a las reuniones...

—No he dicho que no quiera, Annika. Solo digo que no estás obligada a hacerlo.

—Piensa que me voy adaptar muy bien a todo esto. ¿Verdad?

—Estoy convencido.

—Yo no tanto. No me siento a la altura de las circunstancias. Será un milagro si alguien se digna siquiera a saludarme.

—Debes ser más optimista.

—Lo intentaré.

Ella llevó la vista a la ventana y Nikolai la miró compadecido.

La residencia era una bonita construcción de aire barroco compuesta en dos alturas. Comparada con la casa de Praga, esta era más pequeña. Tan solo seis habitaciones en el piso superior y varias salas en el inferior. La cocina y los alojamientos para la servidumbre se hallaban en un semisótano con salida a un hermoso patio exterior en la parte trasera de la casa. El dormitorio de Annika no tenía nada de infantil esta vez, aunque la gama de los rosas y violetas la perseguía. No le importó, los tonos creaban luz, colorido y calidez.

—Annika —Nikolai entró tras ella en el aposento, sobresaltándola. Echó un vistazo alrededor con ojo crítico. Llevaba unos libros bajo el brazo—. No había visto esta habitación. Parece bonita. ¿A ti te gusta?

—Sí, está muy bien —admitió. Acarició una cortina de encaje que lucía sobre unas pesadas colgaduras que no dejaban pasar la luz del día. Se dio cuenta de que su alteza la observaba y, nerviosa, desvió la vista hacía una estantería que había junto a la ventana—. ¿Puedo poner mis novelas allí?

—Puedes disponer de lo que necesites. Abajo hay una pequeña sala de lectura por si te apetece—. Tras una pausa continuó diciendo—. Escucha cielo, sobre lo que veníamos hablando de conocer la ciudad...

Annika se volvió a él con un pequeño brinco emocionado y ojos brillantes.

—¿Sí? ¿Por fin se ha animado?

Nikolai enrojeció y negó con la cabeza.

—Tenía pensado descansar hasta tarde porque quiero salir esta noche con los muchachos. Me han dejado un recado, llegaron hace días y tenemos muchas cosas que conversar. Espero que no te moleste.

Ella le miró con las cejas levantadas. ¿Molestarla? ¿Le estaba preguntado si le molestaba quedarse sola en casa el primer día de llegar? ¡Claro que sí! Le molestaba tanto que sentía deseos de patearlo en las espinillas por cruel y desalmado... Pero ocultó la decepción que sentía.

—Lo entiendo. No pasa nada. Ya buscaré algo en lo que entretenerme.

—Yo que tú practicaría francés, lo hemos descuidado bastante. Verás, mis criados solo hablan ese idioma y va a ser complicado para ti que te entiendan. —Dejó el par de tomos con lomos de cuero sobre la mesa de un fino tocador dorado y negro—. Te pongo esto aquí.

Ella se acercó a mirar los libros con ojos entrecerrados. Ambos eran volúmenes de historia totalmente escritos en francés. Alzó los ojos a los de él.

—Debe ser una broma. ¿Verdad?

—No, no lo es. Puedes comenzar cuando quieras.

—¿Me está diciendo que en esta casa no hay nadie que hable mi idioma?

—Yo lo hago, y Johnny también. —Por la forma de mirarla, Annika supo que estaba disfrutando del momento. Le agarró de la manga de la chaqueta con fuerza.

—No puede ser cierto. ¿Cómo va a dejarme con personas que no...? ¿Cómo diantres se supone que voy a comunicarme con ellos?

Nikolai se encogió de hombros. Con cuidado le quitó la mano de su chaqueta y se alisó la prenda.

—Te dije que era importante que aprendieras.

—¡Pero no me dijo por qué! —exclamó repentinamente enfadada.

Él se cruzó de brazos.

—Sabias que veníamos a París —señaló arrastrando las palabras, como si se estuviese divirtiendo—. Tendrás que ser rápida y esforzarte, de lo contrario vas a ser algo complicado para ti.

—¡Pues ya no quiero estar aquí! —contestó ella con voz crispada.

Nikolai sacó un pequeño reloj del bolsillo superior de su chaleco. Miró la hora y se giró con agilidad. Los faldones de su chaqueta volaron con fuerza tras él

—No te preocupes, Annika, si necesitas algo llama a Johnny.

La joven abrió y cerró la boca un par de veces sin poder vocalizar ni una palabra. Su alteza, silbando una alegre melodía, bajaba las escaleras con una elegante carrera.

—¡Maldita sea! —siseó furiosa volviendo a echar un vistazo a los libros.

Annika leía en una pequeña sala con una suave manta sobre su regazo. La chimenea blanca con dorados ornamentos estaba apagada y se había negado a que la encendieran porque realmente no hacía nada de frío. La biblioteca de su alteza estaba tan bien provista como la de Praga, aunque está era más pequeña y acogedora. Sobre una mesa pequeña, ella había dejado los tomos de francés, los que había abierto en un par de ocasiones, pero los había cerrado de lo aburridos que eran. En ese momento estaba concentrada en una novela de intrigas y misterio de un autor desconocido para ella. Era uno de los libros que Nikolai tenía sobre la mesa alta de patas torneadas, pendiente para leer. Según el resumen se trataba de un hecho real sobre un héroe anónimo al que se le conocía por el Caballero de la Sombra. Ella no había oído hablar de él, pero al parecer era famoso en Europa por ser un investigador que recuperaba objetos robados. Su aclamada fama había llegado al recobrar una joya de la corona inglesa.

—*Mademoiselle Petrova. Les chevaliers Jonas Swan, Greysort Smith et Luke Brandon, ils sont ici.*^[1] —La voz del mayordomo la sobresaltó. El hombre estaba parado en el hueco de la puerta mirándola y había llegado sin hacer ruido. En comparación con la señora Tomson, este hombre era un tipo prepotente que caminaba como un pavo real. Su nombre era Pierre y actuaba de un modo servicial bastante exagerado. Reverencias que parecían partirle a la mitad, caminar recto y al tiempo silencioso, observar las cosas con ojos críticos... y era cierto, todo lo que hablaba era en francés.

—Sabe que no le entiendo ni una palabra —le dijo ella—. Su alteza no tardará en bajar, si esos hombres están aquí, que le esperen. —Regresó a su lectura, sin importarle que el sirviente siguiese parado allí. Había deseado que cualquiera de los amigos de Nikolai sufriera un contratiempo y él no tuviera que salir. Pero por desgracia no era así.

—*Avec la permission.*^[2] —exclamó la voz de un caballero que ingresó en la sala observándola fijamente—. ¿Es usted Annika Anderson?

Ella apartó el libro y la manta con rapidez y se incorporó estudiando a las visitas. Sintió el rubor subiéndole por el cuello. No había esperado que los caballeros entraran allí de ese modo, como elefantes en una cacharrería. Se estiró la falda de suave algodón azulado con manos temblorosas.

—Sí, yo soy Annika —le respondió. Los tres eran bien parecidos, altos y elegantes—. Usted debe ser Luke —le tendió una mano del modo que April le había enseñado. Espalda erguida, brazo recto y dedos hacía abajo. Se sintió un poco estúpida haciendo eso, pero nadie aparentó notarlo. Luke parecía estar acostumbrado y le besó los nudillos—. Su excelencia me ha contado mucho sobre usted —siguió diciendo. Pasó los ojos a los dos hombres que recién se habían quedado parados nada más atravesar la puerta—. En realidad me han contado sobre todos ustedes. Por cierto, antes de que se me olvide, lady Danfort les envía saludos.

Los tres conformaban un grupo muy jovial y simpático. Eran tal como su alteza y April se los habían descrito.

—¡Vaya, estoy impresionado! —exclamó Luke mirándola con fervor—. ¡No puedo creer que usted sea la hija de Cameron! Creo que acaba de conseguir lo que no han hecho ninguna de sus... hermanastras.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Capturar mi corazón, *mon petit bonbon*.

Ella arqueó las cejas. ¿Acababa de llamarla mi pequeña golosina? Le miró divertida. Recordó que Nikolai había dicho que Luke tenía fama de experto en escapar por las ventanas de los dormitorios de sus amantes. Se relacionaba con mujeres viudas y casadas para no sufrir la tentación de encontrar una buena esposa.

—Es usted un completo exagerado.

—No le haga caso, señorita Anderson. Luke trata de sorprenderla —comentó Jonas, el más responsable de todos, caminando hacia ella. Hablaban su idioma, lo que era un alivio—. ¡Caramba con Cameron! ¡Qué calladito se tenía que su hija fuera tan bella!

Ella sonrió halagada.

—¡Y el bandido de Nikolai ni siquiera nos advirtió! —se presentó Greysort, juntando los talones e inclinando la cabeza a modo de saludo militar.

—No me extraña —rió Luke con la mano en el corazón como un entusiasta enamorado—, yo tampoco lo hubiese hecho conociéndolos.

Annika los miró fijamente. De los tres, Greysort era el único que poseía un cuerpo rechoncho y su cabello comenzaba a escasear en la zona de la coronilla. Aun así tenía un rostro agradable de piel blancuzca y ojos claros. Luke era alto y muy delgado, moreno tanto de piel como el negro pelo que se curvaba en la nuca. Jonas también era moreno y lucía un pequeño bigote sobre sus labios finos que semejaban dos líneas rectas. Sus hombros eran anchos, cubiertos por una chaqueta oscura que llevaba de manera elegante. Con la entrada de los tres, la biblioteca se había llenado con una mezcla de fragancias masculinas que flotaba de manera agradable en la estancia.

—Vaya, veo que le gusta la lectura —comentó Greysort cogiendo la novela que ella acababa de dejar en el asiento—. El Caballero de la Sombra —leyó en un murmullo.

—El libro no es mío. Su excelencia lo tenía aquí sobre la mesa.

—¿Y qué le está pareciendo? —quiso saber Jonas con interés—. Depende de su crítica leeré yo el mío o no.

—¿También has recibido uno? —le preguntó Luke, mirando fijamente a su compañero. Este asintió con un encogimiento de hombros.

—Solo enviaron dos ejemplares y tuve a bien de entregar uno a Nikolai. —Con la cabeza señaló el que Greysort tenía en la mano—. Si la señorita Anderson dice que es interesante te pasaré el mío en cuanto lo termine de leer, de lo contrario mañana mismo hago que te lo manden.

Annika pestañeó al sentir que él esperaba que dijese algo sobre la novela.

—No está mal, tiene unas descripciones muy buenas. De momento me va gustando aunque es un poco... desmedido.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Greysort, dejando el libro donde estaba.

Annika frunció el ceño.

—No entiendo muy bien el interés que genera esta novela. A mí entender no parece muy realista atribuir al Caballero de la Sombra los poderes de leer la mente o subir las paredes como si caminase por ellas.

—¿Tiene poderes? —rió Luke, agitando los hombros con una ruidosa carcajada. Greysort le imitó.

—¡Os lo dije! —manifestó Jonas con presunción—. En ningún caso podía ser una copia exacta de la realidad.

—Me temo que no logro entenderlos —dijo Annika con las mejillas sonrosadas. Desde que los hombres aparecieron no habían dejado de estudiarla abiertamente, y ella se sentía cohibida ante sus impresionantes figuras—. ¿Conocen al Caballero de la Sombra?

No les dio tiempo a responder porque Nikolai llegó y de pronto todos comenzaron a saludarse afectuosamente con abrazos y palmadas en la espalda, más propio de adolescentes que de adultos.

—Pensaba que habíamos quedado en el club —comentó su alteza, enderezándose el pañuelo del cuello.

Annika le miró, pensando que estaba hermoso con un elegante traje negro de seda y el pañuelo en tono crema.

—Y así es, pero a Jonas se le ocurrió que podríamos pasarnos a conocer a la hermosa Annika —respondió Luke.

Los ojos verdes de Nikolai se encontraron con los de ella y brillaron al devorar sus delgadas curvas. Tuvo que reprimir el apetito de estrecharla entre sus brazos y se conformó con rodear sus estrechos hombros con un brazo protector.

—Imaginaba que estabais deseando hacerlo. Espero que hayáis satisfecho vuestra curiosidad, pues ella estaba bastante nerviosa. Me temo que April y yo le hemos hablado mucho de vosotros. ¿Qué te parecen, Annika? ¿Son como te dijimos?

Ella enrojeció al sentir su extrema cercanía y todo su cuerpo vibró. Débilmente

asintió.

—Apenas nos acabamos de ver, excelencia, sin embargo siento que los conozco de mucho tiempo.

Luke le dedicó una reverencia majestuosa.

—Solo espero que April le haya hablado bien de nosotros. Nikolai a veces es demasiado impertinente.

—Bueno, milady suele ser bastante sincera cuando habla, ¿no cree? —respondió ella.

—Miedo me da saber qué es lo que le han contado.

Annika rió.

—No le hagas caso, cielo —Nikolai apretó la mano cariñosamente sobre el hombro de Annika antes de soltarla y llamar a Pierre—. *Apportez-moi le wrap.*^[3]

—Se volvió a ella con una mueca apenada—. Te prometo que otro día te enseño la ciudad. Ahora disfruta de la cena y no tardes en meterte en la cama a descansar.

Annika frunció los labios molesta. ¿Hacía falta que su alteza la tratara como a una niña pequeña? Cierto que era mucho más joven que ellos pero...

—Ha sido un placer conocerla, señorita Anderson. Nos veremos pronto —le dijo Jonas con una leve inclinación de cabeza. Luke levantó una mano a modo de despedida y Greysort volvió a juntar los talones con fuerza antes de volverse hacía el vestíbulo.

—Espero que sí —musitó Annika. Tan solo los libros que la observaban de los altos anaqueles la escucharon.

CAPÍTULO 12

Horas más tarde, Nikolai se encontraba sentado en un pequeño taburete entelado con un vaso de licor en la mano. Ajeno al mundo en que vivía y bastante cargado de alcohol, observó el interior del local con aburrimiento. Frente a él, una joven morena de pura casta española y opulentas carnes, se contoneó sensualmente al son de las cuerdas de una guitarra. Trataba de llamar su atención, ya que las demás chicas no lo habían conseguido, pero después de insistir un rato, ella también se fue.

Jonas se sentó a su lado mirándole con extrañeza.

—¿Qué te ocurre, Nikolai? ¿Estás preocupado por lo que hablamos antes?

—¿Cómo? —preguntó pensativo.

—Por los rumores que tu familia ha ido vertiendo sobre la hija de Cameron —le recordó. Se sirvió una copa de la botella que Nikolai tenía sobre la mesa. Luke y Greysort estaban aprovechando la noche disfrutando con las mujeres que Nikolai rechazaba, no todos los días tenían la suerte de que su ahora responsable amigo les cediera el derecho de elegir. Habían recorrido algunos de los famosos clubes de París donde el alcohol, las mujeres y las apuestas eran las notas predominantes. Nikolai y Jonas se hallaban en un rincón junto a un ficus de grandes dimensiones que los ocultaba del largo mostrador de madera oscura. Era un reservado de los muchos que había y desde allí se podía controlar a quien entraba y salía por la puerta principal.

—Sabía que Irina haría algo así —contestó Nikolai encogiéndose de hombros con indiferencia. Clavó los ojos en su amigo—. En cuanto la gente conozca a Annika se darán cuenta de que no es ninguna puta contratada por mí. —Se puso de mal humor solo de pensarlo—. Lamento mucho esos comentarios por ella. No

merece esto, y si llega a sufrir, la culpa es solo mía y de Cameron. Espero que él pueda mantener la boca de mi tía callada antes de que se llene con su propia mierda.

—Nikolai —Jonas le miró atentamente. Tuvo que llamarle la atención con un ligero carraspeo, pues se había quedado con la mirada perdida en algún punto lejano entre la planta y la puerta principal—. Annika es... es muy hermosa.

—Lo es.

—También es... ¡Joder, no sé cómo decirlo! Creí que era más niña.

—Sí, es lo que Cameron nos hizo creer. Puede que sin intención, pero al fin y al cabo lo hizo. ¿Y? ¿Qué tiene que ver la edad?

—¿Me lo preguntas o te lo pregunto? —inquirió Jonas mirándole con el ceño fruncido—. ¿Te has acostado ya con ella?

Nikolai se echó a reír sin humor. No le contestó y llevó la mirada de nuevo a la puerta.

—Bueno, creo que puedes sincerarte conmigo. —Jonas se aflojó el estrecho lazo del cuello. Normalmente estas conversaciones nunca eran incómodas con él, pero desde que le había visto le encontraba bastante extraño, como en Babia, perdido en sus pensamientos—. No debiste haber accedido a los deseos de Cameron. Pienso que esa chica es demasiado bonita como para no hacerte perder la cabeza. Yo la perdería si fuese tú.

—¿Acaso no sabes controlar tus instintos? Es una mujer más.

—¡Estoy hablando en serio, Nikolai!

—Y yo también. ¡Es la hija de Cameron! —respondió terminándose el vaso de golpe—. ¿Qué ocurre? ¿Has hablado con April o qué?

Jonas se sorprendió.

—No. ¿Por qué? ¿Es posible que ella piense lo mismo que yo?

—Ya sabes cómo es ella. April, la defensora de las féminas —asintió—. Cree que soy capaz de meter en mi cama a una... niña. —Ladeó la cabeza con aire ausente.

Jonas curvó las cejas.

—¡Vaya! ¿Y no lo eres? —Se cruzó de brazos, confuso—. Resulta que Annika ahora es una cría. Sin embargo, todas esas jóvenes que se presentan por primera

vez en sociedad, ¿no lo son? Año tras año he visto cómo te miran todas, cómo desean que las conviertas en tu esposa. Tú vas a presentarla a ella también esta temporada, por lo que entonces tampoco es tan niña...

—¡Pues lo es! —afirmó Nikolai con un gruñido poco ético—. Una maldita cría. —Quiso ponerse en pie y las piernas no le respondieron. Se zarandó peligrosamente y Jonas acudió en su ayuda, sosteniéndole con firmeza—. Estoy bien.

—*Bon ami*, has bebido como un cosaco. Nunca había visto que te emborrachases tan pronto.

Nikolai asintió, rodeándole el cuello con su brazo.

—Estoy cansado y he bebido demasiado deprisa. Necesitaba desahogarme. Han pasado muchas cosas, amigo.

—¿Sí? Pues aquí estoy para que puedas contarme.

Su alteza agitó la cabeza. Sentía que tenía la mente embotada. El suelo parecía que se curvaba inestable a sus pies.

—¿Sabías que un cabronazo intentó violarla en el tren?

Jonas se sorprendió.

—¿A quién? ¿A Annika?

—¡No va a ser a mí! —contestó malhumorado, con ojos turbios.

Varias personas se volvieron a mirarlos y Jonas les hizo señas para que se ocuparan de sus cosas. Frunció el ceño.

—Es totalmente impropio que te halles así, Nikolai. Comprendo que en otras circunstancias tengas que llamar la atención, pero quizá este no es el momento.

—¡Qué más da! Es posible que a mi padre le interese saber que el degenerado de su hijo ya está en París.

—Siéntate, hombre. —Le empujó de nuevo sobre la butaca y Nikolai estuvo a punto de esparramarse sobre el suelo—. Le diré a Luke que nos vamos. Podemos ir a charlar a otro lado más tranquilo.

—Aún es pronto para irnos —murmuró con los dientes apretados—, tomemos otra copa. —En el segundo intento logró coger la botella y al servir se derramó más sobre la mesa que en el propio vaso, salpicándose el calzado. Ni siquiera se inmutó.

—Cuéntame que ocurrió con ese tipo —quiso saber Jonas agarrando su vaso.

Arrastrando las palabras y esforzándose al pronunciarlas, le contó lo sucedido en el vagón y como se había desfogado con el asaltante.

—Seguro que era una casualidad, el tipo averiguaría que eres un hombre rico... Salta a la vista nada más verte.

Nikolai negó con la cabeza y sintió que todo giraba en torno suyo. Le costó centrar la vista.

—Iba tras de ella, Lo sé. La manera en que la miró debió hacerme sospechar, pero fui tan estúpido que no me di cuenta —Cerró los ojos unos segundos esperando que el garito dejara de dar vueltas sobre él. El ambiente lleno del humo de los cigarros conformaba una espesa bruma que se adhería a la zona alta del local—, o puede que también viniera tras de mí. Alguien que sospeche que yo soy el Caballero de la Sombra. O puede que tenga algo que ver la amenaza que me hicieron llegar estando en Praga.

Jonas le hizo bajar la voz con un silencioso juramento.

—¿Qué clase de amenaza?

—Decía todo lo que le iba hacer a Annika antes de acabar con ella —agitó la mano—, tengo la carta en casa. Mañana te la doy para ver si consigues averiguarme algo.

—De acuerdo, mañana en mejores condiciones podrás darme detalles. Lo importante es que ella está bien. No debes culparte por lo ocurrido.

—El tío abuelo de ella también pudo contratar a ese hombre, aunque desde que vino a casa antes de partir lo tengo vigilado. Es muy difícil que le diese tiempo a urdir un plan tan prematuro. Y por otro lado, me parece algo demasiado vil para que fuese un trabajo encargado por mi tía.

—Comprendo que tenga muchos enemigos, pero te repito que en sitios de estos juega la casualidad. ¿Ha insinuado Annika que fuese Irina o alguien que conociese?

Nikolai sonrió involuntariamente pensando en la belleza que desde hacía un rato debía estar durmiendo en su casa. En su cuerpo esbelto de piel cremosa y su larga y espesa melena negra desparramada sobre la almohada. Si Nikolai no hubiese hecho ninguna promesa, ella no estaría sola, ni él ebrio. Negó con la

cabeza.

—Al contrario. Annika y Johnny también piensan como tú —suspiró con fuerza concentrándose en levantarse de nuevo. Desechó la ayuda de Jonas y consiguió mantener el equilibrio. Aspiró profundamente y pasó las manos sobre las perneras de los pantalones estirando la prenda. Buscó su chaqueta que estaba doblada sobre el brazo de una silla del siglo XV—. No me quito de la cabeza que se confunden. Ese tipo iba tras ella. Recuerda que tengo un sexto sentido.

—No te obsesiones, Nikolai. Deberías hacerles caso y olvidarte del tema.

Nikolai se pasó la lengua sobre los labios, los sentía secos y ásperos. Se encogió de hombros. Hablando con torpeza, dijo:

—Lo he pensado mejor y me marchó.

—Espera, te acompaño. Alguien tendrá que explicarle a tu hermosa pupila porque llegas tan ebrio.

Nikolai le fulminó con la mirada.

—Métete la chanza donde te quepa. Ella no necesita ninguna clase de explicación por mi parte.

—Lo sé, lo sé. Estás demasiado susceptible con ese tema.

Nikolai lo observó, serio.

—No estarás diciendo de acompañarme para poder verla, ¿verdad? —Levantó un puño amenazante—. Si intentas algo, Jonas...

—Tranquilo, Nikolai. Solo estaba bromeando. Parece mentira que no me conozcas, amigo. Me gusta tomarte el pelo, aunque tienes razón. Será mejor que lo deje ahora antes de que me obligues a hacer que entres en razón de una puñetera vez.

—No sé de qué hablas.

—Muy bien, venga, vámonos.

Nikolai pestañeó con fuerza.

—¿No creerás que estoy así por ella?

—Lo que creo es que si sigues hablando o imaginando mal de mí, no voy a tener más remedio que callarte la boca de manera contundente.

Su alteza siguió farfullando al salir del local y, cuando Jonas le metió en el carruaje, apenas se dio cuenta de que su amigo regresaba al club para avisar de

su marcha. ¡Qué diablos le pasaba! ¿Por qué ni siquiera en ese estado de borrachera podía sacarse a Annika de la cabeza? Cerraba los ojos y el brillo de su mirada celeste se aparecía ante sí como si se estuviese burlando de él. Mofándose por ser un iluso y soñar con ella incluso despierto. Apenas se dio cuenta cuando Jonas subió después, ordenando al cochero que se pusiera en marcha. Los cascos de los caballos resonaron en el silencio de las oscuras callejas dejando atrás la zona de los locales. Una vez que entraron a la vía principal no se cruzaron con un alma viviente. La luna jugaba al escondite con las nubes grises que atravesaban el firmamento con lentitud. Una noche perfecta para escuchar los gatos maullando en los tejados.

—Y dime, *camarade*, ¿cuándo llega April?

Nikolai se encogió de hombros. Esbozó una sonrisa lentamente.

—No lo sé, espero que no se demore mucho. Necesito que alguien se haga cargo de Annika durante unos días.

—¿Tienes algo importante que hacer?

Nikolai sonrió abiertamente.

—Necesito una moza de curvas voluptuosas a quien no le guste hablar mucho. No tengo ganas de conversar. Y necesito que me atienda por un par de días seguidos.

Y lo necesitaba como el respirar o el comer. Debía complacer cuanto antes sus instintos más bajos. Deshacerse de la excitación que, latente, le perseguía desde hacía tiempo. Ansiaba estar con una mujer antes de volverse completamente loco imaginando amar el cuerpo de su prima. ¿Acaso se estaba convirtiendo en un depravado? Desde luego no le faltaba mucho para llegar un día, arrancarle las ropas y poseerla allí donde la encontrara. Se sentía como un animal salvaje.

Jonas, con la cabeza apoyada en el respaldo le estudió con atención. Comenzaba a temerse lo peor. ¿Por qué no? Podría ser que a su alteza le hubiera llegado la hora del enamoramiento verdadero, esa hora en la que los hombres se volvían estúpidos complaciendo a las damas como si estuvieran fabricadas de un cristal tan fino que con facilidad podía resquebrajarse. La hora en la que la libertad de las juergas nocturnas, las borracheras y los desfases, acababan temprano. Reconoció que Annika era una beldad y no podía culpar a Nikolai de

haberse enamorado. Así también comprendía que su alteza quisiera rechazar la idea de que ella fuese una mujer. Después de todo, Cameron y él siempre habían sido muy buenos amigos.

—¿Qué te ocurre Jonas? ¿El tapizado de los asientos te ha hecho algo?

—En absoluto. Estaba pensando que tal vez las peripecias del Caballero de las Sombras estén llegando a su fin.

—Pues de momento no me he planteado dejar nada. ¿Tú? ¿No quieres seguir?

—Lo dejaré solo cuando tú lo dejes. —Se inclinó hacia la ventana—. ¿Qué te parece si nos pasamos por la Reina de corazones? Hay preciosas señoritas esperándonos —le animó.

Nikolai dudó unos segundos deseando descargar la tensión acumulada. Lo malo fue que al pensarlo encontró que su libido descendía al pensar que una mujer cualquiera no le valdría. La que él quería no estaba a su alcance. No había nadie en el mundo que tuviera los ojos más azules, brillantes y expresivos que Annika. Ni que tuviera una boca tan excitante y tan roja, con los labios tan sensuales. O la curva de su mentón, la piel cremosa y suave de su cuello, el rubor que bañaba los discretos escotes. Caderas perfectas y redondeadas, pechos erguidos y turgentes... Recordó el día que se había despertado observándolos y se sintió explotar.

Faltaba poco para que amaneciese cuando Annika despertó sobresaltada, quizá las campanadas del reloj del vestíbulo o transeúntes en la calle habían sido el motivo de la ruptura de su inquietante sueño. El dormitorio estaba sumido en la más total oscuridad y sintió miedo. No se movía nada, ni se escuchaba sonido alguno más que su respiración entrecortada y el corazón galopando desbocado. Sin embargo, intuía algo oculto en la espesa negrura. De haberlo analizado se habría dado cuenta de que no era más que imaginación suya, pero salió con prisa de la cama. Llegó hasta la puerta y con el tirador en la mano se detuvo esperando que algo delatara su presencia. Pasó unos largos minutos sin moverse. Su mente

se figuró sombras que reptaban hacía ella, como si el sueño que acababa de dejar se hubiera entremezclado con la realidad. No perdió ni un solo momento más y huyó hacía el dormitorio situado junto a las escaleras, sin mirar atrás por temor a que una mano larga y huesuda la cogiese. Abrió la puerta con fuerza. Fue raro que Nikolai no lo escuchase ya que vio su forma masculina tendida sobre la cama. Un bulto enorme que se giró ligeramente cuando Annika trepó al colchón apresurándose a meterse entre las cobijas.

Él no se despertó y ella se quedó un buen rato con los ojos clavados en la puerta, casi esperando que entrase alguien para atraparla. Las primeras luces del alba se colaban por las rendijas abiertas de las cortinas. Seguía teniendo sueño después de acostarse tarde esperando a Nikolai. Al final, no sabía cuándo había llegado él. Lo que era seguro es que había bebido. El dormitorio olía al hedor agrio del alcohol y al repugnante olor a humo que se había impregnado en las ropas. Además, Nikolai roncaba suavemente. Ella nunca le había oído roncar hasta ese día. Posiblemente, el maldito lo habría pasado de maravilla mientras ella se aburría mortalmente.

Aguantó la respiración cuando el brazo fuerte de su alteza cruzó su cintura. La piel ardiente y abrasiva fue absorbida a través de la tela de su camisón. Se quedó pasmada por unos segundos y le dio la espalda. Se puso de costado buscando una posición cómoda. La gigantesca mano se plantó de improviso sobre su cadera con los dedos abiertos, como una tea encendida sobre su carne. Seguidamente él le apretó contra el pecho y se adaptó a sus piernas, imitando la curvatura de estas. Los ojos azules se abrieron como platos. ¡Desnudo! ¡ Nikolai estaba tan desnudo como el día en que lo parió su madre!

Se arrepintió de haber ido a su habitación. Lo que antes le había parecido una idea estupenda ahora veía que era una completa locura. Él no dejaba de ser un hombre, y ella era una mujer hecha y derecha. Pero se estaba tan a gusto sintiendo su contacto... Estuvo a punto de marcharse. Pero no lo hizo. Respiró con dificultad y con asombro advirtió las dimensiones que tomaba el miembro del hombre contra sus nalgas. Le extrañó que él no se diese cuenta de lo que estaba pasando. Por si acaso, ella no se movió. El roce no era desagradable aunque despidiese fuego.

Su alteza comenzó a mover la mano y le acarició el trasero con suavidad, moldeándolo. Aún dormido era capaz de perturbarla tanto como si estuviese frente a ella, mirándola con sus intensos ojos verdes. No solo perturbándola, la estaba tocando de un modo... íntimo. Annika se estremeció. Si se daba prisa todavía podía escapar de allí sin ser vista. Su corazón latió descompasado ensordeciendo sus sentidos, luchando por el terrible impulso de quedarse con todas sus consecuencias, o huir... La erección, presionando sus nalgas, alcanzó vida propia. Notó cómo él palpitaba, como su musculo golpeaba igual que un látigo de seda. Annika supo que si ella hubiera estado desnuda él habría penetrado en su cuerpo, y lo peor de todo era que su curiosidad ingenua deseó que lo hiciese. Nunca se había sentido excitada de esa manera. Estaba deseosa de algo que no sabía que era, pero que intuía que necesitaba. Decidida se aplastó más contra él, provocándolo de manera inconsciente.

Como una serpiente sinuosa, la mano de Nikolai descendió justo al punto intermedio entre sus piernas. Annika jadeó en silencio y repentinamente perversa abrió las rodillas dando cabida al invasor. Sentía que estaba a punto de estallar, inflamada, envuelta en un calor asfixiante que se fue apoderando de su cuerpo. Él cubrió su feminidad con la palma. La tocó a través de las prendas, frotando el pubis con insistencia, llenándola de una extraña emoción... era tan diferente de la fuerza bruta que había mostrado el asaltante del tren que, sin poder explicarlo, Annika no sintió ni una pizca de miedo. Notó la humedad que brotaba de sus partes íntimas, allí donde se acumulaba un raudal de sensaciones. Cerró los ojos con más fuerza, y ahogó en silencio los suspiros que escapaban de sus labios entreabiertos. Si él se detenía, ella se moriría. No quería que parase nunca.

La respiración de Nikolai también se había tornado pesada. En un acto reflejo empujaba con sus caderas las de ella. Le subió el camisón sobre su cintura y fue en ese momento cuando Annika se dio cuenta de que él no dormía. El hinchado miembro rozó la curvatura de su trasero, esta vez sin nada que los separara, resbalando en la hendidura hasta tocar el foco más sensible de su cuerpo y regresando hacia atrás. Un dedo penetró dentro de ella con una facilidad increíble... Annika cerró la boca acallando los gemidos. La fuerte mano la torturaba con lentas caricias abriéndose paso entre los pliegues de su piel. Él

frotaba el talón de la palma contra su punto más vulnerable haciéndola arquearse contra su mano. El dedo insistió en su interior recorriendo las estrechas paredes del túnel y ella se abrió aun un poco más dejando que un segundo dedo le acompañara. Se estaba volviendo loca y todas las terminaciones nerviosas estaban a punto de estallar.

Él la obligó a girar la cabeza y se apoderó de sus labios, absorbiendo, lamiendo su lengua. Nikolai ardía, su boca áspera quemaba, sus labios aterciopelados acariciaban, chupaban, como si quisiera robarle el aliento. Todo ello sin dejar de martirizar el foco de su fuego. El beso duró unos minutos, embriagando, excitando... Él dejó caer la cabeza hacia atrás y Annika hacia delante. Al instante, los labios de Nikolai se posaron en su coronilla mientras su cuerpo tembloroso le instaba a que acelerara el ritmo de sus caricias.

—No deberías estar aquí, cielo —la voz gutural y ronca de él rompió el silencio del dormitorio.

—No pares ahora, por favor —le suplicó al borde del llanto.

Nikolai aspiró una fuerte bocanada de aire.

—No voy a parar, voy a hacer que disfrutes. Relájate y haz todo lo que te diga. Abre más las piernas para mí.

Annika le obedeció como si ese fuese su único objetivo en la vida. En su trasero sentía la erección presionando, acariciando sus glúteos. Él siguió con los dedos en su interior, murmurando palabras en francés junto a su oído. Ella no le entendió, ni quiso hacerlo. En realidad estaba más concentrada en los pequeños estallidos de placer exactamente donde él tenía ubicada su mano y en el músculo que seguía frotando su carne, como si quisiera remplazar aquellos dedos dominadores.

Nikolai la tumbó sobre la cama con la espalda en el colchón y no le permitió cerrar las piernas. La mano libre terminó de subir el camisón y acarició sus pechos. Se apoderó de un seno y se metió un rosado pezón en la boca, que mordisqueó con suavidad. Ella ahogó una exclamación. Quiso rodearle los hombros con sus brazos, pero era demasiado grande para abarcarlo entero. ¡Dios! Se debía de haber vuelto completamente loca. Gimió agitada. Jamás en su vida habría esperado que existiera una sensación tan agradable que hiciera que

por un momento toda su realidad dejara de existir. Un centenar de explosiones, la nueva más fuerte que la anterior, rompieron dentro de sí hasta alcanzar un vértice lejano en una galaxia desconocida. El corazón, libre de sujeciones, galopó enloquecido y sin control. Gritó.

Los dedos de Nikolai salieron con lentitud de su interior, acariciándola con la mano abierta, frotándola rítmicamente, sintiendo como su feminidad mojaba y latía en su palma.

—Tranquila, Annika —susurró, besándola de nuevo en la boca. Mordió sus labios con dulzura, pero con una pasión desbordante, como si necesitara de ellos para poder seguir viviendo. Absorbió con gusto sus gemidos. Llevó ambas manos a sus pechos y los masajeó con dedicación, amasándolos con suavidad. Encerrando los botones en sus dedos que frotaron insistentes hasta convertirlos en dos puntos duros. Abandonó su boca y los lamió con sed.

—Eres tan dulce, chiquilla —murmuró complacido. Le gustaba dominarla y ella era tan manejable que era excitante enseñarle el arte del amor. Durante unos minutos más continuó castigando los pezones con la lengua. Annika gemía y se retorció sometida por la pasión.

—Tócame otra vez —pidió ella en un tono ronco y profundo—. Vuelve a hacerlo como antes. —Le buscó la mano y la llevó donde ella deseaba.

Nikolai jadeó, nervioso. Tenía que contenerse para no derramarse antes de volver a darle placer.

—Despacio, cielo, esta vez necesito poseerte.

Annika se quedó muy quieta mientras él se colocaba sobre ella. Estaba muy mojada, demasiado excitada para sentir dolor alguno. El pequeño desgarrón fue apenas imperceptible cuando rompió la barrera virginal. Abrió unos ojos enormes al sentir que el miembro de su alteza invadía su estrecha cavidad y la llenaba de un calor abrasivo. Exclamó sorprendida.

Nikolai observó su cara entre las sombras y se hundió más en ella. Necesitaba controlarse... ir despacio, pensar en otras cosas... pero ella movió las caderas contra las suyas y fue su perdición. Embistió con ímpetu y, en el momento en que ella acompañó sus movimientos, la gozó con desesperación. La besaba en la boca y ella le correspondía. Su lengua pequeña y tímida jugaba con la de él.

—Esto es mucho mejor, ¿verdad, Annika?

Ella asintió, entre pequeños gritos de satisfacción. Alzó las piernas hasta rodearle las caderas.

—Mucho mejor, alteza.

Nikolai hundió la boca en su cuello y ella se elevó contra él al tiempo que se arqueaba para recibirle en toda su plenitud. No le importó que le clavara las uñas en los hombros. Volvió apoderarse de su boca y se tragó el grito de Annika al alcanzar el orgasmo. La muchacha temblaba, jadeaba y se movía contra él. Poco después él la volvió a embestir por última vez. Su cuerpo se tensó unas décimas de segundo y por fin se derramó dentro de ella. No quiso salir de su interior y se quedó así unos minutos más. Olió su aroma avainillado, sintió su piel cálida y suave contra la de él... «No puedes estar haciendo esto, loco», se dijo enojado de repente. Intentó retirarse, pero ella no se lo permitió. Nikolai sepultó su nariz entre el cabello de Annika durante unos segundos. Finalmente y sin una palabra, la besó apasionadamente una última vez antes de abandonar la cama, perdiéndose en la sala destinada al aseo.

Annika no alcanzó a verle. Se quedó quieta, parada. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se había ido? Se incorporó con rapidez y después de observar la puerta cerrada durante unos largos minutos, se dio cuenta de que él había huido. Que estaba esperando que se marchara de su cama.

Se escabulló a su dormitorio, dolida. No había esperado eso de su alteza. Se echó sobre la cama, temblorosa y asustada. Percibió la gélida corriente penetrando por el hueco de la chimenea apagada y se cubrió con la colcha.

¿Qué había esperado después de hacer el amor con su primo? «Desde luego no que él se comportara como lo había hecho». Se sintió completamente avergonzada. Mortificada.

—¿Por qué tuviste que ir a su dormitorio? ¡Eres tonta! ¡Tonta! —Retuvo un gemido desesperado antes que este alcanzase sus labios. Tenía que enfrentarse a la realidad. Ambos se habían utilizado mutuamente.

Golpeó con fuerza la almohada con el puño cerrado. ¡Qué imbécil! No era más que una ridícula por haberse metido en su cama y encima haberle implorado que no se detuviese. Mordió el almohadón con rabia para que nadie escuchase sus

gritos. Ella, que había jurado y perjurado que no iba a traicionar sus principios, había hecho exactamente lo mismo que su madre.

Al pensar en ello, se incorporó con rapidez y se cubrió la boca con la palma de la mano. Sus ojos abiertos como platos. ¿Y si se quedaba encinta?

—¡Mierda! ¿Cómo has podido ser tan ilusa? —se quejó con un suspiro exasperado. Bajó los ojos al vientre durante unos largos segundos—. Por favor, no quiero tener un bastardo.

Se puso en pie y caminó nerviosamente por la habitación. Inevitablemente pensó en April. Esperaba que si un día se enteraba de lo sucedido, pudiera perdonarla.

De manera muy digna, Annika esperó nerviosa en la sala. Sentía el corazón aprisionado en la garganta por la conversación que muy pronto se sucedería. Si Nikolai hubiera sido más gentil se habría olvidado del asunto, concediéndole un tiempo prudencial para valorar su conducta. Pero él precisaba hablar con ella justo en ese momento.

Estaba pensando en eso, cuando con paso firme su alteza penetró en la estancia y cerró las dobles puertas con un ligero chasquido. Aquel simple sonido fue atronador a los oídos de Annika que dio un respingo en el asiento. Fijó la vista en el pequeño platito de las pastas y, aun cuando supo que Nikolai estaba mirándola desde la puerta, no levantó los ojos.

—Tenemos que hablar de lo sucedido, Annika. —Con descaro, él se acercó con un par de zancadas, la miró desafiante y tomó asiento junto a ella.

Annika respiró con fuerza dispuesta a ser ella quien le increpase primero, sin embargo le llegó una suave ráfaga de olor masculino. Nikolai se acababa de dar un baño y su dorado cabello caía húmedo sobre la espalda. Olía tan bien que se olvidó de hablar. Solo era capaz de recordar las sensaciones que había experimentado en la mañana. ¡Otra vez sintió esa humedad entre las piernas! ¿Cómo era posible, si se había pasado la mañana reprochándose lo ocurrido? ¿Si

se había propuesto no hablarle, ni mirarle? ¿Si había admitido que no iba aferrarse a un amor imposible? Aquella situación era angustiada. Levantó el mentón, retadora, aunque lo que sentía en realidad era una desazón enorme.

Los colores impregnaron las marcadas mejillas de Nikolai haciendo resaltar sus bellos ojos verdes, al tiempo que fruncía con fuerza los labios.

—No puedes volver hacerlo, Annika. Te prohíbo que vuelvas a entrar en mi dormitorio si no es con mi permiso.

Ella asintió, nerviosa. Ignoró el gesto perturbador y contraatacó.

—¡No es mi culpa que usted llegase borracho a casa anoche! —Se puso en pie sin poder soportar estar a su lado. Sentía vergüenza y, si la tierra se la hubiese tragado, habría sido la mujer más feliz del universo—. Alguien como usted debe tener cuidado en el estado en que regresa. Le recuerdo que ya no vive solo.

—Annika...

—No volveré a hacerlo nunca más. —Muy despacio se alejó hacia la puerta mientras sus dedos rozaban los muebles que había hasta llegar a su destino. No quería hablar con él, tan solo olvidarse del tema. Le miró fugazmente con las mejillas sonrosadas—. Lo siento. —Agarró uno de los tiradores con la intención de escapar. Nikolai la detuvo con una voz potente y dura.

—¿Dónde crees que vas? Todavía no he acabado de hablar.

—Excelencia, necesito salir al patio un poco a que me dé el aire. Aquí no puedo respirar bien —contestó con voz temblorosa.

Él también se puso en pie, enfadado.

—¡En este momento estamos manteniendo una conversación!

Annika se cruzó los brazos sobre el pecho. Arqueó una ceja fingiendo una tranquilidad que no sentía. ¡Tenía el corazón brincando con fuerza en su pecho!

—De acuerdo —asintió—, ¿hay algo más que desee decirme o solo que no entre en su santuario?

Nikolai se paseó furioso sobre la mullida alfombra.

—Los sirvientes te vieron salir de allí esta mañana, la sábana tenía restos de sangre...

—¿Por qué le extraña? ¿Acaso pensaba...?

—¡No pensaba nada! ¡Esto no debía de ocurrir!

Annika le gritó nerviosa e indignada.

—Le dije que contratara una dama de compañía, pero no quiso. También podía haber echado el pestillo a la puerta. ¡Lo que no me parece correcto es que se acostara desnudo!

—¿No lo es? —Los ojos verdes brillaron con enojo—. ¡Te recuerdo que es mi cama y en mi cama puedo hacer lo que me plazca! —contestó de igual manera.

—Ah, claro, por supuesto, excelencia. Ya me di cuenta —respondió terca. Oprimió los puños en los pliegues de su falda ocultando la vergüenza que sentía—. ¡Eso fue lo que hizo!

Él estaba verdaderamente furioso, aunque trató de calmarse cuando volvió hablar.

—Algo me dice que estás tratando de evitar esta conversación, prima, pero debemos mantenerla, y tiene que ser en este preciso momento. Más tarde será mucho peor.

Ella agitó la cabeza.

—¡Claro que quiero evitarlo! Ambos sabemos lo que pasó en su cama y no veo por qué tenemos que comentarlo. Cometí un fallo al ir a su dormitorio. Lo siento. Tenía miedo de la oscuridad, pero eso no significa que le estuviera buscando para que me manoseara.

Él se puso rojo de furia. Replicó con vigor:

—¿Me estás provocando, Annika? ¡No pienses que esta situación me agrada mucho más a mí que a ti!

Sin esperar ni un segundo más, ella salió de la sala pisando con fuerza el suelo. Su alteza corrió tras ella. Ambos se pararon en el corredor al descubrir que los sirvientes estaban allí, escuchando sus gritos. Nikolai la cogió del codo con firmeza y lanzó una mirada asesina a los criados.

—¿Qué están haciendo todos aquí? ¿Ustedes no tienen nada que hacer? —bramó en francés, con tanta cólera, que su voz resonó por toda la casa. En unos segundos se montó un barullo de carreras cuando los sirvientes huyeron dejando el vestíbulo completamente vacío. Fue como si hubiera pasado un ciclón para quedarse todo en una calma sobrecogedora. —Hazme el favor de regresar a la sala Annika. ¡No puedes actuar como si no hubiera pasado nada!

Ella tragó con dificultad y entró de nuevo. Alzó la cabeza para mirarlo. Sus ojos se abnegaron en lágrimas.

—¿Y cómo quiere que haga? ¿No se da cuenta de que estoy avergonzada? —No quería llorar. Lo intentaba de todo corazón, pero no era dueña de sí. Se cubrió las mejillas con ambas manos. En un acto reflejo Nikolai la encerró entre sus brazos acallando sus sollozos.

—Me has hecho romper una promesa, Annika —susurró afligido. Ella no contestó—. De acuerdo, si quieres que finjamos que nada de esto ha ocurrido... eso haremos. Si prefieres que lo repare y nos casemos para que esto no llegue más lejos de aquí, lo haremos. Dime ¿Qué es lo que quieres? —La obligó a que le mirase a la cara levantando su barbilla con dos dedos—. Será lo que tú digas.

Ella pestañeó con fuerza. Nikolai le estaba proponiendo matrimonio solo para salvaguardar las apariencias, nada más. Ni siquiera había una chispa de emoción en su voz, ni en su mirada. Fue como un cuchillo clavándose en su corazón.

—¡No pienso casarme jamás! Sobre eso sigo pensando lo mismo. —Su voz se había vuelto ronca. Por mucho que lo deseara se negaba a obligarle a que él cumpliera como un caballero. Ella de ningún modo había sido una dama que mereciera tales atenciones—. Excelencia, ¿se ha olvidado de April? —No fue consciente del daño que sus palabras causaron a Nikolai y a ella misma. Lágrimas brillantes surcaban sus mejillas. —Porque yo no puedo olvidarla y sé que usted tampoco lo haría en la vida.

—No me siento cómodo con esto. —Sus ojos verdes acariciaron los temblorosos labios femeninos con deseos de besarla de nuevo, no lo hizo, no soportaba que ella se sintiese culpable con April. Se concentró en la conversación alejando la mirada de la peligrosa boca—. No pensé lo que hacía, había bebido y me acababa de acostar... perdóname por favor, te prometo que no volverá a ocurrir. —Rozó la mejilla de Annika con el dorso de la mano y le dio la espalda caminando hacia la mesa con pasos cansados. Un contacto tan leve que Annika apenas lo sintió—. Al principio creí que eras ella, pero luego me di cuenta de que eras tú. —Se volvió a mirarla, controlando un suspiro—. Yo tampoco quiero estar contigo así, Annika. No quiero obligarte a nada. Entiendo que llevas razón en cuanto a April y sé cómo debes sentirte.

El corazón de Annika se rompió en pedacitos. Tragó con dificultad. Tenía que preguntárselo.

—Te casarás con ella, ¿verdad?

Él la miró intensamente durante unos largos segundos. Luego asintió con la cabeza.

—Ella es la única mujer que yo querría desposar.

Annika, con un nudo en la garganta y los ojos acuosos, le miró intentado mostrarse fuerte.

—Entonces te pido por favor que no volvamos hablar del tema. Borraremos lo que ha pasado de nuestras mentes —musitó.

Nikolai asintió. La vio salir de la sala y esta vez no la detuvo. Se quedó un tiempo más, tratando de frenar los enloquecidos latidos de su corazón. La había dañado, la había desilusionado, y lo peor de todo... la había apartado de su lado. Y sin embargo, la seguía queriendo. «Ahora más que nunca».

CAPÍTULO 13

Su alteza observó la montaña de papeles que debía revisar y se deshinchó. Nunca le habían atraído los números a pesar de tener mucha facilidad para la contabilidad. Por muy pronto que quisiera acabar con todo aquello, no le daría tiempo a mostrar la ciudad a Annika.

Estiró la espalda y su vista voló hacia la puerta taladrándola sin piedad, como si de ese modo sus ojos pudieran atravesar el panel y descubrir dónde andaba metida ella. No había vuelto a verla en todo el día. Tamborileó la base del escritorio con los dedos pensando en el asunto de los malditos criados. ¿Podría confiar en que mantuvieran la boca cerrada? La respuesta era un no rotundo. April lo iba a matar, y Cameron, e incluso su propia familia.

Podría tratar de convencerse que tras el potente deseo que le acuciaba aquellos días, despertar con el cálido cuerpo de Annika, con su aroma fresco ligeramente dulzón, le había trastocado los sentidos. Cuando había terminado de despertarse, ella ya estaba cerca de alcanzar el clímax. Hubiera sido del todo lógico que él se detuviese y la enviara de regreso a su dormitorio, pero dado que Annika disfrutaba bajo sus caricias y él, que era tan jodidamente presumido, le entregó lo que ansiaba. Estaba arrepentido. Si antes la había deseado, ahora que la había probado su obsesión se había tornado más acuciante. En el fondo deseaba poder obligarla a que compartiera con él cada minuto de su vida, pero con eso solo conseguiría que Annika le odiara, y si había algo que jamás podría soportar, sería eso exactamente.

—Monsieur Petrov, el señor Jonas Swan acaba de llegar.

—Gracias Pierre, hágalo pasar —contestó, levantando la cabeza hacia el sirviente—. ¿La señorita dónde está?

—Se encuentra en la cocina, monsieur —manifestó el criado, siempre dentro de su estirado porte. No pasó inadvertido para Nikolai que a Pierre no le gustaba que la joven anduviera enredando cerca de los empleados—. Le ha dicho a la cocinera que quiere aprender a hacer galletas. Me temo que incluso se ha puesto un delantal.

—Me parece bien —asintió. Al menos ella podía olvidarse fácilmente de lo ocurrido. Ojalá para él también fuera así, pero lo dudaba—. Dentro de lo razonable quiero que cumplan sus deseos. Como ya le dije, ella es un miembro muy importante de mi familia y no me gustaría escuchar ni una sola queja de sus labios. Se lo dije a todos el primer día y se lo repito de nuevo. De lo contrario me veré en la obligación de cambiar de personal.

— Por supuesto, monsieur.

Nikolai se sintió sumamente satisfecho al ver el rostro de Pierre rojo de humillación.

Jonas entró jovial en la sala. Sus facciones aún marcadas por las horas que le faltaban por dormir no conseguían alterar un ápice su carácter sereno.

—Buenos días, Nikolai. No estaba muy seguro de encontrarte despierto después de lo de anoche.

—Ya lo ves —Nikolai le señaló todos los documentos con desgana—, trabajo atrasado. ¿A qué has venido tan pronto? —Miró el reloj— ¿O tan tarde? —Faltaba poco para el almuerzo.

—Quería saber cómo llegaste al final. Me dejaste tirado en la Reina de corazones.

Nikolai le dedicó una trémula sonrisa.

—Tienes razón. Comencé a sentirme mal.

Las escépticas cejas de Jonas se arquearon sobre sus oscuros ojos.

—¿De veras?

—Cambié de opinión.

—Necesito que me lo cuentes de una vez.

—No hay nada que contar.

—Muy gracioso, Nikolai —chasqueó los labios—. Sabes que te conozco más que de sobra.

—¿Y eso que quiere decir?

—Lo sabes bien. Puedes contar conmigo para lo que quieras. —Acercó con agilidad la silla que se encontraba junto a la ventana y se sentó frente a Nikolai con una sonrisa ladina en su boca—. Tomate tu tiempo si lo deseas, pero yo sé que ocurre algo. —Se encogió de hombros—. ¿No ha venido tu familia a visitarte?

—Qué pronto has cambiado de conversación.

—No quiero atosigarte.

Los ojos de su alteza volaron de nuevo al reloj ovalado que colgaba de uno de los muros sobre la chimenea.

—No tardarán. Es posible que alguno de ellos llegue antes de comer. ¿Te quedarás a escuchar la discusión?

—Me encantaría, más que nada por si tengo que mediar en algo.

—¿Te divierte mi situación?

—Esta vez sí —asintió con sinceridad, aunque en sus ojos había un destello de preocupación—. ¿Has pensado que tu padre podría repudiarte por esto? —El gesto de Nikolai fue inalterable por lo que Jonas asintió—. Ya veo que sí.

—No me importa en absoluto —le miró fijamente—. Voy a necesitar un favor si te quedas aquí. No deseo que ningún miembro de mi familia se quede a solas con Annika.

—De modo que la antepones a todo lo demás. ¿Te has dado cuenta en el lío que te has metido haciéndole esa promesa a Cameron?

Su alteza se levantó airado y observó el exterior a través de la ventana. Los coches de caballos abarrotaban las calles bajo un redondo sol de rayos dorados. Tan solo el vehículo de Swan se hallaba estacionado junto a la puerta de su residencia.

—Ella ahora es mi familia —respondió sin mirarle.

—Una solución muy buena para tus problemas sería que te casaras con ella. ¿Se te ha ocurrido?

Para asombro de Jonas, Nikolai asintió.

—Annika no desea casarse, y en caso de que lo hiciera no creo que yo le gustara para tal fin.

—Estoy... —Jonas ejecutó una pausa, conmocionado—. ¿Hablas en serio? ¿De verdad has pensado en una boda? —Su alteza no le contestó—. No lo entiendo, cualquier mujer estaría deseando casarse contigo en caso, cierto es, de que sentases la cabeza. Quizá si se lo planteases...

—April le dijo que somos amantes y que a pesar de nuestras... eh... infidelidades, siempre acabamos juntos. Annika adora a April y no haría nada que le molestase. Por otra parte, ella es una chica lista y no cree en el matrimonio. También podríamos añadir que le doblo la edad y ella es... muy inocente. —Quizá ahora no tanto. Al menos, gracias a él, virgen ya no era—. Y si seguimos sumando, yo no me veo preparado para el matrimonio tampoco. Me temo que iba a resultar complicado mantener al Caballero de la Sombra en la sombra, si contraigo nupcias.

—¿Le has contado lo que se dice de ella en la calle?

—¡No! ¿Cómo crees? —Se paseó nervioso por el despacho.

—Deberías hacerlo.

—¿Sabes, Jonas? Desde que conocí a Annika siempre hay alguien que tiende a decirme lo que debo o no debo hacer. Cameron, April... Estoy hasta los mismísimos...

—Lo siento —se disculpó Jonas con rapidez—, de veras, lo siento. No ha sido mi intención decirte nada ni meterme en tu vida. Solo trato de ayudarte para lo que pueda surgir.

—Tienes razón. —Nikolai respiró varias veces seguidas—. El viaje me resultó de lo más pesado, y mi familia es como una plaga de langostas que me tienen alterado. Hablaré con ella. Deberá estar preparada para ignorar todos los insultos que esos bárbaros han hecho correr por París.

Annika descendió las escaleras despacio, concentrándose en no caer. La barandilla eran gruesos barrotes de cristal con un precioso pasamano de mármol salmón. Justo al llegar abajo, los últimos escalones se ensanchaban aportando

una elegancia palaciega a la galería principal.

Una de las doncellas se había esmerado en recogerle el cabello sobre la coronilla en forma de trenzado, retirando el flequillo a ambos lados de la cara. Llevaba un vestido de tonos verdosos que se ajustaba a su talle con un bonito corpiño de cintas blancas. La sirvienta había dicho que estaba hermosa y así quería lucir, radiante y segura de sí misma, a pesar de que sus piernas temblaban como la gelatina. Tenía miedo de encontrarse con Nikolai otra vez, pero no podía pasarse el día completo escondiéndose de él.

Apenas sus pies se posaron en el brillante suelo del vestíbulo, la puerta del despacho se abrió dejando paso a su alteza y a Jonas, que se detuvieron a observarla como si se tratase de una aparición, o de un objeto expuesto en alguna colección de arte. El sol entraba a raudales por las dobles puertas de cristal traslúcido acariciando los muebles.

—Annika —Nikolai dio varios pasos hacia ella seguido de su amigo. Admiró a la joven durante unas décimas de segundo elogiando mentalmente lo bonita que se veía y preguntó—: ¿recuerdas a Jonas?

Ella forzó una sonrisa. Tendió la mano al caballero, quien besó sus nudillos en una leve caricia.

—¡Claro que sí! ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—Realmente bien, sobre todo ahora que la veo de nuevo. Anoche pensé que su hermosura había sido fruto de mi imaginación, pero me confundí. Está excepcionalmente bella.

Annika ocultó su rubor bajo una actitud tranquila. Por el rabillo del ojo miró a Nikolai. Él se dedicaba a observarla fijamente con una sonrisa serena e inamovible.

—Creo que me dice esas cosas tan bonitas porque usted también debió de beber más de la cuenta anoche, monsieur Swan. —Nada más decir eso, se arrepintió de hacerlo. Nikolai se tensó y la expresión de su cara se tornó seria. Los oscuros ojos de Jonas bailotearon en sus cuencas.

—Aunque estuviera muerto, nunca dejaría de advertir lo bonita que se ve esta mañana. —Dio un paso hacia ella con el propósito de acompañarla a la sala. Nikolai se le adelantó y le tendió el brazo. Ella le colocó la mano sobre su

manga.

Jonas miró a su amigo con el ceño fruncido y esperó que la pareja abriera la marcha al comedor. Su alteza le miró sobre el hombro con una sonrisa socarrona.

—Jonas, por norma, es el tipo más exagerado que conozco. No creas mucho de lo que dice porque su boca a veces está llena de mentiras.

Annika observó a Nikolai, nerviosa.

—¿Entonces acaba de mentirme?

—Yo no...

Nikolai interrumpió a Jonas.

—En esta ocasión no estaba mintiendo, cielo. Te ves preciosa. Por cierto, Jonas se va a quedar a comer con nosotros.

Annika sintió que su alteza tenía los músculos de su brazo tensos como cuerdas y no se atrevió a mirarle a los ojos. Sabía que debía hacerlo, que tenía que comportarse como si nada entre ellos hubiese cambiado... pero sentía que se ahogaba en su presencia. Era tan guapo, tan espléndido en su porte orgulloso, que lo único que deseaba era arrodillarse ante él y pedirle que la amara. Desechó sus pensamientos con pena recordando a la querida April.

A Jonas le sorprendió que su amigo fuese tan posesivo. Y no solo fue eso lo que descubrió, si no que al verle junto a la hermosa hija de Cameron se dio cuenta de que estaba irremediablemente enamorado. «Habría que ser muy tonto para no darse cuenta, o no conocerle como yo», pensó.

—Es un placer que comparta nuestra mesa, monsieur Swan —le dijo Annika con un tono de voz dulce y suave, al tiempo que le lanzaba una pícaro sonrisa sobre el hombro. Su rostro era como el de un frágil ángel de mejillas pálidas y labios sonrosados. Él le devolvió una mueca burlona y caminó tras ellos hasta el salón. Iba a ser divertido ver como se desenvolvían esos dos.

—Nikolai me ha pedido que esta tarde salga a pasear con usted si no tiene ningún inconveniente.

«Como si fuera un perro», pensó Annika sin alterar su sonrisa. Levantó la cabeza hacia su alteza, que miraba al frente, haciendo añicos la entelada pared de satén asalmonado.

—¿No puede venir usted también? —le preguntó con pena.

Él respondió con frialdad, guiándola hasta la mesa de madera pulida que lucía en el centro de la estancia.

—Estoy muy ocupado, quiero terminar todo el papeleo hoy, si es posible, y de seguro que acabe bastante tarde.

Annika se dio cuenta de que estaba evitando encontrarse con ella a solas. Y casi pudo apostar a que ese iba a ser su comportamiento hasta que regresara April. Disimuló la decepción que se apoderó de ella bajo una actitud remilgada.

—No crea que no quiero salir con usted, señor Swan. —Annika volvió su rostro hacía Jonas con aire inocente y un delicado aleteo de pestañas—. Estaré encantada, es solo que creí que su excelencia también vendría, pero no importa, seguro lo pasaremos genial.

Con un golpe seco, retiró la silla llamando la atención de Annika para que se sentara.

—¿Ocurre algo? —le preguntó ella, confusa. Jonas se dirigía a un lado de la mesa y no los escuchaba.

—No hace falta que te muestres tan amable —siseó su alteza.

—No le entiendo.

—No me tientes —le dijo con un pequeño gruñido cerca de su oído—. Cuando se me busca se me encuentra, Annika.

Ella le lanzó una rápida mirada con las cejas arqueadas.

Nikolai no agregó nada más y ocupó su silla. «¿Podían ser celos lo que estaba sintiendo?», se preguntó, perdido en sus pensamientos.

Annika colocó la servilleta en su regazo y clavó los ojos en su plato. Jonas se sentó frente a ella y a la izquierda de Nikolai.

—¿Y qué va a preferir, Annika? ¿Visitar tiendas, paseo por el parque, funciones?

La muchacha alzó la vista hacía Jonas con una sonrisa. Con él no sentías deseos de ir a ningún lado en ese momento. No porque no fuese de su agrado. Era un hombre atractivo y encantador. «Sucede que no eres su alteza», le recordó su mente. Pero por obstinación no se iba a negar a ir con él e iba a intentar disfrutar del día todo como le fuese posible. Tenía que demostrarle a Nikolai que a ella tampoco le afectaba lo ocurrido.

—Me encantaría hacer un poco de todo, aunque debería esperar a April para hacer compras —le respondió.

Nikolai asintió conforme con ella. Se sacó una pequeña bolsita de cuero donde las monedas tintinearón en su interior.

—Por si te apetece alguna chuchería —se lo entregó—. En el parque hay muchos puestos ambulantes y seguro que te embruja algo.

Annika miró el portamonedas con el ceño fruncido. No hizo intento de cogerlo. Jonas replicó con galantería.

—Eso no es ningún problema. Hoy yo corro con todos los gastos. Me gusta invitar a las mujeres que llevo a pasear.

—En este caso no —negó Nikolai fulminándolo con la mirada—. Llevas a Annika porque yo te lo he pedido como favor.

Ella se sintió ofendida.

—Excelencia, sé que está molesto conmigo, pero no creo que deba pagarlo con su amigo.

—¿Cómo dices? —inquirió Nikolai.

—¿Es costumbre obligar a sus amigos hacer algo que no desean? —le preguntó, con los ojos fijos en él. Alzó el mentón con firmeza—. Por si no se ha dado cuenta, está obligando al señor Swan a que me lleve de paseo y ni siquiera le permite que me invite a nada.

Tanto Jonas como Nikolai la miraron con las bocas entreabiertas. Cuando su alteza recapacitó sobre lo que ella dijo, respondió cortante.

—¡Yo no estoy obligando a nadie!

—Sabe que no quiero su dinero, y si el señor Swan desea invitarme, lo acepto encantada.

—Para mí es un honor —respondió Jonas medio atragantado con su propia saliva. Nunca, ninguna mujer excepto April, se había atrevido a dirigirse al príncipe así. Reconoció el valor en la joven, aunque también pudo ver que ella estaba tan nerviosa que no hacía más que machacarse el labio inferior con los dientes—. Es más, insisto en ello. Y sepa usted, señorita, que si quiero acompañarla, es por mi propio placer.

Nikolai cogió una bocanada de aire con fuerza. Odiaba los celos. Esa nueva

sensación era aterradora. Volvió la vista hacia su amigo para ofrecerle la explicación de por qué ella no quería su dinero.

—Annika solo acepta lo justo de mí. Ella es así. No entiende que todo lo que le brindo lo hago por gusto y porque ahora es mi familia.

—Sabe que se lo agradezco, excelencia y... —Gracias a Dios, Pierre abrió la puerta del comedor dejando pasar a la doncella para que sirviera el menú. Annika prefirió callarse y deleitarse con los manojos de judías verdes acompañados por una deliciosa salsa a base de huevos, un pescado de considerable proporción junto a espárragos y zanahorias pequeñas, todo ello seguido por un buen surtido de frutas frescas del tiempo.

La tensión del principio desapareció a medida que engulleron la comida, todo gracias a la chispa de humor que Jonas introducía en cada comentario. Era un hombre muy divertido y su mirada parecía dulcificarse cada vez que se topaba con la de Annika, como si algo en él pudiera adivinar las verdaderas emociones que ella sentía.

Tal y como Nikolai había augurado, a falta de comer el postre, Pierre les informó que Duncan Frederick Petrov acababa de llegar. El rostro de Annika perdió el color por completo y la saliva se quedó repentinamente seca en su boca. Su corazón sonó igual que lo harían cien cascos de caballos en una carrera.

Nikolai se puso en pie arrojando la servilleta sobre su plato. Annika también lo hizo y Jonas se sintió obligado a imitarlos.

—Cielo, termina de comer el postre. Jonas, por favor, acompáñala. No sé cuánto voy a demorarme, pero vais a tener que disculparme. Si no he acabado antes de que os marchéis, os pido que disfrutéis mucho.

—Excelencia —le llamó ella caminando hacia él que se dirigía a la puerta. Nikolai se paró con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora. Acortó la distancia hasta ella, cogió su mano y se la estrechó con afecto.

—No te preocupes, Annika. Más tarde nos vemos.

Ella asintió y le vio marcharse. Regresó a su asiento y sin saber dónde poner los ojos, los paseó por la mesa, preocupada.

—No va a ser agradable... —La voz amena de Jonas se volvió extremadamente seria.— Nikolai y su padre tienen un carácter demasiado fuerte

y orgulloso.

Ella preguntó con temor.

—¿Qué cree que sucederá?

Jonas agitó la cabeza con un encogimiento de hombros. Notaba verdadera preocupación en la muchacha.

—Querrá convencer a Nikolai de que no siga con su presentación.

—Discutirán por mi culpa, ¿verdad? Si yo misma pudiese oponerme a esa presentación le juro que lo haría, monsieur Swan.

Él la miró, arqueando las cejas con intriga.

—¿Sería capaz de rechazarlo? ¿No le importaría rehusar al apellido?

—No. Ni siquiera sabía lo que se proponía su alteza cuando se convirtió en mi tutor. Pero ahora me doy cuenta de que lo único que pretende es enfrentarme a Irina. Yo deseo regresar a Praga —le reveló en un fino hilo de voz.

Jonas sintió lástima de ella. Realmente parecía demasiado deliciosa e inocente.

—No sé en verdad que piensa Nikolai de todo esto. Puedo suponer que es cierto que para él sería un enorme placer poder abochornar a su tía, por lo menos eso es lo que debió de pensar cuando Cameron le convenció para que la tutelase. Pero seguramente en este momento, él se preocupa más porque usted alcance el lugar que le corresponde y no tanto por la venganza contra esa mujer.

—Si es mi padre quien quiere que yo esté aquí, ¿por qué no me presenta él mismo en vez de hacer que todos odien a su alteza? —le preguntó—. Pienso que no debe apreciarle mucho para atreverse a utilizarle de intermediario.

—Cameron necesita a alguien fuerte que ose enfrentar a la familia, y la única persona dispuesta es Nikolai.

—Pero ¿por qué hace eso? —Se removió incomoda en la silla. Poco a poco habían ido bajando la voz para tratar de escuchar algún retazo de la conversación que se estaba sosteniendo en el despacho—. ¿Es alguna clase de pacto entre ellos? ¿Su excelencia debe algo a mi padre? No lo entiendo, la verdad.

—Digamos que a los Pávlov y a los Petrov les encanta manejar la vida de otras personas, están acostumbrados a eso. Ellos deciden qué puestos de trabajo deben cubrir, dónde deben pasar los meses de ocio, con qué exclusivas personas pueden reunirse... Una serie de obligaciones que Nikolai se niega aceptar. Creo que con

tal de molestar a su familia es capaz de cualquier cosa.

—Entonces con eso me demuestra que lo que supuestamente hace por mí... por mis aparentes derechos y la crueldad de la que dice fui víctima, no existe. Todo esto lo hace por él mismo.

—¡No! Nikolai aprecia mucho a su padre y sabe por todo lo que ha tenido que pasar.

—No me explico por qué le puede gustar estar mal con su familia cuando lo admirable es tratarse bien. —Annika se dio cuenta de que sabía realmente poco sobre los motivos que tenía Nikolai para llevarse mal con sus parientes.

—Nikolai está empeñado en demostrarles que no baila al son que ellos marcan.

—Pero son gente muy influyente...

—Nikolai lo es aún más —contestó él, retirando la servilleta—. De todos modos no está de más advertirle que la bruja de Irina hará todo lo posible e imposible porque usted se marche de aquí y se aleje de Nikolai. —Se puso en pie y la miró con atención—. ¿Ha pensado cuánto dinero podría pagarle para que desapareciera?

—¿Habla de que querrá chantajearme, monsieur Swan?

Jonas asintió sin quitar su atención de ella. Annika se quedó muy pensativa. Una vida sin problemas, ni necesidades... todo por desaparecer... por alejarse de su alteza... Lentamente agitó la cabeza y le preguntó confusa.

—¿Usted preferiría que me marchara?

Él tardó bastante en contestar y cuando lo hizo fue con ojos agudos y una ocurrente sonrisa.

—Yo no la conozco nada, pero sé que Nikolai la aprecia mucho. También he notado que usted... siente por él algo más de lo que trata de darle a entender. Sea como sea, cualquier amigo de Nikolai y de April es amigo mío también.

Ella se mordió el labio inferior, nerviosa.

—¿Por qué dice que siento algo más? Su alteza es... es... mi primo.

—¿Por eso está enamorada de él?

—¿Cómo dice? —murmuró Annika con sorpresa.

Jonas caminó hasta ella. Annika apartó su plato, dejó la servilleta y cogió la mano que él le tendía.

—No puede ocultármelo, señorita. Soy muy perspicaz en esas cosas. He conocido a otras mujeres que lo han mirado igual que usted lo hace. —Omitió decirle que Nikolai tenía los mismos sentimientos por ella. Si su amigo se lo había negado, él no pensaba hacer de celestina.—. Nikolai está demasiado empeñado en ser un buen tutor y ese gesto no le va a dejar ver nunca lo que usted siente por él. Además acostumbra a ir de flor en flor. —Vio la pena reflejada en los hermosos ojos azules antes de que ella bajase la mirada al suelo—. Será difícil para Nikolai aceptar que su vida puede cambiar para reducirse a una sola mujer.

—Pero esa mujer es April —musitó ella.

—Es un tipo muy caprichoso, hoy desea esto y mañana lo otro. Le he visto aburrirse de las mujeres más hermosas y bellas de Austria, Roma, Francia... Pero sí, tal vez tenga razón. Después de todo, él y April tienen muchas cosas en común.

—Me ha confesado que se casará con ella —le reveló, observándole de reojo.

—¿Nikolai y April casados? —repitió Jonas. Juntó tanto las cejas que pareció fundirse en una sola—. Me parece muy extraño que tras todo este tiempo de relación se hayan decidido a... —se echó a reír divertido, imaginándose la escena de sus dos amigos juntos. Eran como el agua y el aceite, a pesar de lo maravillosamente bien que se llevaban. Amantes, podía creerlo. Esposos, imposible. Pero si eso era algo que sus amigos habían dicho a la muchacha, sus razones tendrían—. Habrá que celebrarlo.

—Su excelencia aún no se lo ha pedido, pero lo hará —dijo ella—. Prométame que no dirá nada hasta que él lo haga oficial.

—Lo prometo.

Era extraño que tras la puerta cerrada del estudio no llegaran voces ni sonidos y Annika se quedó con las ganas de ver al padre de Nikolai. Le hubiese gustado saber cómo era el hombre que se negaba a que ella adquiriera sus derechos, unos derechos que por otra parte no pensaba aceptar. Ya lo tenía más que decidido. Se le pasó por la mente lo que había dicho Jonas sobre el chantaje de Irina y pensó que quizá pudiese hablar con Cameron para llegar a un acuerdo con él. Renunciaba al apellido y a todo lo que conllevaba a cambio de un pequeño

negocio que ella supiese manejar y le diera lo suficiente para subsistir.

—¿Se encuentra preparada para conocer París? —le preguntó Jonas, justo delante de la puerta de la entrada.

Ella asintió al tiempo que se colocaba unos delicados mitones de encaje. Se aferró a su brazo dispuesta a pasarlo bien y a regocijarse de la ciudad.

Jonas Swan resultó ser un hombre amigable que supo mantenerla entretenida toda la tarde. Fueron muy prudentes durante el paseo, era casi imprescindible que nadie la viese antes de acudir al baile de presentación, sin embargo, sentados en un solitario banco del parque, fueron libres de observar la larga fila de personas que hacía cola para entrar en una preciosa casona donde exponían objetos de decoración asiática.

—Ese de allí es monsieur Bruguer, tiene tres hijas que apenas se llevan un año cada una. Las tres serán presentadas este año. Y aquel, monsieur Robinson, todos los años acude a estas fiestas en busca de esposa pero nunca encuentra nada...—comentó Jonas. Y así, una a una, Annika fue conociendo a las personas de lejos, riendo ante los comentarios del muchacho, que tenía para cada uno un adjetivo diferente. Hacía el final de la jornada, Jonas y Annika regresaron a la casa envueltos en una charla agradable. Ella llevaba en la mano una gran bola de algodón de azúcar rosada que pellizcaba con dos dedos y se la metía en la boca con gracia.

Nikolai salió del despacho en el momento que ellos pisaban la galería y se detuvo a observarlos con expresión distante.

—Es tarde.

Ambos le miraron con curiosidad. Annika se encogió de hombros sin saber que contestar y un Jonas muy sorprendido se sacó el reloj del diminuto bolsillo de su chaleco y lo miró con atención.

—El tráfico se vuelve muy pesado a estas horas —respondió guardando la esfera de nuevo—. ¿Se marchó ya tu visita? —le preguntó deseoso de saber algo.

—Hace un buen rato. —Nikolai se acercó hasta Annika y arrancó un poco de su algodón. Lo saboreó con deleite y al hacerlo, ella le miró los labios, hipnotizada—. ¿Qué tal lo habéis pasado?

—Muy bien. —Annika tosió ligeramente saliendo de su deslumbramiento—. Ha hecho un tiempo estupendo y, aunque no lo crea, hemos estado practicando el idioma. —Tenía las mejillas arreboladas y su boquita más roja de lo normal al contener restos del azúcar en sus labios. Nikolai tuvo que hacer un esfuerzo para quitar la vista de su boca y mirar a su amigo con las cejas apenas arqueadas.

—¿Dónde habéis estado?

Jonas frunció el ceño, se encogió de hombros.

—¿Quieres que te haga una lista?

—¡No me refiero a eso, hombre! —Nikolai sonrió y una ligera chispa de humor se unió al brillo de sus ojos verdes—. ¿Algún conocido?

—¡Ah, no, no! —Jonas casi soltó un suspiro de alivio. Había llegado a pensar que de verdad tenía que hacerle una enumeración de los sitios que habían visitado. ¿Qué ocurría que Nikolai era un tipo celoso? Últimamente estaba descubriendo facetas muy diferentes de las que él había dado por hecho durante todos los años que se conocían—. Hemos sido discretos, no te preocupes. Por cierto, Nikolai, no sé si April te ha comentado... yo lo sé por mi hermana pequeña... —Tanto Nikolai como Annika le miraron atentamente, de repente parecía un poco incómodo—. ¿No crees que deberías contratar a una dama de compañía?

—¡Aja! —Annika agitó la cabeza de arriba abajo al tiempo que fruncía los labios en un gracioso mohín como diciendo «te lo he advertido»—. A ver si usted puede convencerlo, monsieur...

—Ya lo he hecho. —Atajó Nikolai, sorprendiéndola—. Llegará mañana y se instalará en el cuarto contiguo al tuyo. Espero que te guste, se llama Lorraine Pardie.

Annika no supo qué decir, se había quedado con la boca abierta. Por lo que veía, Nikolai estaba levantando un muro en el aire para que ella no pudiera atravesarlo.

—Lorraine —musitó ella chasqueando la lengua. Cabeceó—, muy bien, excelencia. Gracias. ¿Y su visita, cómo ha ido? —le preguntó.

—Posiblemente mejor que a ti el francés —Nikolai apartó la mirada de ella para preguntarle a Jonas—. ¿O me equivoco?

Jonas se echó a reír.

—Desde luego el francés no es el tema fuerte de la señorita Anderson.

—Es muy dura de mollera. ¿Verdad?

Ella fingió ofenderse y agitó el palo de algodón ante las narices de su alteza.

—¡No lo soy! Estoy mejorando bastante. *N'est-il pas vrai monsieur Swan?*^[4]

—Jonas aplaudió y Nikolai ladeó el mentón con admiración. Ella sonrió satisfecha—. Espero que me disculpen, voy a lavarme un poco —les dijo mostrándoles las manos. Se había quitado los guantes para no mancharlos y partículas de algodón se habían pegado a sus dedos. Nikolai tuvo la tentación de lamerlos y separó la distancia con ella para no cometer ninguna locura—. ¿Se quedará a cenar, monsieur?

—Tengo que marcharme. Esta noche tengo festín de familia —respondió Jonas con una disculpa—. Por cierto, Nikolai, mañana vienen los chicos a casa a jugar una partida. ¿Vendrás?

—Podría ser, ¿tienes un momento? —Nikolai le tomó del brazo empujándolo con suavidad al despacho—, necesito comentarte algunas cosas.

Jonas obedeció deseoso de escuchar lo ocurrido entre su amigo y su padre.

—Annika, reúnete conmigo en el comedor en un rato.

Ella asintió. Con cuidado se cogió el bajo de la falda y se volvió a las escaleras. Nikolai dejó de mirarla cuando ella desapareció en el inicio del corredor de la planta superior. Entró en el despacho donde había estado fumando recientemente y una espesa nube blanca flotaba cerca de los altos techos.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó Jonas, apoyando las manos sobre el respaldo de una silla.

—No sabría cómo calificarlo —respondió Nikolai—. Acomódate por favor.

Ambos se sentaron.

—¿Y bien? —preguntó Jonas.

Su alteza entrelazó los dedos por encima de la mesa.

—Se van a negar a admitir que ella es la hija de Cameron e incluso han pedido documentos para demostrar que Annika estuvo encerrada en Saint André.

—Era de imaginar, ¿y Cameron? ¿Cómo ha respondido?

—No sé nada de él —echó la espalda hacía atrás todo lo que el respaldo le

permitía y miró a su amigo—, me acaban de retirar formalmente la palabra.

Jonas se acarició la barbilla, pensativo.

—De modo que tienes una guerra abierta con la familia. ¿Temes que monten un escándalo en cuanto vean a la muchacha?

—¡No!— rió con acidez—. Son demasiado educados para formar un espectáculo tan rastrero. Lo que temo es que mi tía o alguna de mis primas se acerquen a ella de un modo u otro. Mis padres se va a mantener al margen... sería demasiado bochornoso para ellos enfrentarse a mí en público.

—¿Se van a mantener al margen? —repitió extrañado—. ¿Por qué?

Nikolai agitó la cabeza.

—Deben de estar cansados de todo esto —frunció el cejo con preocupación—. Mi padre parece haber envejecido varios años de golpe y porrazo. —Le miró fijamente—. ¿Tú has oído algo de que se encuentre mal?

—No he oído nada, y de hecho hace mucho tiempo que no los saludo. Si quieres averiguo.

—Es eso lo que quería pedirte. No sé por qué, no le he visto muy bien. Yo mismo trataría de saberlo por mi madre, pero por lo visto los Pávlov se alojan en casa. Imagina, la bruja está tan deprimida que necesita estar en cualquier lugar que no sea su hogar. Y si antes me negaba a pasar por allí, ahora con su presencia mucho menos.

—Hay que reconocer que tiene motivos para sentirse así. Siempre ha temido que saliese a la luz que Cameron había tenido una hija de su infidelidad. Todo esto debe de ser como un cubo de agua fría para ella. No solo se hablará de los Pávlov, el cruel destino querrá que tenga que compartir tertulias con Annika.

Nikolai asintió con una sonrisa irónica.

—Y no se le está mal empleado —dijo dando un suave golpe en la madera.

Jonas le miró con preocupación.

—Nunca dejaras de odiar a Irina ¿Verdad, *bon ami*?

—¡Nunca! —Sus ojos verdes adquirieron un tono oscuro de ira al pensar en su detestable tía—. Nunca podré sacarme esto de mí y te juro que me gustaría. —Se echó hacia adelante en la mesa—. Siempre que pienso en ella la recuerdo haciéndome sentir inferior... —Un gruñido nacido del pecho perduró varios

segundos en su garganta—. ¡Sí, la odio y siempre odiaré a esa mujer! Aborrezco la forma en que me culpaba de cualquier cosa, aborrezco todo lo que tiene que ver con ella, pero sobre todo aborrezco que se haya interpuesto entre mis padres y yo. —Soltó un suspiro apenado—. Eso es lo que más detesto de ella.

Jonas no se atrevió a decir nada. Conocía a Irina y su fama de arpía fría e insensible.

CAPÍTULO 14

Mientras Nikolai y Annika terminaban de dar cuenta de su almuerzo, Pierre les informó que la dama de compañía había llegado y les estaba esperando en la biblioteca. Ellos no tardaron en reunirse con la mujer y se quedaron sorprendidos al descubrir que se trataba de una octogenaria de salud endeble. El primero en saludarla fue su alteza, quién la estudió con ojos críticos.

—¿Madame Pardie? Soy Moritz Nikolai Petrov.

Cuando la mujer le ubicó, se levantó del sillón donde estaba y le regaló una torpe reverencia.

—Alteza Petrov, es un placer conocer a personaje tan ilustre. —Se ajustó las lentes y enfocó la vista en Annika, que se había parado junto al príncipe en una actitud sumisa y recatada—. Tú debes ser la hermosa jovencita que necesita de mis servicios.

La anciana tenía el cuerpo muy delgado y las arrugas estaban muy marcadas en su rostro y en sus manos. Hablaba de manera lenta pero fuerte, fruncía el ceño cuando enfocaba la vista y su cabello estaba completamente cubierto de canas bajo la elegante cofia de tonos castaños, donde lucía un clavel rojo confeccionado en tela.

—Soy Annika Anderson— se presentó, tendiéndole amigablemente una mano al tiempo que caminaba hacia ella.

—Petrova —corrigió Nikolai—. Anderson Petrova.

Con el ceño fruncido, Annika le miró sobre el hombro y asintió.

—Lo lamento, excelencia, lo había olvidado.

—Es la falta de costumbre —entendió él—. ¿Por qué no tomamos asiento? Por favor, señora Pardie. —Él la guió hasta el lugar que había ocupado poco antes de

llegar ellos. Annika se sentó junto a la mujer y Nikolai aprovechó a servirse una copa de brandi.

—Eres una muchacha muy bonita —dijo la anciana ajustándose las gafas sobre la delgada nariz. Acercó su rostro al de la muchacha hasta casi tocarle la nariz con la suya. Annika se apartó ligeramente al sentir su aliento. Se dio cuenta de que los ojos de Lorraine tenían una fina película blanquecina. —¿Y ya has conocido algún pretendiente, querida?

Annika arrugó la nariz cuando el olor a naftalina atacó sus sentidos. Carraspeó contrariada.

—De momento no he salido mucho, señora Pardie. Todavía es pronto.

—¿Quién es tonto? —preguntó la mujer con evidente curiosidad. Los ojos de Annika volaron a los de su alteza que se había girado a Lorraine con desconcierto—. ¿Algún joven que has conocido? Los hombres pueden ser muy estúpidos, querida. —Su alteza bizqueó y Annika giró la cara hacia la ventana a punto de soltar una carcajada. Tosió un poco, con disimulo, y por el rabillo del ojo vio a Nikolai que se alejaba hacia la puerta, sin dejar de reírse en silencio.

—¡No he dicho tonto! —respondió con voz alta y clara—, he dicho que es pronto. Todavía no he acudido a ninguna fiesta.

—¿Una siesta? ¿A estas horas?

Su alteza salió disparado hacia el corredor. Annika escuchó sus carcajadas flotando por el pasillo y apretó los labios con todas sus fuerzas para no reírse ella también. «¡Menudo cobarde!», pensó antes de regresar su atención a la anciana, haciendo gala de su buena educación.

—No, no deseo dormir ahora. ¿Le apetece tomar algo, señora Pardie?

—No gracias, querida. ¿Qué le sucede a tu tutor? ¿Ha ocurrido algo? Es que últimamente no veo muy bien.

«¿Solo últimamente?» —se preguntó. Inevitablemente no pudo más, se le escapó una carcajada, luego otra, y después otra, hasta que la señora Pardie la miró ofendida.

—¿He dicho algo gracioso?

—No, de verdad que no. Lo lamento, lo lamento mucho, madame. Estoy nerviosa y cuando me pongo así no puedo controlarme y me da la risa. No piense

que me estoy burlando de usted, por favor. —Se puso en pie con sus faldas de muselina verde revoloteando a su alrededor. No era posible que Nikolai hubiera contratado a una dama de compañía así. ¿Se había vuelto loco? «Reconozco que es divertido, pero ¿dónde voy con la pobre mujer si parece que va a morir de un momento a otro?», pensó—. Su excelencia ha debido recordar que tenía algo que hacer y por eso ha salido, no creo que tarde mucho —respondió más calmada, vocalizando de forma lenta y clara—. ¿Quiere que mientras le muestre su dormitorio? —La cogió del brazo, ayudándola a incorporarse. Caminaron hacia el vestíbulo, directo a las escaleras. La señora Pardie se detuvo con la mirada puesta en los últimos peldaños superiores.

—¡Ay, hija!, yo no puedo subir hasta ahí todos los días. ¿No habría posibilidad de buscarme un dormitorio aquí abajo?

Annika la miró estupefacta, con la boca entreabierta. Se encogió de hombros.

—Supongo que no habrá problemas.

—¿Cómo dices?

Hablar a gritos era agotador y ella no tenía por qué estar atendiéndola cuando era una obligación de su alteza. Se disculpó con la mujer.

—Espéreme aquí, por favor. Voy a reclamar la presencia de su alteza para que ofrezca alguna solución.

Sin esperar respuesta ni volver la cabeza atrás, Annika se marchó a buscarle. Lo encontró en el patio, sentado en un banco de piedra con base de azulejos y chupando de un cigarro.

Le llamó desde el umbral.

—¿Excelencia?

Él levantó sus ojos hacia ella y rompió a reír de buen humor.

—¿Qué ocurre, cielo? ¿Tu dama de compañía no es de tu agrado?

—Es una broma, ¿verdad? ¿Usted sabía cómo era?

Él negó con la cabeza gozando del momento. Sus ojos verdes refulgieron como diamantes contra el bronceado de su rostro.

—Te prometo que no.

—¿No conocía a la señora Pardie cuando la contrató? —insistió, acercándose a él con las manos en las estrechas caderas. Llevaba el cabello negro recogido

sobre la coronilla con varios mechones rozando sus mejillas. Nikolai la encontró sublime.

—¡No! ¿Cómo crees? ¿Cómo podía saberlo? —Volvió a soltar otra carcajada—. Parece que no oye mucho ¿no?

—Si solo fuese eso quizá podría aceptarlo. Pero es que tampoco ve... es ciega como un topo.

Él se dobló en dos tomando aire con fuerza. No podía detener las carcajadas. Con esfuerzo la miró retirándose una lágrima con la mano que sostenía el cigarro.

—Bueno, cielo, eso no es tan malo. Míralo por el lado bueno, podrás contarle muchas cosas y ella no se enterará de nada. —Sus hombros se agitaron con fuerza ante su propio chiste y sin poder evitarlo ella también comenzó a desternillarse, contagiada por él—. Si el caso es que te acompañe alguien... ¿No?

—Excelencia, esa señora es capaz de morirse durante un paseo... —Tuvo que hacer una pausa para que las carcajadas le permitiesen seguir hablando—. ¿Qué pasa si tengo que subir un piso? ¡No crea que voy a llevarla en brazos!

Más risas. Más bromas. Y lo más incomprensible era que ambos pudiesen entenderse entre tanto alboroto ya que hablaban a la vez. La situación era terriblemente cómica y surrealista, y todo, a costa de la infortunada dama que se había quedado anonadada en el vestíbulo.

—Le estoy hablando en serio ¿Qué hago si se muere o le da algo? ¡Desde luego con esta dama de compañía no hay que preocuparse de nada! Ni siquiera creo que ningún pretendiente se quiera acercar a mí por si acaso tiene que cuidar de ella.

—¡Eres una exagerada! —Nikolai se levantó aspirando con fuerza—. Dios, me duele el estómago —gimió. El sol se reflejó en su cabello haciendo que las finísimas hebras plateadas brillaran. Vestía con un corto chaleco dorado que no había cerrado y calzones oscuros. Llevaba las mangas dobladas hasta el codo y los tres primeros botones de la camisa desabotonados, mostrando la V de su pecho—. La mujer no está tan mal.

—Depende de con quién la compare. No puedo decir que sea una mujer madura o tradicional, más bien diría arcaica. Creo que lo ha hecho a propósito,

alteza. Ahora deberé comprarme un manual para los primeros auxilios. Estoy deseando ver la cara de April cuando la conozca.

Esta vez las risas de ambos volaron por los corredores de la casa cuando Nikolai contestó.

—Yo también.

Pierre llegó corriendo al patio y miró aterrado al anfitrión.

—Monsieur Petrov, madame Pardie acaba de caerse por las escaleras...

Annika se cubrió la boca con la mano. Aunque Pierre lo había dicho en francés ella lo había entendido. Nikolai carraspeó y con ojos brillantes caminó hacia el mayordomo.

—Annika, acompáñame. —Ella negó con la cabeza, sin moverse. Nikolai se paró mirándola primero a ella y luego al mayordomo—. Pero ¿se encuentra bien esa mujer? ¿Qué demonios hacía en la escalera? —Se acercó al borde de un gigantesco macetero a dejar lo que quedaba de su cigarro. En un abrir y cerrar de ojos recuperó su compostura.

—No lo sé, pero creo que no respira... —contestó el criado.

Nikolai cruzó la vista con Annika y después alzó los ojos al cielo, maldiciendo.

—Prefiero no estar presente —le dijo ella en un murmullo—. No quiero ser cruel, pero creo que ha sido el contrato más corto de la historia.

Su alteza arqueó las cejas y se apartó un poco cuando Annika pasó por su lado dirigiéndose a las cocinas. Patidifuso, caminó tras Pierre.

—Habría que llamar a... alguien, ¿no?

—Eso creo monsieur.

—Dígame la verdad, Pierre, ¿piensa que está muerta?

—Eso es lo que ha dicho monsieur Johnny. No era capaz de hallar su pulso.

Nikolai atravesó las salas y al llegar a una más pequeña se acercó hasta el diván donde Johnny había llevado a la anciana.

—Ya he dado aviso al doctor, no creo que tarde mucho en llegar —explicó el hombre, mientras humedecía el rostro de la mujer con un paño.

—¿Cómo diantres ha sucedido?

Pierre aseguró que no estaba presente y Johnny acababa de llegar cuando encontró a la anciana desparramada en el suelo. Más tarde fue trasladada al

hospital. Gracias a Dios seguía viva, aunque con una pierna fracturada. Esa misma tarde, después de que la agencia de trabajo recibiera la bronca del siglo por parte de Nikolai, enviaron a una segunda dama de compañía que nada tenía que ver con la señora Pardie. Madame Rose Wood era una mujer grandota de rostro severo y penetrante mirada oscura.

Su alteza leyó sus credenciales mientras esperaban que Annika se reuniera con ellos en el despacho. Poco después, cuando presentó a las mujeres, se percató del poco entusiasmo de su prima.

—¿Qué te parece, Annika? —le preguntó cuándo se quedaron solos en el despacho—. Esta dama de compañía es mucho más apta que la de esta mañana.

—Parece un soldado vikingo, menos mal que April no tardará en llegar.

—Lo sé, mientras tanto madame Rose Wood se instalará mañana. Seguro que no es tan severa como parece.

Ella arqueó las cejas con incredulidad.

—Eso espero —dijo levantándose—, voy a retirarme a leer un poco.

—¡Espera! —Él también se incorporó—. Esta noche no vendré a cenar.

Annika se giró a él.

—Le agradezco el aviso.

Su alteza la miró atento.

—No me gustaría que estuviésemos enfadados, Annika. Según tú, la dama de compañía era algo importante.

—Lo comprendo, excelencia. Espero que lo pase bien en casa del señor Swan. Por cierto, no se preocupe, no tenía pensado entrar en su alcoba esta noche.

Él la cogió del brazo, impidiéndole que se marchara.

—No estaba pensando en eso, Annika.

—¿Entonces de qué se trata?

— No quiero que recibas a nadie en mi ausencia.

—¿Y a quién iba a recibir? —le retiró el brazo.

—Mi tía ya sabes que estás aquí.

Ella tragó saliva y respiró con fuerza.

—Imagino que no debe estar muy contenta, ¿verdad?

Nikolai agitó la cabeza.

—Si no fuese importante mi cita, me quedaría contigo a conversar. Hay algo que preciso contarte.

—¿De qué se trata?

—De verdad que ahora no tengo mucho tiempo. ¿Qué te parece si mañana salimos? He oído decir que hay una función de teatro muy divertida.

—¿Quiere salir conmigo? —le preguntó con sorpresa.

—¡Por supuesto! Te lo había prometido.

Ella dejó de respirar.

—Ya, pero pensé que después de lo de... ya sabe. Creí que... Como el señor Swan me llevó ayer...

—Las cosas no tienen por qué cambiar entre nosotros, Annika. —Nikolai le rozó la punta de la nariz con un dedo y sonrió—, dijimos que lo olvidaríamos. Yo ya lo hecho, ahora solo faltas tú.

La vio tragar con dificultad y creyó que se echaría a llorar de un momento a otro. No lo entendía, pensaba que aquello le alegraría. Se maldijo por haber llegado a esa situación y le rodeó los hombros en un abrazo protector. Después de unos segundos la guió hacia la escalera.

—La cita es con mi abogado. He formalizado la denuncia sobre aquel hombre del tren y lo vamos a discutir durante la cena. Prefiero que no estés presente. —Él no había pensado en darle explicaciones. De hecho no tenía por qué dárselas, pero le pareció lo más prudente—. No creo que me dé tiempo de asistir a casa de Jonas.

—Ah —Annika no atinó a decir nada más.

—Mañana nos vemos, cielo— se inclinó sobre ella y la besó tímidamente en la mejilla—, que descanses.

Annika subió las escaleras despacio. Sentía en su mejilla el beso caliente de Nikolai y las lágrimas inundaron sus ojos.

Él la observó ascender. Hubiera deseado correr tras ella, consolarla e incluso admitir que estaba locamente enamorado, empero por el bien de ambos no podía hacer nada de eso. ¿De qué le iba a servir si ya le había rechazado una vez? Sabía que había disfrutado entre sus brazos, pero no le amaba, ella se lo había confesado. Tan solo era una atracción física lo que les unía. Era duro verlo de esa

manera, sin embargo era lo que había.

La joven tomó una cena ligera en su cuarto y al día siguiente ya estaba preparada cuando llegó madame Rose Wood con apenas una maleta gruesa y un bolso de mano que parecía estar a punto de reventar. La ayudó a que se instalase con comodidad y después la llevó por la casa mostrándole las salas y presentándole a los empleados. Recorrieron toda la residencia excepto los aposentos de su excelencia, quién seguía durmiendo después de haber llegado de madrugada; había pedido no ser molestado.

Madame Rose Wood era peor de lo que la joven había sospechado en un principio. Le recordaba a las gobernantas de Saint André, con sus portes regios y sus inamovibles facciones severas, aunque la diferencia era que, si bien las otras vestían burdos uniformes, está llevaba traje de falda y chaqueta. La falda era estrecha hasta las caderas y luego se ampliaba por detrás con una pequeña cola que se abría en volantes superpuestos. La chaquetilla era corta y bajo ella mostraba una blusa de tonos claros, con un cuello que se ajustaba en la garganta.

—Me dijo su tutor que pronto será presentada en París —le dijo la mujer con una sonrisa que pretendía ser afable, pero que no llegó a serlo.

Annika asintió. Se encontraba extraña en la presencia de esa mujer. Notaba que la miraba de una manera que no le hacía sentir nada cómoda. Se acababan de sentar en una salita para tomar un pequeño tentempié. Una de las doncellas estaba sirviendo té en tazas de porcelana blanca con detalles dorados.

—Tendremos que hacer que se recorte un poco el cabello. —Madame le agarró un mechón de pelo y lo estudió a conciencia—. Lo tiene muy desarreglado. Voy a mandar que venga una señora que se dedica a esto. —Miró a la doncella—. ¿Podrías traerme algo para escribir? Voy a necesitar que vayan a buscar a una persona.

La doncella volvió la vista hacia Annika y está asintió. Regresó en pocos minutos y la mujer le escribió una nota para que se la entregasen a la peluquera.

—Mientras tanto, por qué no me muestra su vestuario.

Annika aceptó. Dejó la taza de té sobre el platillo y se puso en pie.

—Lady Danfort me ayudó a elegirlo. Aún faltan unas cuantas cosas, pero terminaremos de completarlo cuando ella regrese.

—Yo podría acompañarla. Tenemos que asegurarnos que todo es adecuado para usted. Su alteza también me comentó que debía insistir mucho en que profundizase en el idioma.

Annika volvió a asentir.

—La ropa prefiero comprarla con milady.

Madame suspiró.

—De acuerdo. ¿Sabe bailar, mademoiselle Petrova?

—No me gusta mucho.

—Eso no importa. Una vez que contraiga nupcias no tiene que hacerlo, pero de momento es imprescindible para acudir a sus primeras fiestas.

Annika abrió la boca para decirle que no tenía pensado llegar a presentarse a ninguna, sin embargo recapacitó a tiempo. No le interesaba que nadie conociese sus planes. Se volvió hacia su dormitorio y la mujer la siguió. Le enseñó toda su ropa, y aunque madame lo estudió todo con cara de no gustarle nada, al final lo aprobó. La peluquera llegó preparada con un maletín de tela mientras ellas aún seguían en la habitación. La dama de compañía las presentó.

Annika se sentó frente al tocador, sin embargo le taparon el espejo con una pañoleta. Según las mujeres era para tener el efecto sorpresa. A ella le pareció muy extraño, pero por otro lado sabía que la gente de la clase alta era insólita y rara.

—*C'est vrai, la chevelure est trop longue et très négligée*^[5] —dijo la recién llegada.

Annika miró a madame Rose Wood arqueando las cejas.

—Tradúzcame, por favor.

—Dice que lleva el cabello demasiado descuidado y largo para la moda.

Annika suspiró resignada.

—Bueno, entonces que lo arregle. ¿No?

Madame asintió.

Cada vez que Annika escuchaba el siseo de su pelo cayendo sobre el piso cerraba los ojos con pesar. A su abuelo siempre le había gustado su cabello largo y espeso y no había querido nunca que Olya se lo recortase, ni siquiera la vez que en la escuela se le llenó la cabeza de piojos.

—¿No iré a llorar verdad? —preguntó madame Rose Wood, levantando sus oscuros ojos de la revista que estaba ojeando.

Annika parpadeó con fuerza e ignoró las guedejas que cubrían el suelo. Negó con la cabeza. No pensaba darle el gusto de que viese cuánto la estaba afectando. Se dijo que no era más que pelo y que este crecería. Recordó cuando las chicas de Saint André lo cortaban para venderlo.

Unos golpes en la puerta les distrajo y antes de que la dama de compañía fuese a abrir, Nikolai empujó la puerta asomando la cabeza con cautela.

—¿Se puede...? —La frase con la que él había empezado, se murió en sus labios. Horrorizado, pasó los ojos sobre los rizos negros que se apilaban bajo la silla de Annika.

Madame Rose Wood se quejó.

—No debería pasar, alteza.

—Pero ¡qué demonios están haciendo! —gritó. En dos zancadas se acercó a ellas con furia.

Annika dio un respingo sin entender a que venía aquel enfado repentino. Le miró con labios temblorosos. Él se había detenido frente a ella y esperaba una explicación.

—Dicen que mi cabello estaba pasado de moda. Me lo está arreglando.

La peluquera asintió con un cabeceo.

—Así es.

—¡Ya no corte más! —ordenó su alteza, enfurecido. Sus ojos no podían apartarse de la cara de Annika.

—Es la moda, monsieur —insistió la asustada peluquera, que seguía con unas tijeras plateadas en la mano—. Su pupila no debe llevarlo tan largo.

Annika se pasó la mano por los cabellos. Quedaban sobre sus hombros en gruesos bucles.

—¡A la mierda la moda! ¡Para hacer algo así deben pedir mi permiso primero!

¡Salgan las dos de aquí ahora mismo! Luego quiero hablar con usted, madame Rose Wood —bramó irascible.

—Pero, excelencia... Si desea que la señorita Petrova sea presentada deberá estar acorde a la moda parisina, de lo contrario será el hazmerreír y usted, como su tutor, estará en boca de todos.

—¿No me ha escuchado cuando le he dicho que salga fuera del dormitorio?

Las mujeres se apresuraron a obedecer con un revuelo de faldas.

—Las ha asustado, excelencia —dijo Annika. Retiró la pañoleta del espejo y se miró con curiosidad. La imagen que le devolvió era el de una mujer diferente y desconocida, con más *glamour*, quizá. Le gustó lo que vio. El reflejo del espejo captó a Nikolai inclinándose sobre el suelo para recoger un largo mechón de cabello que encerró en un puño con fuerza. Ella se giró a él arqueando las cejas.

—Excelencia...

—Lo siento, cielo. No debería haber permitido esto.

—A mí me gusta cómo queda. ¿A usted, no? —Gruesos bucles negros rozaban el inicio de sus hombros enmarcando su cara de forma elegante. Los ojos azules rodeados de las tupidas pestañas se veían hermosos y vivos como el océano en un día de sol.

—Seguirías siendo bella aunque te pusieran un saco en la cabeza y fueses sacando la lengua todo el tiempo. —Pero él adoraba su cabello. En las noches que habían compartido en el tren, cuando ella dormía, había acariciado embelesado su sedoso pelo oliendo el aroma que desprendía—. ¡Pero la cuestión es que no tenían que haber tocado nada! ¡No tiene derecho! Ella es solo tu dama de compañía. Se tiene que dedicar a acompañarte y nada más.

Annika se encogió de hombros.

—Madame Rose Wood me insinuó que debíamos ir a comprar más ropa estos días, pero yo le he dicho que iba a esperar a April

—Y has hecho muy bien. No creo que esa mujer tenga un buen criterio sobre la moda que deba llevar una mujer. Es capaz de hacerte vestir como ella y por una vez tengo que darte la razón al decir que tiene el aspecto de un soldado vikingo.

Annika sonrió.

—Excelencia, no va a despedirla, ¿verdad?

—¡Debería hacerlo! ¡Maldita mujer! —golpeó un poste de la cama y el mueble entero vibró bajo su fuerza.

—No lo haga.

—Me lo pensaré.

Ella quiso tranquilizarlo.

—Es solo pelo, volverá a crecer. Además ya le he dicho que me gusta mucho. Madame solo quiere hacer bien su trabajo.

—¿Estas defendiéndola?

Annika frunció los labios.

—No me termina de entusiasmar mucho, pero podré aguantar hasta que llegue April.

Le vio respirar hondo un par de veces antes de salir al corredor para llamar a la peluquera entre gritos. La mujer ingresó de nuevo con cautela, como un conejo ante un perro de caza. Ese era el efecto que Nikolai producía con sus ojos acerados y un musculo de tensión latiendo en su esculpida mejilla.

—¡Arrégleselo y no corte más de largo!

—Márchese por favor, monsieur Petrov, me pone nerviosa —le contestó la mujer en un hilo de voz.

Él siseó con los dientes apretados. Se encontró con la mirada de Annika a través del espejo.

—No podrías ser fea aunque quisieras.

Ella se ruborizó y ladeó la cabeza ligeramente.

—Pero no le gusta, ¿verdad?

Su alteza hizo una mueca.

—Estaba acostumbrado a vértelo largo, eso es todo. Asimismo, sabes bien que odio las modas y todo lo que nos impone la sociedad. No entiendo que alguien pueda estropear lo perfecto tan solo para adaptarse al resto de la humanidad.

Annika se encogió de hombros, conmovida por sus palabras.

—¿Dónde está la aventura si no se cambia la rutina?

Nikolai abandonó el dormitorio y se reunió con madame Rose Wood en el estudio, mientras la peluquera, en silencio y con manos temblorosas, terminó de igualar los rizos de Annika y luego la peinó. Moldeó su flequillo con unas finas

tenacillas. Poco después de que esta se fuera, entró en el dormitorio madame Rose Wood envuelta en un mar de lágrimas. Annika la observó con interés. Ahora ya no le parecía la altiva vikinga que había estado juzgándola en silencio durante toda la tarde.

—Lo siento mucho, mademoiselle Petrova. He cometido un error imperdonable y le pido perdón por lo ocurrido. Estoy sumamente arrepentida.

—¿Le ha pedido su excelencia que se disculpara conmigo? —le preguntó asombrada.

Madame Rose Wood asintió. De pronto, la corpulenta figura de la mujer se dejó caer sobre una silla y la miró con ojos suplicantes

—Sí, aparte de despedirme. Pero yo necesito el trabajo, señorita. Debo dar a mi madre dinero para comprar medicinas. Es una mujer muy mayor y el trabajo está muy mal, yo solo pretendía ayudar.

Annika sirvió agua de una jarra y entregó el vaso a la mujer. En el fondo se sintió culpable de lo ocurrido. Ella se podía haber negado a cortarse el cabello si hubiese querido. Se sentó frente a ella en la silla.

—Yo hablaré con su excelencia, madame. Me llevará un poco de tiempo convencerlo porque estaba demasiado enfadado, pero no se preocupe por nada. Seguro que él recapacita... —«Al menos hasta la llegada de April», pensó— y le da otra oportunidad. Por favor, límitese hacer su trabajo solamente. En realidad, tener una dama de compañía es simplemente para guardar las apariencias. Ya sabe cómo es la gente y más cuando se trata de su excelencia. —Por un momento dudó si madame Rose Wood no había oído de los escándalos de Nikolai—. El príncipe solo desea protegerme.

—¿De veras podrá convencerle? Yo prometo que cumpliré con mi trabajo y que haré como digan. Se lo juro.

—Déjelo por mi cuenta, madame. Además, yo no conozco a nadie aquí y me vendrá bien salir de vez en cuando y tener una amiga. —En esto último se estaba excediendo. Madame Rose Wood no tenía aspecto de ser amiga de nadie—. Yo también sé lo que es pasar necesidades y ver como las puertas se cierran de una en una cuando el resto del mundo te da la espalda. Mi madre falleció hace poco y estaba a punto de perecer cuando su excelencia me salvó. Él es mi primo y le

debo todo cuanto tengo ahora, pero yo también podría estar en este momento suplicando por un puesto de trabajo o mucho peor, quizá mendigando en las calles.

—Lo comprendo, señorita.

—Bueno —Annika se puso en pie con un fuerte suspiro—, entonces déjeme que hable con él y luego le cuento. Cruce los dedos madame Rose Wood.

No fue difícil convencer a Nikolai. Él aceptó advirtiéndome que no habría más oportunidades.

CAPÍTULO 15

El sol se había escondido y un cielo azul oscuro, casi negro, cubrió la ciudad que poco a poco se fue iluminando con las farolas que bordeaban las calles.

Annika y Nikolai llegaron al restaurante *La maison de la Lune*, poco antes de que aparecieran Jonas y Luke acompañados por dos damas de ropas muy llamativas y excesivamente maquilladas. Ambas solo hablaban francés, pero Annika conseguía cazar retazos de sus conversaciones y siempre alguno de los hombres traducía sus frases.

Ocupaban un sitio aventajado en el elegante salón, y durante toda la velada la nota predominante fueron las botellas de vino que Luke se encargaba de pedir y que él mismo se hacía cuenta de servir, despojando a los camareros de ese trabajo. Sin embargo, Nikolai no permitió que a Annika se le llenase una cuarta copa más y pidió una limonada para ella.

—¿Por qué yo no puedo tomar más vino? ¿Tiene miedo de que me emborrache, excelencia?

Él se limitó a sonreírle con una ceja alzada. Estaba muy bonita con sus bucles rozando los estrechos hombros desnudos. Tenía la frente despejada y sus ojos destacaban en su rostro de rasgos delicados como dos enormes y refulgentes zafiros. Pensó que era la mujer más bella y exquisita de todo París. «¡Qué demonios! Del mundo entero.»

—No estás acostumbrada al alcohol, prima, y no me gustaría tener que cargar contigo toda la noche en ese estado.

—¿Y sus amigas sí están acostumbradas?

Nikolai asintió. Ella le miró frunciendo el ceño.

—No pensarán sus amigos emborrachar a las damas, ¿verdad?

Luke y Jonas estaban metidos en una profunda conversación con las mujeres y no les prestaban atención, cosa que su alteza agradeció. Se volvió a Annika.

—No sé cuáles son sus planes, cielo. Relájate y disfruta de la noche.

—¡Pero si hacen eso, no estaría bien!

—¿Desde cuándo te preocupas por personas que no conoces? ¿Crees que ellas lo hacen por ti?

Annika se encogió de hombros.

—No se asuste, mademoiselle Petrova —comentó Luke, que se había dado cuenta de la incertidumbre de Annika. Pasó su brazo sobre el hombro de una de las damas—. No somos tan rastreros para hacer algo así y las damas saben que las dejaremos sanas y salvas en su casa. No es la primera vez que salimos juntos. ¿Verdad, *mon amour*? —Plantó un beso en la mano de su acompañante que soltó una carcajada.

Las mejillas de Annika se sonrojaron. Miró a Nikolai y este se encogió de hombros.

—Si te encuentras a disgusto podemos marcharnos a otro sitio —susurró sin apartar los ojos de los azules—. Es tu noche, Annika, y te complaceré en todo. —Inevitablemente, su mirada bajó hasta la rosada boca y deseó besarla. Ella le miraba embelesada con los labios ligeramente entreabiertos. Alguien carraspeó junto a ellos y ambos levantaron la vista. Un caballero se había detenido ante la mesa y los miraba fijamente.

—Puedo hablar contigo, Nikolai.

Nikolai apartó su silla precipitadamente y miró a la mesa en general con expresión tensa. Todos guardaron riguroso silencio.

—Excúsenme unos minutos.

Annika les vio partir hacia otro lugar del local y, por los gestos que hacían, supo que estaban a punto de entrar en una fuerte discusión. El extraño comportamiento de su alteza la confundió.

—¿*Qui est-il?*^[6] —preguntó una de las mujeres dirigiéndose a ella. Se llamaba Marceline y, de las dos francesas, era la más bonita, con su cabello rubio recogido sobre la coronilla. La otra se llamaba Blanche y era un poco oronda, de aspecto más simple. Annika se encogió de hombros. Recordó los furibundos ojos

del caballero cuando se había cruzado con su mirada.

—No sé quién era. ¿Monsieur Swan, usted lo conoce?

Luke se dedicó a servir más vino y también llenó la copa de Annika.

Jonas se cambió rápidamente de asiento ocupando el de Nikolai y con suavidad acarició la mano de Annika, llamando su atención. Ella seguía con los ojos puestos en su alteza, pero se volvió a Jonas.

—¿Quién es? —insistió.

—Cameron. Tu padre.

Annika sintió cómo su corazón se detenía por breves segundos y enseguida le buscó con la mirada, con los nervios a punto de devorarla por dentro. Su alteza estaba de espaldas a ella, pero Cameron no dejaba de echarla furtivas miradas por encima de su hombro. Tenía que haber imaginado que existía la posibilidad de encontrarse con él y se dio cuenta de que era ahora ella quien no estaba preparada para conocerle. Nerviosa, agarró la copa de vino y se la bebió de un solo trago. Jonas la miró arqueando una ceja.

—¿Cómo se encuentra?

—No lo sé. Furiosa, creo —agitó la cabeza—, no había esperado verle, al menos no así de sopetón ¿Qué hace él aquí? —susurró tensa como un palo—. ¿Sabía su alteza que él iba a venir esta noche?

—No lo sé, *petite*. No se preocupe, no creo que se acerque.

Ella se removió incomoda.

—Eso espero, porque si lo hace me marcho —amenazó con un nudo en la garganta. Era capaz de hacerlo. Sabía que tenía que hablar con él de todo lo que había pensado esos últimos días sobre su presentación y la ayuda que necesitaba, pero no quería que fuese en ese momento. No delante de Nikolai.

Blanche, Marceline y Luke se olvidaron de la interrupción y prosiguieron con sus risas y bromas. Annika, en cambio, estudió a su padre con interés. Al cabo de unos minutos, Cameron pareció relajarse con algo que Nikolai le estaba diciendo. De repente su alteza se giró mirándola fijamente y los dos caminaron hacia la mesa.

Annika se puso en pie apartando la silla con demasiada celeridad, tanto que estuvo a punto de tirarla. Dio un paso atrás, mirando desesperadamente a su

alrededor. El resto de los comensales se volvieron a observarla. Jonas se incorporó a su lado.

Los dos hombres se detuvieron en mitad del pasillo que formaban otras mesas, adivinando las intenciones de Annika. La inminencia de que se marcharía si ellos seguían acercándose quedó tan patente que Cameron cambió repentinamente de dirección y fue él quien abandonó el restaurante, despidiéndose de ella con un movimiento de cabeza.

Nikolai se acercó con rostro serio e hizo que ella se sentase de nuevo.

—Tranquila, todo está bien.

— ¡No! ¡No está todo bien! ¿Qué hace él aquí? —le preguntó ansiosa—. ¿Sabía que vendría?

—No lo sabía, cielo, ha sido coincidencia. Este restaurante es bastante famoso.

—Podría haberme avisado de que esto podía pasar. Esto ha sido un golpe muy bajo, excelencia —musitó con voz temblorosa. Tenía el corazón a punto de salir de su pecho.

—No desconfíes de mi, Annika, si lo hubiera sabido te lo habría dicho.

—¿Y por qué estaban enfadados ustedes dos?

Nikolai hizo un seco movimiento de cabeza y se mordió el labio inferior.

—Tu padre piensa que te estoy seduciendo. En otras palabras —la miró con una desvergonzada sonrisa—, me corta los genitales si se entera de que te pongo una mano encima —Suspiró y se encogió de hombros ignorando el rubor que tiñó las mejillas femeninas—, le ha faltado poco para retarme a duelo.

Los ojos de Annika se dilataron, asustada.

—¿Puede hacer eso?

Nikolai asintió.

—Desde luego, motivos tiene —soltó una fría risilla que a oídos de Annika sonó malévola—. Te arrebaté... ya sabes.

—Yo se lo entregué. La culpa fue mía —murmuró apenada—. Fui una estúpida yendo a su dormitorio. Estaba teniendo una pesadilla, tenía miedo de estar sola y eres la única persona con la que me siento segura. Sé que me tenía que haber marchado en cuanto te despertaste...

—Déjalo, cielo, eso ya ha pasado y no tiene caso removerlo más.

—¡No! —Ella negó con la cabeza y aspiró profundamente—. No lo entiendes. Yo deseé que pasara, excelencia. Quería saber... quería aprender de ti —confesó angustiada. Jamás se habría entregado a cualquier otro—. Yo lamento haberte utilizado, y lo que más siento de todo es haber traicionado a April.

Nikolai apartó la mirada hacia sus amigos que estaban distraídos con otra conversación paralela. Sintió rabia de que ella pensase que le había utilizado cuando él lo veía de manera bien distinta.

—Vamos a disfrutar de la noche, Annika —dijo él finalmente.

—¿Se lo dirás a April?

Él frunció el ceño. Egoístamente deseaba que se enterase y le impusiese cuál era su deber para con ella.

—¿Quieres que me mate?

—No.

—¿Se lo contarás tú?

—No, nunca —respondió deprisa.

Su alteza se inclinó a servirse más vino.

—Bien. —Bebió un sorbo y le entregó el vaso a ella para que también bebiese y brindó—. Por nosotros y la noche que nos queda por delante. Borra esas arrugas de la frente, prima, no me gusta verte preocupada. A partir de ahora dejaremos de excusarnos, después de todo ambos disfrutamos de aquella noche.

Annika se puso roja y ocultó su rostro detrás del vaso. La alegría de saber que él también disfrutó y de que fuese capaz de admitirlo hizo que sus nervios se calmasen.

Un camarero comenzó a servir los postres y después ofreció un suave licor de hierbas para las damas y un brandi para los caballeros. Annika se tomó el licor. Su garganta despidió fuego y un extraño escalofrío se instaló en su nuca, así como una ligera nube en su cabeza. Tenía calor y sus mejillas estaban pintadas de un fuerte tono rosado. Su alteza se dio cuenta.

—¿Estás bien, cielo?

Ella asintió.

—Solo un poco mareada, pero creo que muy bien, excelencia.

Nikolai se mordió el labio inferior para ocultar una sonrisa. Era obvio que la

muchacha se había excedido con el alcohol y estaba algo achispada.

—No bebas más esta noche, por favor. En estas situaciones se puede pasar de la euforia a la tristeza en cuestión de segundos.

—Muy bien, entonces no lo haré. —Él se levantó y le ofreció el brazo—. ¿Dónde vamos a ir ahora?

—Al teatro. Entraremos en el último pase. Se trata de una comedia que, dicen, es bastante divertida.

Ella sonrió emocionada.

—Va a ser la primera obra que vea.

—Espero que te guste.

No solo le gustó, si no que le encantó. Se trataba de una parodia sobre la vida de Catalina la Grande, zarina de Rusia, en su época de conquistas. El personaje que interpretaba al sobrino de Isabel, esposo de Catalina, le emuló de manera infantil haciéndole pasar la noche de bodas jugando con sus soldaditos en vez de tomar la virginidad de la joven desposada, que con paciencia le observaba desde la cama. Aquella escena arrancó sonoras carcajadas a los asistentes.

Ellos se encontraban a la derecha del escenario, en un palco privado. Un reservado que enseguida Annika supo que era exclusivo de Nikolai. Sin duda era el mejor de todo el teatro y uno de los más grandes al hacer esquina. Durante un entreacto, alguien llevó unas botellas de champagne y Annika, a pesar de haber dicho que no iba a beber más, saboreó una copa, medio obligada por Luke. Sintió como las burbujas hacían cosquillas en su nariz. Sin embargo, en cuanto ella soltó la copa, su alteza se dio prisa en cambiársela por una vacía. Jonas, al darse cuenta, le miró enarcando una ceja. Nikolai se encogió de hombros con una sonrisa y un ligero cabeceo.

—Ha bebido suficiente y yo soy el responsable de que no lo haga.

—No he dicho nada *bon ami*, solo me ha extrañado.

—No quiero que Cameron se vuelva a molestar conmigo y piense que permito que Annika se emborrache.

—¿Lo haces por él?

—Si ¿Por qué lo preguntas?

Jonas se encogió de hombros.

—Creí que lo hacías por ella. Para no levantar comentarios.

—¿No viene siendo lo mismo? —preguntó Nikolai. De reojo observó cómo Annika cogía su copa y la miraba con sorpresa. De repente Luke se ofreció a servirla otra vez. Ella lo rechazó, lo que provocó una enorme sonrisa de orgullo en su alteza.

Jonas solo pudo parpadear, pasmado con él.

—Me dejas estupefacto, Nikolai.

Nikolai le palmeó el hombro y le indicó que la función iba a continuar. Cada uno volvió a sus asientos.

—¿Son prometidos? —le susurró Marceline a Jonas en el oído, al tiempo que se sentaba con descaro en su regazo. El hombre rodeó su talle dejando la mano flácida sobre su falda. Habían bajado la intensidad de las lámparas para que solo el escenario fuese el centro de atención.

—Lo serán —respondió curvando los labios hacía arriba en una sonrisa pícara. Volvió la vista hacía Nikolai que en ese preciso momento jugaba con la joven Anderson Petrova retándola para que no le quitase los impertinentes. Ella trataba de cogérselos, subiéndose a horcajadas sobre él. Ambos eran ajenos a todos los ojos vigilantes que los observaban curiosos. Jonas estaba a punto de hacérselo notar a su alteza cuando de pronto la pareja cayó de la silla en una profusión de faldas y patas de madera rotas.

Con una sonrisa divertida Jonas retiró a la joven de sus piernas y se apresuró ayudar a Annika a levantarse, alzándola por la cintura.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias—respondió ella avergonzada, sin atreverse a mirarle.

Nikolai se levantó enseguida entre risas y se sacudió las ropas. Levantó los ojos hacía Annika con una chispa traviesa en la mirada. Ella agitó los impertinentes con una carcajada, haciendo reír a Jonas y Nikolai.

—Creo que te ha ganado, Nikolai. —Señaló la silla del suelo, o lo que hasta hacía unos minutos había sido una silla—. Seguro que esta te la cobran, *bon ami*.

—Ya es hora de que las cambien. Estos asientos están aquí desde el principio de los siglos —respondió Nikolai—. Voy a buscar otra. —Salió del palco. Jonas recogió y apiló la silla destrozada, en un rincón.

—Tengo una apuesta interesante que hacer, Luke —le dijo Jonas a su amigo en voz baja. No quería que las mujeres se enterasen.

Un pequeño destello de humor apareció en los ojos de Luke.

—Creo que sé de qué se trata y digo que sí. Queda poco para ponerle la soga al cuello.

—¿Tú también lo piensas? ¿No estoy desvariando entonces?

Los ojos de Luke brillaron un poco más. Acercó su cabeza a la de Jonas todo lo que pudo.

—Veremos qué opina Greysort, pero que estos se casan, se casan.

La velada pasó velozmente, y cuando Annika alcanzó su cama las primeras luces boreales asomaban sobre París.

CAPÍTULO 16

Era bastante tarde y nadie había subido a despertarla esa mañana. Pero no se extrañó debido a las horas en las que habían llegado. Con rapidez, Annika se colocó un sencillo vestido de muselina y se dio dos pasadas con el cepillo antes de descender las escaleras al trote. Habían pasado una maravillosa noche y estaba deseando volver a repetirlo.

Comenzó aminorar la marcha al escuchar las fuertes voces varoniles que salían del despacho de Nikolai. La puerta se hallaba entreabierta. Con intriga se acercó sigilosa y miró por la rendija al interior. Por más que lo intentó fue incapaz de ver nada. Preocupada, se quedó parada. Los bramidos eran intensos, y entre retazos de la disputa creyó escuchar su nombre. Agudizó los oídos y, por un fragmento de segundo, pensó en su tío abuelo. Entonces alguien abrió la hoja del todo. Ella dio un paso atrás y se dio cuenta de que no era la única espectadora. En el corredor se habían detenido dos sirvientas.

Annika se quedó sin aliento, con los ojos abiertos como platos, cuando un desconocido estuvo a punto de derribarla. Él iba a decirle algo, pero Nikolai salió por detrás.

— ¿...Y que es lo que vieron? ¿Que llevé a mi prima al teatro?

El visitante se giró a su alteza, con el rostro rojo de ira.

—¡Lo sabes perfectamente! Ambos os comportasteis de un modo totalmente indecoroso y fuera de lugar —gritó.

—¡No voy a seguir hablando de ello! Quien te haya dicho eso más le valdría meterse en sus cosas.

Annika se alejó un poco de ellos, asustada y mortificada. Nikolai estaba tan concentrado en el hombre que ni siquiera la había visto.

—¡No hables así, Nikolai! La gente no tiene la culpa de traer a cuento tus escándalos. Tú mejor que nadie lo sabes, por algo te has pasado estos últimos años en boca de todos, pero lo de anoche fue ir demasiado lejos. Hablaban de un par de rameras en tu palco privado.

Su alteza le interrumpió furioso.

—¡Si has venido a mi casa para faltar el respeto de la gente que me rodea será mejor que te marches, padre!

Annika comenzó a recular hacia la sala, regañándose mentalmente el no haber imaginado que se trataba del padre del príncipe. Él se la quedó mirando fijamente, observándola de arriba abajo con lentitud. Estaba tan abochornada por todo lo que acababa de escuchar que deseó que la tierra la tragase, sin embargo se obligó a mirarle con valentía. Era un hombre muy parecido a Nikolai, excepto que su pelo era íntegramente cano, recortado sobre la nuca, y tenía un bigote blanco que se rizaba sobre las comisuras de los labios hacia arriba. A pesar de su mirada de un gris glacial, su rostro denotaba amabilidad.

Duncan encaró la mirada de su hijo cuando este atravesó la puerta en pos de él.

—Vas acabar con nosotros, Nikolai. Regresa a Praga y déjanos pasar esta temporada feliz.

Su alteza se percató en ese momento de la presencia de Annika y clavó sus ojos en ella. La joven bajó la mirada arrepentida de que la hubiesen descubierto.

—Nos vamos a quedar, padre. Voy a presentar a Annika a sus pares. No te decantes por Cameron o Irina, son ellos los que tienen una guerra abierta, no nosotros.

—Pero la estás involucrando a ella —Duncan señaló a la muchacha con un dedo—. Y casi de ella lo puedo entender. Es comprensible que desee alcanzar nuestro nivel de vida. Pero tú...

Annika alzó una mano con timidez.

—Yo no deseo...

—Calla, Annika —advirtió Nikolai con voz suave. Se colocó entre la muchacha y su padre y miró a su progenitor con ira—. Ella no tiene nada que ver y lo sabes. Ni siquiera está convencida de querer ser como nosotros.

Ella se tensó. Ese «nosotros» había sonado a insulto.

—Entonces debo suponer que estás obligándola. —La miró, esta vez con amabilidad—, lo siento por ti jovenzuela. Tu padre no parece darse cuenta de que todo esto te va a quedar grande.

—¿Eso quién te lo ha dicho? ¿Tía Irina? Creo recordar que es una de sus frases preferidas —replicó Nikolai.

Duncan se volvió a su hijo de nuevo.

—Cameron y tú os habéis vuelto locos. Cómprale una propiedad, mantenla si te da la gana, pero apártala de nosotros, aléjala de tu tía, sabes que el escándalo puede ser mayúsculo.

Su alteza soltó una carcajada áspera y oscura que erizó todo el cuerpo de Annika.

—¡Qué fácil! ¿Verdad?

Duncan se estiró más de lo que estaba.

—Cuando se trata de proteger a la familia uno es capaz de hacer cualquier cosa, Nikolai. —Se colocó el bastón debajo de la axila y volvió la vista hacia ella—. No tengo nada contra ti, solo espero que seas más responsable que el cabezota de mi hijo. No perteneces a este mundo y siempre habrá alguien que hablará de ti. —Sus ojos retornaron a Nikolai—. Aunque también es posible que os guste que lo hagan, si bien no sea conveniente. Mira tu correo, Nikolai, su tío abuelo reclama su tutoría y, a ojos vista, él tiene más derecho que tú por su línea sanguínea.

—¡Su padre es Cameron!

—Y por si no lo recuerdas, él nunca la reconoció, de modo que dudo que tenga algún derecho para otorgarte ese poder —inclinó la cabeza a modo de despedida y abandonó la casa con un portazo.

Annika se giró a Nikolai. Su alteza se había quedado pensativo con los ojos incrustados en la puerta.

—¿Excelencia?

—Lamento que hayas tenido que escuchar esto y conocer de este modo a mi padre.

—Eso es lo de menos. Lo que en verdad quiero saber es si lleva razón. ¿Puede hacer el hermano de mi abuelo eso?

Nikolai asintió y la miró sobre el hombro.

—Legalmente sí, pero no es eso lo que él quiere.

—¿Se lo ha dicho a usted? ¿Han hablado?

—Por supuesto. Solo busca dinero.

—¿Y si no lo consigue? ¿Qué puede pasar entonces?

Él terminó por volverse hacia ella.

—No deberías preocuparte por eso, ¿de acuerdo? Más tarde conversamos de ello, ahora voy a salir.

Con ojos dilatados, Annika vio cómo se abotonaba la chaqueta negra que cubría sus hombros.

—¿Me va a dejar con esta incertidumbre?

—Para empezar, yo ya tengo los documentos que demuestran que estás bajo mi responsabilidad. Si quiere conseguir algo debería vérselas conmigo en los juzgados.

—Nikolai...

—No tardaré —prometió, siguiendo los pasos de su padre.

Annika se quedó un buen rato parada con los ojos fijos en la puerta. Le entrístea pensar que su alteza sufría. Después de todo, Duncan era su padre y él tenía que sentir algo por él aunque su orgullo no quisiera admitirlo.

Pasó el día y la joven no volvió a verle ni a saber de él. Aprovechó a retomar sus estudios de francés y a conocer un poco más a la señora Rose Wood. Indudablemente no hacía buenas migas con ella. Su carácter serio y autoritario dejaba mucho que desear, no obstante descubrió que cuando hablaba de una muchachita a la que ella había cuidado en su juventud, su aspecto se suavizaba.

—Era un angelito, buena e inteligente. Si se hubiese casado habría sido una esposa perfecta y ejemplar. Usted debería aprender de ella, de su humildad.

Annika se espigó un poco ofendida.

—No la entiendo, madame. ¿Acaso quiere decir que soy una egocéntrica?

—Ella acepta la vida tal y como le viene sin hacer mal a nadie. En cambio usted está deseando revolucionar a toda su familia con esta presentación.

—¡Usted no sabe que es lo que quiero y lo que deseo!

—Yo creo que sí. Todo el mundo habla de usted en París.

—Supongo entonces que sabe quién soy, quién es mi padre y lo que estoy haciendo aquí. —Annika lanzó una mirada rápida por la ventana que comunicaba al patio. La había parecido ver un gato en el poyete de la fuente.

—Por supuesto.

—Pues tiene que saber que yo no quiero estar aquí. Que no deseo ser presentada en ningún lado, pero no tengo alternativa, madame Rose Wood.

—¿Su alteza está obligándola?

—Más que él, es mi padre —asintió—. Es él quien cree que tengo que aceptarlo.

—¿Y por qué no le dice lo que usted quiere?

—Porque todavía no he tenido oportunidad de hablar con él. —La ocasión de la noche anterior no contaba.

—¿Por qué me cuenta esto, señorita?

Ella se encogió de hombros. No sabía por qué lo hacía. Quizá porque necesitaba confiar en alguien. Sin embargo, se dio cuenta de que la vikinga no era muy buena opción.

—Olvídelo, madame. Creí que al contárselo usted me vería de otro modo —agitó la cabeza—, pero no es así, y en verdad tampoco me molesta mucho.

—¿Dónde va?

— Al patio. Me ha parecido ver... algo.

—Es muy fácil pedirle a papá que intente solucionar las cosas. ¿Verdad?

Annika la miró enfadada.

—Para mí no lo es.

—En el salón vi que su alteza se dejó el periódico de esta mañana. Hay una sección que ofrece empleo. A veces pagan bien y es interesante leer esos anuncios.

Annika se cruzó los brazos sobre el pecho y la taladró con los ojos.

—¿No ha pensado que si yo me marchó usted se queda en la calle?

Madame Rose Wood asintió.

—Solo pretendo darle alguna idea.

Annika se marchó con un revuelo de faldas. Se pasó por el salón y cogió el diario que estaba sobre la repisa de la chimenea. Salió al patio en busca del gato

y, al no encontrarlo, tomó asiento en el banco de piedra y echó una ojeada al periódico. Algunas páginas de sociedad habían sido arrancadas. Chasqueó la lengua de mal humor preguntándose hasta cuándo su alteza querría mantenerla en la ignorancia de todo lo que se decía de ella. Ya la dama de compañía se lo había confirmado.

Llamó su atención un artículo que mencionaba al Caballero de la Sombra. El mismo personaje del que ella había leído y del que los amigos de su excelencia habían hablado. El artículo era una especie de resumen sobre un caso en el que un niño había sido rescatado de una banda de secuestradores que extorsionaban a sus padres. Lo leyó por encima, prometiéndose hacerlo más detenidamente. Estaba tan admirada con ese caballero como la mayoría de los parisinos.

Abrió la sección que ofrecía puestos de trabajo y marcó algunos anuncios. Debía probar suerte. Necesitaba volverse independiente antes de que llegase su aparición, si es que ahora, a pesar del aviso de su tío abuelo, su alteza tenía intención de continuar con su cometido. Si no conseguía evitar todo esto tenía claro que hablaría con Cameron. Aunque por otro lado, si su padre era el culpable de que Nikolai la tutelara y el cabecilla de todo aquello, no tenía mucho sentido que quisiera ayudarla.

Su alteza escuchó la voz de Annika a través de la ventana de su estudio. Era solo un murmullo que actuaba como el canto de una sirena.

No resistió la tentación de acercarse a mirar y, tras la cortina, se sintió como un chiquillo escondido después de haber hecho alguna trastada.

Vio a Annika sentada en el banco que había en patio. Entre sus brazos sostenía un gatito de pelo rojizo. Nikolai se enterneció con aquella imagen tan entrañable. Era como un óleo de tonos luminosos. Pero también sintió en su interior que aquello no iba a durar mucho tiempo. Que pronto iba a terminar la farsa del tutor y la pupila, porque todo aquello no era más que un simple montaje diseñado por Cameron.

Una de las veces que Annika levantó la vista hacía la ventana, su alteza dejó de respirar. No estaba seguro de que no pudiese verlo. Ella, de forma distraída, enredaba su mano en la cola del minino al tiempo que le hablaba con cariño, y el animalillo, tumbado sobre su regazo, estaba tan relajado que parecía dormido.

Nikolai regresó al escritorio resoplando. Debía llenar su cabeza con otros asuntos que no tuviesen nada que ver con ella. Necesitaba olvidarse un poco de la muchacha.

El sol entraba a raudales bañando el hermoso rostro de la joven. Nikolai, parado unos instantes en el hueco de la puerta, la encontró preciosa aquella mañana. Las tersas mejillas estaban ligeramente sonrosadas, y ella, muy favorecida con el tono miel de su vestido. Él había llegado muy tarde la noche anterior y no había querido despertarla cuando Johnny le dijo que se había retirado temprano. Con pasos ligeros terminó de entrar en la sala saludándola con una sonrisa. Ella levantó sus ojos nada más verle y le correspondió con un suave movimiento de cabeza.

—Buenos días, excelencia. El otro día olvidé preguntarle si pudo hablar con el abogado sobre lo del tren.

—En cuanto las autoridades de Frankfurt sepan algo nos lo comunicaran.

—¿Y si lo apresan? ¿Tendré que verle de nuevo? —le preguntó.

—No haría falta, cielo, apártalo de tu cabecita.

—Creo que el Caballero de la Sombra encontraría fácilmente a ese hombre.

Su alteza se atragantó con su propia saliva y corrió a servirse un vaso de agua.

—Ese hombre no es más que una leyenda.

—En su novela dice que es una persona de carne y hueso.

—Entonces podría ser cualquiera.

Annika soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Excelencia, usted nunca podría ser el Caballero de la Sombra.

—¿Por qué no? —preguntó con una intensa curiosidad.

—Para empezar no tienen nada en común. Al menos como lo describen los periódicos, son totalmente opuestos.

—¿Y eso cómo es? —Quiso saber. Hablar de ese tema lo ponía nervioso.

—Por ejemplo, dicen que es un hombre frío y duro, metódico y calculador. Pero sobre todo discreto. Tanto que solo unos pocos conocen su verdadera identidad. Y usted es todo lo contrario, es... cariñoso, divertido, amable, impulsivo y todo el mundo le conoce porque no le importaría llamar la atención.

Disimuló estar molesto con su descripción.

—¿Dirías que soy un acaparador?

—¡No! —negó ella—. ¿Le ha molestado que le diga eso?

—Prima, no eres la primera ni la última persona que me lo dice. —El resto eran sus parientes. No obstante, las cosas debían seguir así para poder proteger al Caballero de la Sombra. Y lo deseaba. Aquello era lo único que lo mantenía vivo y despierto. Prefirió cambiar de tema—. ¿Quieres que te dé una buena noticia?

—Sí, sería bueno para variar.

Madame Rose Wood entró y se acomodó en un profundo sillón con el periódico del día en la mano. Poco después llegó una doncella que sirvió el servicio de té acompañado por galletitas con sabor a vainilla. Nikolai ignoró a las dos y se buscó en el bolsillo de la chaqueta un sobre que entregó a Annika. Luego se sentó a su lado y cogió el plato con la taza. Le dio un sorbo y saboreó el té con delicia.

—April llegará en seis días —dijo haciéndose el importante.

Annika desplegó la carta con emoción y la leyó con una media sonrisa. Nikolai fue incapaz de apartar los ojos de sus labios. Tenía una boca preciosa, tan tentadora que sintió que la excitación volvía a golpearle con fuerza.

—¿Se alojará con nosotros?

—¡Aja! Me prometió que te acompañaría. Lo estas deseando, ¿verdad?

—¡No sabe usted cuánto! —afirmó.

Nikolai vio que su alegría tenía trazas de culpabilidad y aunque le hubiese gustado tranquilizarla con respecto a la relación que existía entre él y April, no pudo hacerlo.

—Cuando menos te des cuenta, llegará el famoso día.

Annika dobló con cuidado el papel.

—¿Cuándo le propondrá matrimonio, excelencia?—inquirió de sopetón.

Nikolai se atragantó con el té. Le dio un ataque de tos que hizo que le saliese la bebida por nariz. Annika le palmeó la espalda y él se puso en pie. Se sentía completamente ridículo. Madame Rose Wood alzó la vista de su lectura para mirarle con curiosidad.

—Lo lamento, excelencia, no he debido preguntarlo —se disculpó Annika ofreciéndole una servilleta.

Nikolai se la arrancó de las manos y la pasó por su pechera.

—Tienes razón, no has debido hacerlo —gruñó.

Ella le miraba desde el sillón.

—Yo pensé... como dijiste...

—Sé lo que dije, Annika, pero tu pregunta esta fuera de lugar en este momento. ¿No te han dicho nunca que a veces estás mejor con la boquita cerrada? —cuestionó, remarcando las palabras.

Annika se enojó también y se levantó para sacudirse las gotas de té que habían caído sobre la falda.

—Es la primera vez que me lo dicen —le respondió altanera—. ¿No te han dicho a ti que a veces es un asco hablar contigo alteza? —Soltó las palabras sin poder contenerse.

Madame Rose Wood se cubrió la boca, indignada por el comportamiento de la joven.

Antes de que todo llegase más lejos, Annika abandonó la sala con premura. Nikolai se lo agradeció pues en ese momento estaba tan enfadado que hubiera sido capaz de decir cualquier cosa de la que más tarde se habría arrepentido.

«¡Cómo sabía meter el dedo en la llaga la... muy estúpida! ¡Maldita fuera la mente femenina y todas sus maquinaciones!»

El Bois de Boulogne se veía espléndido bajo los rayos de sol. Durante la

Guerra de los Cien Años, el bosque fue la guarida de muchos forajidos hasta que las tropas del Duque de Borgoña arrasaron parte de Rouvroy. Bajo el gobierno de Luis XVI de Francia, el bosque fue de nuevo repoblado y se despejaron los dos caminos que lo atravesaban. Después de que Francisco I mandase construir el Château de Madrid en el Bosque de Boulogne, pasaron a albergar las festividades. La zona de caza se selló con muros y también construyeron ocho puertas de acceso. Más tarde, el lugar fue transformado en un parque por Napoleón III; diseñado de forma informal se abrieron espacios de césped y se pobló con ojaranzos, hayas, cedros, castaños, olmos y plantas exóticas como las secoyas.

El Bois era el sitio preferido tanto para los jinetes como para los paseantes que disfrutaban de la paz y del maravilloso paisaje en un ámbito tranquilo.

Nikolai, amante de los caballos, solía ejercitarse muy a menudo. Como le gustaba llevar la contraria a la sociedad y a las normas, no lo hacía con las primeras luces del alba que era cuando los demás llenaban el parque. Él prefería los atardeceres y, a veces, las noches de luna. Sin embargo, ese día necesitaba desfogarse, soltar toda la adrenalina que llevaba dentro. La discusión con su padre y el posterior encontronazo con su prima lo habían dejado hirviendo en una cólera infinita. La culpa era solo de él y del deseo frustrado de tener bajo sus alas a una de las mujeres más bella de toda Europa, quizá del mundo entero, y no poder tocarla, lo que le producía un dolor punzante que le afectaba al físico. Se maldecía por haberse enamorado de ella. Por estar irremediabilmente bajo su hechizo maligno.

Sumido en sus pensamientos, alcanzó uno de los caminos principales y descendió la velocidad al pasar entre un grupo de personas que se arremolinaban ante el puesto de un pintor. Orillado, el hombre dibujaba el retrato de una moza rolliza de mofletes sonrosados que posaba en uno de los bancos de piedra con un ramillete de margaritas en la mano.

—¡Nikolai! —le llamó Jonas, saliendo de entre el bullicio para saludarle.

Nikolai desmontó y estrechó la mano de su amigo con fuerza.

—No esperaba encontrarte aquí, *bon ami*.

—Ni yo. —Jonas no estaba solo, le acompañaba una hermosa beldad morena

de ojos color chocolate que le miró con un alegre brillo en los ojos—. ¿Recuerdas a Marie Anne?

Nikolai asintió. Después de ella enviudar hacía ya varios años, ambos habían compartido un pequeño idilio amoroso sin pasar a nada importante. Recordó que era una mujer apasionada y muy desinhibida y, sobre todo, que habían vivido buenos momentos juntos.

—Los años no pasan para ti, príncipe Nikolai —le saludó ella con una gracioso aleteo de pestañas.

—¿Cómo estas, Anne? Veo que sigues tan hermosa como siempre. —Besó sus mejillas empapándose de su perfume. No era tan fresco como el que usaba Annika ni tan empalagoso como el de April—. Es un placer verte de nuevo.

Ella sonrió de una manera muy seductora.

—Le comentaba a Jonas que te había extrañado mucho. Me alegro de que por fin te dejes ver.

—Desde que he llegado no he tenido mucho tiempo para salir, pero próximamente, que empiezan las reuniones y las fiestas, te cansarás de verme.

Ella rió y le tomó el brazo.

—¡Sabes que eso no es posible! Nadie se cansaría nunca de verte, príncipe. Sigues siendo el hombre más guapo que he visto en la vida —ella miró a Jonas con una sonrisa divertida—, usted también, por supuesto.

Jonas alzó los ojos al cielo con una mueca en los labios.

—Eres una mentirosa adorable y por eso te perdono.

Ella volvió a reír.

—Y dime, príncipe Nikolai, he escuchado por ahí muchas cosas sobre ti y, como casi siempre todo viene exagerado, podrías tranquilizar mi mente. ¿Es cierto que la muchacha que tutelas es la hija del señor Pávlov?

—Es correcto.

La mujer se llevó con gracia una mano al pecho.

—¡Menos mal! Hay gente muy mala que comenta que ella era una huérfana de un oscuro lugar de Praga.

—Bueno, siempre es así. —Nikolai forzó una sonrisa—. Supongo que es la misma gente que decía que envenenaste a tu esposo o que yo tenía un idilio con

la reina Victoria de Inglaterra cuando visitó Versalles hace cuatro años. —Aquel hecho fue uno de los más sonados no solo en Francia sino que dio la vuelta al mundo. Napoleón III organizó un baile en Versalles al que acudieron más de mil doscientos invitados. Todo fue preparado a conciencia y al detalle, y en los ángulos se dispusieron cuatro orquestas rodeadas de flores y arbustos recortados geométricamente, dirigidas por Strauss y Dufresne. Colocaron con estrategia cientos de arañas, guirnaldas y teas que se reflejaban en todos los espejos y de la bóveda pendían grandes tiaras de flores. Los hombres trajeados y las mujeres en miriñaque lucieron, ese día, oro y diamantes para ver como Napoleón bailaba el vals con Victoria. Después se celebró una cena en la ópera y se llenó el patio de mesas para los invitados. Por último, se ensalzó la velada con una sesión de fuegos artificiales y fue ahí donde hallaron a la reina en actitud muy cercana al príncipe Petrov. Solo un par de personas sabían que realmente Victoria cerraba un trato con el Caballero de la Sombra.

—Llevas razón, príncipe, después de todo París se alimenta de los comentarios de los menos afortunados.

—O de los envidiosos —afirmó Jonas.

Encontrarse de nuevo con Marie Anne calmó en parte la desazón de Nikolai, que logró arrinconar a su pupila en una pequeña parte de su cabeza, y por primera vez en mucho tiempo, se dejó llevar disfrutando de la compañía de su amigo y de la hermosa mujer que pasó el día entero estimulándolo. Con un poco de suerte pasaría aquella noche muy bien acompañado.

CAPÍTULO 17

Durante los días siguientes, Annika no tuvo muchas oportunidades de ver a Nikolai. Él se dedicaba a pasar la mayor parte del día fuera de la casa y cuando no, se encerraba en el despacho con la orden de que nadie lo molestase, por lo que ella no tuvo más remedio que comenzar a compartir las comidas con madame Rose Wood e iniciar sus clases de baile con un profesor que una tal Marie Anne Gautier, amiga de su alteza, había recomendado.

Si no hubiese oído hablar de esa mujer, quizá habría aceptado gustosa, o no tan gustosa —porque el profesor no le agradaba mucho por su forma descarada de mirarla— sus clases. Pero los comentarios de que esa mujer era la nueva amante de su alteza no tardaron en llegar a la propiedad y Annika, aún sin conocerla, la odió a muerte. Se sintió herida de haber pasado de ser el centro de atención de su alteza a verse relegada a un puesto peor que el de una sirvienta. Al menos, con los criados Nikolai conversaba de vez en cuando, sin embargo con ella todo eran muecas y gestos desagradables.

Aprovechando que él salía bastante y encubierta por su dama de compañía, Annika empezó a buscar empleo. Solía salir casi todas las mañanas temprano mientras madame Rose Wood fingía que aún no se había levantado. El único que a veces preguntaba era Johnny, pero la mujer se las apañaba muy bien para mentirle.

No había pensado que pudiese ser tan difícil buscar un empleo mínimamente decente, y lo poco que había exigía un francés impecable. Sin embargo, al quinto día le dieron alguna esperanza en una boutique de pan. El lugar era perfecto, situado al otro lado del Sena, por lo que evitaría que Nikolai o alguno de sus amigos coincidieran con ella. Hasta el mes siguiente no podían confirmárselo, ya

que todo dependía de la mujer que estaba ahora. Iba a dar a luz muy pronto y no sabía si regresaría una vez que tuviese al niño. Por suerte, a ella también le bajó el periodo y se quitó un gran peso de encima.

El día que llegó April, su alteza no estuvo presente para recibirla. Por una parte eso fue bueno para ambas que disfrutaron conversando de todo un poco, pero en el fondo tanto April como Annika se sintieron un poco apenadas. Más tarde, ella misma no fue testigo del encuentro que April y Nikolai tuvieron, y se enteró de ello al día siguiente.

—Me acababa de acostar cuando él llegó —le explicó April—. Estaba bastante afectado porque ayer mismo se enteró de que su padre había sufrido un infarto hace bastante tiempo.

—¿Y por qué nadie le avisó? Eso es muy cruel, April.

La pelirroja estuvo de acuerdo con ella.

—Esa familia es todo lo horrible que uno puede suponer. Al parecer, todo esto pasó hace varios años, pero recién ahora se ha enterado Nikolai de todo. Está que arde en cólera.

—No me extraña. Le han tratado como si no perteneciese a la familia y su padre podía haber muerto sin él saberlo.

April asintió.

—Así es como ha sucedido siempre y eso es uno de los motivos por lo que él se comporta así con ellos. Nikolai es el último en enterarse de las cosas. De hecho fue el último en conocer tu existencia mientras toda la familia se lo mantenía oculto.

Annika frunció el ceño.

—¿Mi padre no se lo dijo?

—Nunca salió esa conversación entre ellos y Cameron supuso que estaba al tanto de todo como el resto. Hablando de él, es extraño que tampoco le haya dialogado sobre el corazón de Duncan nunca.

—Quizá también haya pensado que lo sabía.

—Puede ser —respondió April.

A pesar de aquella triste noticia sobre el padre de Nikolai, Annika pensó que no era suficiente excusa para el comportamiento que su excelencia tenía con ella.

Además, tampoco debía de estar tan preocupado cuando los rumores sobre él y la señorita Gautier seguían llenando París. Y lo peor de todo era que su amiga no se encontraba molesta por estas habladurías y fingía ignorarlas.

Annika se giró al espejo en cuanto April terminó de prender los ganchos de la espalda. Se estaba probando un nuevo vestido y tenía el escote más bajo que había visto en su vida.

—No me gusta —observó.

—No te queda muy bien —aceptó April.

La joven se volvió a ella.

—¿Amas a su excelencia?

—¿Por qué me lo preguntas? Ya hablamos de ello en Praga.

—Lo sé, pero también sé que has escuchado lo de esa mujer y Nikolai y no te noto muy preocupada. Creo que... me mentiste. —Annika la vio tragar con nerviosismo y su corazón saltó en su pecho—. ¿Era mentira? ¿Tú y su excelencia no estáis...? Nunca habéis estado juntos. ¿Verdad?

—Muchos piensan que somos amantes, pero en verdad nunca lo hemos sido. Nos conocemos desde hace muchos años y él siempre me vio como a uno más de sus amigos.

El estómago de Annika dio un vuelco.

—¿Pero le amas? ¿Estás enamorada de él y él no lo sabe?

—No, cariño. Le quiero, es como un hermano para mí. Reconozco que a veces es un irresponsable, por eso cuando decidió tomarte bajo su protección me extrañó. No confiaba seriamente que él acabara con su misión, pero supongo que al prometérselo a tu padre ya no tiene más remedio. Por lo que he podido comprobar ha vuelto a sus antiguos hábitos, es más, estoy segura de que si pudiera arrepentirse de su promesa lo haría.

—Yo pensé que con el tiempo os casaríais. Él me dijo que pensaba proponértelo.

April negó con la cabeza.

—No. —Se encogió de hombros—. Aunque él realmente lo pidiese, que no es el caso, yo no aceptaría nunca.

—Pues... pues... me alegro por ti, April —admitió. Repentinamente sus ojos

se llenaron de lágrimas—. Él no te merece. No merece a nadie.

—Es difícil decidir quién merece a quién. Lo último que yo deseaba es exactamente lo que ha ocurrido.

Annika se pasó los dedos por los ojos retirando la humedad. No se atrevía mirar directamente a April y disimuló que se observaba en el espejo otra vez.

—¿El qué?

—No puedes ocultarlo, Annika. Te has enamorado de Nikolai.

Durante unos segundos se produjo un profundo silencio. Después, Annika agitó la cabeza y con velocidad comenzó a recoger los vestidos desperdigados por todo el cuarto.

—¿Quién, yo? ¿Enamorarme? —¿Tan obvio era? ¿Qué ocurría, que lo llevaba pintado en su cara? Se irguió con orgullo—. ¡Claro que no! ¿Cómo podría amar a alguien así? —espetó—. Nikolai es mi primo.

—¿Y porque estás tan enfadada y llorosa?

Annika se detuvo a mirarla, ofendida. Tenía los brazos cargados con una pila de trajes.

—¿No me crees? Desde que salimos de Praga él no ha hecho otra cosa que tontear con todas las mujeres que se le han cruzado en el camino, incluso en el tren hubo una...

—No puedes ocultármelo, cariño —repitió April.

Con un deseo irrefrenable de romper a llorar, Annika lanzó la ropa con furia sobre la cama, y se puso las manos en las caderas.

—¿Ah, no? —Ni siquiera se dio cuenta de que su voz temblaba. April negó con la cabeza—. ¡Pues no quiero quererle! Es... es... un mentiroso. Un estúpido engreído, un...

April la abrazó con fuerza cuando comenzó a sollozar.

—Lo siento tanto, Annika.

—Si no te necesitara tanto ahora mismo, te mandarían al infierno por hacerme sentir tan culpable todo este tiempo.

—Quise evitar todo esto.

—Gracias por ser mi amiga. —«El muy cerdo me mintió para que no volviese a buscarlo», se dijo.— No tenía por qué haberme sacado de Saint André. —Hipó

atragantándose con las lágrimas—. No tenía que haberle conocido nunca. Mi madre me advirtió que clase de personas eran. —April la escuchaba en silencio. Se habían sentado sobre los vestidos que cubrían el colchón—. Él no es mejor que el resto de la familia. Finge que es así para hacer daño a los demás, para vengarse de ellos, pero lo peor es que no finge, lo peor es que es igual que ellos.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros, Annika?

Ella negó.

—No. Su alteza siempre ha sido muy correcto conmigo. No sabes cuánto me avergüenza que me veas así, April.

—Eso es lo de menos. Las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras.

—April, no quiero que me presente en sociedad. No quiero aceptar el apellido, además, mi tío abuelo está luchando por mi custodia.

—Nikolai me lo ha contado. También me ha dicho que se ha puesto en contacto con él y... a cambio de dinero renunciaría a la tutela. Nikolai dice que tú lo sabes.

—Sí. Él me lo dijo.

—Ese hombre es un aprovechado y pide una fortuna. Conociendo a Nikolai, supongo que intentará demorar todo este asunto lo máximo posible en busca de alguna solución.

—La única solución es que mi padre admita públicamente quién soy.

—Ya lo sé, cariño. Y llegado a este punto no me extrañaría que lo hiciese. ¿Por qué no quieres aceptarlo?

—Yo no pertenezco a esto, April. Mi vida era mucho más fácil y sencilla en Praga.

—Bueno, veremos a ver qué podemos hacer. Mientras tanto, haremos como que todo sigue delante. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Annika mucho más tranquila y relajada, ahora que se había desahogado con April—. Pero promete que harás todo lo posible por ayudarme.

—Te lo prometo.

Con el servicio de Elvira lograron arreglar el estropicio de la habitación y, en un intento de hacer que Annika abandonase su rabia y tristeza, April propuso

salir de compras.

No disfrutó mucho del paseo aunque sí consiguió despejarse durante unas horas. Advirtió que la pelirroja era bien conocida en París y las damas esperaban a que ellas las hubiesen rebasado para luego poder despellejarlas a placer.

Esa misma noche su alteza tenía una noticia que dio a April para que se la transmitiese a Annika. Los tres iban acudir a un baile. No se trataba de algo muy grandioso, pero sí bastante exclusivo.

—Escúchame bien. Esto es diferente a una presentación y si acudes, Nikolai no sospechara que queremos evitarlo —había dicho April con la intención de convencerla. Y al final Annika había accedido a regañadientes. Lo que en verdad no sabía, y que April no se había atrevido a decirle, era que el baile de presentación iba a ser dentro de dos días.

El motivo por el que su alteza debía acudir a la fiesta era indispensable para el Caballero de la Sombra. Mientras April y su pupila estarían llamando la atención de los invitados, él se vería con cierta libertad para entrevistarse con la persona que necesitaba contratarle.

CAPÍTULO 18

Sonaron golpes en la puerta del dormitorio de Annika que la sacaron de sus pensamientos. Era madame Rose Wood.

—Monsieur Petrov dice que esta noche saldrán a cenar fuera y al baile de beneficencia que se celebra en el Bois de Boulogne. Milady me ha pedido que venga ayudarla a vestirse.

Annika asintió. Vio a la mujer atravesar la habitación para abrir el ropero.

—Elvira ha tenido que ir ayudar a Lady Danfort porque su doncella personal no se encuentra muy bien. ¿Quiere ponerse el rojo?

—¿Dónde está Carol?

—Ese imbécil de Pierre le ha dado la tarde libre. ¿El rojo?

Annika miró la ropa que madame tenía en la mano y sin mucho entusiasmo asintió. No le importaba que se dirigiera a Pierre con ese tono; el criado lo merecía.

El traje que madame sostenía era un vestido de líneas rectas con varios pliegues que caían desde el alto corpiño. El profundo escote de estilo emperatriz acababa en V y Annika decidió cubrirse con una pequeña mantilla de encaje negro sujeta con un alfiler. Gruesos bucles cortos enmarcaban su cara mientras el resto se hallaba recogido en un moño flojo bajo el cogote. En menos de una hora ya estaba lista, y se daba los últimos retoques con el perfume. April le prestó un juego de gargantilla y pendientes de perlas en formas de lágrimas. Cuando descendió la escalera, su alteza esperaba al final de ella, observándola con ojos brillantes.

—Estás realmente preciosa. —Se acercó efectuando una educada reverencia sobre su mano. Él también estaba esplendido enfundado en unos calzones de

tonos cremas con un chaleco de brocado en el mismo color. Nikolai no llevaba ninguna clase de puntillas ni florituras y Annika tuvo que admitir que no necesitaba de esos adornos para verse tan elegante. Se había recogido el cabello en una cola de caballo que caía sobre su ancha espalda. Estaba más guapo que nunca e incluso su humor parecía haber mejorado.

Ella llevó los ojos al final de la escalera. Temblaba como un flan.

—¿Aún no ha bajado April?

Nikolai soltó una breve risita nerviosa y agitó la cabeza.

—Ella se toma su tiempo. Nunca he visto a una mujer que tarde tanto en acicalarse.

Annika soltó un suspiro y entrelazó las manos tras la espalda sin saber qué hacer con ellas. Sintió la mirada de su alteza sobre ella y llevó los ojos hasta él.

—Debiste habernos avisado con algo más de tiempo. Todo ha sido muy prematuro.

—No veo por qué, no tenemos ninguna prisa. ¿Te apetece tomar una copita de vino dulce?

Annika desestimó su oferta y caminó con disimulo hacía la ventana.

Nikolai no podía apartar los ojos de ella. Cada vez que la veía sentía como su sangre hervía. Habían sido varios días tratando de ignorarla. Intentar sacarla de su mente suplantándola por la bella Marie Anne no había tenido el efecto esperado. Cierto que la francesa era muy apasionada, pero él no se había sentido tentado en ningún momento. El porqué había dejado que los rumores llegaran tan lejos tenía una explicación. Había pensado que su prima podría haber tenido una pizca de celos, sin embargo no parecía haber dado resultado y él estaba cansado de aquel juego absurdo.

Se acercó a ella y observó la calle. La noche era clara y estrellada con un viento suave que acariciaba los árboles meciéndolos al compás de un vals imaginario.

—Va hacer muy buena noche —susurró junto al oído de la joven. Sintió el fresco aroma que usaba. Desde su posición podía ver los pálidos pechos a través del fino encaje y un dolor acuciante atravesó sus riñones. ¡Cuánto la había echado de menos!

Ella se estremeció. La cercanía de Nikolai la incomodaba. Su fragancia varonil alteraba sus sentidos con recuerdos que desesperadamente trataba de olvidar.

—Annika, quería pedirte perdón por el deplorable comportamiento que he tenido estos días.

Ella sintió el calor que emanaba del aliento de su alteza sobre su oreja.

—Ha sido muy injusto, sobre todo para April —dijo sin mirarle.

—He tenido muchas cosas que hacer.

—Lo sé, excelencia. Y también lamento mucho lo de su padre.

—Annika...

Ella se giró con una expresión llena de profundo dolor.

—Me hubiese gustado no tener que enterarme por otras personas —se encogió de hombros fingiendo que ya no importaba—, creí que tendría la suficiente confianza como para contarme algo así...

—Annika...

—Usted me comentó que nada había cambiado y sin embargo me mintió. Y me mintió en otras cosas... —peligrosamente su voz tembló. Antes de que pudiese proseguir, el sonido de los pasos que descendían las escaleras hizo que guardase silencio.

Nikolai solo atinó a decir cuánto lo lamentaba. Pero Annika disimuló no escucharlo y llegó al final de la escalera en el momento que bajaba April.

—Ya estoy lista. Espero que no se os haya hecho muy larga la espera. —Los ojos grises miraron a Annika con admiración—. ¡Oh! ¡Estás encantadora!

La joven se ruborizó.

—Está muy hermosa esta noche —corroboró su alteza a sus espaldas.

April le dedicó un gracioso mohín.

—¿Y yo no?

—Como siempre, estás espectacular.

—Pedazo de mentiroso —soltó una carcajada y se dio cuenta de que a Annika le faltaba un detalle—. ¿El monedero? —se señaló el suyo que colgaba de su muñeca con una cinta de encaje.

—Lo olvidé en mi dormitorio.

Nikolai se ofreció a recogerlo y subió los escalones de dos en dos. Lo cogió de

encima del tocador y al darse la vuelta para salir, observó un montón de hojas de periódico que descansaba sobre una de las mesillas. Con curiosidad, pensando que de alguna manera se había hecho con las páginas de sociedad, se acercó a verlas. Extrañado observó los círculos que rodeaban los puestos de trabajo y necesitó unos segundos para asimilar lo que Annika se proponía. Iba a dejarle.

Respiró con fuerza y cerró los ojos luchando contra los feroces latidos de su corazón. No podía permitir que ella saliese de su vida de esa manera y un miedo irracional se apoderó de él. Apretó el pequeño monedero contra su pecho. Le costó un esfuerzo enorme volver acercarse a ella como si nada.

Pierre abrió la puerta en el momento que Johnny llegaba con el carruaje. Durante el corto trayecto, Nikolai les preguntó por sus compras y por todo lo que habían estado haciendo esos días. En su mayor medida era April quien hablaba.

—... por eso he desestimado la ayuda de la señorita Gautier y he pedido a ese hombre que no vuelva más. Parece increíble que permitieses que alguien como él diese clases de baile a Annika.

Su alteza arqueó las cejas. No podía dejar de pensar en las ofertas de trabajo del periódico, sin embargo ese fragmento le despertó del trance en el que se hallaba sumergido.

—¿Ha ocurrido algo con él?

—Annika se sentía muy incómoda con sus clases. Díselo, cariño.

La joven parpadeó confusa y negó.

—No, ahora que ya no está, no tiene importancia.

Nikolai se tensó, irguiendo los hombros.

—¿Por qué? ¿Te ha hecho algo?

—¡No!

—¡Sí! —dijo April, regañándola con la mirada. —Annika me ha dicho que ese hombre la miraba de forma obscena.

Él se cabreó, aunque no con ellas.

—Pero ¿por qué no me lo has dicho antes? Ese tipo va a tener que oírme.

—No, por favor —le rogó Annika con bochorno—. Usted no puede ir pegándose con todo el que me mira extraño. Y a ti no debía de haberte contado nada, April. Me prometiste que quedaría entre nosotras.

April negó con la cabeza.

—Sobre esto no te prometí nada.

Nikolai acarició la mejilla de Annika con una mirada.

—Es necesario que todas estas cosas me las cuentes, prima.

Ella apartó la cara hacía la ventanilla y suspiró.

—No he tenido oportunidad de hablar nada con usted estos días. No hemos coincidido mucho.

Nikolai asintió, culpable.

—Es cierto, y pienso compensarte por ello, te lo prometo. ¿Serás capaz de perdonarme?

Ella se tocó la oreja y después se rascó la nariz algo perturbada. Acabó asintiendo, aunque de momento no le regaló ni una sola sonrisa.

Los jardines se veían impresionantes bajo el resplandor de las luces de las farolas y de la multitud de velas que adornaban largas mesas de carácter privado. En el camino ancho se habían instalado puestos ambulantes que ofrecían bebidas frescas y bocadillos a las personas que no habían sido invitadas al evento y que quedaban retiradas de la gente de alcurnia. Sin embargo, al atril que habían instalado en el centro de una plazoleta tenía acceso todo el público.

Annika, maravillada ante tal despliegue, observó todo con interés parándose en los niños que corrían por los caminos como si fuera plena luz del día. En los actores improvisados que hacían malabares junto a coloridas carretas y en las mujeres que, ante unas mesas plegables, leían el destino de las personas en las cartas del tarot.

April y Annika se hallaban cada una al lado de Nikolai, ambas agarradas de su brazo. De vez en cuando se detenían para saludar a alguien, o simplemente a observar los puestos. El ambiente era alegre, lleno de voces y risas con la música de la orquesta flotando de fondo. La esencia de los macizos floreados y los rosales bañaba el lugar.

Su alteza las guió hasta las mesas reservadas para ellos donde Luke, Jonas y Greysort esperaban junto a sus acompañantes. Marceline y Blanche, en el momento que identificaron a Annika, corrieron abrazarla con afecto. Le contaron a April sobre la velada en que se habían conocido y salió a flote el gracioso

incidente de la silla.

—Marie Anne, déjame que te presente a la señorita Annika. A lady Danfort ya la conoces ¿verdad?

Mientras April y la belleza morena se saludaban fríamente con la cabeza, Annika sintió como se le caía el alma a los pies. No entendía porque Nikolai había permitido que esa mujer estuviese con ellos. No por April, ahora que sabía que entre ellos no había nada, sino por ella misma. Él debía imaginar que no era plato de buen gusto conocerla.

—He oído hablar mucho de ti, Annika, pero nadie me advirtió que fueses tan bonita. Te pareces mucho a tu padre. En sus tiempos fue uno de los hombres más guapos de París.

—Gracias. Usted también lo es. —Y no mentía. La mujer era muy bella con una piel tan pálida que parecía alabastro. Se hizo un momento de silencio incómodo y Jonas se apresuró a sacar a bailar a la señorita Gautier.

—Ven, Annika —llamó su alteza señalando una silla—. Siéntate a mi lado.

—Puedo sentarme en cualquier sitio —respondió molesta.

—Lo sé, pero prefiero que lo hagas junto a mí.

April se sentó al otro lado de él y cuando Annika se despistó hablando con Blanche, esta le preguntó.

—¿Cómo se te ha ocurrido invitar a Marie Anne?

—Yo no lo hice. No sabía que estaba aquí. Han debido de ser los muchachos.

April agitó la cabeza.

—Esto es un tanto importuno, Nikolai.

—Tienes razón, April, pero te prometo que no tenía ni idea. Además los rumores son falsos.

Ella enarcó las cejas, incrédula.

—¿Falsos? ¿No es cierto que tú y ella seáis amantes?

Nikolai negó.

—Desde aquella vez hace años, no. Te mentiría si te dijese que con esa intención volví a salir con ella pero... no me gusta tanto como yo creía.

Comenzaron a servir la cena, y Greysort y Marie Anne tomaron asiento en los únicos sitios que quedaban, un poco alejados de ellos.

—¿Te gusta esto? —le preguntó April a Annika inclinado la cabeza hacia adelante para poder verla bien. Nikolai se echó ligeramente atrás permitiéndoles que hablasen.

—Está todo muy bonito y es muy divertido. Parece mentira que puedan traer tanta comida a un sitio al aire libre. Supongo que habrán estado todo el día preparándolo —miró a su alteza—. ¿Para estar aquí hay que reservar sitio o te invitan?

—Se suele reservar y al finalizar hacen una subasta con varios objetos que se han donado. El dinero conseguido es para la beneficencia.

Saciada su curiosidad, Annika se dedicó a sus platos. Cenaron un succulento menú a base de verduras y caza, donde un cielo cuajado de estrellas era el techo y la música de la orquesta flotaba junto a los comentarios y las bromas de los comensales.

Marie Anne, a pesar de la distancia, trató de llamar un montón de veces la atención de Nikolai, en cambio este estaba centrado en su joven prima y no parecía tener ojos para nadie más. Si él se había propuesto conseguir su perdón, se lo estaba ganando con una nota de sobresaliente.

Más tarde, el grupo de cinco mujeres se levantó a pasear por los alrededores con la excusa de bajar la comida. Annika, algo más suelta con el idioma, pudo practicarle abiertamente y, aunque su propia voz le sonaba extraña a los oídos, disfrutó muchísimo. Entre charlas, comentando lo bonito que se veía todo con las luces de las velas, se adentraron por un estrecho sendero de gravilla que había perdido intensidad en su iluminación, por lo que a veces no podían distinguir los rostros de las personas con las que se cruzaban. Árboles de tronco grueso bordeaban el camino profiriendo lustrosos charcos de sombra.

April y Annika escuchaban a Marceline cuando un tipo alto de aspecto desgarbado se cruzó cerca de ellas y enseguida retrocedió hasta colocarse a la altura de Annika. Ella se detuvo abruptamente y su corazón comenzó a bombear con una fuerza inusitada. Le reconoció en el acto. El hombre vestía más elegante que la vez que lo vio en el tren de Hamburgo, aun así llevaba la camisa desabotonada hasta el centro de su pecho y los faldones fuera del calzón. La cara estaba cubierta con una barba incipiente y sus ojos rojos inyectados en alcohol.

El momento fue tenso hasta que él continuó su camino.

—¿De qué lo conoces? —quiso saber April enredando su brazo en el de Annika. La joven estaba repentinamente pálida, como si hubiese visto al mismísimo diablo.

—Tenemos que marcharnos —susurró frenética, mirando atrás.

—¿Qué ocurre? —insistió April cuando Annika suplicó en que apresurasen el paso—. ¿Quién es ese hombre?

—Un ladrón y es muy peligroso —murmuró—. Debemos salir de aquí cuanto antes. —La pañoleta de sus hombros se deslizó sobre un lado pero ni siquiera quiso pararse a colocarla hasta no salir a un claro de luz.

Nikolai, que charlaba con Greysort, debió leer en el rostro de las mujeres que llegaban a media carrera, que algo había sucedido. Annika parecía a punto de desmayarse. Con grandes zancadas llegó hasta ellas.

—Nikolai, era un tipo que se ha parado delante de Annika. Ella dice conocerlo —se apresuró a explicar April.

—¿Quién era?

Annika le miró con ojos dilatados.

—Era el tipo del tren, Nikolai.

Su alteza alzó la cabeza con velocidad recorriendo los rostros de los asistentes con fiereza.

—¿Por dónde estaba?

—Fue por allí. —April le mostró el camino extendiendo un brazo—. ¿Quién es ese hombre, Nikolai?

Annika estaba lista para desplomarse, pero antes de rozar el suelo, Nikolai la cogió entre sus brazos. Ella enterró la cara en su pecho.

—Luego te cuento, April, ahora es importante que salga a buscarlo...

—¡No! Ahora es importante que la llevemos a casa —dijo April, preocupada, señalando a la joven.

—Ella tiene razón —le aconsejó Jonas—, con tanta gente será como buscar una aguja en un pajar.

Nikolai asintió. Apoyó sus labios sobre la cabeza de Annika.

—Pronto solucionaré esto, te lo prometo.

—¿Qué es lo que quiere, excelencia? —le preguntó ella buscando sus ojos—. ¿Por qué está aquí?

Él no supo que contestarle. De regreso a casa no tuvo más remedio que contarle a April de dónde conocían al hombre. La pelirroja pasó por diferentes estados de ánimo en cuestión de minutos: terror, compasión y furia.

Decidieron oportuno avisar a las autoridades y, para ello, Jonas y Nikolai las dejaron en casa mientras ellos volvían a salir.

Pese a que April le había aconsejado que se fuese a dormir en varias ocasiones, Annika se negó en redondo y prefirió esperar despierta hasta que su alteza llegase con noticias. Estaba muy cansada, y señal de eso eran las profundas ojeras rosáceas que se dibujaban bajo sus ojos, así como la expresión agotada y abatida de su rostro. Pero sabía que no iba a poder conciliar el sueño mientras no supiese nada.

April había pedido a la cocinera que les sirviera tila para calmar los nervios y ya llevaban tres tazas cuando por fin la puerta principal de la calle se abrió.

Annika salió al pasillo seguida de April en el momento que Nikolai y Jonas se desprendían de las chaquetas y los sombreros. En cuanto los vio, Annika se lanzó a los brazos de Nikolai.

—Me alegro de que se encuentre bien, excelencia. Estaba muy preocupada.

Él le devolvió el abrazo. No había esperado esa reacción, sobre todo después de los últimos días.

—Debo admitir que me sorprende mucho tu preocupación. —Annika bajó la mirada, pero él la tomó del mentón y la obligó a levantar la vista—. ¿Has podido dormir algo?

—No he podido dejar de pensar en lo que ocurrió, en lo que busca ese hombre aquí. En cuanto cierro los ojos vuelvo a revivirlo todo de nuevo.

—Esta casa es segura y aquí no tienes que temer nada. Ahora mismo están buscando a ese hombre, Arthur Saxon. Por lo visto perteneció a una banda de delincuentes y fue apresado en varias ocasiones. Nunca había tratado a nadie con violencia hasta lo del tren. Y si él sabe que yo estoy cerca, no creo que se le ocurra venir.

Annika curvó las cejas.

—No lo entiendo ¿Ahora es usted quien quiere hacerme creer que lo de esta noche ha sido una casualidad?

—Él no podía saber que íbamos a ir al parque precisamente hoy.

Ella lo miró con incredulidad. April se adelantó hasta ellos.

—Si ese tipo sabe quién eres, Nikolai, ten por seguro que conocía que ibas a asistir al evento.

Nikolai ladeó la cabeza maldiciendo en silencio la intervención de la pelirroja.

—Quizá no sea casualidad del todo, aunque es posible que no esperara encontrarse contigo. Puede que esté buscando algo —se encogió de hombros—, pero de momento no sabemos qué.

—¿Y si lo que busca es a Annika? ¿Si lo que pretende es hacerle daño? —preguntó April con la voz demasiado elevada.

Nikolai se obligó a sonreír. No quería asustar a las damas más de lo que ya estaban.

—Es imposible que pueda hacerle algo aquí. De momento hay patrullas buscándole por doquier. No tardaran en venir a decirnos que lo han cogido. Cuando pase eso, ya veremos que sucede.

Jonas se había mantenido en silencio, escuchándolos, hasta ese momento.

—Si viene desde Hamburgo ha hecho un viaje bastante largo. Imagino que dará un paso en falso en cualquier momento.

Su alteza asintió.

—Me tomaría un poco de ese café y unas galletas. Estoy hambriento —dijo cambiando radicalmente de tema.

Annika se apartó de él y le pidió a madame Rose Wood que preparara una cafetera. Ella tampoco se había querido retirar a su alcoba hasta no saber bien qué era lo que estaba pasando, aunque había estado dormitando a intervalos, en el sillón.

CAPÍTULO 19

Annika se decidió por uno de los vestidos que iba a utilizar en la dichosa presentación. Todo estaba siendo tan rápido que no había tenido tiempo de idear nada para no acudir a esa fiesta. Pensó que April tenía razón. Que fuera a esa recepción no significaba que fuese admitida como pariente de los Petrov. Lo mejor que podía hacer era ir sin rechistar e intentar encontrarse con su padre para poder hacerle una proposición.

Elvira llegó para ayudarla a vestirse. Era un traje hermoso en tono gris plata que caía en un pequeño vuelo desde debajo de los senos hasta los tobillos. La tela era tan suave y vaporosa que pedía ser acariciada. El escote redondo era de los más recatados de todos los vestidos que poseía y, aun así, mostraba los hombros y el nacimiento de los pechos. El pequeño cuerpo se había confeccionado con primorosos detalles trenzados, semejante al drapeado.

Del brazo del príncipe Moritz Nikolai Petrov, Annika atravesó las dobles puertas de la residencia de los condes de Montreal. Su asistencia atrajo la atención de todos los presentes y pronto se vio rodeada de un montón de caras desconocidas que ansiaban ser presentadas.

Nikolai, fiel a su promesa, no le quitó los ojos de encima durante la velada. También porque su belleza lo abrumaba. Nada más verla descender las escaleras de mármol de su casa le cautivó con su apariencia distinguida y elegante porte. Reprimió el deseo de besarla entonces y siguió haciéndolo el resto de la noche. En su mente perversa la evocaba en su cama, debajo de él... tan tierna, tan suave, tan dulce que lo enloquecía y sentía inflamado su deseo hasta el punto de doler.

En una sala adyacente al gran salón de jaspe, deambulaban varias carabinas

que observaban con expectación cuando algún caballero se acercaba demasiado a las damas. Madame Rose Wood no tuvo ese problema y solo una vez debió vigilar a Annika cuando Nikolai se disculpó durante un rato y la dejó encargada de su cuidado.

Su alteza atravesó una pequeña sala a oscuras y salió al jardín tomando el camino que llevaba a un majestuoso cenador cubierto de flores. Antes de llegar salió del sendero dirigiéndose a uno de los bancos del camino. Solo cuando se acercó lo bastante distinguió una figura femenina sentada sobre la base de piedra. Esa noche no había luna y la oscuridad se cernía por los alrededores de la casa. La mujer giró la cabeza hacia atrás al escuchar sus pisadas.

—No se vuelva, por favor, condesa —dijo en un forzado susurro.

La dama asintió.

—¿Es usted el Caballero de la Sombra?

—Sí, lo soy. Por favor siga mis indicaciones y no trate de verme la cara. Me han dicho que necesitaba con urgencia contratarme. ¿De qué se trata?

—Monsieur, voy a confiar en usted aunque siento que es algo muy arriesgado. No sé si debería...

—Si me ha mandado llamar es porque ya lo está haciendo.

La mujer tardó unos segundos en hablar, admitiendo que él llevaba razón.

—Le pagaré lo que sea. Ponga un precio y estaré dispuesta a... cualquier cosa.

—Se la escapó un sollozo y enseguida se recuperó—. Lo lamento. Estoy pasando por una situación horrorosa.

—Condesa, estoy aquí para escucharla.

—Se trata... de... de mi vida y de mi matrimonio. Mi esposo, el conde, es una persona muy ocupada. Antes siempre estaba dedicado a los negocios, a sus viajes, a sus partidas de cartas... y yo fui muy débil. Conocí a alguien, a otro hombre. Fue casualidad, pero él se presentó cuanto yo más lo necesitaba. Nos hicimos amigos y es posible que incluso ambos flirteásemos. Él también es un hombre casado y, en su caso, su esposa le apartaba de su lado para cuidar de su madre enferma, o por lo menos eso me dijo. Ya no sé si es verdad o no.

Nikolai pensó en chantaje. Preguntó.

—¿Tuvo una aventura?

La dama tensó los hombros y su alteza dio un paso atrás escondiéndose más entre las sombras.

—¡No! Nos estuvimos conociendo e íbamos a pasear juntos. Puede que nos diésemos unos besos. Él me convenció para vernos en una casa de las afueras. Era un sitio muy bonito y... yo iba dispuesta, ya sabe... iba acostarme con él. —Suspiró temblorosamente—. Cuando estuve allí... me arrepentí. Me di cuenta de todo lo que amaba a mi esposo, de la locura que estaba cometiendo. No pude hacerlo. Me disculpé con él. Sabía que mi cambio de parecer no era lo que él deseaba, pero me respetó. Sin embargo me mandó una carta y yo... sé que fue una tontería, pero le mandé otra. —La condesa se pasó las manos por la cara—. No sé porque lo hice, pero es una carta bastante comprometida. Y él... está chantajeándome. Si no le pago se la entregará a mi esposo.

—¿Por qué no le cuenta todo esto al conde?

—¡Porque él jamás entenderá lo que hice! ¡No le fui infiel totalmente, pero él no lo verá así! Mi esposo ha cambiado. Ahora estamos más enamorados que nunca y no quiero que esto se rompa. ¿Me ayudará, por favor? ¿Podrá recuperar esa carta?

Durante unos minutos, el Caballero de la Sombra guardó un silencio intenso y profundo. Una ligera brisa arrastraba hasta ellos notas sueltas de la orquesta mezclada con la fragancia que nacía de los rosales.

—Necesito que me dé detalles.

Siguiendo correctamente las instrucciones del hombre, la condesa no se volvió en ningún momento a mirarlo. Se levantó y dejó un abultado sobre en el banco

—Lo tengo todo aquí. Dígame cuánto debo pagarle...

—Se lo diré cuando recupere la carta. Me citaré con usted para entregársela.

—¡Yo no la quiero! ¡Destruyala!

—Primero deberá verla para estar seguros de que era eso lo que buscaba. Luego haga lo que quiera con ella. Ahora, condesa, regrese a la casa por el camino. Si alguien le pregunta, ha salido a pasear y a tomar el aire.

Ella dio varios pasos adelante.

—Confío en usted, monsieur. Por favor, no me falle. —Sin resistirse, volteó la cabeza al escuchar un débil murmullo. Todo estaba oscuro.

Lo primero que hizo Nikolai al llegar al salón fue buscar a Annika. La encontró en una esquina de la sala de baile escuchando con rostro aburrido a un respetable señor que parecía muy animado. Luego de disculparse con el hombre y agradecerle que hubiese acompañado a la joven, la llevó al centro del recinto. La música entonaba una danza alegre y divertida. Ambos hacían una pareja muy bonita y varios bailarines se apartaron para verlos mejor. Annika no era muy diestra en sus pasos, pero Nikolai sabía dirigirla tan bien que parecía que llevaba bailando toda la vida.

—No parezco un palo, ¿verdad? —le preguntó ella, dicharachera.

—No, y para serte sincero estaba preocupado por ello.

—¡Eso no es cierto! —rió divertida.

Nikolai la hizo girar con velocidad y ella, con una carcajada, se agarró a él con más fuerza. Los últimos compases fueron una verdadera locura. Las faldas de las damas revoloteaban chocándose unas con otras, y los zapatos de los caballeros resonaban con potencia sobre el mármol.

La música se detuvo y, todavía riendo, se dirigieron a la mesa de las bebidas.

—¿Qué tal tu primer baile, Annika?

Ella ladeó la cabeza.

—Creo que esta pieza ha sido la mejor de todas.

—Espero que haya sido por tu compañero de baile.

—Seguro que sí. —Se abanicó con la mano y le susurró—: siento que todo el mundo nos mira a ver qué hacemos o que no hacemos. Eso me incomoda un poco.

—No debes pensar en la gente, solo en pasártelo bien y en disfrutar. Y desde luego, si hoy te miran mucho es porque eres la mujer más bonita de la fiesta.

Las mejillas de Annika se tornaron rosadas.

—He advertido que no ha venido nadie de su familia —le dijo ella aceptando una limonada.

—Este baile tampoco es de los más importantes, sin embargo quería que vinieses para que luego no te tome todo por sorpresa. Además, necesitabas despejarte después de lo del parque.

—Eso es cierto. —Se llevó el vaso a los labios y bebió un trago—. Por cierto,

excelencia, hace un buen rato que no sé dónde está April.

—Se encontró con un conocido. No te preocupes por ella, vendrá antes de que finalice el baile.

—¿Y tardará mucho en acabar?

Él frunció el ceño y paseó la mirada por el salón. Varias matronas agrupadas en el rincón cercano a la sala de las damas de compañía y doncellas los miraban fijamente y cuchicheaban tras sus abanicos.

—No mucho —respondió—. ¿Te han dicho algo que pueda molestarte?

—No, excelencia, nadie me ha dicho nada.

Nikolai asintió. Aspiró con fuerza.

—¿Qué te parece si salimos un poco a la terracita?

—Mejor. Aquí hace mucho calor. —Al girarse descubrió a Marie Anne sentada entre unas cuantas damas. Iba a decírselo a su alteza, pero no lo hizo. Si él no la había visto no era su problema.

En el mirador, un rectángulo con suelo de mármol con bancos colocados en los laterales, había grupillos de personas tomando el fresco. Él la llevó hasta la balaustrada, cerca de las escaleras que accedían al jardín.

En el círculo de las matronas, Marie Anne trataba de convencer a una vieja conocida suya que entre el príncipe y su pupila no existía nada fuera de lo normal.

—Solo un ciego no querría darse cuenta —decía la otra mujer siguiendo con la vista a la pareja.

Los ojos envidiosos de Marie Anne también se fueron allí.

—La repito, señora de Trevillé, que Nikolai actúa así porque se siente responsable de la señorita.

—Ese muchacho no ha sido responsable en toda su vida, Marie ¿no se ha fijado en cómo se comen los dos con los ojos?

Marie Anne sí lo había hecho y por ese mismo motivo ella se había pasado la mitad del tiempo sentada en una silla, rechazando a sus admiradores, esperando que Nikolai se dignara a pedirle una pieza.

—Dígame, Marie, ¿por qué el príncipe Petrov se ha convertido en su tutor? Creo que esa muchacha me recuerda a alguien, pero ahora mismo no logro

ubicarla.

—Es la hija bastarda de Cameron Pávlov.

Esas palabras llamaron la pronta atención de la marquesa de Trevillé y de otras damas más.

—¿El esposo de la princesa Irina, de los Petrov?

—El mismo —asintió Marie Anne—. Monsieur Pávlov tuvo un romance con una mujer humilde de Praga del que nació está muchacha.

—¿Y la princesa lo sabe?

Marie Anne asintió.

—Sí, pero por supuesto se niega a aceptarla. —Les contó lo que sabía y lo que se decía de ellos. Un poco más tarde, vio que su alteza y la muchacha se dirigían al vestíbulo. Se levantó corriendo y se despidió de las damas. Sabía que solo tendría esa ocasión de acercarse a Nikolai antes de que se marchasen.

—¡No me digáis que ya habéis pedido los abrigos! ¿Os vais tan temprano? —les preguntó. Llevaba un vestido en tonos cremas con pequeñas piedras brillantes cosidas en el cuerpo y en las mangas afaroladas.

Nikolai y Annika se volvieron a ella.

—Annika está cansada y se nos ha hecho tarde.

—¡Ni siquiera me has saludado esta noche, príncipe! —le amonestó con un mohín.

—Te juro que no te he visto. Discúlpame, Anne, no he tenido ni un solo momento libre desde que he llegado.

—Se supone que una fiesta es para divertirse. —Posó la mirada en Annika y no solo sintió envidia de su belleza, los ojos azules contrastaban con el cabello negro y la piel cremosa, si no que su actitud sumisa y recatada le aportaba un aire inocente y elegante, poco visto en muchachas de su clase—. Me alegra volver a verte, querida. Espero que ya estés más recuperada. ¿Se ha sabido algo de ese tipo?

Annika negó con la cabeza.

—De momento no sabemos nada —respondió Nikolai.

—Antes de marcharte deberías concederme un baile, alteza.

Nikolai miró en su derredor atento a las personas que discretamente les

observaban. Ya había mandado a un criado que buscara a madame Rose Wood, y April charlaba con un grupillo de personas muy cerca de ellos. Con alivio vio llegar al sirviente con las capas sobre un brazo y le señaló.

—Me temo que tendrá que ser en otra ocasión, ya llegan las prendas y yo estoy deseando llegar a casa. No hemos podido descansar todo lo bien que queríamos.

Marie Anne intentó retenerle de otro modo.

—No he podido evitar escuchar los comentarios que esta noche se han hecho sobre tu prima. Creo que deberías saber que la mayoría de ellos especulan que tenéis un romance. Y no solo eso —hizo que sus ojos bailaran traviosos—, hablan del lugar de donde la has... traído. Un sitio lleno de... huérfanos mendigos y ladrones. ¿Es eso cierto?

Nikolai miró a Annika por el raballo del ojo. Ella parecía estar distraída contemplando algo entre la gente. Observó a Marie Anne disimulando el creciente mal humor que se acababa de apoderar de él.

—Yo también he oído las declaraciones, Anne, te agradezco el aviso. Mi pregunta es ¿existen los orfanatos con mendigos y ladrones?

La dama frunció el ceño.

—No me has contestado, príncipe.

Nikolai respiró con irritación. Se inclinó a ella con los dientes apretados y una tensa línea en su boca.

—¿Desde cuándo tengo que dar explicaciones de mis actos, Marie Anne? No creo recordar haberlo hecho nunca.

Annika le cogió del brazo llamando su atención y se disculpó con la dama.

—¿Nos podemos ir ya, excelencia?

—Sí, claro —le regaló una breve inclinación de cabeza a Marie Anne—. Ha sido un placer verte de nuevo, Anne. Espero que volvamos a coincidir en otro momento.

—Yo también lo espero —musitó ella. Celosa, observó cómo su alteza colocaba el abrigo a su prima.

De repente se armó un pequeño revuelo en la sala de baile y muchos invitados corrieron a rodear a los anfitriones para enterarse de lo que había sucedido. Nikolai cruzó una mirada con April y se acercó a echar un vistazo. Annika le

siguió de cerca. La condesa de Montreal afirmaba que alguien había entrado en sus aposentos y había sustraído una carísima gargantilla de esmeraldas. Algunos asistentes empezaron a decir que habían creído ver la silueta de una mujer vestida de oscuro en la planta superior.

Su alteza prestó especial atención a este asunto. Era una maldita coincidencia que pasara eso cuando la mayoría de los presentes comentaban de dónde había salido Annika. Comenzó a sospechar que para el ladrón esa era una de las mejores coartadas con las que podía encontrarse.

Las autoridades se personaron en la casa enseguida y la fiesta comenzó a decaer a pasos agigantados. Nikolai se apresuró a despedirse del anfitrión antes de que este se encerrara en el despacho con los investigadores.

—Es posible que este sea un trabajo para el Caballero de la Sombra —dijo April antes de salir.

Annika asintió y bailó sus ojos por entre los invitados.

—¿Crees que ese hombre pueda estar por aquí?

—No lo sé. ¿Por qué lo dices?

Annika no vio el intercambio de miradas entre Nikolai y ella.

—En la novela que han escrito sobre él, dicen que es un aristócrata que se codea con lo más alto de la sociedad y por eso siempre pasa tan desapercibido.

—Por tu tono de voz me doy cuenta de que lo admiras —señaló April.

Annika asintió.

—Sí. Es algo así como un héroe.

Nikolai se echó a reír. A veces se había sentido muy satisfecho cuando alguien nombraba al Caballero de la Sombra con admiración. Pero que lo hiciese Annika lo llenaba de orgullo.

—Mi prima tiene razón, este trabajo es para ese hombre y debe de recuperar la joya antes de que acusen a alguien injustamente.

Durante los días siguientes Nikolai, no tuvo tiempo para estar en casa todo

cuanto hubiese querido. Recuperar la carta de condesa de Montreal era un trabajo bastante fácil en comparación con averiguar qué había pasado con su gargantilla. Se imaginó que había sido sustraída mientras estuvieron reunidos en los jardines, y que los testigos dijese que habían visto a una mujer sacaba a la mitad de los invitados fuera de su lista de sospechosos. Aunque, obviamente, a esos nombres debía añadirles el de las criadas y damas de compañía que ese día habían acudido, al igual que los propios sirvientes de los condes que podían haber aprovechado la situación.

CAPÍTULO 20

Annika estaba extrañada de que todavía no le hubiesen avisado sobre el empleo que había solicitado. Ya deberían haberlo hecho, sin embargo decidió esperar un par de días más y, si no lo hacían, no tendría más remedio que ir ella en persona. Desaparecer de la casa con la presencia de April iba a ser más complicado que cuando estaba sola con Nikolai. Por demás de que las visitas estaban restringidas y siempre supervisadas por él o por la pelirroja.

Aquella mañana ninguno de los dos se hallaba en la casa y ella se encontraba en el patio charlando con Johnny, que recortaba las plantas del seto que se alzaban contra un muro mediano. Las lilas impregnaban todo con su fuerte aroma al ser zarandeadas por él.

Elvira llegó sosteniendo el bajo de la falda con las dos manos.

—Señorita Annika, madame Rose Wood la estaba buscando. ¿Le digo que está aquí?

—No, Elvira. Ya voy yo, ayer le dije que esta tarde saldríamos a pasear por aquí cerca, pero como no está su excelencia no puedo pedirle permiso. Tendremos que dejarlo para otro día.

Annika entró en la sala donde madame Rose Wood se hallaba sentada. La mujer la miró con multitud de arrugas pintadas en su frente.

—He visto al gato entrar en el despacho del príncipe. Yo que usted lo sacaba de allí antes de que forme algún lio.

Annika se sorprendió.

—Muchas gracias, iré a buscarlo. Es raro que entre en la casa si no es conmigo, aunque ahora que lo dice, vengo del patio y allí no lo he visto.

—Se ha debido de colar el muy intruso, y Pierre es capaz de cocinarlo.

—Ese hombre está buscando cualquier excusa para hacer que Monsieur Bigotes desaparezca.

—Tiene que reconocer que es muy molesto que toda la ropa se llene con pelo del gato.

Annika no quería seguir escuchándola porque más veces había salido el tema y siempre conseguía ponerla de mal humor con sus riñas, de modo que salió disparada al despacho antes de que el sirviente o el mismo Nikolai descubriesen a Monsieur Bigotes.

La sala estaba pulcramente recogida. La mesa brillaba de limpia y, en una esquina de esta, había un fajo de papeles apilados y ordenados. Las cortinas se hallaban cerradas y las sombras inundaban el espacio.

Durante un buen rato buscó al gato. No lo encontró y por el aspecto de la cámara tampoco halló indicios de que hubiera estado allí. Pero madame Rose Wood no iba a mentirla sobre eso. ¿Verdad?

Salió de allí y estuvo a punto de arrollar a Pierre que pasaba en aquel momento en dirección a la puerta. Se disculpó con él e ignoró la fría mirada que la dispensaba siempre que la veía. Al final encontró a Monsieur Bigotes dormitando en el patio, cerca de donde Johnny trabajaba. Pierre llegó tras ella.

—Ha recibido una visita. Es una señora que pregunta por usted.

«¿Estaría relacionado con el puesto de trabajo?», se preguntó. Inició el camino de regreso a la casa cuando Johnny la interrumpió.

—Perdone, señorita Annika. Es mejor que vaya yo.

—No se preocupe, Johnny, siga con lo suyo.

—Su alteza ha dicho...

Annika le miró sobre el hombro ladeando un poco la cabeza.

—Voy a estar bien —le aseguró—. Le prometo que le cuento más tarde.

—Pero su alteza...

—Johnny, estoy esperando visita —insistió, entrando en la casa.

El hombre apretó los labios con fuerza y la dejó marchar.

—Es la señora Nataxa Cramer —informó Pierre caminando junto a ella a la sala.

Su nombre no la decía nada.

—Gracias.

Nada más entrar en la pequeña estancia sus ojos volaron a una mujer de mediana edad que vestía muy elegante para ser una simple recadera.

—¿Es usted Annika Anderson?

Ella asintió. Se acercó con una sonrisa amable y la tendió la mano.

—Y usted la señora Cramer, ¿verdad?

—Nataxa Cramer, señora de Petrova. Soy la madre de Nikolai.

Annika parpadeó con sorpresa. La última persona a la que habría esperado conocer precisamente hubiera sido ella. Su apariencia era la de una mujer sofisticada pero sosegada, con un rostro amable y ojos verdes, muy parecidos a los de Nikolai sin llegar a ser iguales.

—¿Su madre?

—Preferí dar mi nombre de soltera porque de lo contrario no me habría recibido.

Annika asintió, comprensiva.

—No sé si estoy haciendo bien en dejarle que continúe aquí, ahora que sé quién es.

—Serán solo unas palabras, señorita Anderson.

Annika señaló un diván azul con detalles plateados situado junto a una de las ventanas que daban al exterior de la entrada principal.

—¿Quiere sentarse?

—Gracias.

—¿Desea una limonada? —Sin esperar que respondiese se volvió a Pierre—. Por favor, diga que nos traigan unas limonadas y unas galletas. —Tomó asiento en el sillón cercano donde estaba la madre de Nikolai—. Si ha venido a ver a... a su hijo, no está.

—He venido hablar con usted, Annika. ¿Puedo llamarla así? —La joven asintió. Estaba nerviosa—. Tiene un nombre precioso.

—Por favor, estoy un poco alterada. Dígame a qué ha venido —apremió.

—Pues en verdad he venido a hablarle de Nikolai. Sé que usted recién lo está conociendo y hay muchas cosas que no entenderá de él. Siempre fue un niño bueno, aunque bastante rebelde. Sus travesuras le hicieron ganarse muchos

castigos. Siempre estaba jugando, correteando de un lado a otro, desobedeciendo. No dejaba de cuestionarnos a su padre y a mí, como si todo lo que él hiciera estuviese bien. Era un niño muy orgulloso, siempre lo ha sido.

—Eso no es tan malo. Puede que solo quisiera expresarse aportando sus ideas. Está muy bien ser iniciativo —atinó a decir, recordado lo que Jonas le había dicho sobre que la familia Petrov siempre quería controlarlo todo.

—Una cosa era ser iniciativo y otra llevarnos la contraria en todo. Su tía incluso nos llegó a decir que le teníamos consentido y no sabíamos educarle.

—Señora, si lo que pretende es que yo vea a su hijo como un ser horrible está muy confundida conmigo. No me importa como haya sido antes, conmigo se ha portado muy bien.

—No es eso lo que pretendo, Annika. Solo trato de comprender por qué Nikolai dejó de visitarnos al alcanzar la mayoría de edad. Cuando él... se marchó de casa, sentimos que le perdíamos. Hemos mantenido el contacto, aunque ha sido mínimo estos últimos años. No entiendo cómo se desentiende con tanta facilidad de su propia familia.

—Si una persona no recibe el apoyo de los suyos no puede pretender que esté siempre pendiente de ellos.

Nataxa alzó las cejas.

—¿Está diciendo que no apoyamos a nuestro hijo?

Annika se encogió de hombros. Quizá hablar de Nikolai con su madre era meterse en camisa de once varas. Aun así no podía dejar de imaginar a un pobre niño siempre castigado en un rincón.

—Mi esposo sufrió una grave enfermedad hace unos años y él fue incapaz de venir a preocuparse.

La muchacha la interrumpió, enfadada.

—¿Sabe usted si alguien informó a su alteza de lo ocurrido? Por si no lo sabían, apenas nos enteramos la semana pasada del estado del señor Petrov. Fue algo horrible para Nikolai enterarse de ese modo.

—¡La semana pasada! ¡Eso no es posible! Los abogados de mi cuñada se pusieron en contacto con él.

—Discúlpeme, señora —dijo tratando de calmarse—. No pienso discutir con

usted, pero estoy segura de que nadie le advirtió. Su hijo nunca se ha despreocupado y me atrevería a decir que alguien le ha mantenido al margen de todo esto, adrede. —Nataxa trató de hablar, pero Annika no la dejó. No importaba si decía de ella que era una maleducada, pero no podía permitir que hablasen mal de Nikolai en su presencia—. Puede que piense que como no siento ningún aprecio por Irina defiendo a su alteza, y no es así. Él se afectó mucho cuando supo que su padre había estado a punto de morir. Se enrabietó al descubrir que nadie había tenido el detalle ni la delicadeza de avisarle. Cierto que es demasiado orgulloso como para ir a recriminarles, pero me extraña que puedan llegar a pensar que su hijo es un insensible y no los ama.

La mujer quedó profundamente consternada al escuchar aquello. Sin previo aviso rompió a llorar desconsolada. Annika se asustó sin saber muy bien cómo actuar. No quería herir a la mujer y se dio cuenta de que con su poco tacto había hecho eso.

—¡Si es que a veces soy una bocazas! Lamento mucho haberle hablado así. —Se disculpó apenada—. Yo no tenía por qué habérselo dicho. Por favor, no llore. Si su excelencia se entera de que le he contado esto, se va a enfadar mucho conmigo. Sé que yo no soy nadie para decírselo pero... ¡Caramba! No quiero que piense mal de su hijo.

—¡No, no! ¡Al contrario! —exclamó Nataxa secándose las lágrimas con un fino pañuelo de hilo que se sacó del puño de su vestido—. Le agradezco que haya sido tan sincera. Todo este tiempo hemos estado pensando muy mal de él, es cierto. —Respiró profundamente—. Voy a marcharme, señorita, le agradecería que no le comentase que he venido a visitarla. Yo misma averiguaré que pasó con los hombres encargados de avisar a Nikolai.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que la llevemos a algún lado? —Annika, preocupada, la ayudó a ponerse en pie—. Johnny podría llevarla donde usted diga.

—¿Johnny? —sonrió—, hace años que no le veo, pero no, no le diga nada. Mi coche está esperando en la esquina. Creo que mi cuñada me debe una explicación.

—No sé preocupe, señora Petrova, de mi boca no saldrá una palabra.

La mujer la miró con una expresión tierna y maternal.

—Lamento lo ocurrido con su madre, me alegra saber que Cameron al menos tiene una hija educada y de buen corazón. No me mire así, si usted tuviera un poco de resentimiento nunca habría defendido a mi niño como lo acaba de hacer.

Annika se sonrojó.

—Mejor es que Irina no le escuche decir esas cosas, pensaría que la estoy manipulando.

Nataxa curvó los labios hacia arriba en una mueca.

—Si usted supiera todo lo que he tenido que aguantar estos años...

—No entiendo por qué. A veces es malo guardarse las cosas para sí. Nikolai me enseñó que no siempre tengo que caer bien a todo el mundo —En un impulso, Annika tomó las manos de la mujer con afecto—, tiene que hacer lo que crea que es mejor para usted.

—Siempre he sido una persona muy callada, querida. Mi esposo tiene el mismo carácter que Nikolai y temo enfadarle.

—Sí, es así, en cierto modo puedo comprenderla, pero a veces la falta de comunicación es lo que suele perjudicar a las personas. ¿Cómo van a saber lo que siente cada uno si no hablan? —¿Debería ella aplicarse el cuento también? ¿Decirle a Nikolai que no quería aceptar su apellido ni ser partícipe de su venganza?

—Supongo que lleva razón, querida. Veré si es posible hablar con mi esposo sin que mi cuñada este presente. Puede que aún no sea tarde para intentar manejar mi vida.

—Estoy segura de que Nikolai deseará saber de ustedes.

—¡Ojalá! ¡Dios la oiga! —Nataxa se cubrió la cabeza con una delicada pañoleta y salió de la casa.

Annika llegó a la conclusión de que la madre de Nikolai era una persona demasiado influenciada. Era una lástima, se veía que era una buena mujer.

CAPÍTULO 21

En la zona de estatus medio de París, los comercios abrían hasta tarde y la gente no dejaba de pasar a cualquier hora. Las calles, sucias de tierra y briznas de paja, manchaban el interior de los locales a pesar de que la mayoría tenía un par de escalones en un intento por mantener los pisos limpios. Los mendigos, ocupando las esquinas, extendían sus manos esperando las míseras propinas que algunos ciudadanos buenos entregaban para que pudiesen malvivir. El alboroto, siempre generalizado por las largas colas del barbero y de la panadería que hacía los mejores pasteles de carne de todo París, ahogaba el sonido de los pocos carruajes que se atrevían a cruzar la empedrada calle.

Un sujeto alto, envuelto en ropas oscuras, esquivó a varios parroquianos que se habían puesto a discutir el precio de unas gallinas en mitad de la calle. Llevaba prisa en el andar y bajaba el rostro cuando se cruzaba con los policías uniformados que rondaban la zona acechando a los rateros. No comprendía por qué Rose Wood lo había citado en ese lugar tan lleno de gente. De un momento a otro le descubrirían y estaría perdido. Su rostro, precavido, reflejaba una ligera angustia que lo hacía tragar saliva como a los pavos. Se subió las solapas del abrigo y cruzó la calle con largos pasos nada más localizar a su contacto. Al menos no le iba hacer esperar, cosa que odiaba.

La alta y gruesa figura de Rose Wood se hallaba ligeramente inclinada sobre el escaparate del barbero, se enderezó en cuanto le vio llegar. Como siempre le miró con ojos entornados y un gesto cruel en su boca de labios anchos y carnosos. De no tener un pequeño bigote de cuatro pelos, aquella mueca no se vería tan fea. Esa mujer no sonreía nunca y era horrible como un demonio.

Rose Wood pensaba de él algo parecido. Su melena lacia y desgredada parecía

estar cubierta por una capa de grasa que le hacía brillar la cabeza entera. Vestía con sus mejores ropas: unos calzones simples, demasiados anchos y una camisa de cuadros en tonos tostados. Todo ello, ropa robada en una de las casa de las afueras. Lo único que en verdad le pertenecía era el largo abrigo descolorido, algo pasado de moda. No pensaba desprenderse de él hasta no recibir la importante suma de dinero que Rose Wood había prometido. Lo malo era que su encargo no había finalizado, en gran parte por su culpa. Todo radicaba en que él no era un asesino, no pensaba que fuese difícil matar, pero la única oportunidad que tuvo la desaprovechó por su libido y la debilidad de un cuerpo hermoso. Lo tenía bien planeado, iba a matar a la joven porque se lo habían ordenado y pagaban de maravilla. Nada más verla sintió la necesidad de probarla antes. Era una muchacha demasiado bonita como para no aprovecharla antes de que su cuerpo se pudriera en algún agujero.

—¿Me escuchas, Arthur?

—Con este ruido no oigo nada —respondió. Los sujetos que hablaban sobre precios discutían alterados, muchas personas formaban un corro en su entorno—. ¡Podíamos habernos citado en otro lugar! —se quejó.

—No cuando todo el mundo anda buscándote. —Patentó la mujer con una mirada fulminante. Acostumbrada a mandar sobre todos, se molestaba cada vez que tenía que conversar con él, ¡como si ella fuera una santa honrada!

Rose Wood giró su cuerpo obeso y caminó hasta un portal. Arthur aceleró el paso poniéndose a su altura y ambos penetraron a la barbería por una puerta trasera. El dueño asomó la cabeza y, al ver que eran ellos, regresó a la sala principal donde le esperaba un cliente en la silla especial de rasurar. La sala de esperas estaba a reborar y los murmullos eran constantes.

Rose Wood cerró la puerta evitando que los curiosos miraran hacía allí y se giró hacia Arthur con el gesto torcido. Las estanterías de la habitación estaban llenas de tarros y redomas de diferentes colores y tamaños, cada una pulcramente colocada con su etiqueta. Había un pequeño microscopio sobre una mesa alargada y tubos de ensayo. Un pequeño laboratorio donde el barbero elaboraba sus pócimas y ungüentos.

Arthur no se atrevió a preguntar de donde conocía ella al hombre e imaginó

que tampoco se lo diría. Rose Wood era una persona bastante reservada.

—Tengo una pequeña lista de los siguientes eventos a los que acudiré la chica —le dijo la mujer sin perder tiempo—. Espero que esta vez no te dejes ver y termines con tu trabajo.

Arthur recogió el arrugado papel que le entregaba y fingió mirarlo con ojos entrecerrados. No sabía leer.

—Lo haré, pero necesito más dinero —respondió, chasqueando la lengua.

—Ya te entregué una bolsa en su día, el resto será cuando acabes, como acordamos.

—En su día nadie me avisó de que el hombre que la acompañaba era una mala bestia —recordó los golpes que el tutor de la muchacha le había propinado y sintió como si le volviesen a doler todos los huesos—. Además no me queda mucho dinero, señora, y yo tengo que comer.

La expresión de la cara de Rose Wood no cambió en absoluto. No pensaba darle nada.

—Se te pidió que la mataras. —La mujer se encogió de hombros con indiferencia—. Allá tú si quisiste abusar de ella.

Por no discutir, Arthur apretó los dientes con fuerza y de mala manera se guardó el papel en el bolsillo.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —preguntó sin mirarla.

—En cuanto acabes con tu trabajo. Yo te avisaré.

—Más vale que lo hagas, si no la siguiente podrías ser tú.

Rose Wood se puso las manos en las caderas con una sonrisa torcida y le observó de arriba abajo como el que mira a un insecto molesto.

—¿Me estás amenazando?

—Pudiera ser —contestó el hombre mirándola de igual manera—, no me gusta que me engañen y estamos hablando de mi dinero.

—Tendrás lo tuyo, aunque si de mí dependiera no te daría ni la mitad de lo que acordamos. Te recuerdo que debías acabar este trabajo en un tiempo estipulado y ha pasado casi más de un mes desde entonces. —La mujer se apretó una fina mantilla contra el cuerpo y le señaló la puerta de nuevo para que saliera—. Espero resultados.

La calle seguía igual de concurrida o más.

—Y yo que me avises. —Arthur se subió las solapas del abrigo y hundió el cuello en él. Regresó por donde había venido sin volver atrás la vista. Sabía dónde encontrar a Rose Wood en caso de querer timarlo.

Annika manejó la calesa como si lo hiciera todos los días. No era difícil, bastaba con llevar las riendas flojas y dar pequeñas órdenes con manos firmes para que la yegua no se desbocara. La verdadera dificultad era cuando se cruzaba de frente con otros vehículos, entonces se ponía un poco nerviosa y dudaba. A veces acababa deteniendo la calesa para no chocar de frente, aun así, pronto le cogió el gustillo a conducir y como una experta, seguía al seguro semental de Nikolai que iba unos pasos por delante.

—¡No vaya tan deprisa, señorita! —dijo su dama de compañía agitando la sombrilla—. ¡Puede atropellar a alguien!

Annika sintió el aire sobre su cara con el pequeño galope. El sol se filtraba por entre las copas de los árboles que serpenteaban el largo camino haciéndolos brillar como una multitud de diamantes con oro. El bosque se veía precioso a la luz del día, y ella estaba feliz de poder ir admirando al hombre guapo y gallardo que precedía el paso. De vez en cuando, él se volvía a mirar como controlaba la calesa.

—No estamos corriendo mucho, madame —respondió sin mirar a la aguafiestas de su compañera. Desde que había dicho que quería manejar el vehículo, la mujer se había pasado todo el tiempo refunfuñando y frunciendo el ceño.

—¿A usted le parece que no? —preguntó enojada. Annika tiró de las riendas y detuvo a la yegua—. ¿Qué hace señorita?

—Usted está incómoda y a mí me pone nerviosa. ¿Qué le parece si baja y estira las piernas un poco? Su alteza está conmigo y no va a sucederme nada. ¿Por qué no se da un paseo?

—Lo prefiero y si no es molestia, le cojo la palabra.

«¿Molestarla? En absoluto. Lo que realmente le fastidiaba eran sus continuas quejas», pensó.

Nikolai se acercó a ellas y Annika respondió a su muda pregunta al tiempo que enderezaba la lazada de su pámela.

—Madame Rose Wood va a caminar.

—De acuerdo, iremos hasta la cascada y la recogeremos a la vuelta.

La mujer se bajó con prisa y dejó escapar un suspiro aliviado. Annika puso en marcha la calesa y él adaptó el animal a su paso. Le fascinaba verla disfrutar y ella, en verdad, parecía emocionada de hacer algo diferente.

—No me extrañaría que dentro de poco madame Rose Wood renuncie a su puesto —le dijo Annika mirando hacia atrás. La mujer había echado andar hacia el caño de una fuente y parecía ir buscando algo con la vista—. Ella no lo dice, pero piensa que soy una temeraria.

Él se echó a reír.

—¿La echarías de menos?

—No lo creo. ¿Por qué lo dice?

Nikolai se encogió de hombros.

—No me termina de convencer que esté en casa.

—Ahora que Elvira y April ya están aquí podríamos prescindir de ella, aunque debería hacerle una carta de recomendación o lo que se haga en estos casos. Me apena mucho que si se queda sin empleo no pueda comprar las medicinas para su madre.

—¿Su madre? No recuerdo que pusiera que tuviera parientes en sus credenciales. Tendré que mirarlo.

Un poco más adelante el camino se abría en dos ramales dejando un hermoso lago natural en su centro. De repente un sonido infernal rasgó el silencio del bosque retumbando en lo más profundo. Los pájaros alzaron el vuelo enloquecidos.

Nikolai se detuvo tratando de discernir si lo que había escuchado era un disparo. Con expresión preocupada miró a la muchacha.

Ella se apretaba el hombro con la palma de la mano. Hacía escasos segundos

había sentido una fuerte presión, como si hubiesen lanzado contra ella una piedra pesada, luego escuchó el sonido atronador entre los árboles. Confusa observó como las cintas de la yegua resbalaban de entre sus dedos. Intentó recoger las riendas de nuevo y su brazo no respondió. Un extraño cosquilleo nació de las yemas de los dedos y un creciente ardor donde había recibido el impacto. ¡Algo la había golpeado, estaba segura! Vio a Nikolai mover los labios, sin embargo no pudo oírlo. La mano que presionaba el hombro se humedeció de un líquido caliente y espeso, y entonces chilló. La sangre escandalosa, en su tono más rojo y brillante, cubrió enseguida la parte delantera del cuerpo del vestido goteando sobre la falda.

Todo lo que sucedió posteriormente lo recordó como en un sueño. Escuchó una segunda explosión como si fuese el eco lejano de la primera, el cuerpo de Nikolai abalanzándose hacia la calesa, y la rápida carrera que emprendió la yegua. La gente, los árboles, todo pasó desfigurado ante sus ojos. Su alteza hablaba. Ella no sabía lo que decía, pero gratamente oía su voz apremiante, sentía el calor de su cuerpo junto al de ella. Luchó contra la cordura que amenazó con abandonarla a su suerte. Su visión se tornó borrosa. No quería desmayarse, no quería perder el sentido y caer contra el suelo del carruaje, no quería que aquella oscuridad se cerniese sobre ella alejándola de la realidad. Respiró profundamente, ella era fuerte, y no podía dejarse vencer. Perdió el conocimiento antes de salir del bosque.

CAPÍTULO 22

El leve y constante zumbido de las voces alrededor suyo la sacó poco a poco del limbo. Al principio eran palabras ininteligibles que carecían de significado y que, pasados unos segundos de confusión, comenzó a entender. Seguía la fuerte presión del hombro junto con un lacerante dolor quemando su piel. Alguien la estaba tocando, notaba como hurgaba en la herida, como le movían el brazo de un lado a otro. Se quejó. Todo quedó en completo silencio de repente.

Con lentitud abrió los ojos, las luces de la sala pincharon sus retinas y parpadeó varias veces seguidas enfocando las caras que se inclinaban sobre ella.

—¡Annika, Annika! ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

Reconoció la voz angustiada de April. Su visión no era nítida del todo, pero la vio a su izquierda, mirándola con expresión horrorizada. Tras ella estaba Nikolai, parecía pálido y furioso. No podía estar enfadado con ella, sin embargo su rostro no era muy amigable en aquel momento. A su derecha había un hombre que no había visto en su vida y muy cerca de él, Jonas, Johnny y... su padre, Cameron.

—Debería descansar —indicó el desconocido mirándola directamente a los ojos, estudiando sus pupilas—. ¿Puede verme?

Annika asintió.

—¿Qué... qué... ha... pasado?

—Te dispararon —soltó April, acariciándole la mejilla.

Annika trató de bajar la vista hasta su hombro, se mareó enseguida y cerró los ojos con fuerza. Volvió abrirlos buscando a Nikolai. Él, como si leyese su mente, se abrió paso apartando a April de su camino y con mucha delicadeza tomó su mano.

—¿Me estoy muriendo? —preguntó al borde de un ataque de pánico. ¡Tenía

que estar muriéndose, de otro modo no tenía sentido que su padre estuviese presente!

—¡No! —exclamaron varias voces al unísono, entre ellas la potente de Nikolai—. El doctor dice que te pondrás bien, cielo.

—Siempre y cuando descanse en condiciones —interrumpió el desconocido identificándose como el doctor—. La bala atravesó la carne sin hacer ningún daño importante. —«¿Qué no había daño? Pues me duele horrores», pensó Annika—. Tampoco perdió mucha sangre por lo que en una semana podrá levantarse. Ahora lo fundamental es que esté tranquila y no mueva mucho el brazo.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó echando furtivas miradas a su padre.

—Estaba preocupado —respondió Nikolai—. Cuando estés más tranquila, si quieres hablamos un poco de todo. Ahora es mejor que hagas caso al doctor y descanses.

Annika miró a Cameron esperando que dijese algo. Se puso nervioso y murmuró.

—Necesitaba saber cómo te encuentras. Me asusté mucho cuando me contaron lo sucedido y no quería quedarme esperando de brazos cruzados sin saber cómo estabas.

—Gracias por venir. —Se obligó a dejar de mirarlo para que no adivinase cuánto le afectaba su visita y posó la vista sobre su alteza—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Siento como si acabase de llegar.

—Unas horas.

«¡Vaya! Cameron se ha dado demasiada prisa en venir», meditó con sorpresa.

—¿Quién disparó? ¿No decías que la caza estaba prohibida en el bosque?

—Así es, lamentablemente siempre hay cazadores furtivos. —Annika vio como él y April cruzaban una mirada de complicidad. Archeó las cejas.

—¿Cogieron al culpable? Porque era ese hombre ¿verdad?

El doctor manipuló un maletín que tenía sobre los pies de la cama.

—Déjenla que duerma un poco, acabo de suministrar un sedante que la dejará relajada durante unas horas.

—¡Pero yo no quiero dormir! ¡Necesito saber! —Los parpados comenzaron a

pesarle—. No me has contestado, Nikolai —su murmullo era tan débil que ni ella pudo escucharse. Él se inclinó sobre su frente y Annika notó el cálido aliento y el perfume que usaba después de afeitarse.

—Ya has oído al doctor, descansa un poco.

—No me dejes sola —le imploró antes de caer en un profundo sueño.

El penal era una inmensa construcción de piedra gris cuyas fachadas estaban salpicadas por diminutas ventanas, en su mayoría cubiertas de barrotes. A la luz del atardecer, la mole se recortaba contra un cielo en tonos violetas como si fuesen pinceladas de un cuadro. Las dos torres más altas se fundían con las nubes, y el paso principal se hallaba flanqueado por delgados árboles que se agitaban al compás del viento.

El día era cálido, pero el aire soplaba con fuerza augurando la tormenta inminente que se deslizaba desde las montañas. Johnny levantó los ojos al cielo. Seguía en el pescante del vehículo esperando pacientemente que su patrón saliera de aquel tétrico lugar. Nikolai, Jonas y Cameron habían entrado hacía rato y no sabía cuánto tiempo más demorarían. Supuso que si debían interrogar al sujeto que había disparado contra la señorita Annika, todavía podrían quedarse un par de horas más. Sin embargo no fue mucho. Los vio llegar y por su aspecto parecían enojados. Descendió con prisa para abrirles la puerta, también porque deseaba saber que había ocurrido.

—¿Es él? —preguntó incluso antes de que alcanzaran el coche—. Necesito saciar mi curiosidad. Me siento culpable por pensar que lo sucedido en Hamburgo había sido un lamentable accidente y no hacer caso de su intuición, excelencia.

Nikolai asintió, iracundo.

—Era él, Johnny, pero lo era antes de morir.

El hombre le miró sin entender. Miles de arrugas le deformaron la frente.

—¿Usted lo ha matado?

—¡Qué más hubiera querido yo! —Lanzó un puñetazo al lado de la ventana hundiendo el lateral del carruaje levemente—. El muy cretino ha muerto por envenenamiento. Se ha suicidado.

—¿Cómo es posible? —los ojos del cochero volaron de uno a otro.

Jonas agitó la cabeza, confuso.

—Nadie lo sabe. El hombre parecía estar dispuesto a confesar y ¡pum! Cayó fulminado ante nuestras narices.

—Entonces la señorita ya no está en peligro, ¿verdad? Deberían estar contentos y sin embargo presiento que no es así.

—No sabemos qué pensar, Johnny. El muy hijo de mala madre admitió que trabajaba para otro y que cumplía órdenes. Vamos a volver a investigar al señor Anderson.

Cameron entregó el bastón y la capa corta al mayordomo. Oteó la galería y caminó hacia el despacho situado al otro lado de la casa. Irina le había asignado esa habitación para no tener que soportar el olor de su tabaco. En el despacho era el único sitio de la casa donde se le permitía fumar, por otro lado no le importaba, de ese modo su esposa nunca iba por allí. No era lo mismo con Elena, su hija pequeña, y en aquel momento ella estaba allí sentada delante de su escritorio. No era algo muy frecuente, pero tampoco extraño, sobre todo cuando necesitaba dinero.

Ella se levantó para cederle el sitio.

—He estado esperándote durante horas y estaba a punto de marcharme. ¿Qué tal está? ¿Has podido verla?

Cameron no supo porque Elena se preocupaba por Annika, máxime cuando en la casa Irina había prohibido hablar de ella. Lucrecia, la hija mayor jamás se atrevería a preguntarle, era igual que su madre y si Annika moría o sufría alguna desgracia ellas no lo iban a sentir. Elena en cambio, últimamente solía interesarse, quizá más por curiosidad que por otra cosa. Aun así se negaba a

conocerla en persona.

—Se recuperará pronto —contestó—. ¿Qué es lo que quieres, Elena?

—Solo era eso —respondió fingiendo quitarse alguna pelusa del escote de su vestido blanco—. Bueno, también decirte que ha estado aquí la tía Nataxa.

—¿Sí? —Cameron curvó las cejas—, desde que vinimos de su residencia no había venido a visitarnos todavía. ¿Sigue aquí? —Se dispuso a salir de nuevo.

Elena lo detuvo.

—No, se marchó hace rato. Solo quería hablar con madre.

Cameron se giró entonces y se sentó en la silla de su escritorio.

—¿Qué quería?

—No lo sé, pensé que a lo mejor tú lo sabías.

—Pues no tengo ni idea, como tampoco sabía que había venido. He pasado todo el día fuera—le recordó—. Al menos me quedo más tranquilo sabiendo que apresaron al hombre que hirió a Annika.

La joven se atragantó con su propia saliva.

—¿Le cogieron? ¿Qué ha dicho? —preguntó repentinamente alterada.

Cameron lo notó.

—Tranquilízate, Elena. Ese sujeto ya no volverá a intentar nada.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Qué ha dicho? —insistió clavando las uñas en el respaldo de la silla libre, la que utilizaban los visitantes.

—Murió antes de dar a conocer sus motivos.

Elena pestañeó, anonadada.

—Diría algo, ¿no?

Cameron asintió.

—Alguien le había pagado por asesinarla.

—¡Oh, vaya! ¿Y por qué murió ese hombre, padre? ¿Acaso tú o el primo...?

Cameron agitó la cabeza con un bufido seco.

—Pero ¡qué demonios! ¡Cómo íbamos a matarlo! ¡Claro que no! ¡Elena, no sé cómo puedes llegar a pensar una cosa así!

—Conociendo a Nikolai no me hubiese extrañado —Se encogió de hombros—. ¿Entonces se murió así como así? Qué extraño. ¿Y no dijo quién le pagaba...?

—Creemos que se suicidó, pero pudiera ser que alguien le envenenara. En este momento tratan de averiguar quién tuvo contacto con él una vez que lo detuvieron. Excepto el curandero de la prisión que hace una breve revisión a los delincuentes recién llegados, no sabemos de nadie que hubiera estado con él.

Elena se sentó en la silla apoyando los brazos sobre la base de la mesa. El corpiño se ajustó exageradamente dando la sensación de que las costuras saltarían de un momento a otro. La muchacha era de estatura baja y cuerpo robusto. Ella y Lucrecia se parecían muchísimo a su madre. Rubias, de barbilla puntiaguda y pómulos rollizos y sonrosados.

—¿Y por qué saben que estaba envenenado?

Cameron suspiró cansado. Desde que le llamasen diciéndole que Annika estaba herida no había descansado en condiciones.

—Parece que te interesa mucho, Elena. Ya te he dicho antes, según un centinela, encontró un frasco en el suelo y el curandero se lo ha llevado a analizar. Es un hombre que tiene una barbería. Al principio decía que había muerto de ataque al corazón, pero al descubrir las pruebas... sea como sea, no te preocupes, ya nos avisarán y, por favor, no vayas a comentar esto con Lucrecia o con tu madre, ya sabes que ninguna de ellas querrá escuchar nada.

—Tienes razón. —Elena se cansó de conversar y arrastrando la silla con un sonido desagradable, se levantó—. Si te enteras de algo, dímelo. No me gustaría que a Annika le ocurriese nada.

—Te agradezco mucho tu comprensión. ¡Dios quiera que algún día tu madre pudiera sentarse conmigo y hablar sobre ello!

—Lo veo difícil —contestó ella—. ¿Has podido conocer al Caballero de la Sombra? Supongo que el primo le ha contratado para que averigüe, ¿no?

—No. ¿Quién ha dicho eso?

—No sé, lo he oído por ahí. Por cierto, mañana me gustaría salir de compras. ¿Te importa si lo dejo a crédito?

—Intenta no gastar mucho.

—De acuerdo. Padre, si llegas a ver al Caballero de la Sombra, ¿me lo dirás?

—¿Por qué te interesa tanto?

—Dicen que es muy guapo. Creo que sería un buen partido. ¿No lo crees así,

padre?

Cameron se acercó a ella y con la mano en su espalda la sacó del despacho.

—Seguro que encuentras algún hombre mucho más interesante que ese.

—No. Yo quiero casarme con él.

Cameron sonrió.

—¿Sabes lo que he oído yo? —susurró. Elena lo miró expectante—. Que es un hombre tan feo que no se deja ver para no asustar a los niños y a las damiselas curiosas que buscan marido.

—¡Eres un falso, padre!

Cameron soltó una carcajada y cerró las puertas en sus narices.

CAPÍTULO 23

—¿Nikolai?

—Estoy aquí, April.

Ella abrió más la puerta de la sala de lecturas y distinguió a su amigo sentado en un diván con los codos sobre las rodillas y las manos sujetándose las mejillas. La recámara estaba en completa oscuridad a excepción de la luz que penetraba por la puerta y que rompía la habitación en dos.

—¿Nikolai, estás bien? —preguntó preocupada. Se acercó hasta él.

—Sí. ¿Cómo está Annika?

—Dormida —se inclinó a él obligándole a levantar la vista hacia ella. Había estado llorando y sus ojos verdes brillaban acuosos—. Annika se va a recuperar —le expresó pasándole la mano por la frente, peinando sus cabellos con los dedos—, se encuentra bien, Nikolai, no te aflijas.

—Todo es culpa mía, April. No soportaría que nada le sucediese.

—Nada de esto es tu culpa.

—Lo es desde el mismo día en que la recogí de ese asqueroso lugar —agitó la cabeza con dolor—. He sido un egoísta. No tenía por qué haberme obcecado con presentarla este año. Debí darle más tiempo y más espacio. Podría haberla traído al año que viene, o al siguiente. Yo solo pensaba en mí y en acabar cuanto antes con todo esto.

—Ella está bien, Nikolai.

—¡Si, pero podía estar muerta! —Explotó con más temor que furia—. Primero en el tren, ahora aquí... y yo me siento como un estúpido... tan impotente que no sé ni de quién sospechar —Se golpeó las rodillas con los puños cerrados—, tengo un par de hombres vigilando estrechamente a mi tía por si se le ha

ocurrido a ella dar esa orden —Respiró con fuerza agitando la cabeza contrariado—, pero no hay nada que la relacione en todo esto. No sé por dónde seguir, April. Me dan ganas de coger a Annika y llevármela lejos de aquí.

Ella le posó una mano en el hombro.

—¿Olvidas que eres el Caballero de la Sombra?

—No lo olvido pero... nunca había estado tan perdido como en este momento.

—Hace tiempo te pregunté qué era lo que sentías por ella ¿lo recuerdas?

—Nikolai la miró con fijeza y asintió—.¿Ahora ya lo sabes?

—La amo más que a mi vida —respondió sin apartar su mirada de April—. Este loco estúpido se ha enamorado —rió mordazmente, aunque la situación no tenía ninguna gracia.

—Debes decírselo.

Él negó.

—No puedo hacer eso. La diferencia de edad entre nosotros es notable.

—Eso no es cierto y lo sabes perfectamente.

—Annika no me quiere como esposo.

—¿Me tomas el pelo?

—No, estoy hablando totalmente en serio.

—Vosotros los hombres tendéis a interpretar las cosas como os da la gana. Eres un ciego, Nikolai Nikolai. Annika está enamorada de ti desde hace mucho tiempo pero... ¿Qué hacías tú mientras tanto? ¿Visitar a Anne? —April se puso las manos en la cintura—. ¿Alguna vez le has preguntado a Annika cuáles son sus sentimientos?

—Le propuse que se casara conmigo y me rechazó.

Sin entenderlo, April guardó silencio durante largos segundos. Se sentó junto a él.

—A veces las mujeres decimos las cosas sin pensar. Otras nos gusta que nos regalen flores o joyas. —Le miró de soslayo. En esa posición solo podía ver la sombra de su rostro—. Nunca ninguna mujer se te ha resistido. Eres el hombre más tenaz y persuasivo que conozco, Nikolai. Si en verdad la amas no te des por vencido. Llévatela de aquí y hazla feliz. El amor solo pasa una vez por el largo camino de la vida y si no se aprovecha la ocasión, luego es tarde.

Nikolai la miró. April hablaba por propia experiencia. Por haber dejado escapar a Max Peyton mientras tuvo la oportunidad.

Los relámpagos partieron una y otra vez el cielo en dos. Látigos de luz blanca y centelleante que iluminaban la oscuridad del firmamento convirtiendo la noche en día por breves segundos. El viento rugía y aullaba como fuerzas demoniacas empujando las ramas de los árboles unas contra otras, semejándolas a grotescas figuras bailarinas en una danza enloquecida, causando que los postigos de las ventanas golpearan fieramente contra la pared, amenazando con desprenderse de los goznes. Mientras la lluvia, una abundante cortina de agua, chocaba contra los cristales cebándose con potencia. Era una tormenta fuerte, salvaje, y había alcanzado su punto más alto. Los cimientos de la casa parecían temblar.

Annika se despertó con el retumbar de los truenos, eran ensordecedores incluso en la alcoba. No sabía la hora que era, seguramente tarde. Sobre la repisa de la chimenea había una vela encendida con una llama titilante. Al recorrer con la vista la habitación se asustó con la sombra recortada en el mullido sillón, y cuando un rayo volvió a iluminar el interior, descubrió a Nikolai dormitando con la cabeza apoyada en el respaldo. Le llamó con voz suave.

Él al principio pareció desorientado, luego se incorporó, tomó la mecha y caminó hacia ella dejando la luz sobre la mesita.

—¿Se te ofrece algo?

—Perdona que te moleste. No sabía que te habías quedado acompañándome. ¿Podrías darme agua? —le pidió.

Nikolai llenó un vaso de la jarra que había sobre la mesita. Tenía el cabello revuelto sobre los hombros, la camisa arrugada con los faldones fuera de los calzones y abierta hasta casi la cintura. Su piel brillaba dorada, ensombreciendo el vello del pecho.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, eso creo —intentó incorporarse, pero el lacerante dolor de su hombro

la detuvo.

Él vio su mueca de sufrimiento.

—Espera, no te levantes —le colocó un par almohadones tras la espalda y le acercó el vaso a los labios. Ella bebió despacio—. ¿Te duele mucho?

—Solo cuando trato de moverlo. —Miró hacia la ventana—. ¡Ha cambiado el tiempo!

—Una tormenta horrorosa. ¿Te importa si me siento aquí contigo un poco?

Ella negó.

—No tengo nada mejor que hacer.

Con una sonrisa que ella no alcanzaba a ver, su alteza acercó una silla hasta la cabecera de la cama.

—Y según el doctor debes estar recostada varios días.

—¿Tú has dormido algo?

Nikolai señaló el sillón con el mentón.

—Varias cabezaditas.

—¿Por qué no te fuiste a la cama?

—Quería estar aquí cuando despertaras. Si te molesto...

—¡Claro que no! —exclamó con rapidez, con demasiada rapidez—. Me apetece charlar.

Nikolai la miró con una sonrisa. Era capaz de pasarse la vida entera conversando con ella, mirándola, besando aquella boca que le recordaba a las fresas de abril en su tono más maduro. Esa boca que le tenía loco cuando hablaba, cuando mostraba sobre el labio inferior la dentadura de piezas pequeñas y perfectas. No pudo ocultar el deseo en el brillo de sus ojos verdes y Annika se sonrojó más todavía al advertirlo.

—Madame Rose Wood ¿no te ha reñido por quedarte acompañándome de noche?

Nikolai asintió.

—Quería enviarme a la guillotina.

—¿Qué? —Ella bizqueó y le arrancó una suave carcajada.

—No me lo ha dicho, pero lo he visto en su mirada vikinga. —Esta vez fue Annika quien rió.

—No juegues con eso, Nikolai, las valquirias, en los combates, designaban a los héroes que debían morir.

—Tenías que haberme dicho eso la otra mañana.

—¿Por qué?

—Estaba tan preocupado por lo ocurrido que, entre traerte, avisar a tu padre, hacer venir al doctor y todo el lío que se montó aquí, me olvidé de madame y la dejé abandonada en el Bois.

Ella se cubrió la boca, ahogando una carcajada.

—Dime que no es verdad. ¿Te olvidaste de ella?

—Sí. Y ahora como comprenderás, me la tiene jurada.

—¿Cómo regresó?

—Se cansó de esperar y se vino a casa en un coche de alquiler.

—Luego entonces, comprendería la situación, ¿no?

—Debería, sin embargo creo que sigue molesta.

Nikolai no parecía en absoluto arrepentido. Bajo la llama de la vela los mechones plateados destacaban sobre el rubio. Estaba realmente guapo, al menos Annika no podía dejar de mirarlo fascinada. El contraste de su pelo claro y la piel morena de su rostro era un atributo que lo volvía bello. Los ojos verdes, ligeramente rasgados, burlones, resaltaban como porciones del mar Caribe. El cuerpo alto, fibroso, caderas estrechas, piernas larguísimas, hombros anchos... No era de extrañar que la mitad de las féminas estuviesen enamoradas de él, y la otra mitad, no, porque amaban a sus esposos o tenían el sentido del gusto en el trasero.

—Ya se contentará, es que madame es muy rara y no exterioriza sus sentimientos —le dijo ella. Su mirada se volvió de repente más seria. Soltó un suspiro—. ¿Qué es lo que pasó, Nikolai? —Se llevó la mano al hombro herido—. No fue un accidente, ¿verdad?

—No, cielo, no lo fue. Pagaban a ese indeseable para que te hiciese daño, pero justo cuando iba a declarar cayó fulminado en la celda.

—Entonces sería alguien que nos seguía desde Praga. ¿No?

—Desde luego.

—¿Crees que la bruja tiene algo que ver en esto?

Él negó.

—No es una asesina, Annika. No la imagino ordenando que te maten.

—¿Pues ella es la única que tendría motivos para hacerlo! —se quejó con desconfianza. En seguida se pasó la lengua por el labio, pensativa—. ¿Y mi tío abuelo? ¿Puede ser él?

—No. Si murieses él no ganaría nada con ello. De todas maneras, ya no nos tenemos que preocupar por ello.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—He descubierto que fue a verte a Saint André y que mantuvo una charla con ese tipo que apodaban el Arañas. Debieron discutir y en un forcejeo el tipo se despeñó por las escaleras y falleció de un mal golpe. Saint André no va hacer ninguna clase de acusación contra tu tío abuelo, y nosotros tampoco lo haremos, siempre que desista del empeño de tutelarte.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—El Caballero de la Sombra.

—¿Lo contrataste? ¿Le conoces?

Él asintió ante el estupefacto rostro de Annika que lo escuchaba siguiendo con atención la línea de sus labios.

—Ahora lo importante es que debemos tener cuidado y andar con pies de plomo. Quizá sea buena idea regresar a Praga o a Italia.

—¿Nos olvidamos de la gran presentación?

—Solo si tú quieres, cielo.

Ella sonrió feliz.

—¡Claro que quiero que nos olvidemos!

Nikolai guardó silencio por un largo espacio de tiempo. La joven estiró su brazo hacía él y su alteza tendió su mano. Ambos entrelazaron sus dedos.

—Siento haberte insistido para que lo hicieras —presionó sus dedos. Le gustaba sentirla cerca—. No tenía que haberlo hecho, lo siento mucho. Ya me ha contado April que nunca habías tenido intención de seguir con ello.

—Tenía que habértelo dicho yo, pero... no sabía si me harías caso. He intentado acostumbrarme a todo esto. Me encantan las ropas que me has comprado y lo he pasado muy bien con tus amigos, y con April... y contigo. Sin

embargo me siento extraña, como si yo no encajara en todo esto. No soy como tú. A mí no me gusta que me miren mal, que comenten a mis espaldas mientras me ponen buena cara y son educados delante de mí. Me da vergüenza cuando escucho las cosas que dicen sobre nosotros, sobre... —curvó sus labios en una sonrisa apenada que tocó el corazón de Nikolai— que... soy la hija bastarda de Cameron Pávlov y aunque me vista o me comporte como una princesa, las cosas nunca cambiarán.

Él la miró fijamente, después de todo, los comentarios habían llegado hasta ella. Habría dado un mundo porque nada de eso hubiese ocurrido.

—¿Es por eso que querías marcharte de la casa? —preguntó. Annika le miró incapaz de responderle. No sabía de dónde había sacado él eso—. Sé que has estado buscando trabajo. De hecho yo mismo rechacé uno cuando vinieron a darte el recado.

—¿Vinieron? ¿Por... por qué no me dijiste nada?

—¿Por qué quieres irte? ¿Fue por mi comportamiento?

Ella negó con un nudo en la garganta.

—Es por todo lo que te he dicho antes. Los comentarios, las acusaciones... En realidad lo pensaba desde antes de llegar a París.

—Tienes razón —admitió él apenado—, a la gente le encanta hablar, de eso se alimenta nuestra sociedad. Ya te avisé de eso y comprendo que para ti es demasiado incomodo que te relacionen con una persona como yo. Lo último es que somos amantes. Hombre mayor, mujer joven...

—¡No seas tonto, Nikolai! ¡No se trata de eso! ¡Tú ni siquiera eres mayor! Eres muy guapo y cualquier mujer estaría encantada de estar contigo —le soltó la mano, incómoda—. He conocido matrimonios donde los hombres tienen más edad que sus esposas.

La tormenta comenzaba alejarse y el repiqueteo de la lluvia se había vuelto suave contra los cristales.

—Tu padre quiere que nos casemos —soltó él de golpe.

Estupefacta abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo?

—Pues con una boda y todo eso.

—¡No me refiero a eso! ¡Quiero decir...!

—Sé perfectamente a lo que te refieres, Annika —dijo Nikolai con un suspiro nervioso—. Cuando me hice cargo de ti, Cameron me exigió que te obligase a casarte con alguien en caso de ser necesario, ya que tú no querías ni hablar de ello. No me pareció correcto hacerlo, pero yo te he deshonrado. Todo el mundo da por hecho que somos amantes. Y en realidad una vez lo fuimos. Annika, si no aceptas el apellido de ninguna manera, al final todos los derechos serán exclusivamente de tu tío abuelo y nadie podrá hacer nada por ayudarte. Ni yo, ni April... —Su sonrisa no fue la más convincente del mundo.

—¿Mi padre me obliga a que me case contigo?

—Digamos que no te puede obligar puesto que no ha admitido públicamente que eres su hija.

—¿Entonces cuál es el problema? Muchachas como yo son deshonradas todos los días y nadie le da importancia. Una más no va a ser el acabo del mundo. Además, eres un príncipe, nadie se atrevería a recriminarte nada. Todos están acostumbrados a... ti.

—Sin embargo, April me dejaría de hablar si no lo hago y Cameron me retaría a duelo. Yo no quisiera perderlos a ninguno. Todo depende de ti. ¿Por qué no me dices que lo pensarás, al menos?

Ella sintió unas terribles ganas de echarse a llorar. Nikolai le pedía matrimonio porque se sentía obligado, no porque la amase.

—¿Y cuando te canses de mí, Nikolai? ¿Harás como mi padre y te buscarás un amante? ¿Regresarás con Marie Anne?

Él bajó la vista sobre los cobertores de la cama durante unos segundos. Luchando contra las ganas de decirle que todo era mentira. Que nadie le estaba imponiendo nada y que se lo estaba inventando con el único motivo de ponerla en una encrucijada. No quería perderla, no soportaría que ella se marchase lejos.

—Nunca me he casado, Annika —levantó sus ojos verdes a ella—, nos llevamos bien y... yo prometeré serte fiel.

—Nunca lo has sido —murmuró.

—Nunca he tenido una esposa. Puede que con el tiempo, conociéndonos más, lleguemos a amarnos —acarició su tierna mejilla con dulzura—, yo podría llegar

a enamorarme de ti. ¿Tú podrías, Annika?

¿Que si podría? Sintió deseos de reír con su pregunta. Lo amaba más que a sí misma. No pensaba confesárselo. No hasta que él no demostrara que en realidad también podía amarla y sentir lo mismo que ella.

—¿Y no tratarás de dominarme y...?

—¿Alguna vez lo he hecho, cielo?

Ella apretó los labios en una mueca y frunció el ceño.

—Creo que sí —se rascó la sien—, con lo del idioma, y lo del baile y...

—No lo haré nunca más. No más clases.

—¿Y nos podremos acostar juntos? —Se ruborizó al decirlo, pero en ese momento no le importó. Solo de pensar en volver a estar entre sus brazos sintiendo todo lo que él podía hacerle, hizo que su cuerpo se estremeciese. Además quería saber de antemano qué derechos tenía en caso de casarse con él.

—Todos los días. —Nikolai acercó su cabeza a la boca de ella y rozó sus labios con los suyos. Cuando se fue apartar, Annika quiso rodearle con los brazos, pero el dolor la hizo gemir. Su alteza se alejó unos centímetros—. Después de que nos casemos, por supuesto —advirtió él.

—¿Y Marie Anne? —insistió ella.

—Anne no cabe en nuestra cama, cielo.

Ella lo miró pasmada. Nikolai sonreía traviesamente y Annika soltó una carcajada. Él no parecía tomarse eso muy en serio.

—Nikolai, ¿tú quieres casarte? —le preguntó sin estar segura de querer escuchar su respuesta. Entendía que lo hacía por el bien de ella, por el deseo de Cameron y por la amistad de April, pero realmente no sabía si todo aquello podía ser suficiente.

—Annika, me siento culpable de lo sucedido desde que te saqué de Saint André. Eras responsabilidad mía y sin embargo no me comporté correctamente. —Ella abrió la boca para hablar, pero Nikolai no dejó que le interrumpiese—. Te aprecio mucho y eres preciosa. Sé que serás una buena esposa aunque yo no sea el mejor marido del mundo. Confío en que nos llevaremos bien. Tengo treinta y cinco años y va siendo hora de que por fin forme mi propia familia.

No era eso lo que Annika había querido escuchar. Fue como si le hubiese

dicho: «*Eres como mi hermana pequeña y no voy a dejarte en la estacada*».

—Bien sabes que si no lo deseas no tienes que hacerlo. Yo puedo encontrar algún empleo en Praga, en mi antiguo barrio...

—Te estás olvidando del hermano de tu abuelo. No sabes de lo que puede ser capaz ese egoísta. Y puesto así, también te podría esconder de él, comprarte una propiedad y mantenerte toda la vida, pero no es eso lo que quiero, ni lo que estoy dispuesto hacer. ¿Tan difícil es para ti tener que soportarme toda la vida?

Annika bromeó.

—Supongo que tendré que acostumbrarme.

—Así me gusta. Decidida.

Debía sentirse afortunada porque él era el único hombre a quien ella hubiese elegido como esposo, y lo que sucediese después todavía estaba por verse. Recordó todas esas veces que había dicho que jamás se iba a unir a un hombre.

Tenía la sensación de que había dormido poco cuando alguien descorrió las cortinas del dormitorio dejando que la luz del sol bañase toda la alcoba. Annika escondió la cabeza bajo las sabanas con una pequeña queja.

—Annika —llamó April, que había visto su movimiento—. ¿Estás despierta?

—Ahora sí —gruñó con voz ronca.

—Venga, asoma la cabeza, tenemos que hablar.

—¿Tiene que ser ahora?

April escuchó su gemido.

—¿Te duele mucho la herida?

—¡Una barbaridad! —respondió bajando las sabanas y pestañeando con fuerza para adaptar sus ojos a la luz—. Me estoy muriendo de dolor.

April estudió su rostro con ternura. Annika estaba un poco pálida, pero tenía buena cara.

—Le diré a Elvira que suba algo para calmarte, dentro de un rato. Primero tenemos que hablar.

Annika se restregó los ojos y esperó que comenzase. April lucía un vestido color café con un amplio escote redondeado adornado con una suave puntilla de tono beige. Como era normal en ella, mostraba un profundo canalillo entre sus apretados pechos a pesar de que la espesa melena caoba caía sobre uno de sus hombros cubriéndola en parte.

—¿Por qué no me dijiste que Nikolai y tú estuvisteis juntos?

Annika, con las mejillas coloradas miró a April totalmente despejada de su sueño. Había esperado que hablaran de su agresor o de la persona que estaba tras de aquella trama. No que enfocara el tema por el cual se iba a casar con Nikolai. Al recordarlo sintió un subidón de alegría que logró disimular frente a su amiga.

—¿Te lo ha dicho él?

—Ajá —asintió buscando un sitio donde posar su trasero sobre el colchón. Finalmente se sentó cerca de Annika. Todo el dormitorio olía al potente perfume que usaba—. Hubiese preferido que fueses tú quien me lo dijera.

—Me dio vergüenza —respondió con un quejido. El hombro le ardía como si un objeto punzante estuviese haciéndola un agujero—. No me atreví porque una vez me dijiste que eran amantes y que siempre volvía a ti. Me sentí ridícula de solo confesártelo.

—Pero hace poco te dije lo contrario, ¿no?

—Lo sé. No quería que me viesen como una tonta ingenua, eso es todo. Yo fui la culpable.

April asintió con una mueca en sus bonitos labios rojos.

—Lo importante es que Nikolai va hacer lo correcto. Le avisé muy bien de cuáles serían las consecuencias si te dañaba.

Annika ya lo sabía.

—Él no me dañó.

—Da igual, Annika. Siendo virgen al menos hubieras tenido una oportunidad de encontrar un marido en condiciones. De este modo iba a ser bastante difícil y Nikolai lo sabía.

—Yo no pensaba casarme, ¿recuerdas? Además tú misma me sugeriste que debía probar.

April alzó las cejas con una sonrisa.

—¿Qué te pareció?

—¡April! —Se puso más roja—. ¡No voy hablar de eso!

La pelirroja rió.

—Lo imaginaba, pero tenía que intentarlo. Sé que no deseabas casarte, sin embargo lo vas hacer y vas a ser la mujer más envidiada —expresó con tono emocionado—. Lo que verdaderamente me molesta es que no podamos celebrar la boda por todo lo alto como te mereces.

—¿Porque soy bastarda?

—¡No! —exclamó frunciendo el ceño—. Es porque hay alguien que quiere hacerte daño. Nikolai desea una ceremonia rápida e íntima y marcharse de París lo antes posible.

—Los únicos enemigos que tengo son los parientes de Cameron. Nikolai dice que Irina no sería capaz, pero ella fue la que me encerró en Saint André.

—Yo también lo pienso querida. —Agitó la cabeza—, no voy a echar más leña al fuego gritándolo a los cuatro vientos. Tengo un amigo que se llama Max y ha prometido ayudarme a investigar qué clase de relación tenía ese hombre, Arthur, con los Pávlov, en caso de que hubiese alguna. La esposa de Max es bastante amiga de Lucrecia, tu hermanastra.

—Nikolai me ha dicho que cuenta con la ayuda del Caballero de la Sombra.

—Lo veo difícil que pueda acercarse mucho a ellos.

Annika frunció el ceño. ¿Por qué tenía la sensación de que tanto April, como el príncipe, como sus amigos conocían la identidad de ese hombre?

—Sea de la forma que sea, debes prometerme que de esto no dirás ninguna palabra. No quiero comprometer a Max.

Annika se agitó sobre la cama y con mucho esfuerzo se sentó apoyando la espalda en el curvado cabecero.

—No diré nada si le dices a Elvira que me traiga algo para el dolor. Por cierto, Nikolai me contó que ese individuo se suicidó.

—Yo más bien creo que lo envenenaron para que no abriese la boca. Espero que te recuperes pronto y podáis marcharos de aquí.

—¿Tú que vas hacer? ¿Te quedarás hasta el final de la temporada?

—Sí, y después regresaré de nuevo a Praga. Annika... Nikolai está muy

preocupado por ti. Te ama y...

—No me ama, April —lamentó mordiéndose los labios y apartando la vista hacia la ventana para que su amiga no viese su decepción—. Se va a casar conmigo porque se siente responsable.

—¿Qué tontería es esa? ¡Claro que te ama! Él mismo me lo confesó.

Annika volvió sus ojos azules a ella.

—¿Te lo confesó?

—¿Por qué crees que desea casarse contigo?

—Me dijo que por mi padre y por ti. Que de alguna manera lo estabais obligando.

—¡Será imbécil y orgulloso! ¿Cómo es posible que le cueste admitir una cosa como esa? ¡Claro que te ama!

El rostro de Annika se iluminó. La dedicó una sonrisa.

—A lo mejor está esperando a que yo se lo diga primero.

April elevó las cejas.

—¿No se lo has dicho todavía?

—No.

—Nikolai es un vanidoso, cariño. Pero créeme, te estoy diciendo la verdad. Nunca le había visto así con nadie.

—Gracias, April. Gracias por ser mi amiga —le dijo de corazón.

Las mejillas de la mujer se tornaron tan rojas como su cabello. Se puso en pie y estiró un poco las sábanas.

—No nos pongamos ñoñas. Voy a pedirle a Elvira que suba.

—¿Volverás más tarde, April? No quiero quedarme sola.

—Lo haré —prometió, lanzándole un beso desde la puerta.

Una semana en la cama le había parecido bien para la considerable herida del brazo, pero ahora no estaba segura de aguantar todo ese tiempo allí. Mucho menos sabiendo que Nikolai la amaba. Con un suspiro cansado cerró los ojos.

CAPÍTULO 24

Nikolai se puso en pie nada más ver llegar a Cameron. Le había citado en un club de día donde los caballeros solían ir cuando no encontraban otro sitio donde estar. No había mucha gente. Esa mañana se había levantado sin rastro de la tormenta de la noche pasada y lucía un dorado sol de cálidos rayos que invitaba más a estar en el exterior que en un oscuro local.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me has mandado llamar con tanta prisa? ¿Se trata de mi hija?

—Sí, ven, vamos a tomar asiento.

—¿Pero Annika?

—Ella está mucho mejor, más recuperada. Solo quería informarte de que me voy a casar.

—De acuerdo. Voy a calmarme. ¿Quién es la afortunada?

—Dirás el afortunado, y ese soy yo. Voy a tomar a Annika por esposa.

—¿Cómo que os vais a casar? —inquirió Cameron. Se habían acomodado en unas altas banquetas frente al mostrador de ébano y estuvo a punto de caer.

—Es lo más correcto ¿no?

—Sería lo justo dadas las habladurías, pero tú mismo me confesaste que no había nada de cierto en todo aquello. ¿Mentiste?

—¡Claro que no, hombre! Es solo que el haber estado a punto de perderla en el parque me hizo darme cuenta de lo mucho que la amaba. —Había sentido pánico cuando vio toda la sangre de Annika y su rostro blancuzco. Llegó a pensar lo peor y se puso como loco al subir a la calesa y conducirla a la casa. No había podido evitar llorar de sufrimiento al pensar que se moría. Si Annika le faltaba, su mundo también se esfumaba, su propia vida se extinguiría igual que un trozo

de hielo al sol—. Deseo casarme con ella.

—¿Está ella de acuerdo?

—Sí.

—¿Has pensado en tus padres, Nikolai?

—Lo cierto es que no, Cameron. Ellos tampoco pensaron mucho en mi cuando mi padre sufrió el infarto y nadie, ni siquiera tú, fuisteis capaz de decirme nada.

Cameron parpadeó con sorpresa.

—¿No lo sabías? Enviaron a alguien a buscarte. No te dije nada porque creí que no querías hablar de ello.

Nikolai le miró pensativo.

—¿Quién envió a alguien? Yo nunca fui informado de ello.

Cameron se pasó una mano por la frente. Había comenzado a sudar repentinamente.

—¿Quién fue? —insistió Nikolai, enojado.

—Irina. Ella aseguró que se había hecho cargo de todo.

Nikolai se puso en pie impulsivamente y Cameron le imitó.

—¡Espera, muchacho! Deja que yo me haga cargo de mi esposa. Hablaré con tus padres del asunto.

—No lo harás, Cameron —le dijo Nikolai—. Te veo incapaz de enfrentarte a mi tía y esto es un asunto de mi incumbencia. ¡Joder! —bramó— ¡Hasta cuándo seguirá metiéndose en mi vida o en la de mis progenitores! Esta vez no pienso quedarme de brazos cruzados. ¡Es mi padre!

—¡Y ella es mi esposa! —le respondió también furioso—. Voy a hacerlo ahora mismo.

—Te acompaño.

Cameron lo miró de mal humor, pero los ojos verdes brillaban decididos y no iba a cambiar la decisión de su sobrino.

—Ven a las seis. Procuraré que tus padres también estén presentes. Después podremos informales que te casas con Annika.

Nikolai asintió, deseoso de que ya fueran las seis.

—¿Para quién es ese mensaje, Cameron?

—Para tu hermano —contestó despachando al criado—, preciso que venga esta tarde, hay algunos asuntos que deseo aclarar con él.

—Lo veo difícil —comentó Irina, llegando hasta él con aire altivo. Su cuello estaba tan erguido que se asemejaba a un cisne—. El otro día estuvo la mentecata de mi cuñada y discutimos. Dudo mucho que por el momento quieran venir.

—¿Nataxa discutió contigo? —se extrañó. En todo el tiempo que conocía a la mujer nunca se había enfrentado a su esposa y, si alguna vez la había visto enojada, siempre había sido contra Nikolai cuando este hacía alguna de las suyas—. ¿Cómo ha sido eso?

Irina se encogió de hombros con indiferencia.

—Al parecer se encontró con la persona que debió entregar el mensaje a su hijo cuando Duncan sufrió el infarto y le dijo que no le había avisado. Estoy segura de que todo es un invento de Nikolai para hacerla creer eso.

Cameron la miró controlando su mal humor. Irina no pensaba admitir que ella era la culpable de lo sucedido.

—Es de ese tema de lo que quiero hablar con Duncan. Yo también me he enterado de que el muchacho no estaba al corriente de su enfermedad.

—¿Ves? —Irina dio un respingo—. No es más que un cuento para enfrentar a la familia.

—¿Tú crees? —la increpó—. Pues lo vamos a ver hoy. Es más, quizá sería bueno que ese tipo también asistiese.

—¡Cameron! —Irina se puso las manos en las caderas encarándole con firmeza—. ¿Me estas llamando mentirosa?

—Claro que no. Solo estoy diciendo que piensas que eres la madre perfecta, la única que ha sabido educar a sus hijas. Vives en tu mundo de fantasía y siempre has logrado que tanto Nataxa como Duncan se hicieran a la idea de que no eran buenos padres. Si es cierto que nadie dio el recado a Nikolai, tu hermano no se

va a sentir muy orgulloso de ti.

—¿Quién eres tú para hablarme así? ¡Tú precisamente! —gritó furiosa—. ¿Olvidas que te revolcaste con una panadera?

Cameron se encrespó. Ambos gritaban en la galería y aunque había muchos empleados en la casa, nadie se atrevió asomar las narices por allí.

—Sí, Irina —prosiguió como si no la hubiese escuchado—, excepto tú, todos tenemos la culpa ¿verdad? No te conformas con manejar nuestras vidas a tu antojo, que haces lo mismo con la de Duncan y con los hijos de los demás. ¿Me vas a decir que eres una santa y que nunca te equivocas?

—¡Yo solo quiero lo mejor para todos! —se excusó sin un ápice de arrepentimiento.

—Deseas que todos seamos como tú y bailemos al son de tu melodía. Nikolai no pasó por el aro y por eso disfrutas humillándole, haciendo que todo el mundo piense que es un sinvergüenza, pero esta vez has llegado demasiado lejos. Duncan ha estado a punto de morir y dijiste que te harías cargo de hacerle llegar la noticia a tu sobrino.

—¿Y qué? Nikolai es un mal hijo.

—¿Por qué le odias tanto? ¿Por qué nunca has deseado la felicidad para tu hermano?

—Por supuesto que quiero que sea feliz —resopló como si Cameron no fuese capaz de entenderla—. Nataxa es quien no puede hacerle feliz.

El hombre soltó una carcajada fría carente de humor. Por fin Irina aceptaba que odiaba la relación de Duncan y su cuñada.

—Nunca te gustó Nataxa para tu hermano.

—Mi hermano es un príncipe y nunca debió unirse a esa mujer.

—Esa mujer fue la hija de un conde —le recordó.

—La hija pequeña de un conde de pacotilla que se compró el título —escupió con asco—. Duncan se merecía algo mejor.

Cansado de la discusión, Cameron agitó la cabeza y clavó sus ojos en ella que se había parado delante de un espejo de la pared a colocarse el sobrio peinado.

—Esta tarde vendrán a aclararlo.

—¡No los quiero en mi casa! Ahora que recuerdo voy a salir con Lucrecia.

Nadie tiene porque meterme en sus líos, que se arreglen ellos solitos. —Se giró mirándole con ojos brillantes y lacrimosos. Irina tenía una facilidad asombrosa para echarse a llorar y hacerse la víctima, pero Cameron la conocía más que de sobra—. Nunca saben apreciar mi ayuda. No volveré siquiera a ofrecerme. Allá cada uno con sus problemas. —Muy digna y estirada se recogió las abultadas faldas oscuras y comenzó andar hacia el salón.

—Eso es lo que tenías que haber hecho desde un principio. Dejar que le gente viva en paz —dijo Cameron sin estar seguro y sin importarle si Irina le había oído o no.

Si Cameron no la hubiese conocido habría dejado que la reunión con su sobrino y Duncan siguiera adelante, sin embargo sabía que Irina no iba a dar la cara. Con seguridad ella desaparecería toda la tarde con tal de no aguantar la visita. Era demasiado orgullosa y terca como para dar su brazo a torcer. Con un gruñido envió al sirviente que cancelara la cita que tenía con Nikolai. Después salió hacia el hogar de los Petrov esperando hablar con Duncan y convencerle de que su hijo no había sabido nada de su enfermedad hasta hacía poco. Esperaba hacerle comprender aunque a veces Duncan era demasiado terco para dejarse explicar. Llegó cuando el matrimonio se incorporaba de la mesa después de haber comido.

Duncan le recibió con algo de frialdad, en cambio Nataxa le abrazó con una dulce sonrisa. No comprendía porque a Irina no le gustaba su cuñada. Era una mujer decente que se había comportado de forma intachable a lo largo de su vida. Con esmero y dedicación había cuidado de Duncan durante toda su convalecencia.

—Tú dirás, Cameron. Pensaba retirarme un rato a descansar. Siéntate.

—No me voy a demorar mucho, Duncan. Quería hablarte sobre Nikolai.

—¿Ha vuelto hacer alguna locura?

—¿Por qué siempre que te quieren hablar de tu hijo piensas lo peor? —le reprochó Nataxa, afectada.

—¿Y qué quieres que piense? —se defendió mirando a su mujer.

—Lamento ponerme de parte de tu esposa —terció Cameron—. Esta mañana Nikolai me citó para comunicarme algo y durante la conversación, salió lo de la

enfermedad de tu corazón.

—Que no sabía nada hasta hace poco tiempo. ¿Es eso lo que has venido a decirme?

Cameron miró a Duncan, luego a Nataxa y otra vez a Duncan.

—¿Lo sabías?

—Cameron, ¿crees eso? —Duncan se inclinó ligeramente hacia adelante—, con el corazón en la mano. ¿Piensas que no sabía nada de verdad?

—Él no sabía nada. He hablado con Irina —se encogió de hombros—, le he dicho que íbamos a conversar todos juntos del tema. Vosotros, Nikolai y ella, pero se ha negado. —Clavó la vista en Nataxa que se había cruzado de brazos mirando desafiante a su esposo—. Irina ha dicho que tú encontraste al hombre que supuestamente debía haberle dado el recado a Nikolai.

—Localicé a los abogados —asintió—. En un principio les dieron la orden de informar a Nikolai, pero seguidamente les anularon el encargo. Nunca llegaron a decírselo.

Duncan elevó la cara al techo resoplando como un caballo.

—Nataxa, dile quien te lo contó.

—Fue tu hija Annika.

Cameron se extrañó.

—¿La has conocido?

—Tuve el placer de charlar con ella. Es encantadora.

Los ojos azules de Cameron se volvieron cálidos de repente.

—Ha sufrido un accidente. Intentaron matarla.

Tanto Duncan como Nataxa le miraron con sorpresa.

—¿Cómo está?

—Bien. Recibió un disparo en el brazo y el doctor ha dicho que se recuperará bien.

—¿Cómo fue?

Cameron les relató sobre Arthur y su extraño suicidio. Nataxa, con ojos desorbitados se cubrió la boca.

—Pobrecilla.

—Nikolai está pensando en llevársela de aquí. Después de que se casen.

Nataxa se convirtió en una estatua de piedra. A Duncan se le desencajó la mandíbula.

—¿Se van a casar? —Cameron asintió—. ¿Qué ha dicho mi hermana?

—Aún no se lo he dicho. Pensaba hacerlo Nikolai cuando nos reuniéramos. —Se encogió de hombros—. Esta noche tendré que decírselo. Se va a desencadenar la guerra. Ya sabes cómo es Irina en lo referente a mi hija.

—¡A tu hija y a mi hijo! —declaró Nataxa repentinamente asustada. Agitó la cabeza—, no sé qué pensar. Por un lado estoy feliz de que Nikolai siente la cabeza. He conocido a Annika y creo que es fantástica para él. Me gusta —Se estremeció y agarró la mano de Duncan—, pero a un tiempo me da miedo la reacción de tu hermana —terminó de decir, mirando a su esposo a los ojos.

Duncan se acarició la barbilla con aire ausente, pensativo.

—Si se van a unir en matrimonio me parece perfecto.

—¿Hablarás con nuestro hijo?

Duncan devolvió a Nataxa una mirada comprensiva.

—Hablaré con él e intentaré solucionar nuestros problemas. —Fijo la vista cansada sobre Cameron—. Si mi hijo necesita mi apoyo esta vez, se lo daré. Pero... — hizo una pausa lenta— deberás dejar de presentar a Annika como tu hija.

Cameron se envaró.

—¡Ya hemos hablado de eso!

—¡Maldición, Cameron! ¡Se va convertir en la esposa de mi hijo! ¿Qué necesidad tienen de decir quién es ella? De un modo u otro va a adquirir los derechos que la corresponden. ¿Por qué ir diciendo que es tu bastarda?

Cameron retuvo las lágrimas que inundaron sus ojos.

—Porque se lo debo a Olya.

Duncan suspiró ruidosamente.

—No tiene sentido discutir esto contigo.

—¿A qué te refieres?

—¿Has hablado con tu hija para saber qué es lo que ella desea? La última vez que hablé con Nikolai, ella no quería nada nuestro. —Cameron abrió y cerró la boca un par de veces, sin embargo no fue capaz de pronunciar palabra—. No

estropees más las cosas con mi hermana. Annika será una Petrova.

Cameron asintió.

—Gracias, Duncan. —Nataxa le besó la mejilla impulsivamente y se puso en pie con prisa—. Voy a comprar una caja de bombones para llevar a tu hija. ¿Podríamos avisarles de que vamos a ir a visitarlos? ¿Qué dices, Duncan?

—Hazlo, lo estas deseando.

Con una alegría sorprendente, Nataxa salió de la sala con un revuelo de faldas.

CAPÍTULO 25

Cuando Nikolai regresó a casa sintió un estremecimiento anticipado. Tenía ganas de ver a Annika y evadirse por un momento de las preocupaciones que le agobiaban, sin embargo, antes de poder lanzarse a las escaleras, Pierre lo interrumpió con la nota que Cameron le había hecho llegar. Maldijo el no poder reunirse con Irina y sus padres. Había confiado en Cameron y otra vez le había fallado.

Con semblante serio ingresó en la habitación de Annika. Ella estaba tan absorta leyendo una de sus novelas que no se dio cuenta de su llegada. La observó desde la puerta. Tenía un aire relajado con media sonrisa en sus labios.

Él rompió el silencio.

—Parece muy interesante tu lectura.

Annika levantó la vista y sus mejillas se sonrojaron al verle.

—Es una novela muy buena.

—¿No será alguna nueva aventura del Caballero de la Sombra?

—No, Elvira ha estado buscando más novelas de él, pero por lo visto solo tenía una.

—Me alegro, empiezo a cansarme de escuchar hablar de él a todas horas.

Annika sonrió y apartó el libro a un lado.

—Para serte sincera, me has sorprendido en medio de una batalla en Portobelo. Creí que te habrías arrepentido de tus palabras y que hoy no ibas a venir.

Él arqueó las cejas y se acercó a ella con paso lento.

—¿Por qué habías pensado eso?

La joven se encogió de hombros. Nikolai se sentó a su lado sobre la cama.

—No me arrepiento de nada, cielo. He estado pidiendo una licencia para

casarnos —explicó e hizo un gesto contrito con la boca—. Tienen que enviar tu partida de nacimiento desde Praga. Puede demorarse un par de semanas. ¿Cómo te encuentras?

—Bueeeeno...—adrede alargó la E de un modo triste— no sé si me duele más el hombro o el cuerpo de estar todo el día acostada. He pedido a Elvira que me prepare el baño.

—No puedes mojar el vendaje.

—Lo sé. ¿Has visto a April? —comentó cambiando rápidamente de conversación.

—No ¿Por qué? ¿No está en casa?

—Me dijo hace un buen rato que iba a salir y que no iba a tardar mucho. No me quiso decir donde iba, pero estoy un poco preocupada. Madame Rose Wood me comentó que tenía una cita con lady Peyton. —Nikolai se tensó. Annika vio su intranquilidad—. ¿Ella es la esposa de Max?

—Sí.

—¿Para qué querrá verla?

—No lo sé —se puso en pie y la besó castamente en la frente—. April no debería de haber ido. ¿No sabes donde se han citado?

—Madame no me lo indicó. ¿Te vas tan pronto?

—Voy a mandar un aviso a Jonas y regreso en seguida —Le alcanzó la novela y se la puso en el regazo—, sigue con tu batalla, yo estaré aquí antes de que tu pirata se muera.

—¡No puede morir!

Escuchó las carcajadas de Nikolai fuera del dormitorio. Con un suspiro dejó vagar la mirada por la portada de su libro. El protagonista se parecía mucho a su alteza, aunque por lo menos él ya le había dicho abiertamente a su cautiva que la amaba. ¿Él cuando se lo diría a ella?

— Por favor, Nikolai —imploró Annika—, no quiero que me vean en una

cama. Estoy bien, de verdad. Déjame bajar.

—El doctor ha dicho...

—Por favor, por favor. Dijiste que no me ibas a obligar a nada.

—Hablábamos de no más clases, no de hacer una locura en plena recuperación.

—¿Cuál es la locura? —insistió—. Solo te estoy pidiendo que me permitas bajar a cenar al comedor. ¿Qué me puede pasar? Tengo las piernas perfectamente.

Nikolai se frotó la nuca cansado de discutir con ella. Para él era una sorpresa que sus padres se hubieran auto invitado con la excusa de interesarse por la salud de Annika, pero lo último que deseaba era tener que discutir con ellos frente a la muchacha.

—Se te puede abrir la herida.

Ella suspiró con enfado. Conocía a su alteza y sabía que no iba a poder convencerle.

—De acuerdo, excelencia —dijo resignada—, me portaré bien y me quedaré aquí tranquila, durmiendo. Estoy segura de que si bajo me voy aburrir mucho.

—Eres una mentirosa —contestó él con una sonrisa.

Ella se terminó de recostar en la cama y se cubrió la cabeza con las cobijas.

—Annika —llamó Nikolai. No contestó—. Annika —insistió.

—¿Qué?

—Mírame.

—No me da la gana. —De repente sintió una palmada en el trasero y salió con velocidad de entre las mantas. El rostro de Nikolai estaba muy cerca de ella con una sonrisa ladina en sus labios—. ¿Me has pegado?

Él alzó las cejas.

—¿Qué piensas hacer? —la desafió acercando su boca a la de ella.

Annika no pudo pensar. Sentía el cálido aliento sobre su rostro y aquellos ojos verdes derritiéndola el alma. Un par de semanas y serian marido y mujer.

—¿Sabes que te amo, Nikolai?

El tiempo pareció suspenderse como si todo se hubiera detenido de repente. El tictac del reloj dejó de sonar. Los suaves ruidos que venían desde algún lugar de la casa se esfumaron.

—¿Podrías repetir eso? —preguntó tan serio que el corazón de Annika se llenó de ternura. ¿Acaso él no lo sabía?

—Te amo, Nikolai.

—Llevo mucho tiempo soñando con esas palabras. No pensé oírtelas decir.

La boca de Annika tembló.

—¿Por qué?

—Me rechazaste la otra vez y ... —Annika le cubrió la boca con la suya en un beso dulce. Nikolai llevó las manos a la cabeza de ella y hundió sus dedos en los bucles oscuros. Intensificó el beso.

—Te amo, Annika. Te amo con toda mi alma.

El corazón de la muchacha golpeó con fuerza y su pulso se aceleró. Una corriente eléctrica cargada de emoción que recorrió cada fibra de su ser. «¡Lo había dicho! ¡La amaba!», pensó.

Volvió a besarla de nuevo, esta vez de un modo apasionado.

—Lamento interrumpir.

Se apartaron con rapidez al escuchar la voz de April. Ambos sonrieron mirando a la recién llegada, en cambio por la expresión de la pelirroja intuyeron que había estado llorando.

—¡April! —Annika terminó de apartar los cobertores y se puso rápidamente en pie. Se mareó al tocar el suelo y Nikolai la sujetó antes de que perdiera el equilibrio. La miró ceñudo.

—¡Recuéstate de una vez! No voy a repetírtelo más veces.

—Nikolai tiene razón. —April también llegó hasta ella y entre los dos la metieron en la cama.

—¿Qué ha ocurrido, April? —preguntó ella ignorando su pequeño vahído.

—Nada, cariño.

—¿Por qué has ido a ver a esa mujer? —la reprochó Nikolai.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me lo mencionó madame Rose Wood —dijo Annika frotándose el hombro con un gesto de dolor. Nikolai apartó su mano y la hizo un suave masaje alrededor de la herida.

April los miró con cierta envidia. Se sentía feliz por ellos y no deseaba

empañar su felicidad. No pudo evitar que las lágrimas acudieran en tropel a sus ojos.

Annika y Nikolai cruzaron una mirada preocupada. Annika abrió los brazos a su amiga y April se inclinó sobre ella para llorar sobre su cuerpo.

—No quiero hacerte daño, Annika —gimió April con cuidado de no tocarla mucho.

—No me duele nada —mintió, acariciando el cabello rojo de la otra. Su perfume le recordó el día que la conoció en la puerta de la residencia de Nikolai en Praga. Parecía que había pasado mucho tiempo desde eso. —¿Qué ha sucedido?

April negó contra su cuello y Annika miró a Nikolai implorándole que saliera del cuarto y las dejase solas. Él obedeció intranquilo.

—Está encinta. —La pelirroja lloró con fuerza—. Lady Peyton está embarazada. Dice que si amo a Max de verdad, tengo que alejarme de él para siempre, de lo contrario no le permitirá estar cerca de su hijo. No puedo dejar que Max elija entre él y yo —agitó la cabeza con angustia—, pero le quiero tanto que no sé si seré capaz de arrancármelo del corazón.

Annika dejó que se desahogara. April siempre había estado allí para ella. Ahora le tocaba devolverle el favor. Al cabo de un rato el llanto se convirtió en un débil gimoteo.

—Tienes que ser fuerte, April. —Limpió las lágrimas de su amiga con las palmas de las manos—. Vente con nosotros a Italia.

—¿Te das cuenta de que será tu luna de miel?

Annika puso el corazón en su mirada.

—Y me encantaría compartirla contigo, April. Nikolai, tú y yo. Ahora ya no te odio.

April abrió sus ojos grises como si fueran dos órbitas a punto de salirse.

—¿Me odiabas?

—¡No! ¡Estoy bromeando! Hubo una temporada que sentía celos —le confesó—, pero nunca llegué a odiarte, en serio. No podría hacerlo. Eres mi única amiga.

—No sabes cuánto me reconforta eso. ¿Pues sabes que te digo? ¡Que sí! Que

me marchó con vosotros a Italia, o a donde queráis llevarme. —Sonrió ampliamente—. Ahora solo falta convencer a Nikolai. No sé qué pensará él.

—Yo lo haré. Me ama y puedo llegar a ser muy convincente.

—¿Ya te lo ha dicho?

—Un poco antes de que nos interrumpieses. —Se llevó la mano a la frente ante un nuevo mareo. Parpadeó con fuerza. Miró el tazón de leche de cabra que había sobre la mesilla—. Quizá madame Rose Wood me esté envenenando —bromeó.

—Debe ser el láudano. Descansa un poco cariño.

—Por cierto, April. Esta noche vienen a cenar los padres de Nikolai. No dejes que discuta con ellos. Dile que les escuche. —Se durmió antes de que April saliera de su dormitorio.

La cena de los Petrov fue la más tranquila y distendida que habían tenido en años. No hubo discusiones, ni reproches. Eran conscientes de que aún quedaban una multitud de malentendidos en el aire, pero todos pusieron de su parte para salvar aquel abismo de pesimismo que tiempo atrás cargaba cada uno sobre sus hombros. Roma no se había construido en un día, y tanto Duncan como su hijo se propusieron salvar sus diferencias dando un paso adelante.

Para Nataxa fue como sentir que de alguna manera recuperaba a un hijo que nunca tuvo y lágrimas de felicidad enturbiaron su mirada durante gran parte de la velada. Descubrieron a un Nikolai diferente. A un hombre hecho y derecho, cabal, inteligente y relajado. Un hombre del que Duncan se sintió orgulloso.

Más tarde, su alteza abordó el dormitorio de Annika. Ella dormía bajo las sábanas hecha un ovillo. La tenue luz de la luna que se filtraba a través de la cortina, delineó su silueta.

Annika suspiró cuando él la llamó y cambió de posición. Su alteza se tendió a su lado. Hundió los dedos en su cabello adorando su textura sedosa y la fragancia que desprendía.

—Cielo, ¿me escuchas?

Ella murmuró algo ininteligible y cuando él la zarandeó con delicadeza, abrió los ojos, adormilada.

—¿Annika?

—¿Sí?

Nikolai se inclinó sobre ella y la besó los labios dulcemente.

—Quería darte las gracias.

—¿Las gracias? —preguntó con la voz ronca—. ¿Por qué?

—Por defenderme a capa y escapada frente a mi madre.

Ella sonrió y sin fuerzas por despertar volvió a cerrar los ojos buscando una nueva posición en el colchón

—No hay de qué, Nikolai. —Se durmió en seguida, sin percibir que él se acomodaba a su lado y la abrazaba contra su pecho.

CAPÍTULO 26

Annika se encontraba mal. Su mente giraba enloquecida en un mareo perpetuo donde era incapaz de exponer sus ideas con claridad. Había pensado que al desaparecer los efectos del láudano volvería a tener la cabeza en su sitio, pero no era así y se encontraba peor que el día anterior.

Despacio se incorporó sobre la cama y respiró con fuerza para calmar las ansias de vomitar y la amarga sensación de estar flotando entre espesas brumas. Muy lentamente se acercó a la ventana descorriendo las cortinas con el brazo sano. Observó el exterior con ojos entrecerrados. El cielo pintaba trazos violetas en el horizonte despertando al nuevo día. Los edificios se recortaban ante sus ojos; unos altos, otros bajos; jardines esplendorosos con macizos de flores coloreadas.

Los sonidos de las ruedas de los vehículos llegaron hasta ella de forma hueca y vacía. Durante un rato, inclinó la frente sobre el frío cristal aliviando en parte su aturdimiento. Después vertió la jarra de agua en la jofaina y se empapó el rostro con la esperanza de encontrar su salvación a tal deplorable estado, sin embargo no halló consuelo.

La puerta de la alcoba se abrió y madame Rose Wood entró mirándola de soslayo. Se acercó hasta la bandeja que descansaba sobre la mesilla y echó un vistazo al tazón con los labios fruncidos en una mueca mezquina.

—No se terminó de beber la leche, señorita Annika.

—No me encuentro muy bien, madame —le dijo, caminando de nuevo hacía la cama. Sus pasos eran torpes y flojos—. Estoy indispuesta.

—Quizá un paseo le venga bien.

—El doctor dijo que no abandonara la cama por el momento —agitó la cabeza,

estremeciéndose de nuevo—, puede que tenga razón y necesite que me dé el aire fresco.—Se sentó sobre el colchón y se observó los pies desnudos—. ¿Su excelencia sigue durmiendo?

—Sí. Y lady Danfort también. Se quedaron hasta tarde charlando en el salón.

—¿Sí?—Annika alzó las cejas. Hubiese jurado que Nikolai había pasado la noche con ella. —¿Puede llamar a Elvira?

—¿Se le ofrece alguna cosa?

—Ayuda para ponerme la ropa. De ese modo iría un poco al patio.

—Yo lo haré. Bajaré la bandeja a la cocina y subiré enseguida.

Annika asintió.

La mujer regresó y se encontró con que la joven seguía sobre la cama rodeándose el cuerpo con los brazos. Estaba mortalmente pálida.

—He pensado que es posible que le apetezca dar un paseo un poco más largo y conocer a mi madre.

—No estoy muy segura.

Madame Rose Wood buscó las prendas de la joven y la ayudó a vestirse. Mientras le abotonaba los ganchos de la espalda advirtió que Annika apenas tenía fuerzas para moverse y sus brazos caían laxos sobre los costados.

—Le vendrá bien, ya lo verá. Se despejará muy rápido.

—Puede que sea mejor que alguien vaya a buscar al doctor. Me encuentro realmente mal.

—Se le pasará enseguida.

Annika se dejó llevar por la mujer con obediencia. Salieron a la calle y respiró el aire con ansia, acogiendo en sus pulmones los olores de la mañana: leña quemada, café recién hecho, pan horneado... Creyó encontrarse mejor.

—¿Dónde está, Johnny? —preguntó al no ver ni al coche ni al cochero por ningún lado.

—Señorita, usted debe andar un poco y empezará a sentirse mejor. Confíe en mí.

Ambas comenzaron a caminar sobre los adoquines. Madame Rose Wood intentaba que la joven acelerara el paso, cosa extremadamente difícil cuando lo único que Annika deseaba era vomitar. El dolor del hombro no era nada

comparado con su desfallecimiento. La debilidad que la embargaba era en extremo terrorífica.

—Es mejor que demos la vuelta, madame —le sugirió—. Corre el riesgo de que me desmaye en plena calle.

—¡No puede ser tan enclenque! Detendré un coche.

No tardaron mucho en conseguir vehículo. Annika subió, dejó caer la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos. Sentía los cascos de los caballos amartillando sin consuelo sus oídos. Se arrepentía totalmente de haber desobedecido las órdenes del doctor y por consiguiente las de Nikolai. Él se iba a enfadar mucho cuando supiera que había salido.

—Será mejor que dejemos la visita de su madre para otro día, madame.

—No diga tonterías. Estamos muy cerca y allí le puedo preparar un ponche que obrará maravillas.

Annika luchó contra el sopor. El rostro de madame Rose Wood era una máscara fría e inexpresiva.

—¿Sabe que su alteza se va a casar conmigo? —Madame Rose Wood no contestó—. Nos vamos a marchar pronto a Italia.

El largo silencio era ensordecedor, excepto en los oídos de Annika donde el corazón galopaba desbocado. De haber tenido fuerzas habría avisado al chofer de que la llevara a casa. Sin embargo, el ventanuco que accedía al pescante se hallaba tan lejos...

—Madame Rose Wood, quiero regresar —ordenó con voz que pretendió ser autoritaria y firme.

—Ya estamos llegando.

La joven observó a través de la ventana las casas y las calles. Se trataba de un barrio de callejones estrechos y edificios altos. Apenas había gente por las aceras y el asfalto estaba lleno de excrementos. El coche se detuvo. Aquel lugar le recordó a Saint André e incluso en el mismo olor fétido impregnado de orín. Todo su cuerpo se estremeció.

—¿Vive aquí su madre? —De las ventanas superiores colgaban sabanas que con el aire golpeaban las paredes de piedra oscura.

Sin previo aviso madame Rose Wood cogió su mano y la arrastró hacía un

oscuro portal. En la entrada, un mendigo cubierto con una manta sucia las miró con indiferencia.

—¡Quiero regresar a casa, madame!

—Estoy convencida de que no querrá montar un escándalo aquí, ¿verdad?

Annika se enfadó. Estaba muy asustada y débil y era totalmente vulnerable. Dio varios pasos atrás para huir, sin embargo la mujer presionó su mano con fuerza y la obligó a subir unas estrechas escaleras de madera. Sus pisadas resonaban en todo el edificio como golpes de algún espectro desalmado. Hacía frío en el interior y la piel de Annika se erizó.

—Sé que su madre no está aquí, madame. ¿Por qué no me deja marchar?

Se pararon delante de una de las puertas de la primera planta.

—Porque le interesa estar aquí en este momento. —La mujer sacó una llave de hierro del bolsillo y abrió, —Pase.

Era una casa en un estado deplorable. La pintura ajada de las paredes se desprendía y caían porciones sobre el sucio suelo oscuro. Todo estaba envuelto en un espantoso silencio.

De pronto, la muchacha se vio cruelmente lanzada sobre el piso del pasillo. Volvió la mirada hacía la mujer en el mismo momento que ella salía y cerraba la puerta con fuerza. Escuchó el atronador sonido de la llave y los pasos sosegados que se perdían en la lejanía.

Durante unos segundos permaneció inmóvil tratando de identificar algún sonido. Temía que en la casa hubiese alguien más aparte de ella.

Como pudo, recorrió el apartamento buscando algún escape viable. No tardó en darse cuenta de que era un piso interior y las ventanas enrejadas se hallaban cubiertas por una red de alambre oxidado. Estaba encerrada, sola y consumida. Lágrimas de incredulidad rodaron por sus mejillas. «¿Cómo podía haber sido tan estúpida de dejarse engañar con tanta facilidad?», pensó.

Al cabo de un largo rato, la puerta volvió abrirse. Ella despertó de su letargo. Con alivio descubrió que de nuevo las fuerzas habían regresado y ya no quedaban ni rastro de náuseas. Se incorporó del rincón donde se había acuartelado y miró a una muchacha de buen vestir que la observaba con ojos feroces.

—Hola, Annika. Imagino que no te gusta mucho este lugar, pero sin duda es mucho mejor que aquel sucio orfanato.

Annika no pasó por alto su voz llena de odio. Pestañeó con sorpresa y la miró de arriba abajo estudiando su cuerpo robusto y estatura pequeña. Debía ser apenas unos años mayor que ella.

—¿Nos conocemos?

—En absoluto, sin embargo déjame que lo solucione rápido. Me llamo Elena Pávlov Petrova.

—No te pareces en nada a Cameron.

—¿Es eso algo significativo?

—No... solo quería decir... ¿Eres mi hermana?

Elena respondió con repugnancia.

—Yo solo tengo una hermana y se llama Lucrecia.

Annika sintió un escalofrío que dio un vuelco a su estómago.

—¿Por qué me ha traído madame aquí? ¿Esto es cosa de tu madre?

—No, pero si lo supiera se sentiría orgullosa de mí. No sabes el escándalo que montó anoche cuando papá nos dijo que ibas a casarte con el primo Nikolai.

—Se puso las manos en las caderas—. Eres una descarada, Annika, ¿piensas que soy tan tonta como los demás y no sé qué es lo que buscas?

—Te estás confundiendo conmigo. Yo no busco nada.

—¡Mientes! Quieres vengarte de todos nosotros y mi primo es tan estúpido que no se ha dado cuenta. Menos mal que por fin ha abierto los ojos.

Algo en el interior de Annika le advirtió de una sospecha horrible que no alcanzaba a comprender

—¿A qué te refieres? ¿Qué le has hecho?

—Les he demostrado a todos como eres realmente.

Annika se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—¿Cómo soy?

—¡Una ladrona!

—¡No he robado nada! —exclamó.

—¿No? —inquirió Elena sonriendo con malicia —, en este momento, la ramera de la pelirroja y mi primo deben estar como locos buscando todas las

cosas de valor que te has llevado de la casa.

Annika la miró con asombro.

—No sé a qué te refieres. —Mostró las palmas de sus manos—. No tengo nada.

—Pronto te relacionarán con la fiesta de los condes de Montreal. ¿Recuerdas la gargantilla de esmeraldas?

Annika asintió.

—¡Pero yo no fui! ¡Estuve con su alteza todo el tiempo!

—No seas ilusa querida. Todos sabrán que la culpable eres tú y no tu dama de compañía.

—¿Madame Rose Wood? ¿Ella...?

—Me ha ayudado mucho aunque ha estado en peligro varias veces. Por ejemplo la zorra de April estuvo a punto de descubrirla cuando el otro día comenzó a vaciar tu ropero. Verás, no podíamos decir que te habías escapado si dejabas las cosas allí. Ahora no queda nada tuyo en casa de mi primo. Es como si le hubieses abandonado. De hecho, eso puse en la carta que me he permitido escribir en tu nombre. —Se giró hacia la entrada y Annika fue tras ella; sin embargo, antes de llegar a la puerta, Elena se inclinó a recoger un hatillo del suelo. Se volvió y agitó el saco. Con golpes desiguales, alhajas y varios vestidos cubrieron el suelo.

Con horror, Annika descubrió la gargantilla y los pendientes que April le había dejado para ir al Bois de Boulogne. Los gemelos de Nikolai de nácar y oro, varios anillos gruesos, pulseras y colgantes... La joya de la condesa...

—¿Cómo has podido hacerlo, Elena? Excepto ese collar, todo pertenece a Nikolai y...

—Te pertenece a ti, Annika, tú lo has robado. Cógelo.

—¡Claro que no voy hacerlo!

—Te aconsejo que lo hagas, de lo contrario vendrán pronto a por ti y te aseguro que las cárceles francesas son peores que el orfanato.

—¿De qué estás hablando? Su alteza me creerá. ¿Por qué iba a robarles si nos vamos a casar dentro de poco? Eso no tiene ningún sentido.

Elena se encogió de hombros con indiferencia.

—Marie Anne dirá que te vio robar en casa de los condes, pero que la amenazaste con hacer daño a Nikolai si la delatabas. Y Pierre seguramente también comente que te descubrió saliendo del despacho de mi primo —Annika frunció el ceño—, el día en que Rose te dijo que fueras a buscar el gato al estudio.

—¡Vaya! Has pensado en todo y veo que te has tomado muchas molestias conmigo. ¿Marie Anne es otro peón en tu plan?

—Con tal de conseguir a mi primo, esa mujer es capaz de vender su alma al diablo. Le diría que te escuchó hablar con alguien contándole tus intenciones. No tienes escapatoria, Annika. Lo único que te queda es recoger tus cosas —señaló las pertenencias del suelo—, y marcharte lejos para no volver.

—¿Estás segura de que no tengo más opciones? —se atrevió a desafiarla.

—No lo sé. ¿Te atreves a ir a ver a Nikolai para decirle la verdad? ¿Te creerá? Es posible que mi primo y April te perdonen, aunque desconfiarían siempre de ti, pero ¿qué me dices de los condes de Montreal? Todas las pruebas te inculpan. Para todos no eres más que una ladrona de Saint André. Lo único que vas a conseguir, si vuelves, sería avergonzar a los Petrov, sobre todo a Nikolai.

—Pero yo no quiero marcharme.

—Haberlo pensado antes de haber venido.

Los ojos de Annika se abnegaron en lágrimas.

—¿Por qué me odias tanto?

—¿Odiarte? No lo hago —Elena sonrió con satisfacción—, estoy dejando que huyas ¿No lo ves? —Se apartó de la puerta—. Pero hazlo rápido —la apremió—. No tardarán en venir a buscarte.

—No puedo entenderte. Tú y yo tenemos la misma sangre. Podrías ser mi...

—No tengo nada que ver contigo excepto un estúpido padre capaz de enamorarse de las piedras. No se te ocurra decir que en algún momento has pensado que yo querría ser tu hermana mayor, o Lucrecia. Eso sería de chiste ¿no crees?

Annika negó con la cabeza, dolida. Era posible que alguna vez... Pero no. Esa muchacha que tenía ante ella no tenía corazón.

—Elena, ese hombre, Arthur, lo contrataste tú ¿verdad?

—Sí, una pena que fuese tan inepto. Si hubiera acabado contigo cuando se le pidió no habría muerto de forma tan trágica.

—Y tú madre no sabe nada de esto —dijo escéptica.

—No. Por cierto, no debe quedarte mucho tiempo.

Annika recogió los vestidos y las joyas. Le llamó la atención una pequeña redoma. La observó fijamente.

—Rose Wood lo tuvo que poner en tu leche. De otro modo no te hubiera podido sacar de casa. Pero claro, solo puso un poquito. De haberte dado todo, te hubieras muerto como Arthur.

—Por eso me encontraba tan mal —musitó—, que bien lo habéis planeado todo.

—La verdad es que hemos actuado de un modo muy inteligente.

—Yo nunca quise venir aquí.

—No debiste nacer. Tu madre es la culpable de tu situación. Vivió en pecado y Dios la ha castigado por ello. No pensó en ti.

—¡No hables así de ella! ¡No eres digna de hacerlo! —replicó furiosa. Salió de la casa antes de que Elena dijese algo más y ella cometiera una tontería.

CAPÍTULO 27

Comenzó a caminar de un lado a otro sin saber dónde ir ni que hacer. Solo buscaba un sitio donde pensar tranquilamente. Debía hacer llegar las joyas a Nikolai porque no iba a quedarse con ninguna de ellas.

Se sentó a orillas del Sena. Las aguas arrastraban toda clase de basura al margen del río junto a un potente olor de pescado podrido y lodo estancado. Había elegido un sitio solitario tras una fábrica de hierros abandonada. Sentada en el suelo se abrazó las piernas y se permitió llorar largamente. No tenía ni idea de a quién acudir. Nadie iba a creerle.

Cerró los ojos y pensó en su madre. En los días en qué de la mano la dejaba en la puerta de la escuela después de darle un beso y de aconsejarle que aprendiese mucho y lo pasara bien. Evocó su imagen cuando ambas, sentadas frente al fuego del hogar, charlaban y reían. Todavía era capaz de recordar su aroma, el brillo emocionado de sus ojos cuando le hablaba de Cameron, el calor de sus labios cuando la cubría con las cobijas antes de dormir.

—«Te echo tanto de menos... Me has dejado tan sola... ¿Es cierto lo que dice la señora Merrywatter y me estás esperando en el cielo cuando yo muera? ¿Estás con el abuelo? —Alzó la vista al firmamento— ¿Lográis verme ahora? », murmuró para sí.

Copiosas lágrimas empapaban su cara. No podía parar de llorar. Quería que el tiempo diese marcha atrás. Volver a ser pequeña sin tener nada que la preocupase. Tener de nuevo la ilusión infantil de ver llegar a su abuelo con caramelos y golosinas en los bolsillos. De escuchar su voz aterciopelada, de perderse entre sus brazos...

Sacó el pequeño frasquito y lo miró fijamente durante largo tiempo.

Posiblemente si lo tomaba todos sus sufrimientos se esfumasen. Todos los problemas se desvanecerían como el humo.

—«¿Estas dispuesta a rendirte? ¿A renunciar a Nikolai?». —Esperó una respuesta que no llegó. Se hizo un ovillo en el suelo con la redoma en la mano. Pensando.

—¿Tú lo crees? —preguntó April a Nikolai con furia.— ¿De verdad crees que Annika haya hecho esto? —agitó el papel con fuerza.

Su alteza hacía un buen rato que había dejado de hablar. Cameron seguía apostado en la ventana con los ojos fijos en la avenida. Quizá esperando que de un momento a otro ella regresara.

—¿Nikolai? —insistió April.

Nikolai tragó con dificultad y miró a Cameron.

—¿Necesitáis más pruebas?

—¡No! —gritó April—. ¡Y me niego a creer que tú puedas estar pensando que esta carta la haya escrito ella!

—Pero, entonces ¿donde está su ropa, April? —le preguntó Cameron, con angustia.

Nikolai respondió.

—Lo dice ahí muy claro. Se ha marchado.

—Debe de haber alguna explicación. Yo sé que Annika no haría algo así.

Nikolai se encogió de hombros y abandonó la estancia con paso pesado. Cameron fue tras él.

—¿Vas a denunciarla, Nikolai?

Su alteza no se paró a contestarle. No quería hablar de aquello. Se encerró en el estudio y se sirvió varias copas llenas hasta el borde. Había creído en Annika. Había confiado en ella. ¿Por qué, maldita sea, se había marchado de ese modo? No podía denunciarla. Él mismo repondría todo lo que le faltaba a April. Si Annika deseaba comenzar una nueva vida sin él, dejaría que lo hiciese.

April entró como un huracán en el despacho y de un manotazo le arrancó el vaso de la mano. La pieza fue a estrellarse contra un mueble salpicando todo a su paso para acabar hecho cristalitos en el suelo.

—¿No piensas salir a buscarla?

—April —avisó con voz suave.

—¡Annika es tu responsabilidad! Imaginemos por un momento que es cierto. Que todo eso que dice, que desea marcharse lejos de nosotros y empezar de cero es verdad. ¡Pero tú eres su tutor, maldita sea! ¡No podemos dejar que se vaya sola! ¡No conoce a nadie aquí!

—Lleva una pequeña fortuna. Lo tendrá fácil para viajar a cualquier sitio.

—¿No recuerdas la última vez que viajó? Hay fuera hay alguien que la persigue. Esta herida. ¡Por dios, Nikolai! ¿No te has preguntado porque madame Rose Wood no ha aparecido en todo el día? ¡Ni por asomo Annika la llevaría con ella! ¿No te das cuenta?

—¿Darme cuenta de que, April?

—¡Me parece increíble que tú seas el Caballero de la Sombra, el héroe de las mujeres! ¿Acaso has perdido tus facultades de repente?

—Supongo que no, así como pienso que con el brazo herido ella no ha podido salir sola de aquí y madame Rose Wood ha tenido que ayudarla. Pero eso no tiene nada que ver en el tema. Annika tenía pensado marcharse. Estaba esperando encontrar trabajo y sé que había hecho alguna entrevista. Tú misma sabes que ella no quería ser presentada en sociedad.

—También sé que te ama. ¿Eso no significa nada para ti? Alguien la está tendiendo una trampa.

Nikolai estiró los músculos de su cuello mientras pensaba.

—Quizá tengas razón, April. Puede que me haya dejado llevar por la rabia y no esté enfocando esto con claridad.

—Te has dejado llevar por la rabia —le aseguró ella—. Por favor, Nikolai. Conoces a Annika mejor que nadie...

—Pero si se la hubieran llevado a la fuerza, nos habríamos enterado. En su dormitorio no hay signos de violencia.

—Podría haber estado inconsciente —Insistió April—. Además, también está

la cuestión de sus pertenencias. Para sacar todo eso han debido de hacer varios viajes y desde luego ella no estaba en condiciones, apenas se tenía en pie ayer.

Nikolai asintió.

—Tenemos que denunciarla.

—¿Cómo? —Ella bizqueó—. ¿Te has vuelto loco? ¿No me has oído cuando te he dicho...?

—Claro que te he oído y es por eso que debes ir a denunciarla. Habla con Sigmund Marcus y dale la descripción de Annika. Él enviará a unos cuantos de sus hombres a buscarla a este lado del Sena. Mandaré un mensaje a los chicos para que nos ayuden a registrar la otra orilla. Cuanta más gente se una, antes la encontraremos. Más tarde solucionaremos lo de la denuncia, no te preocupes. —Rodeó el escritorio y sacó los útiles de escribir—. ¿Cuándo salgas le puedes decir a Cameron que se prepare para buscarla?

April abandonó el despacho más confusa que cuando había entrado tras de su alteza.

Su amiga, la pelirroja, tenía razón. «Algo grave había ocurrido para que Annika se hubiera marchado», pensó Nikolai. La imaginó asustada en algún lugar.

Alzó los ojos al techo.

—Voy a encontrarte —murmuró.

Un sinfín de veces repasó las credenciales de madame Rose Wood y creyó morir al descubrir que como único familiar poseía un hermano; el mismo hombre que se encargaba de reconocer a los reos del presidio. El barbero estaba detenido y les había dado la dirección de un lugar donde Rose Wood vivió antes de ser contratada como dama de compañía. Todo comenzaba a encajar de manera certera en su mente.

No dejó que Johnny condujese esta vez y él mismo se hizo cargo del vehículo. La profunda sensación de que Annika estuviese en peligro le golpeaba con ferocidad. Le aterraba hondamente y mil imágenes cruzaban su mente con velocidad; la de la muchachita desaseada cubierta con un gorro blanco de lana y sus enormes ojos al atravesar las rejas del hospicio, o el día que se metió una tostada de mermelada de higo en su bolsillo. La vez que la vio llorando sobre la

losa de su madre, o comiendo a la orilla del río cuando la rueda del vehículo se rompió. Compartiendo habitación en la posada y feliz el día del teatro...

«Por favor —rogó sintiendo que su corazón se elevaba a un infinito—, no dejes que me falte. No permitas que le ocurra nada».

Llegó a la dirección indicada y saltó al suelo.

—¡Cameron, hemos llegado! Johnny, quédate aquí.

Estuvieron a punto de arrollar a un mendigo que se había tendido en el suelo. El sujeto gritó,

—¡Bueno! ¡Qué regalan hoy aquí que viene tantos *chevaliers*!

Nikolai apenas le miró sobre el hombro y alcanzó las escaleras.

—Si buscan a las *mesdemoiselles*, no están.

Cameron y él giraron sobre sus talones.

—Buen hombre —Cameron fue el primero en llegar hasta él—, ¿a qué *mesdemoiselles* se refiere?

—¡Ah, yo no sé nada! —respondió, mostrando una encía superior falta de dientes.

—Te pagaré —le ofreció Nikolai—, dinos algo interesante sobre ellas y esta noche tendrás una cama confortable donde dormir.

El sujeto levantó la vista al cielo por encima de su vieja manta. Comenzaba a anochecer y el sol se escondía perezosamente entre los altos edificios.

—Cama y comida —negoció.

Nikolai asintió.

El hombre se puso en pie con mucho esfuerzo. Sus huesos eran frágiles y estaba considerablemente desnutrido.

—A la primera *mademoiselle* la trajo esa vieja de Rose. —Cameron y Nikolai cruzaron una mirada esperanzada—. Ella no quería entrar, pero yo creo que estaba enferma. —Agitó las manos—. Estaba extraña, sí. Era muy bonita, sí. Subieron las dos y solo bajó la vieja. No se olviden de que han prometido cama y comida.

—Siga *monsieur*, no se preocupe —insistió Nikolai con impaciencia.

El mendigo les miró con desconfianza, y Cameron sacó el portamonedas haciéndole notar que pesaba.

—Más tarde subió otra mademoiselle. Esta era un poco más fea y más jamona. Las escuché discutir. A las dos chicas, me refiero. Luego salió la bonita, llora que te llora y... ¡se fue! —Dio una palmada que resonó en el portal y señaló la calle abajo con un dedo—. Más tarde salió la otra que la esperaba un coche como este suyo, y ya no ha vuelto nadie más por aquí.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a Rose?

El hombre fijó sus ojos turbios en el monedero de Cameron y negó con la cabeza.

—Ya he dicho todo lo que sé, jefe.

El mendigo agradeció su recompensa y después de apilar la manta en un rincón del inmueble, se marchó tan contento en busca de su cena y de su cama.

Con el cuerpo tenso como el pelo de una serreta, Nikolai registró la vivienda sin hallar ningún indicio sobre el paradero de Annika.

—Volvamos a casa —pidió Cameron—, quizá ha estado perdida y va para allá.

Cuando Nikolai se alzó al pescante, Johnny ya había tomado las riendas.

—Guarde fuerzas, excelencia. Imagino que no dejará de buscarla en toda la noche.

—No dejaré de hacerlo hasta que aparezca —le dijo con firmeza. Sus ojos verdes buscaron a su alrededor entre los rostros de los viandantes.

CAPÍTULO 28

Annika despertó cubierta de una ligera bruma que nacía en el suelo y flotaba a varios centímetros, perdiéndose en las negras aguas del Sena. Envuelta en una fría humedad sintió miles de alfileres clavándose en sus brazos desnudos y en los lugares donde el agua había alcanzado la piel. Las zapatillas de satén también estaban empapadas con la crecida del río y con prisa se apartó de allí recogiendo sus cosas.

No tenía noción de la hora que era. La noche había llegado cuajando el firmamento de millares de estrellas palpitantes semejantes a diamantes cristalinos. Las sombras eran intensas, pero desde su posición veía con claridad las luces de la ciudad refulgiendo a lo lejos y el camino que deparaba a una de las vías principales.

Le dolía el hombro y sentía el frío recorriendo todo su cuerpo. Abrió la mano que hasta entonces había tenido en un puño y tras acordarse de la droga, la lanzó con fuerza a las aguas del río. Siguió con la vista cómo se deslizaba con la corriente. El frasquito flotaba mecido por las ondas y el tapón plateado brillaba fugazmente cuando era alcanzado por los rayos de la luna. Cuando desapareció ante sus ojos, decidió que iba a dejar su suerte en manos del destino. Firmemente decidida a explicar a Nikolai y April que ella no tenía ningún motivo para huir, comenzó a caminar hacia donde creía que podía estar la casa. Tenía la seguridad de que, tarde o temprano, acabaría identificando algún lugar conocido o un vehículo.

Le asustaba presentarse ante ellos, pero era la única forma de demostrar que todo había sido planeado para que renunciara al apellido de los Pávlov. Para que no siguiera diciendo de quién era hija. Nunca había imaginado que el encuentro

con alguna de sus hermanas o con Irina habría sido así. Ciertamente que había pensado en gritos, en insultos. Pero ¿intentar matarla? Elena había tenido la oportunidad de acabar con ella en el piso. ¿Por qué había cambiado de opinión y la había instigado a que huyese? ¿Quizá por qué en el fondo no era más que una cobarde?

Suspiró confusa. ¡Cuánta razón había tenido Olya al advertirla de que esa familia no era trigo limpio! Con ese pensamiento en mente no se percató de las sombras que doblaron la esquina tras ella. Cuando lo hizo, cuatro tipos de aspecto tenebroso, iluminados visiblemente en mitad de la calle, comenzaron a intimidarla entre risas.

Ahogando una exclamación recordó cuando el individuo del tren le puso las manos encima. Su corazón bombeó con potencia de forma arrítmica. Aceleró el paso y las pisadas de los hombres la emularon mientras palabras soeces, comentarios jocosos y risotadas exageradas se elevaban hasta ella.

La mente de Annika gritó: «Corre», y las piernas, en un principio adormecidas y tan blandas como la gelatina, respondieron con potencia, volando hacia la vía. Las faldas se enredaban en sus piernas, trastabillaba, y cuando eso sucedía, las carcajadas de los hombres se intensificaban. Aun así siguió corriendo. Los sujetos no le daban tregua. Jugaban con ella. Podían haberle dado alcance con facilidad, pero eso hubiera hecho que la diversión acabara rápido.

Llegó un momento en que los pulmones de Annika no soportaron más. Se detuvo contra una pared jadeando con fuerza en un intento por llenarse de un oxígeno que no parecía querer entrar. Entre su respiración y los potentes latidos, escuchó los pasos de los tipos a escasos metros de ella.

Solo faltaba muy poco para alcanzar la vía principal, donde las luces de las farolas emergían con más fuerza. Con la espalda en la pared y ligeramente encorvada para que sus pulmones volviesen a recobrar su calma, continuó moviéndose.

Los hombres rieron. Con solo empujarla con un dedo ella habría caído fácilmente contra el suelo.

—¡Estas sangrando, moza! —Rió uno, con euforia—. Yo curaré tus lesiones. —Sus compañeros se carcajearon estrepitosamente. Utilizaban un francés muy cerrado y confuso.

La herida de Annika sangraba de nuevo. Un escalofrío de terror trepó por su columna vertebral. Esos hombres no tenían buenas intenciones y sintió que el peligro respiraba sobre ella. Evaluó en lanzarles el saco que seguía aferrando en su mano con fuerza. Aquello podía darle unos minutos para poder huir, aunque por otro lado ellos eran cuatro.

Dio otro paso más hacia la vía. No quedaba nada, menos de un metro. Casi podía saborear su triunfo. Podía escuchar murmullos que provenían de allí. Los cascos de los caballos de un vehículo a lo lejos... De pronto uno de los sujetos la cogió del vestido impidiéndole dar un solo paso más. Impulsada por un intento de supervivencia tiró de su propia falda y se lanzó con tanta fuerza hacía la calle, que cayó de rodillas en mitad de la calzada. Gritó cuando vio a los caballos que se le echaban encima.

El cochero lanzó una maldición y tiró de las riendas con violencia, frenando a los animales con brusquedad. Por un breve espacio de tiempo se encabritaron y los ocupantes del vehículo se vieron fuertemente zarandeados.

—¿Qué ocurre? —Uno de los viajeros llegó a la puerta y descubrió a varios tipos que se abalanzaban hacía allí. El conductor saltó del pescante gritando incoherencias.

Los ocupantes salieron ayudar al cochero que parecía luchar con alguien delante de los caballos. Escucharon que gritaba.

—¡Es la señorita Annika! ¡Ayuda!

Como si le hubieran dado un golpe en la espalda, Nikolai se lanzó a la parte delantera del carruaje y vio a la muchacha sobre el suelo. Con mucha dificultad trataba de incorporarse. Los caballos a su lado no dejaban de mover sus patas, nerviosos. La atrapó de un brazo y ella se volvió a él, luchando por soltarse. De repente le reconoció. Con un sollozo aliviado se echó en sus brazos. Entonces, uno de los sujetos llegó hasta ellos y los arremetió con brutalidad. Ambos cayeron en el suelo. Nikolai fue rápido de reflejos y se revolvió contra su agresor.

Annika observó todo con el rostro lívido de terror. Cameron, Jonas y Johnny también estaban envueltos en la trifulca, y de las ventanas cercanas comenzaron a asomar rostros curiosos. Algunos, incluso, bajaron de sus casas para ver de

cerca lo que estaba ocurriendo.

—¡Sube al coche! —dijo Nikolai cuando se pudo desentender del tipo. La ayudó a ponerse en pie de nuevo y la cogió en brazos para llevarla al interior. Volvió a por el saco que la joven había dejado caer y lo metió junto a ella. —¡No salgas de aquí! —le buscó los ojos con preocupación. Fue indescriptible el enorme alivio que sintió al verla de nuevo. No pudo resistirse a darle un beso rápido en los labios antes de regresar a ayudar a los demás.

Al cabo de un rato todo pareció ir volviendo a la calma, excepto por los gritos de los hombres. Los atacantes creían tener algún derecho sobre Annika por haberla encontrado perdida. Poco antes de que llegaran los oficiales, se marcharon doloridos.

Annika no podía dejar de temblar. No sabía si por lo sucedido o por tener que enfrentarse a Nikolai ahora que estaba junto a él. Le miró cuando entró en el coche y rompió a llorar desconsolada.

Nikolai le rodeó la cara con las palmas de las manos.

—Te prometo que yo no fui. Te lo prometo —le expresó entre sollozos.

Él besó sus lágrimas con una ternura tan especial que el llanto de la muchacha aumentó.

—Lo importante ahora es que tú te encuentres bien.

Ella asintió con vacilación. Él le alzó el mentón con dulzura observándola atentamente. Annika encontró amor en esos ojos verdes y no tardó en arrojarse sobre él, rodeándole el cuello con el brazo sano.

—Tienes que saberlo todo, Nikolai —le susurró en el oído—, pero no me pidas hablar delante de mi padre. Te lo ruego. No me juzgues antes de saber.

Él la estrechó con más fuerza y se acomodó a su lado. Dejó que ella apoyara la cabeza sobre su pecho. Cameron y Jonas ingresaron y tomaron asiento en frente, sin atreverse a interrumpir el silencio. Esperaban que fuera la misma Annika quien dijera algo. Johnny se acercó también para saber si estaba bien y luego Nikolai le ordenó que los llevara a casa.

El trayecto transcurrió en un profundo silencio.

CAPÍTULO 29

Nikolai se comportó con Annika con extrema suavidad y paciencia. La llevó a su dormitorio y ordenó a Elvira que preparase un baño y subiese la cena. Más tarde, el doctor aseguró un nuevo vendaje en el hombro y desechó la preocupación de que hubiera una infección. En todo momento, la muchacha fue incapaz de apartar sus ojos de Nikolai. Esperaba adivinar cómo se sentía él realmente y que pensaba. Toda aquella situación la volvió a poner nerviosa. Se sentía como si fuera un explosivo al que estuvieran a punto de encender la mecha para volar por los aires.

—Tu padre y Jonas vendrán mañana a ver cómo te encuentras —dijo Nikolai cerrando la puerta del dormitorio tras de sí—. April también se ha retirado a descansar. Han sido muchas emociones fuertes hoy.

—Supongo que esperas una explicación —se atrevió a decirle con voz temblorosa.

Él asintió arrastrando la butaca que había frente a la chimenea hasta el cabecero de la cama. Tranquilamente se sentó observándola con atención. Aparentaba estar sereno sin embargo no era así, deseaba conocer la verdad.

Annika comenzó a relatarle con voz apagada desde el momento en que madame Rose Wood la había drogado hasta la visita de Elena. A medida que iba narrándole todo, advirtió que un musculo en la dura mejilla de él latía colérico. Mantenía los dientes apretados y la mirada, aunque fija en ella, no la veía. A pesar de su expresión fría y distante, era ferozmente atractivo. El cabello le caía sobre los hombros y los ojos verdes habían tomado un tono profundo entre el gris y el negro. Cuando terminó de hablar, esperó con impaciencia a que él dijese algo.

—Comprendo todo eso, pero debiste volver a casa después.

—Estaba muy asustada y confundida. Tenía miedo —admitió—. No puedo estar segura de que en este momento me estés creyendo. De que me crea April. Es mi palabra contra la de Elena.

Nikolai se revolvió incomodo en el sillón.

—Llevamos cerca de cuatro meses conviviendo juntos. Sé cuándo mientes y cuándo no. Tus ojos son un libro abierto, Annika. En ellos siempre he leído cuando estas enfadada, cuando bromeas, cuando finges...

—No supiste leer en ellos que te amaba —murmuró con voz emocionada.

Los ojos verdes se llenaron de calidez.

—No quise verlo por no hacerme ilusiones. Me prometí que jamás te haría daño. Luché mil veces por recordar que yo no era el hombre adecuado para hacerte feliz. Sabía que te sentías atraída por mí, pero me empeñé en convencerme de que era curiosidad femenina. No paraba de recordarme la diferencia de edad que existía entre nosotros y me sentía como un cretino esperando las migajas de tu amor. Por eso, cuando la otra noche me dijiste que me amabas y me di cuenta de todo el tiempo que había perdido, supe que me entregabas el mejor regalo de mi vida. Sé que no eres ninguna ladrona, ni siquiera egoísta —estiró su mano hacía la de ella y entrelazó sus dedos con firmeza—, otra persona me habría pedido que le comprase joyas y perfumes caros, en cambio tú no pediste nada. Te limitaste a coger lo que te ofrecía. Aunque no lo creas, te conozco demasiado bien.

Las lágrimas enturbiaron la visión de Annika. Esa era la declaración más bonita y hermosa que había escuchado.

—Aunque tú me creas, otros no lo harán —le insistió apenada.

—Se hará justicia, cielo. Tu padre debe saber la verdad. ¿Acaso piensas que no sabrá de qué parte ponerse?

—Nunca se puso de la mía.

Nikolai ignoró su comentario.

—¿Tienes idea de todo lo que hemos sufrido desde que te marchaste esta mañana? —preguntó con voz rota.

—Lo siento mucho —murmuró arrepentida—. Nunca quise haceros daño a ti

ni a April. Estaba tan aterrorizada de que volvierais a mandarme a Saint André o a la cárcel, o incluso a que me dieseis de lado, que me equivoqué. Pasé el resto del día pensando qué hacer. Por un momento estuve a punto de tomarme el resto de ese veneno y acabar con todo —confesó, agradecida de no haberlo hecho—. Lamento tanto ser tan cobarde...

Nikolai cerró los ojos reviviendo el temor de haberla podido perder. La imaginó asustada luchando contras sus temores, decidiendo si valía la pena continuar su vida.

—Todos pensarán que fui yo la culpable y que tratas de defenderme para continuar con la enemistad de tu familia. Marie Anne afirmará haberme visto el día de la fiesta de los Montreal y nadie dudará porque vengo de Saint André.

—También vieron a Rose Wood. Su hermano fue quien suministró el veneno a Arthur Saxon. Ella es la primera sospechosa en este momento. Les haré llegar a los condes la joya con una carta explicándoles la situación.

—Estaba tan convencida de que era Irina quien estaba detrás de todo esto, que aun cuando se presentó Elena continué pensando lo mismo.

—Con sinceridad, yo tampoco había esperado que alguna de mis primas se atreviesen a una cosa así. Según Cameron, Elena fue la única en preocuparse por tu accidente —los ojos verdes brillaron con cólera al darse cuenta ahora de por qué estaba tan interesada. Solo se aseguraba de que las cosas saliesen como las tenía planeadas.

—¿Qué va a pasar? —le preguntó—. Si yo supiera que Elena me deja en paz sería capaz de mentir por ella y olvidarlo todo.

—Yo no —dijo él, tenso—. No voy a dejar pasar lo que ha hecho. No solo es algo que te concierne a ti, Annika. Hay un asesinato de por medio y ese hombre estuvo a punto de violarte y luego matarte en el Bois por orden de ella.

—No quisiera que nadie sufriese por mi culpa ni enredar las cosas más de lo que están. Esto va a destrozar a Cameron.

Nikolai suspiró.

—Esta noche no pienses más en ello. Cada uno es víctima de su propio destino. Ahora es mejor que descanses y te recuperes. Mañana será otro día largo para todos. —Le acarició la mejilla con dulzura—. No quiero que vuelvas

alejarte de mí, Annika. No podría volver a pasar por lo mismo otra vez.

—Quédate conmigo, Nikolai, no me dejes sola —le imploró. Si él se marchaba ahora, solo demostraría que tenía ciertas dudas con la conversación que acababan de sostener y ella le necesitaba a su lado.

La pasión en los ojos azules inflamó la sangre de sus venas.

—Debería irme a descansar, Annika. Sigues estando muy débil y no creo poder soportar otra noche sin hacerte el amor. Te deseo mucho y he soñado mil veces con aquella vez.

Annika alzó las cejas repentinamente excitada por aquellas palabras dichas en un timbre de voz ronco y sensual. ¡Cuántas veces había evocado esa noche!

—Yo también deseo volver a sentirte —musitó con las mejillas arboladas—. No tengo carabina que nos detenga y si tú quisieras... —Bajó la mirada sintiendo que ardía. Dejó que los cobertores se deslizaran hasta su cintura, provocándole—. Hazme el amor, alteza.

Nikolai se mordió el labio inferior luchando con su voluntad. Durante varios minutos guardó silencio. Una chispa comenzó a brillar en sus ojos y una sonrisa ladeada asomó a su boca. ¡Al diablo! Annika era su prometida y él llevaba mucho tiempo esperando para reclamarla. Ella le deseaba y él estaba como loco por hundirse en su cuerpo y liberar la tensión que le embargaba. Con lentitud sus elegantes dedos se alzaron a los botones de su camisa y los fue desprendiendo de uno en uno bajo la atenta mirada de la joven.

Los ojos de Annika brillaron cuando el torso masculino quedó desnudo frente a ella. La tersa piel morena absorbió los tonos dorados de la luz de la lámpara. Un pecho hermoso y fuerte formado de músculos como pequeños pozos en los que ella deseaba beber. Extendió una mano invitándolo a entrar en su cama y él se inclinó a besarla. Al principio con ternura, luego con una intensidad que los dejó sin aliento a los dos. La ayudó a quitarse el camisón por la cabeza y sus ojos recorrieron el cuerpo femenino sin ocultar las ganas que tenía de ella. El deseo de saborear su piel, de descubrir que sitios eran más sensibles. Era una diosa de oscuros bucles enmarcando una preciosa cara de delicados rasgos. Cuello esbelto y deliciosos hombros con piel como la seda, a pesar del vendaje en uno de sus brazos. Verla por primera vez desnuda superó todos sus sueños y expectativas.

Era más de lo que había esperado y ella estaba allí para él, esperando curiosa qué hacer. Fue consciente de que, aunque la hubiese probado una vez, ella seguía careciendo de experiencia. Nunca le había visto desnudo y sus ojos ávidos le recorrían como miles de caricias. Pudo sentir el deseo en las cuencas azules, la forma en que se mordía el labio inferior ansiando su cuerpo o el modo en que sus mejillas se sonrojaban cuando la miraba tan atentamente como en ese momento.

—No puedo imaginarme sin ti —murmuró Nikolai después de arrojar los pantalones al suelo con un ligero movimiento—. Me gustaría lamer cada centímetro de tu piel—. Dejó que sus dedos rozaran el talle de Annika.

Ella tembló con suspiros entrecortados. Levantó una mano hasta él hundiendo los dedos en la dureza de su hombro. Bajó sus caricias los músculos de Nikolai eran cuerdas tensas a punto de desgarrarse. Era el hombre más hermoso del mundo y la estaba devorando con descaro, haciendo que su rostro ardiera de vergüenza y de excitación. Su cuerpo anticipaba todo lo que había sentido una vez, pero ahora estaba segura de que él la deseaba a ella. Esta vez no había bebido, no había oscuridad, no había confusiones. Se desbordó ante tantas emociones... Sus labios saborearon el aliento de él al tiempo que, con curiosidad, su mano siguió los contornos masculinos dejándole sin respiración.

La forma tan delicada en que ella lo acariciaba le arrastró a un profundo y ardiente torbellino de sensaciones. La deseaba como nunca había deseado a nadie. Fue dulce, suave, apasionado, ardiente y cuando ambos se perdieron en la calidez de las sábanas aprendiendo a conocer sus cuerpos, se dejaron llevar de un modo irresistible hacia un paraíso donde tan solo ellos dos existían y el mundo se evaporaba en el aire. Amó su dulzura, la ternura de su mirada, el amor que le otorgaba de una serenidad tan desconocida que volvió a sentirse como un niño protegido. Un niño que siempre quiso sentirse feliz, amado, admirado. Y así le hacía sentir Annika, como si fuera el único hombre del mundo. Por fin tenía una familia. Un verdadero hogar.

Los siguientes días fueron bastantes complicados para todos. Nikolai no hacía más que entrar y salir de la casa continuamente. Madame Rose Wood había aparecido y en ninguna de sus confesiones delató a Elena y su posible relación. El no poder demostrar la participación de su prima en todo aquello le estaba volviendo completamente loco.

Irina estaba más furiosa que nunca. Para ella sus hijas eran algo intocable y no le iba a permitir a nadie que se las faltase de modo alguno. El odio por Annika se intensificó, sin embargo cuando fue a pedir un poco de apoyo a su hermano para que hiciese callar a Nikolai, se encontró con una furiosa Nataxa que la cerró las puertas en las narices.

Para Cameron la situación aquella se tornó muy triste. Amaba a Elena y no podía olvidar cuando la había cogido en sus brazos siendo niña, o había pasado con ella las típicas enfermedades infantiles de su edad. No había esperado que su infidelidad con Olya causará aquellos estragos en la joven, y mucho menos esa envidia enfermiza que la había llevado hacer algo tan descabellado como atentar contra la vida de su hermana. Él sí creía en las palabras de Annika. Le causaba mucho dolor que todo aquello hubiera sucedido por su culpa, por pedir a Nikolai que cambiara el mundo con una promesa desastrosa. Se maldecía por haber sido tan inconsciente y haber hecho oídos sordos a las advertencias de Irina. Pero ¿qué podía haber hecho? ¿Dejar que Annika se pudriera en aquel orfanato? Posiblemente si no la hubiesen encerrado allí, él se habría limitado a hacer lo mismo que cuando Olya vivía. Le hubiera pasado dinero una vez cada mes y hubiera acallado su culpabilidad.

Durante aquellos días, Annika esperó que él fuera a darle alguna explicación. Alguna excusa sobre su hija. Sin embargo no lo hizo y ella volvió a fingir que no le importaba. Era suficiente para ella contar con la confianza de Nikolai y con la amistad de April.

CAPÍTULO 30

Al cuarto día de estar encerrada en su habitación, Annika decidió abandonar el mundo imaginario que Nikolai había creado para ella. Todas las noches, él acudía a ayudarla con la cena y hacerle compañía. Más tarde se marchaba a su habitación y, cuando la casa entera dormía, regresaba a la recámara de Annika y la instruía en el arte de amar. Ella era muy buena alumna y a él le encantaba hacer de profesor. Era un juego que les excitaba a ambos y les divertía. Y en todo el tiempo que él estaba allí, se negaba a hablarle de Elena, de Rose Wood y de sus parientes. Decía que aquel lugar era el último para conversar de esos temas y como Annika no se había podido levantar hasta ahora, no sabía que estaba pasando más allá de sus cuatro paredes. Poco antes de las luces del alba, Nikolai volvía a su dormitorio. Ellos querían ser discretos. April seguía estando allí y no querían avergonzarla ni abochornarla. Faltaba poco para que llegase la licencia y para casarse.

Annika miró su escaso fondo de armario y eligió el primer vestido que tenía a mano. Solo había podido recuperar los dos trajes que iban en el saco y el que llevaba puesto el día que se fue con Rose Wood. Le daba pena que Nikolai tuviera que volver a reponer sus ropas. Muchas de estas ni siquiera había llegado a estrenarlas y entre ellas se encontraba el precioso vestido que había utilizado en su primer baile.

Elvira entró en el dormitorio cuando ella trataba de terminar de abrocharse la multitud de ganchillos que adornaban la pechera. Seguía doliéndole un poco el brazo pero ya podía moverlo con mayor soltura.

—¿Esta April abajo?

—Lady Danfort tiene una visita —asintió—, se encuentra en la sala de lectura.

—¿De quién se trata?

Elvira se frotó las manos con incomodidad.

—Es lord Peyton, señorita Annika.

—¿Lord Peyton? ¿Max?

La doncella afirmó con la cabeza.

—Están discutiendo, por eso yo vine a estar con usted un rato. No quiero ser indiscreta.

—Ven, Elvira. Al contrario que tú, yo quiero saber que dicen. He estado muy aburrida estos días.

—Pero... —La doncella se quedó con la boca abierta cuando Annika pasó a su lado con velocidad. La siguió por las escaleras y ambas se detuvieron cuando escucharon las voces que atravesaban la puerta.

Annika miró a Elvira y con decisión aferró el tirador. Estaba cerrada con llave. En ese momento la puerta principal se abrió y escucharon la voz de Nikolai comentándole algo a Johnny. Su alteza la vio.

—¿Ha dicho el doctor que ya puedes levantarte?

—Puedo hacer muchas cosas —le recordó ella con las mejillas sonrosadas.

Él sonrió.

—Qué osada.

Annika advirtió que llevaba una cajita envuelta en papel dorado en una mano.

—¿Qué es?

—Es para ti. Un presente que te compró mi madre. —Se encogió de hombros—. La otra noche que vino a cenar se olvidó de traerlo.

—¿Has ido a visitarles?

—Sí. Pensaban retirarse a Praga, pero les he convencido de que se queden un par de días más. —Buscó en el bolsillo interior un papel perfectamente doblado—. Tengo la licencia para casarnos. Tu partida de nacimiento llegó ayer.

Johnny y Elvira desaparecieron discretamente de la galería y Annika se acercó hasta él.

—¿No piensas que deberíamos esperar, Nikolai? Yo no tengo inconveniente en seguir como hasta ahora, por lo menos hasta que reine la calma de nuevo y sepamos que va a pasar.

—En absoluto. Yo no estoy dispuesto a demorarlo —respondió—. Además, Cameron se ha llevado a su familia al campo.

—¿A todos?

—De momento sí. Han preferido que Elena no esté presente hasta que no se celebre el juicio. —Annika le miró con el ceño fruncido. Él le entregó el paquete—. Madame Rose Wood por fin ha declarado que mi prima la había contratado. Sin duda temía por su hermano.

Annika desenvolvió su regalo, masticando en silencio lo que él acababa de decir. Era una caja de bombones de chocolate puro y amargo. Le ofreció, él tomó uno y se lo metió entero en la boca. Seguidamente cogió otro y la observó con una sonrisa aniñada.

—Me encanta el chocolate —dijo con un guiño burlón —, aparte de otras muchas cosas.

Ella sonrió ruborizada. Tenía alguna noción de que otras cosas le gustaban. Retiró de su mente las imágenes de la noche pasada cuando hizo que fuera ella quien le desnudase a él. Continuaba preocupada con el tema de su media hermana.

—¿Qué va a pasar con Elena?

Él agitó la cabeza. Se guardó de nuevo los documentos en el bolsillo y le brindó su brazo. Annika dejó su caja donde concluía el pasamanos de mármol y, mientras mordisqueaba su chocolate, se aferró a Nikolai. Caminaron hacia el patio.

—Eso deberá decidirlo el juez. Madame Rose Wood tiene que demostrar que Elena le pagó para asesinar a Arthur Saxon, sin embargo mi prima afirma que ella no tuvo nada que ver con su muerte. No dio la orden y la tomó por sorpresa enterarse de que le habían matado. —Se encogió de hombros—. En cuanto a que contrató al hombre para que acabara contigo, no hay ninguna prueba. —Annika le miró con la boca entreabierta—, a no ser que te presentes como testigo y apoyes a madame Rose Wood.

—Al vikingo —respondió ella con un suspiro—. No sé qué será peor. ¿Cameron qué dice?

—Le avergüenza acercarse a ti. Para una vez que es la misma Irina la que anda

implorando que ruegue por Elena y haga un trato contigo, él se niega a hacerlo.

Annika se detuvo en la puerta. El sol se reflejaba en los adoquines rojizos del suelo y en los azulejos de la fuente.

—¿Y qué quieres que haga yo? —le preguntó.

—Yo la denunciaría, Annika. Sé que es mi prima y lo lamento. Elena pasó por un momento horrible cuando se enteró de que tú existías y de que tu padre quiso haberte conocido. Cuando supo que yo te había tutelado, sintió como si de alguna forma Cameron estuviera imponiéndoles tu presencia.

—Lo estaba haciendo —le recordó.

—Es cierto, pero solo porque él creía que te lo debía, que era lo mejor para ti y que tenías el mismo derecho que los demás.

—No le pedí nada de eso.

—En cualquier caso la culpa también fue mía. Yo siempre he odiado a mi tía y quería enfurecerla. Si te hubiese hecho caso... te habría alquilado una casita y te habría dejado volver a tu vida. Nada de todo esto hubiera pasado. Claro que de ese modo nunca me habría enamorado de una niñita que me hiciera babear como un animal en celo. Y por supuesto, seguiría llevándome mal con la familia.

—¡Una niñita! —repitió ella frunciendo el ceño. Le pellizcó el trasero con insolencia—. Por esta niñita suspiras todas las noches —le acusó con un mohín.

—Y seguiré suspirando durante el resto de mis días —rió él.

Ella asintió satisfecha.

—Pero ya has hecho las paces con tus padres, ¿no?

—Sí, ellos han comprendido al final todo lo que mi tía les hizo. A Irina nunca le gustó mi madre. Según ella era muy poca cosa y no era digna de un príncipe. Volcó su odio en mí por ser el único hijo varón. La lástima es todos los malentendidos que creó con mis padres.

—Ellos también debieron tener más confianza en ti.

Continuaron hacia el patio. Los cálidos rayos de sol jugaron con los cabellos de Nikolai haciendo brillar sus hebras platinadas como finos hilos.

—Ya no tiene caso seguir reprochando lo mismo. Nos hemos perdonado por todo.

—No sabes cuánto me alegro. Tu madre me gusta mucho.

—El sentimiento es mutuo, cariño, pero eso yo ya lo sabía. Es difícil que dejen de quererte, solo tenían que conocerte. No hacen más que alabarte y decir que gracias a ti yo soy un hombre distinto.

—Eso no es cierto, Nikolai. Tú siempre fuiste así. Al menos yo siempre te he conocido así —evitó recordar los días que había pasado cerca de Marie Anne.

Él agitó la cabeza y le rodeó el talle atrayéndola hacia su pecho. Annika tuvo que levantar la vista para mirarle el rostro.

—No siempre fui así. Al menos no lo era hasta que te conocí y decidí que convertirme en tutor y responsable de algo sería renunciar a muchas cosas de mí.

—Con que renuncies al resto de las mujeres, por mí es suficiente.

Él inclinó la cabeza para besarla los labios con suavidad.

—A eso fue a lo primero que renuncié. —Volvió a besarla—. Renunciaría a cualquier cosa con tal de tenerte siempre junto a mí.

Ella se puso de puntillas y le abrazó con fuerza.

—¿Qué pasa si no quiero denunciar a Elena?

Nikolai aspiró con fuerza el aroma que desprendían los rizos morenos y dejó salir la respiración lentamente.

—Tu padre e Irina te lo agradecerían. Eso no significa que las cosas se puedan arreglar entre vosotros.

—Yo no quiero que se arregle nada, Nikolai. Mi vida está contigo, no con ellos. No deseo volver a verlos.

—¿Y a Cameron?

Ella se apartó buscando sus ojos.

—¿De cuánto tiempo lo conozco? ¿De apenas unos días? —Agitó la cabeza—. Eso es lo que muchas veces te he tratado de explicar cuando me mirabas sin entender porque no le quería o no le apreciaba en absoluto. Él no es nada para mí. Solo alguien que hizo mucho daño a mi madre. Alguien con el que soñé siendo cría, pero que desapareció en cuanto tuve un poco de uso de razón.

Nikolai la rodeó con ambos brazos.

—Cameron se enamoró de tu madre, Annika. Él la amaba mucho, pero ya tenía familia...

Annika le cubrió la boca con la mano.

—No tiene importancia todo lo que la ha amado si nunca se lo ha demostrado. No me consuela en absoluto saberlo ahora, pero por lo menos mi madre vivió creyendo firmemente en él y me alegra saber que no se confundió. Por cierto... —se llevó una mano a la boca— acabo de recordar que April estaba reunida en la sala con Max. Será mejor que vayamos.

Él la detuvo antes de que volviese a entrar en la casa.

—No. Es mejor que ellos solucionen sus problemas.

—No pensaba meterme, Nikolai, pero Elvira dijo que estaban discutiendo.

—Lo sé. Ayer mismo le di la enhorabuena a Peyton por su futura paternidad. Él no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Supongo que lo averiguó con su esposa y ahora lo estará comentado con April.

—¿Y qué se estarán diciendo?

—No soy adivino, cielo. Pero la sangre no va a llegar al río. Déjalos que hablen. Luego me contarás que ha ocurrido.

—¿Yo?

—April antes me confiaba las cosas a mí, pero últimamente se desahoga contigo. Eres la única amiga que ha tenido. Hombres bastantes, pero mujeres, no. —Sonrió y la estrechó contra él—. Me comentó algo sobre unos celos que no entendí muy bien... —El rostro de Annika se tornó mucho más rojo. Las mejillas ardieron bajo el escrutinio de su alteza — y ahora mi *petite mademoiselle*, ¿qué podemos hacer?

Mordiéndose el labio inferior, Annika observaba sobre la cama los descartes que Nikolai había desechado. Sabía que cuando se inclinaba de esa manera el escote de su corpiño se ahuecaba dejándole una estupenda visión de sus pechos, lo que le venía muy bien para poder cambiar sus cartas sin ser vista.

—No es tal difícil, cielo —dijo él chupando un grueso puro—. Tira las cartas que no quieras y sírvete de otras.

Ella fingió estar confusa y jugueteó con sus naipes cambiándolos varias veces

de posición.

—¿Nikolai, si tengo tres ases y dos damas, son buenas cartas?

Él pestañeó divertido y se encogió de hombros.

—Un full. Si quieres saber si puedes superar lo que yo tengo, puedes apostar —contestó admirando la curva de sus pechos con una sonrisa lasciva.

Ella deslizó un sencillo dos de picas y un cuatro de tréboles boca abajo sobre el montón y recogió dos naipes más. Mientras que Nikolai conseguía figuras, ella, solo porquería; aun así fingió ahogar una exclamación alegre que hizo fruncir el ceño de su compañero.

—Ahora sí estoy servida, Nikolai. —Cruzó los dedos rezando que él no tuviese ningún as. Aquellas clases particulares de póker eran excitantes—. ¿Si tengo cuatro ases y un comodín son buenas cartas?

Él entornó los ojos enderezándose sobre el colchón. Repentinamente se le borró la divertida sonrisa de los labios.

—¡Qué diantres! ¿Llevas eso? —Ella alzó los ojos en un gesto coqueto e inocente. Nikolai arrojó sus cartas sobre el colchón—. Yo pierdo y tú ganas.

Annika gritó feliz. Dejó los naipes y se apresuró a recoger el fajo de billetes que él había dejado en el centro. Se lo metió en el escote y le guiñó un ojo con picardía.

—¿Quieres otra, cariñito? —le preguntó con burla.

Los ojos verdes brillaron entusiasmados. Iba a tomar la baraja, pero en un impulso volteó las que Annika había dejado y dio un brinco. Apenas tenía un as y ninguna figura. Su cara fue todo un poema.

—¡Es un farol!

Ella rompió a reír a carcajada limpia.

—Según las reglas de la partida, se supone que si querías ver mis cartas, tenías que pagar por ello. ¿No dijiste eso? —le recordó entre risas.

—Y tú no deberías aprender tan rápido. —Con velocidad se echó sobre ella haciéndola caer hacía atrás. Sus ojos volvieron a deslizarse sobre el escote en el que asomaban los billetes—. Haríamos buena pareja como compañeros de juego.

—Tienes razón. —Con una mano le aferró los largos cabellos y le atrajo a sus labios. Nikolai no se hizo de rogar y la besó profundamente—. Por cierto —le

apartó y miró—, ¿April habrá acabado ya de hablar?

—No lo sé. —Nikolai giró sobre su cuerpo. Se puso en pie para buscar el reloj que guardaba en el bolsillo del chaleco que había colgado sobre una de las sillas—. Es tarde —afirmó mirando la esfera. Apenas levantó la vista hacia ella—, si piensas bajar, cúbrete. A Pierre le puede dar un colapso y no tendré más remedio que pegarle.

—No soy tan descocada, excelencia, no pensaba salir en ropa interior —se burló, caminando hacia su bata.

Nikolai la siguió con la vista. El corpiño ajustado quedaba sobre su estrecha cintura y llevaba un culote apretado en tonos cremas muy insinuante. Era la mujer más excitante que había visto nunca.

—Además sabes de sobra que a Pierre no le gusto. —Se colocó la prenda y la ató con firmeza. Luego sacó el dinero del escote y volvió arrojarlo sobre los naipes.

—Mejor, entonces le dejaré mucho tiempo aquí empleado.

Annika le buscó con los ojos. Nikolai hablaba en serio.

—¿Cómo puedes ser tan celoso? ¿No te das cuenta de que tú eres el único hombre que quiero?

—Para mí, sentir celos es una sensación muy nueva desde que te conocí. Por favor, no me la quites.

—Como quieras —rió ella encantada y halagada—. ¿Quieres que luego echemos la revancha?

Nikolai asintió con una sonrisa canalla.

—Podemos apostarnos algo más fuerte. —Recorrió con voracidad de arriba abajo el cuerpo de la muchacha. Ella enrojeció hasta las orejas.

—Eres perverso, alteza.

—No sabes tú cuánto. —Se acercó a ella con la gracia de un tigre. La cogió de la cabeza con las manos y la propinó un sonoro beso en los labios. —Márchate a ver a April antes de que me arrepienta y juguemos la revancha ahora.

—De acuerdo, y tú abre las ventanas antes de salir. No quiero que Elvira piense que soy yo la que fumo.

Flotó tras ella una carcajada divertida antes de cerrar.

CAPÍTULO 31

Annika llamó solo una vez a la puerta y esta se abrió con rapidez. Escuchó los pasos alejándose. Empujó la madera con curiosidad y metió la cabeza en el interior. Las puertas del ropero se hallaban abiertas de par en par y había prendas diseminadas por todo el dormitorio.

Annika observó todo el desorden con los ojos abiertos como platos. Entre medio de todo el caos, April luchaba por cerrar una de las maletas. Vestía un traje de chaqueta verde musgo con una falda ajustada hasta los tobillos acabada en una cola con volantes por detrás. Un pequeño sombrero del mismo tono ocultaba su cabellera pelirroja a excepción de varios mechones sueltos que se habían escapado rebeldes y caían a ambos lados de la cara. Por su vestimenta y la forma de preparar el equipaje, Annika adivinó que se iría en breve. La miró extrañada.

—Ayúdame, por favor, cariño. Siéntate sobre la valija y aseguraré la cerradura.
—Annika obedeció. Después, April arrastró un baúl hasta los pies de la cama y rápidamente siguió empaquetando cosas.

—¿No me vas a contar nada? —preguntó Annika—. Al menos me da la impresión de que te vas. ¿Qué ha pasado?

—¡Me marchó! —Lucía una espléndida sonrisa en su boca y sus ojos grises brillaban felices. Annika nunca la había visto tan contenta. April se detuvo solo un momento para mirarla—. ¡Nos fugamos, Annika! Max me quiere y yo le quiero. —Se abrazó a si misma con un suave movimiento—. ¿No te parece fantástico?

Annika no supo que contestar. Había esperado cualquier cosa, pero no que April se marchara con su amante de esa manera.

—April, ¿lo has pensado bien?

La pelirroja asintió y con gracia se sentó en el suelo cerca de la cama. Annika la imitó acomodándose sobre la gruesa alfombra, cerrando la bata sobre sus piernas.

—¡Era mentira, Annika! Su mujer no está embarazada y al parecer tiene un problema y no puede tener hijos. Es algo de ovarios infantiles o algo así. Por lo visto se lo diagnosticaron antes de casarse, pero Max se enteró después, por eso se buscó una amante, que dio la casualidad de que era yo. —Se encogió de hombros—. Puede que aunque su esposa no hubiera tenido este problema, el destino nos uniera igual. Eso nunca se sabrá. El otro día Nikolai coincidió con Max y le felicitó por lo del niño. ¡Como imaginarás, Max estaba sorprendido! Fue hablar con su esposa y ella le reprochó ser un mal marido. —Curvó los labios en una mueca—. Lo cual es cierto. Max es un marido pésimo. —Soltó una carcajada alegre—. Ambos estuvieron de acuerdo en separarse dentro de los límites del decoro.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pues que no pueden estar viviendo en la misma ciudad para que no murmuren sobre ellos. Aunque te parezca extraño, a Max no le gustan los comentarios. Nos vamos a Boston.

Las pupilas de Annika se dilataron.

—¿A Boston? ¿Dónde está eso? ¿En América?

—Vamos a comenzar una nueva vida.

—Pero, April, ¿por qué tan lejos?

—En Europa me conoce más gente de la que crees, Annika y yo... voy a convertirme en alguien respetable.

—No podrás casarte con Max. Él es un hombre casado.

—Nadie tiene por qué enterarse —respondió decidida—. He tomado la determinación de fugarme y nadie va a detenerme.

—Yo no quiero hacerlo, pero sí digo que deberías pensarlo. Esto es muy rápido. ¿Qué pasa con los muchachos? ¿Y con Nikolai? Te van a echar de menos. Y yo también.

—No estés triste, cariño. —Tomó las manos de Annika con fuerza. En la

expresión de sus ojos había mucho afecto—. Es la oportunidad de mi vida y no quiero dejarla pasar. Ya tengo una edad en la que debería pensar en tener mis propios hijos.

—Eso lo entiendo —asintió—. Y aunque no veo bien que tengas que irte al otro lado del mundo solo por las apariencias, también lo comprendo. Es solo... quería que estuvieses conmigo en mi boda.

April hundió el estómago y soltó un suspiro tembloroso.

—Me encantaría, Annika. Me siento fatal no poder acompañaros ese día. Es más, jamás había imaginado que ese día llegaría, sobre todo por Nikolai. Siempre dijo que él nunca se casaría. También por ti. —Con un dedo retiró los rizos de Annika que caían desordenados sobre sus ojos—. Sé que vas a cuidarle mucho. ¿Lo harás por mí?

Annika tragó con dificultad el nudo de su garganta. Luchó contra las lágrimas que se habían estancado en las cuencas de sus ojos. Asintió con un gemido ahogado.

—Cariño, no llores. —April la abrazó con fuerza—. Compréndeme, por favor. Tengo que irme. Dentro de poco sale un barco y todavía tenemos que viajar hasta Barcelona para cogerlo a tiempo.

—¿Me escribirás?

—Te lo prometo, Annika. Siempre estaremos en contacto. —Con agilidad, la pelirroja se puso en pie y siguió colocando las cosas en el interior del baúl sin ningún orden. Una doncella llegó con varias prendas de abrigo y doblándolas en silencio se las entregó a April.

—Prométeme que también cuidarás de los muchachos. Diles que no voy a olvidarlos nunca.

—¿No te vas a despedir de ellos?

April negó con la cabeza y por primera vez las lágrimas llegaron a sus ojos también. Las retiró con un dedo al tiempo que pestañeaba.

—No puedo hacerlo, Annika. Me pondría a llorar como una tonta y hasta puede que me convenzan de quedarme.

Annika suspiró ruidosamente. Se puso en pie y dijo.

—Bueno. ¿En qué te puedo ir ayudando yo?

La despedida fue muy emotiva. La mayor parte del tiempo, Annika la pasó llorando. Max Peyton demostró tener mucha paciencia esperando a que April acabara con sus indicaciones.

—Es la hora, Nikolai —comenzó a decir April. Le tocaba despedirse de él. Nikolai le abrió los brazos en actitud fraternal y ella se arrojó en ellos con fuerza. Habían pasado muchas cosas juntos y llegaba la hora de cada uno comenzara su vida por separado—. Avísame cuando vaya a ser tía. No prometo que pueda venir, pero intentaremos hacer todo lo posible.

—Escribe cuando llegues —murmuró Nikolai sobre su cuello. Aspirando su fuerte perfume por última vez—. Te vamos a echar mucho de menos, April. Lo hemos pasado muy bien juntos.

—Han sido buenos años —respondió, apartándose. Miró a Annika con angustia—. Por favor, Nikolai, haz que deje de llorar o si no yo... —su voz tembló con un sollozo.

Nikolai se acercó a Annika y rodeó sus hombros con firmeza. Juntos observaron cómo Max ayudaba a la pelirroja a subir al vehículo. Lo último que vieron de ella fue su rostro a través del cristal de la ventanilla y su mano despidiéndose.

Annika se giró a Nikolai y le rodeó la cintura. Con la cara hundida en su pecho lloró apenada.

—Me da tanta lástima que se marche.

—Algún día iremos a visitarla —la besó en la coronilla y cerró los ojos ocultando la humedad de su mirada verde—. Sé que será feliz. Lo merece.

La luna bañaba la entrada de la residencia y todo se quedó en silencio después de que el coche se perdiera en las calles.

CAPÍTULO 32

Annika tomó el periódico y se sentó frente a la mesa de té. Esperó a que la doncella le sirviese y después, con tranquilidad, se dispuso a ojear las noticias. Otra vez hablaban de madame Rose Wood y el robo de la gargantilla de los condes. Para sorpresa de Annika, se le atribuía la investigación al Caballero de la Sombra. Se comentaba que él había devuelto la joya y descubierto el asesinato del presidio perpetrado por el barbero.

—¡Este hombre es un fiasco! —arrojó el periódico sobre la mesa y se sirvió azúcar en su té.

Johnny pasaba por la puerta en ese momento y se paró a mirarla.

—¿Ocurre algo?

—No. Se trata de ese... investigador, el Caballero de la Sombra. ¿Tú te crees que dicen que fue él quien recuperó la gargantilla de los condes? Por supuesto fue su alteza. No sé cómo se atreve a adjudicarse un mérito que no es suyo.

—Bueno... quizá sí lo sea.

Annika lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, discúlpeme, he dejado la puerta abierta.

La joven salió corriendo tras él. El criado mentía y solo quería evitar aquella conversación.

—¡Johnny! Explícate.

El hombre se vio sin escape. Se volvió a ella y soltó un suspiro al descubrir en ese momento a su alteza.

—Pregúntele a su señoría.

—¿De qué se trata? —inquirió Nikolai.

Annika le miró.

—¿Sabías que ese Caballero de la Sombra anda diciendo que fue él quien solucionó el problema de los condes?

—¿Lo de las cartas? ¿Cómo es posible que se sepa...? —el fuerte carraspeo de Johnny hizo callar a su alteza.

—¿Qué cartas? —preguntó Annika.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó, disimulando su metedura de pata.

—Yo, de la aparición de la gargantilla. ¿Y tú?

Nikolai no supo que decir y Johnny aprovechó para escabullirse.

—¿Nikolai? ¿El Caballero de las Sombras...?

Él se rascó la cabeza.

—¿Cómo voy a ser yo? Somos diferentes en todo, ¿recuerdas?

Annika le miró anonadada. Ella no le estaba preguntando...

—¡Eres tú! ¡Eres el Caballero...! —Su alteza se acercó en un paso y cubrió su boca con una mano. Inclino sus labios a su oído.

—No puedes delatarme, cariño. Vamos a casarnos.

Ella le apartó la mano, incrédula.

—¿Entonces...?

—Sí.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

Nikolai soltó una risilla entre orgullosa y vanidosa.

—Te lo contaré todo, cielo, pero no aquí. Debe ser en un sitio más privado.

Ella lo siguió ansiosa hasta su dormitorio. ¡Nikolai era el Caballero de las Sombras! Tenía tantas preguntas que hacerle. ¿Sus amigos lo sabían? ¿April también? ¿Y Cameron? No pudo dejar de reír de camino al dormitorio.

—¡Señorita! El señor Duncan espera abajo para llevarla a la iglesia —señaló Elvira, entrando emocionada en la recámara—. ¡Ah! Y su excelencia, dijo que se acordarse de recoger el alfiler del cajón de su mesilla.

Annika resopló haciendo que varios bucles volaran sobre sus ojos. Bastante nerviosa estaba como para recordar el alfiler de Nikolai. Menos mal que Elvira tenía una mente portentosa y se acordaba de todo.

Por última vez se miró en el espejo. Su vestido de bodas era hermoso. En realidad era el vestido de bodas de la madre de Nikolai que se lo había prestado para ese día diciéndole que la haría mucha ilusión que se casase con él. A Annika no le importaba mucho. Lo único que deseaba era que el día acabase y que por fin pudieran regresar a casa. Había convencido a Nikolai de ir a Praga. Ya tendrían tiempo de hacer el viaje de luna de miel. Quizá a Boston al año siguiente. Ahora lo único que deseaba era retirarse de todos los comentarios que su boda estaba suscitando en París y olvidarse de lo sucedido de una vez para siempre.

Se arregló el velo de encaje color crema y pasó la mano sobre la falda del mismo tono. El traje era un exclusivo diseño elaborado en seda con pedrería de plata. Digno de una princesa.

—Se ve muy hermosa, señorita Annika.

—Gracias, Elvira. Estoy como un flan — confesó. Cogió el bajo de su vestido y salió al corredor en dirección a la escalera.

Duncan Frederick Petrov era su padrino. Él mismo se había ofrecido por no tener Annika más parientes y, puesto que a Nikolai le pareció bien y hasta le hizo ilusión, a ella también.

—El alfiler —recordó Elvira señalando el dormitorio de su alteza.

Annika entró y fue directamente a la mesilla. Buscó en el primer cajón y sacó un pequeño cofrecito de nácar. Al abrirlo sus ojos quedaron suspendidos sobre un largo mechón de cabello. Recordó el día que la peluquera cortó sus bucles y el enfado de Nikolai. Emocionada de que él lo hubiese guardado, cerró el cofre de nuevo y lo volvió a colocar en su sitio. En aquel entonces él ya la amaba. «No voy a llorar», se dijo con firmeza. «Hoy no voy a llorar».

Encontró el alfiler y lo encerró con fuerza en el puño.

Del brazo de Duncan, Annika caminó hacia el novio que esperaba frente al altar. Era el hombre más apuesto del mundo. Vestía de negro resaltando el blanco de su camisa y el cabello rubio con mechones plateados que caían sobre sus anchos hombros. Lo que más llamó su atención fue el brillo de amor en sus preciosos ojos verdes, en la sonrisa ladeada con que la recibió. Una sonrisa que adoraba y que hacía que su pulso se acelerara como el champagne de una botella al ser descorchada. Duncan tomó la mano de Annika y se la puso sobre la de su hijo. Con una pequeña inclinación se retiró dejándolos solos.

La ceremonia ocurrió tan deprisa que Annika sintió que se había perdido todo. Había estado tan atenta al hombre que tenía a su lado, que cuando el reverendo le preguntó: «¿Desea al Príncipe Moritz Nikolai Petrov por esposo?», ella respondió automáticamente. Poco después era estrechada en un fuerte abrazo y besada como si no la hubiesen besado jamás. Ni siquiera tuvo noción de cuando dijeron: «Por el poder del que he sido otorgado, os declaro marido y mujer». Para ese entonces, ella estaba tan emocionada y nerviosa que se vio de pronto caminando por el pasillo central de la iglesia saludando a los pocos congregados presentes.

Jonas, Luke y Greysort se echaron sobre Nikolai en cuanto pusieron los pies en el umbral de la iglesia. Nataxa abrazó con fuerza a Annika y luego la dejó que fuera a saludar a las compañeras de los amigos de su hijo.

—Annika —la llamó una voz masculina. Al volverse descubrió a Cameron observándola con orgullo. Deslizó la vista sobre él y vio que la tendía una mano. Ella tragó con dificultad y recelosamente le correspondió—. Espero que Nikolai te haga muy feliz.

Annika sintió una fuerte presencia tras de ella. Nikolai se había acercado de modo protector, tal y como siempre había prometido.

—Gracias. —Se atrevió a sonreír por primera vez al hombre y Cameron luchó por controlar sus emociones. En aquel momento creyó ver a Olya en el rostro de su hija.

—Me ha dicho Nikolai que no vas a denunciar a Elena. Te prometo que nunca más se acercará a ti. Ni ella, ni nadie de mi familia.

Annika no contestó. Con un nudo en su pecho le vio marcharse calle abajo e

introducirse en un vehículo. Su alteza rodeó su cintura.

—¿Qué tal estás?

—Bien —respondió en un suspiro tembloroso.

Una lluvia de pétalos aterciopelados flotó sobre ellos, acariciándoles.

—Esposa —la miró—, ¿hay algo en especial que te apetezca hacer?

Ella alzó las cejas e hizo que sus ojos bailaran divertidos.

—¿Podríamos cenar en el restaurante donde por primera vez estuve a punto de emborracharme?

Él curvó las cejas.

—¿No lo hiciste? Te recuerdo que esa noche rompiste la silla del teatro.

Annika soltó una carcajada que a oídos de Nikolai fue como una cascada burbujeante y cristalina. Tras ellos, los muchachos reclamaban algo de una apuesta.

EPÍLOGO

—Excelencia, hay un señor en la puerta que pregunta por usted —avisó Emma.

—¿Quién es? —preguntó Annika, caminando pesadamente hacía la galería. Llevaba siete meses de embarazo, pero estaba tremenda. Nikolai últimamente no hacía otra cosa que traerle chocolate y ambos los devoraban.

—No lo conozco, pero preguntó por usted con su nombre de soltera. Puede que algún vecino suyo.

Annika se extrañó. La única persona de la barriada que iba a visitarla era la señora Merrywatter. Una vez también fueron las mellizas Evans, pero después de advertirles que Nikolai solo era de ella, las mujeres no volvieron más.

No reconoció al hombre de la puerta. Era un tipo rechoncho de mirada afable. Tras él, Annika vio a su esposo en la plazoleta donde detenían los vehículos, charlando animadamente con Jonas.

—¿Preguntaba por mí? —se dirigió al desconocido.

—Por la señorita Annika Anderson.

—Ahora soy la princesa Annika Petrova. ¿Usted es?

—Pertenezco al orfanato de Saint André —la miró intrigado. Antes de continuar llegó Nikolai, que le había visto desde la calle.

—Disculpe, caballero, ¿se le ofrece algo?

El tipo le tendió la mano con la sorpresa en su cara.

—Soy Austin Milch, encargado del orfanato de Saint André.

Nikolai le miró con firmeza. Pasó junto a él situándose al lado de su esposa y pasó el brazo sobre los hombros femeninos.

—¿Qué quiere?

—Me dijeron que viniese a ver a la señorita Anderson.

—Es mi esposa y como verá se encuentra perfectamente bien.

Annika notó la tensión de Nikolai y le abrazó el talle.

—En realidad, estamos pidiendo ayuda para el resto de los huérfanos. Comida, ropa, dinero... cualquier cosa nos vendría bien. Me hicieron bastante hincapié en que pasase por aquí y preguntase por... la princesa.

—¿Cómo podemos estar seguros de que esas ayudas llegarán a ellos?
—inquirió ella, acariciándose el vientre con la mano libre.

—Puede estar segura de que les llegarán —aseveró el hombre. —El antiguo director fue expulsado hace unos meses, después de que el señor Pávlov denunciara al centro por las condiciones tan inhumanas en las que vivían y se hiciera cargo él mismo. Para poder hacer un sitio decente necesitamos bastante ayuda. En cualquier momento, cualquier persona puede pasar y ver los nuevos cambios.

Annika miró a Nikolai emocionada. ¿Cameron había hecho eso? Su esposo asintió complacido.

—Pase mañana y veremos en qué podemos ayudarle. Quizá, una vez al mes podamos proporcionarles algo.

—Gracias, excelencias. Que Dios les bendiga.

Cuando el hombre se fue, Nikolai acercó a Annika a su pecho. Ella sonrió trémulamente.

—Bueno —susurró la joven mirándole con orgullo—, quizá después de todo, puede que llegue a querer un poco a Cameron.

—Es un buen regalo de bodas.

—Mi mejor regalo fuiste tú.

Nikolai sonrió. Con un impulso la cogió en brazos haciéndola soltar una estruendosa carcajada y entre risas entraron en la casa. Jonas les esperaba con el ceño fruncido.

—¿No estás un poco mayor para esas cosas, Nikolai?

Nikolai dejó a su esposa en el suelo con cuidado, la besó en los labios y fijó la vista en su amigo.

—¿Deseas que te parta el labio?

Fin

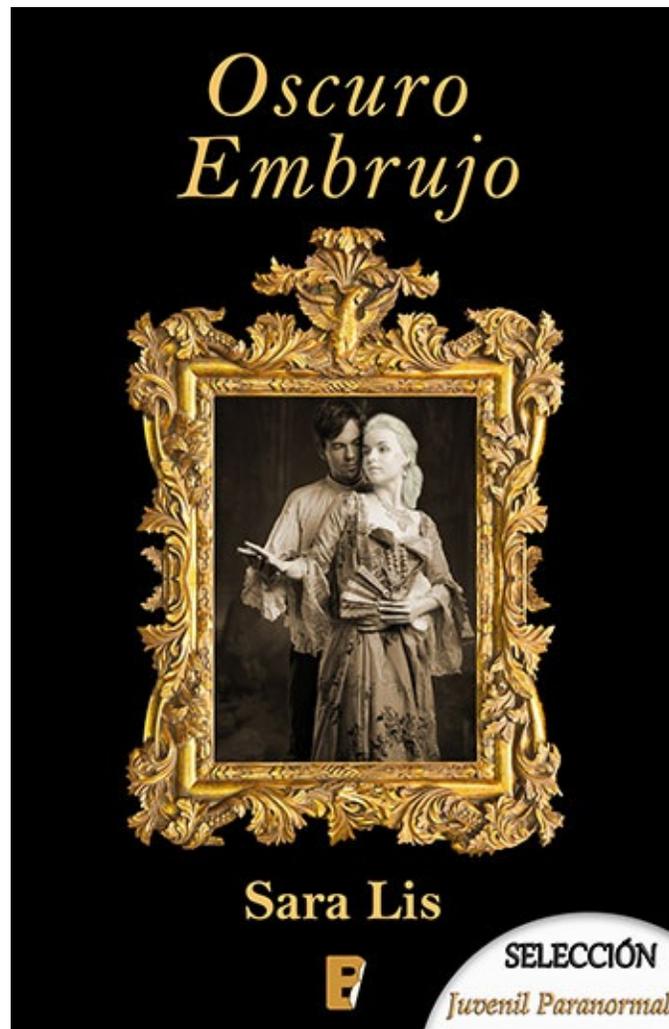
Si te ha gustado

La tentación del príncipe

te recomendamos comenzar a leer

Oscuro embrujo

de *Sara Lis*



PRÓLOGO

Condado de Rutland, Inglaterra, diciembre de 1863

El fuerte aire atizaba las endebles ventanas del salón, daba la sensación de que, en el exterior de la pequeña cabaña, hubiera varias personas encolerizadas que aporreaban los cristales. Pero sus ocupantes ya estaban más que acostumbrados a sentir aquellos estrépitos en su humilde morada; no era motivo de preocupación.

Dimitri, en ese momento, se mantenía ocupado.

Deslizó la media de seda hasta arriba por su pierna flexionada, y luego la otra, y mantuvo su cálida mano apoyada durante unos segundos en el muslo tibio de su esposa. Se quedó pensativo con las pupilas dilatadas en ese ápice de piel, pero en un instante notó la mirada de Katelyn sobre él, aunque ella no dijo nada. Le bajó la enagua y después la falda.

—¡Hecho! Ya verás cómo de aquí a un rato estarás más comfortable.

—Gracias, Dim. —Sonrió.

—Te pondré una manta encima, para impedir que tu quietud te deje congelada.

En cuanto se puso de pie y se dirigió hacia el cobertor, ella elevó un dedo y le acarició el perfil de la mano, justo cuando pasaba por su lado. Dimitri la miró y tras unos segundos observándose los dos a los ojos, ella suspiró profundamente con rostro de culpabilidad, sin embargo, él enseguida apartó sus órbitas de las suyas.

Se giró para coger la manta, estaba sobre el reposabrazos de la butaca gris que yacía delante de las lumbres humeantes de la chimenea. Al tomarla, notó el agradable tacto de la lana en su mano, aún ardiente por la cercanía del fuego. Aquel cobertor cálido y terso había sido un regalo de bodas que les había hecho la señora Smither cuando se enteró de que eran sus nuevos vecinos.

Extendió el cobertor y se lo dispuso encima de sus hombros, cerró sus puntas envolviendo su tronco hasta dejarlas caer en su regazo.

—Esto te mantendrá caliente hasta mi vuelta, no tardaré demasiado. —Le propinó un beso en la frente y se despidió, como siempre, de su mirada perdida

—. Adiós, Katelyn.

Cogió el sombrero y el abrigo del colgador, desatrancó la antigua y carcomida puerta e invadió el exterior.

«¡Por fin aire fresco!», pensó mientras inspiraba. Y se dio cuenta de que la fuerte corriente del ambiente había mermado.

Escuchó los ladridos ensordecedores del viejo Hermes que estaba encerrado en el cercado cuidando de las reses.

—¡Ahora no, chucho latoso! —gritó fastidioso en su dirección, por el incómodo sonido que le asestaba en los oídos.

Se metió las manos en los bolsillos, encogió los hombros por el frío y siguió caminando. Anduvo durante largos minutos hasta el viejo olmo apartado de siempre. Rebuscó por el terreno una piedra, esta no debía ser muy grande, pero sí puntiaguda.

—¡Esta me valdrá! —farfulló.

Se sentó y apoyó sus lumbares en el grueso busto, después levantó lo máximo que pudo la tela del pantalón con sus dos hacendosas manos, hasta dejar a la vista la pantorrilla. Cogió la piedra del suelo y deslizó su punta cortante por la velluda piel. La carne se abrió poco a poco e impactó con el rojo escarlata de la sangre, que brotaba lento hasta adentrarse en el tejido del calcetín doblado. Entornó los ojos por el deleite que sintió; su dolor se transformaba en una sensación dulce y placentera, y notaba cómo ese efecto interrumpía aquellos sentimientos que invadían el interior de manera devastadora e insoportable. Era como si despertara de su adormecimiento. Lo hizo otra vez más abajo, donde las heridas anteriores ya habían cicatrizado. Y por fin se sintió pleno, fue suficiente.

Se puso de pie sin apenas notar el dolor de los cortes, debía volver a casa para cuidar de Katelyn y pastorear las reses. Sin embargo, de repente, algo se escuchó en lo alto de la copa del árbol donde había estado apoyado, y aquello le propinó un respingo inesperado. Miró con atención hacia el alto espacio, pero no pudo concretar qué era lo que le había sorprendido, no obstante, sintió miedo porque aquel movimiento brusco de ramas no era algo usual, ni siquiera para que, allá

arriba, se encontrara alguno de los mayores animales que coexistían por aquellos páramos. Lo que sí sabía era que aquel ser, fuera lo que fuese, había descubierto su secreto.

Las ramas dejaron de moverse de manera instantánea, y Dimitri entornó sus párpados como si de esa forma su vista recobrará más fuerza y pudiese descubrir definitivamente qué era lo que se escondía tras el denso follaje. Creyó notar una claridad tras el fondo del verde selvático de las hojas, avanzó dos pasos y se detuvo. Un brillo deslumbrante destacó por fin, se mantenía quieto, vigilante y fijo en sus movimientos. Dimitri retrocedió al comprobar la potencia extraña de aquella visión, y pese a no estar seguro de lo que hacer, decidió salir corriendo con la certeza de que una energía superior lo acechaba y, frente a eso, él no tendría nada que hacer.

Envidias, celos, falsas apariencias, amor... ¿Podrá Moritz vencer la tentación de ignorar a la única mujer que desea?



Annika ha tenido mala suerte. Es hija bastarda de un aristócrata y está encerrada en un tétrico orfanato de Praga. Es una mujer lista y avispada. Ha prometido no casarse nunca. Jamás dejará que un hombre la gobierne. Pero entonces lo conoce a él. Al príncipe Moritz Nikolai Petrov. Un hombre atractivo y seductor.

Demasiado fascinante a pesar de sus secretos.

Moritz se hace cargo de la tutela de la hija bastarda de su amigo. No es algo que le agrade pues es considerado por todos un irresponsable y egocéntrico.

Tampoco quiere renunciar a su vida de damiselas y fiestas. Pero ella es hermosa y atractiva, joven e inocente. Y con su llegada, su vida da un giro inesperado.

Ambos deberán aprender a conocerse. Ambos deberán vivir juntos con promesas o sin ellas. Y a un tiempo, tendrán que luchar contra un enemigo que amenaza con empañar su posible felicidad.

«Annika alzó una mano y se arrancó el gorro de lana. Moritz se irguió, mirándola con la boca entreabierta, sorprendido. Envuelta en aquellas ropas simplonas y pasadas de moda su hermosura pasaba casi inadvertida, solo casi, porque no podía ocultar que era una belleza de piel cremosa y unos preciosos ojos azules que rivalizaban con los cielos del verano.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó sin poder contenerse. Con desconcierto, sus ojos se posaron en la bonita boca de labios rojos y el delicado mentón. Un sudor frío le recorrió la columna vertebral y apartó la vista de ella con rapidez. Sintió una violenta sacudida de deseo. ¿Cómo era posible que su cuerpo reaccionara tan repentinamente? No solía pasarle eso, al menos no desde que había sobrepasado los treinta».

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Sandra Bree

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-000-4

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

CAPÍTULO 11

- [1] Señorita Petrova. Los caballeros Jonas Swan, Greysort Smith y Luke Brandon están aquí.
- [2] Con permiso.
- [3] Tráigame el abrigo.

CAPÍTULO 13

- [4] ¿No es cierto, señor Swan?

CAPÍTULO 14

- [5] Es cierto, el cabello está demasiado largo y muy descuidado.

CAPÍTULO 15

[6] ¿Quién es él?

Índice

LA TENTACIÓN DEL PRÍNCIPE

AGRADECIMIENTOS

NOTA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE SANDRA BREE

CRÉDITOS

NOTAS